CÓMO
SEDUCIR A UN
MILLONARIO
MEGAN MULRY
PLAZA JANÉS

CÓMO SEDUCIR A UN MILLONARIO

Traducción de
M.ª del Puerto Barruetabeña Diez

www.megustaleerebooks.com

La teoría del cavernícola y la mujer florero ya ha quedado muy atrás. Se trataba de una teoría que denostaba las mejores cualidades de ambos.

VITA SACKVILLE-WEST

PRIMERA PARTE

—Entonces ¿sigues siendo lesbiana o no? —preguntó Max por pura curiosidad.

Abby estuvo a punto de escupir el whisky que tenía en la boca directamente a la cara de su hermano mayor. En vez de eso tragó audiblemente y preguntó:

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Ya sabes lo que quiero decir. No estoy intentando encasillarte, ni tampoco quiero ser estrecho de miras, por así decirlo… Es que no tengo suficiente información para comprender los parámetros.

—¿Y tú quieres a tu mujer?

—Pero ¿qué pregunta es esa? Claro que quiero a mi mujer. Estoy loco por ella. ¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

—Mucho. Tiene mucho que ver. —Abby intentó no crisparse demasiado, pero cuando Max decía ese tipo de estupideces, ella sentía la necesidad de ponerlo en su sitio, era como una especie de responsabilidad fraternal—. Mira, yo quería a Tully. Probablemente siempre la querré. Ella lo ha sido todo para mí durante diez años… No puedo pasar página y dejarlo todo atrás como si no fuera más que una «fase pasajera». Pero, para serte sincera, nunca consideré nuestra relación como algo fundamentalmente gay… Es difícil de explicar.

—Inténtalo. —Su hermano enarcó una ceja, retándola.

—Sobre todo es difícil explicárselo a tu hermano mayor.

Ella también levantó una ceja en un gesto exacto al de su hermano y después se arrellanó en la mullida tumbona.

—Está bien… Y esto solo te lo digo a ti, por cierto. No tengo intención de convertirme en una especie de adalid de la bisexualidad, candidata ideal para el suplemento dominical de *The Guardian*, ¿eh?

—Vale. —Max sonrió.

—Creo que entiendo lo que me estás preguntando y la respuesta es… que no hay respuesta. O tal vez es que no creo que tu necesidad de entender sea razón suficiente para forzarme a dar una respuesta que suponga un encasillamiento cultural artificial. Lesbiana, bisexual, pansexual… Por favor. No me voy a poner una etiqueta simplemente para que te sientas mejor.

Max inspiró hondo.

—Solo lo decía por… ¿Crees que ya es el momento de empezar a salir con otras personas? ¿Te gusta alguien?

Había alguien, pero no tenía intención de admitirlo delante de Max cuando casi no lo podía admitir ni ante sí misma.

—No es eso lo que me estás preguntando y lo sabes. Pero obviamente me vas a estar dando la lata hasta que te ofrezca datos sobre el tema. Eres un obseso de las estadísticas.

—Cierto. Así que continúa.

Abigail suspiró. Ese tema no le estaba resultando tan engorroso como debería. De alguna forma, Max simplemente la estaba obligando a precisar algo a lo que llevaba seis meses dando vueltas.

—Tully era la mejor. Era… Bueno, ya la conoces. Es genial. De verdad que lo tenía todo: era guapa, cariñosa, sexy… Yo he querido mucho a Tully… como persona. —Abby continuó en voz un poco más baja—. Pero la cosa se fue desgastando no sé por qué.

—Lo entiendo.

Abby se incorporó ligeramente e inspiró hondo.

—Pero no quiero ponerme sensiblera después del fin de semana tan espectacular que hemos pasado. La boda de Devon y Sarah ha sido preciosa, ¿verdad?

—No te estás poniendo sensiblera. —Max ignoró su intento de alejar de ella el foco de la conversación—. No hace falta que seas siempre la que va por ahí animando a todo el mundo, ¿sabes? Creo que es fantástico que quisieras tanto a Tully, pero eres lo bastante fuerte para poder aspirar a algo… más. Eres muy valiente, Ab. Una verdadera aventurera.

Ella se encogió de hombros. No tenía agallas para decirle que estaba empezando a sentirse muy cobarde en lo que respectaba a cierto hombre.

—Entonces si quisiera organizarte una cita a ciegas… hipotéticamente, claro… —Max volvió a la carga tras dar un sorbo a su whisky—. ¿Tendría que ser con un hombre o con una mujer?

—¡Max! —Abby rió—. ¡Basta ya! Cuando lo sepa, te lo diré, ¿qué te parece?

—Oh, claro. No quiero entrometerme…

—¡Claro que sí! Eso es lo que hacen los hermanos mayores, ¿no?

—Vale, lo admito. Me estoy entrometiendo, y a la fuerza incluso. Es que últimamente estás un poco rara. Casi siempre eres muy extrovertida y estás tan comprometida con todas tus… «cosas».

—Oh, Dios, Max. Eres adorable. Soy activista. Existe una palabra para todas esas «cosas».

—Lo sé, lo sé. —Agitó una mano en el aire como si «activista» fuera una de esas palabras modernas que nadie sabe muy bien qué significan—. Abigail, la activista.

Lady Abigail Elizabeth Margaret Victoria Catherine Heyworth, cuarta hija del decimoctavo duque de Northrop, hermana del decimonoveno duque de Northrop y que casualmente también era el inquisidor que tenía enfrente, en ese momento sintió caer sobre sus hombros todo el peso de esa sucesión de nombres poderosos y regios.

—Estoy harta de etiquetas —añadió en tono de derrota.

—Bueno, eso lo entiendo perfectamente —contestó Max con un entusiasmo algo amargo—. Cuando Bronte quiere cabrearme, insiste en tratarme de «excelencia» o se refiere a mí en tercera persona, llamándome «el duque», cuando solo estamos los dos. «¿Está el duque de mal humor?», o: «¿Qué quiere el duque para cenar?». Sabe que me parece la peor de las burlas. Nadie quiere que lo reduzcan a una etiqueta. Lo siento, Abby.

—No pasa nada. Entiendo por qué lo preguntas. Seguramente solo intento no pensarlo demasiado. Siento que durante tanto tiempo he sido, sobre todo para nuestra madre, «Abigail, la hermana pequeña lesbiana», que tal vez lo más fácil ahora sería seguir representando ese papel.

—Siempre y cuando tengas en cuenta que nuestra madre suele ser cruel y más bien irreflexiva, tú sabrás lo que haces. Pero si no tienes eso claro, será mejor que seas tú misma. A todos nos fascina tu independencia y tu libertad, sobre todo a los que estamos encadenados a la tradición a pesar de nosotros.

—¿Ya estás otra vez quejándote porque eres un puto duque? —La voz de Bronte, con su acento americano, alegre y algo monótono, atravesó el aire caliente de la noche caribeña cuando salió a la terraza que se abría en un ángulo precario a la bahía iluminada por la luna.

Abby levantó la vista, sonrió a su fabulosa, aunque algo deslenguada, cuñada y contempló cómo Bronte se acercaba y se encaramaba felizmente al regazo de Max. Se colocó el cabello castaño largo y liso sobre un hombro (Max le dio un beso rápido en el otro) y rodeó con la mano la nuca de su marido.

—Peor —confesó Max—. Le he preguntado a Abby si «seguía» siendo lesbiana y después es cuando he empezado a quejarme porque soy duque.

—¡Oh, no! Abby, es que a veces es tan tonto… Estoy intentando tener paciencia, pero… —Le dio un beso en la mejilla y se volvió hacia su cuñada—. Es bastante más guapo que listo.

—De todas formas —contestó Abby a la vez que lanzaba una mirada significativa a su hermano—, y al margen de lo que nuestra madre llamaría muy eufemísticamente «mis elecciones»…, necesito algo que hacer cuando volvamos a Inglaterra. Ha sido un detalle por vuestra parte incluirme en vuestra feliz vida familiar en Dunlear durante los últimos meses, pero tengo que empezar una vida por mi cuenta en algún momento. Aunque todavía no sé ni siquiera dónde quiero vivir y mucho menos lo que voy a hacer.

Bronte intervino con rápida eficiencia.

—Te ofrecería un trabajo en la agencia sin pensármelo. Estoy segura de que podrías vender un filete a un vegano con todo ese fuego y entusiasmo, pero creo que la

publicidad es algo cercano a la herejía dentro de tu sistema de valores. ¿Qué es lo que te gustaría hacer?

—No tengo ni idea… ¿Algo que sirva para hacer el bien? —La voz de Abby sonaba insegura y después soltó una fuerte carcajada—. ¡Acabo de hablar como una verdadera pija!

—Bueno, eso es lo que eres, ¿no? —preguntó Bronte.

—¡Ja! —Max rió—. Eso, Ab, ¿es que no eres pija?

—Qué graciosos. Sois terribles. ¡Yo no soy la que vive en un castillo!

—¿Ah, no? —continuó Max—. Si no me equivoco, antes de venir aquí tú también vivías en dicho castillo.

—¡Yo no vivo con vosotros! Me estoy quedando en vuestra casa… durante una temporada.

—Ah. —Max sonrió y dio otro sorbo a la bebida—. Cuando llevas seis meses «quedándote», ya se considera que estás viviendo.

—¡Vale ya! —exclamó Abby, pero se reía porque su hermano tenía razón—. Cuando volvamos, creo que voy a pasar más tiempo en Londres.

—¿En la casa de nuestra madre? ¿En Mayfair? —inquirió Max con una sonrisa provocadora.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Abby sonrió y dio un trago largo a su whisky.

—Bueno, sí parece pija y habla como una pija…

Bronte soltó una carcajada.

—Joder, qué razón tienes.

Abby intentó ponerse seria.

—Que no soy una pija… Pero dejando eso a un lado, ¿queréis ayudarme a seguir con mi vida o no?

Bronte aplaudió emocionada, como si estuviera a punto de embarcarse en una nueva aventura.

—¡Sí, claro! ¿Qué podría ser Abigail?

Max las contempló mientras discutían diferentes ideas para el futuro de Abby, disfrutando de su camaradería y del calor que Bronte le producía en el regazo.

—No me gustaba nada estar lejos de la civilización —dijo Abby.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Bronte.

—Todas esas veces en que Tully y yo estábamos lejos, trabajando en las granjas orgánicas de Nueva Zelanda, ayudando a construir pozos en Kenia o viviendo en una caravana en Findhorn… Me gustaba el trabajo, el esfuerzo físico y tener algo real como resultado de nuestros esfuerzos, pero pensaba, no todo el tiempo, claro, pero sí a menudo, que de lo que de verdad tenía ganas era de salir por la puerta a las dos de la madrugada y tomarme una pinta en un pub lleno de gente en Leicester Square, fumarme unos cuantos cigarrillos y reírme con los chistes verdes. Pero después me sentía culpable por no estar «satisfecha» con la vida sencilla que llevábamos y todas las cosas buenas que estábamos haciendo. Creo que gran parte de eso se debía a lo que se estaba… desintegrando entre Tully y yo. Me parece que ahora quiero pasar un tiempo en una ciudad y trabajar con una organización que realmente haga algo, algo para la gente. Sigo sonando un poco pija, ¿no?

Max sonrió cuando Bronte se puso a hablar a toda velocidad.

—¡No! Sé a qué te refieres. Tienes que hablar con mi amiga Cammie; es la directora de una organización de Nueva York que financia proyectos para mujeres. Seguro que te encanta…

—Eres imposible —murmuró Max.

—¿Qué? —Bronte se volvió hacia su marido fingiendo inocencia.

—No le hagas caso, Abby, es la peor celestina del mundo.

—¡Bron, lo último que quiero es que me organicen una cita!

—¡No, por Dios! Nunca haría nada tan transparente —aclaró Max—. No se lanzaría a algo tan fácil como inmiscuirse en tu vida amorosa… ¡Lo que va a hacer es orquestar toda tu vida! Espera y verás: mañana tendrás una montaña de nombres, números y correos electrónicos.

Bronte lo reconoció.

—Tiene razón, claro. Aunque no creo que eso tenga nada de malo. Solo quiero lo mejor para todo el mundo —admitió, pero parecía un poco avergonzada.

—Porque tú sabes lo que es mejor para todo el mundo, supongo —concluyó Max a la vez que le daba un pellizco en el trasero.

Ella dio un salto en su regazo y rió.

—Oye, ¡al menos yo no voy por ahí preguntando a la gente si sigue siendo lesbiana! —Miró a Abby y continuó—: Te has ganado el cielo por soportar eso, Ab. ¡El cielo! Y en lo que a ti respecta… —Se volvió hacia Max—. Sí, claro que sé lo que es mejor para ti. —Se inclinó sobre él y le dio un breve beso en los labios—. Por fin he conseguido dormir a Lobo y estoy a punto de caer redonda yo también. Así que deja de darle la lata a tu pobre hermana y ven a la cama a cumplir con tus deberes matrimoniales. Y ducales.

Max miró a su hermana por encima del hombro de Bronte y se encogió de hombros con gesto culpable.

—Ya has oído a la señora, Ab. Tengo obligaciones que cumplir. ¿Te vas a acostar ya? ¿Quieres que me quede despierto hasta tarde contigo? Y perdona por todas esas bobadas de las etiquetas de antes.

—No necesitas disculparte, Max. Sé que solo estás intentando que encaje en tu ordenada y compartimentada visión del mundo. El duque necesita orden en su vida. —Guiñó un ojo a su hermano—. Me iré a acostar pronto, no os preocupéis.

Max cruzó la terraza y le dio un rápido beso en la mejilla antes de volver con Bronte. Rodeó la cintura de su esposa con el brazo y los dos se dirigieron hacia la villa.

Abby se levantó y se quedó mirando a la bahía. Nunca había estado allí, pero la isla de Bequia le parecía preciosa. Su otro hermano, Devon, se había casado ese día en una pequeña playa con forma de media luna al pie de un impresionante acantilado. Las villas (si es que podía aplicárseles ese nombre tan grandioso) las había construido unos cincuenta años atrás un amigo de la familia de la flamante esposa de su hermano Devon, Sarah James. Todo el complejo se llamaba Moonhole, el agujero de la luna. Y el nombre le iba como anillo al dedo, especialmente en ese momento, cerca de la medianoche y con la luna llena brillando sobre todas esas curvas irregulares; eso, unido al aire algo prehistórico de los edificios, evocaba un extraño paisaje lunar. Los árboles crecían por todas partes y se colaban por las ventanas, que no tenían pantallas ni cristales. Muchas de las casas ni siquiera tenían puertas, el agua corriente estaba limitada y disponían de electricidad solo a ratos, pero aun así lograban transmitir una serena dignidad. Abby estaba en la gloria. Todo aquello era salvaje y hermoso.

Pensó en la cita favorita de su madre, de Coco Chanel: «La elegancia es la negación de lo obvio». Atendiendo a esa máxima, Moonhole era pura elegancia. No había prácticamente de nada; era la más básica negación de todo lo superfluo. Abby cerró los ojos e inspiró hondo, saboreando el extraño calor del perfumado aire de la noche.

Calma.

Y entonces sintió un leve estremecimiento y cuando abrió los ojos vio a Eliot Cranbrook en la estrecha playa que había abajo, caminando bajo la luminosa luna caribeña.

Dio el último sorbo a su whisky ya aguado y se quedó observando. El estómago le dio un vuelco por una mezcla extraña de emociones: miedo, deseo, esperanza, lujuria… Sin saber muy bien cómo, durante los últimos meses Eliot y ella se habían convertido en una insólita pareja de grandes amigos. Ella era una hippy: rebelde, errática y alegre, y él era un ejecutivo: resuelto, triunfador y preciso. Les gustaba el mismo whisky, los mismos chistes verdes, las mismas estúpidas películas de acción… Era como un hermano mayor muy guay.

Abby frunció el ceño al darse cuenta de que ya tenía dos de esos y que no necesitaba otro en realidad. Además, últimamente solo con ver a Eliot empezaba a sentir un montón de cosas que no tenían nada que ver con el amor fraternal.

Incluso desde esa distancia él debió de percibir de alguna forma que alguien lo estaba mirando, porque se volvió de repente para mirar a lo más alto de la ladera empinada. La sonrisa que apareció casi inmediatamente en su cara tuvo el efecto inesperado de hacer que Abby sintiera un extraño calor desde la raíz del cabello de su indomable melena de pelo oscuro y ondulado hasta las uñas sin pintar de sus pies. Eliot hizo un gesto: se señaló a él y después a la villa que estaba arriba. Abby negó con la cabeza y le contestó señalándose a ella y después a la playa. Él después hizo como si estuviera bebiendo de un vaso, ante lo que ella sonrió, levantó el suyo y lo señaló. Y él asintió con entusiasmo, y después se agarró las manos y las levantó en un gesto exagerado de victoria.

Abby volvió a la villa y recorrió el suelo de piedra de puntillas hasta la cocina. Cogió un vaso bajo del estante de madera, desenroscó el tapón de la botella y sirvió un generoso trago de whisky Oban. Después rellenó también su vaso. No era una persona que se pensara mucho las cosas —su madre solía acusarla de disparar primero y apuntar después—, pero algo en la perspectiva de bajar por aquellos escalones irregulares y desiguales hasta la playa hizo que se parara un momento a reflexionar.

Al margen de las bromas de Max, los últimos meses que había pasado viviendo en el castillo de Dunlear habían sido una especie de transición que le había servido para recuperarse. Tras diez años de internado, universidad y viajes por el mundo con todas sus posesiones metidas en una mochila que llevaba a la espalda y su querida Tully a su lado, Abby había vuelto a la casa familiar el pasado verano.

Después de casarse, Max y Bronte se habían instalado en el ala que había en el extremo oeste del castillo, comparativamente pequeña teniendo en cuenta las dimensiones del conjunto. Más de un año después todavía seguían pasando la mayor parte de la semana en la ciudad, pero Bronte había acabado organizándose un despacho en Dunlear para el trabajo de su agencia de publicidad y cada vez más estancias de fin de semana se alargaban hasta bien entrada la semana. Abigail se había pasado esos meses montando a caballo, trabajando en los terrenos de la propiedad y adorando a su nuevo sobrino, Lobo.

Desde que lo conoció, supo que los dos habían nacido bajo la misma estrella traviesa. Nunca antes había conectado con un bebé —siempre le había parecido que no eran más que bultos chillones y llorones que ofrecían poco a cambio de sus continuas exigencias—, pero ese pequeño monstruo la había encandilado. Max bromeaba constantemente con que, debido a las atenciones continuadas de Abby y Bronte, la niñera de su hijo era la persona mejor pagada del mundo en relación con las horas que pasaba haciendo su trabajo: prácticamente ninguna.

Abigail y Lobo establecieron un vínculo instantáneo el fin de semana del bautizo del niño, el mes de mayo anterior. Abby llegó a Dunlear tarde (como siempre), en medio de una tempestuosa tormenta de primavera, y su apariencia salvaje era un fiel reflejo del torbellino que había en su interior tras su reciente ruptura con la que había sido su novia durante muchos años, Tulliver Saint John, más conocida como la maravillosa Tully.

La verdad es que había conocido a los dos nuevos hombres de su vida esa misma noche, allí mismo, en el caldeado salón: al bebé, lord Heyworth, heredero del ducado y más conocido como Lobo, y al ejecutivo americano imposiblemente alto, de cabello dorado como la arena y hombros anchos, Eliot Cranbrook.

En cuanto la vio, Lobo le dedicó una mirada larga y vidriosa, acompañada de unas cuantas babas. Parecía que le estuviera diciendo: «Sí, yo soy la novedad por aquí. Lo tomas o lo dejas».

Eliot, por su parte, miró un buen rato a Abby con aprobación, como si dijera: «Yo lo tomaría».

Se había quedado prendada de los dos al instante.

Abby tendía a enamorarse de las cosas con una inmediatez total y una completa ausencia de ambigüedad. Su madre decía que le faltaba sentido común. Abby prefería pensar que ella vivía una vida abierta a todas las posibilidades que pudieran surgir. No perdía el tiempo preocupándose de las consecuencias imaginarias de cosas que tal vez no ocurrieran nunca. No permitía que las ideas de los demás, a menudo crueles, le estropearan su optimismo ni dictaran su comportamiento.

Adoraba la transparente egomanía de Lobo: sin duda era la novedad en la vida de todos.

Y adoraba el humor abierto de Eliot, cómo transmitía confianza sin una pizca de arrogancia. Podía reírse de sí mismo con la misma facilidad con que lo hacía de los demás. Abby había acabado viéndolo como alguien muy digno de confianza.

Cuando era adolescente, a Abby nunca se le pasó por la cabeza rechazar categóricamente la idea de estar con un hombre. Ni mucho menos: tenía la mente abierta. Pero no deseaba a ningún hombre tanto como deseaba a Tully. Y después de todos los años que pasaron juntas, Abby había dejado de mirar a los hombres de esa forma, así que asumió estúpidamente que eso no era lo suyo. Cierta parte de su mente hizo el siguiente raciocinio: Abby solo quiere a Tully, *ergo* Abby solo quiere a las mujeres.

Y había sido un golpe muy duro darse cuenta de que la principal creencia de su vida tenía la misma solidez que un montoncito de azúcar.

Cuando la posibilidad de una relación «física» con Eliot apareció en su mente, Abby la rechazó como producto de los nervios posruptura, mera curiosidad por «lo otro» o alguna tontería similar.

Pero últimamente todo había cambiado.

Últimamente todas esas posibilidades parecían invadir su mente como el faldón de texto continuo que pasa al pie de las imágenes durante las noticias de la BBC. Era inevitable. «Novedad: Eliot Cranbrook ha entrado en el salón llevando unos vaqueros desteñidos perfectos, una camiseta negra de manga larga y unas gafas espejadas que hacen que parezca Daniel Craig en uno de sus mejores días… Última hora: Montar a caballo a pelo detrás de Eliot Cranbrook es ilegal en cuatro condados… Alerta: Eliot Cranbrook huele a cera para la silla de montar, a pan recién hecho y a otoño.»

Pero peor que la atracción física —que, para qué negarlo, resultaba bastante agradable— era que los sentimientos de Abby por Eliot se estaban volviendo bastante amenazadores y eso no tenía nada que ver con ella. Abby era una amante de la vida pura y simple. No quería tener nada que ver con sentimientos amenazadores. Le encantaba montar a finales del invierno por los terrenos de Dunlear a las cinco de la mañana, viendo desaparecer la escarcha mientras la niebla baja empezaba a disiparse y oyendo la respiración regular del caballo que sonaba como una sinfonía terrenal. Plantaba árboles junto con los jardineros de la propiedad. Cavaba zanjas. Nada la inquietaba.

Cuando se enamoró de Tully, todo fue un torbellino mutuo de deseo y felicidad, nada más que ternura, dulzura y pasión durante muchos, muchos años. Abby no era por naturaleza una persona que analizara las cosas minuciosamente; siempre hacia delante, agua pasada no mueve molino.

Por eso era raro que estuviera plantada en medio de un suelo de piedra rústica en la medianoche caribeña, con un vaso de whisky en cada mano, y paralizada repentinamente por un miedo silencioso. Abigail estaba empezando a darse cuenta de que, para ser alguien que siempre se había visto como una intrépida, hasta el momento había corrido muy pocos riesgos emocionales. No estaba acostumbrada a esos picos de adrenalina que notaba cada vez que pensaba en Eliot. Durante una década Abby había mantenido una relación ardiente y llena de amor y nunca había sentido ni por un momento un terror como aquel.

Lo que sentía por Eliot le parecía peligroso.

Qué ironía. La vida rebelde que Abby había llevado con Tully de repente era como una mañana de niebla, mientras que una aventura con el ostensiblemente conservador y elegante Eliot Cranbrook le parecía un monzón.

¿La iba a besar Eliot? ¿Quería dar ella el primer paso? ¿Quería que lo diera él? ¿Sería solo por curiosidad?

Se odió un poco por pensar en Eliot así, reduciéndolo a objeto de curiosidad. Pero un momento después dejó a un lado esa leve culpa gracias al pensamiento, no menos insultante, de que a él no le iba a importar mucho a qué lo redujera si eso implicaba aunque solo fuera la mitad de las cosas que ella tenía en mente para después del beso.

El sonido de una risita en voz baja y amortiguada, que venía desde la habitación de Bronte y Max, por fin sacó a Abby de su ensimismamiento. Salió atravesando la buganvilla demasiado crecida y empezó a bajar con cuidado los escalones irregulares. Las chanclas de goma que llevaba hacían un ruidito cada vez que le golpeaban el talón mientras bajaba; tuvo que apartarse para evitar una hoja de palmera y después agacharse bajo un hibisco rosa fuera de control del que colgaban sus flores nocturnas. Por fin llegó a la arena y vio la silueta de los hombros fuertes de Eliot y detrás las suaves olas del mar, iluminado por la luna. Se quitó las chanclas sin la ayuda de las manos y sintió la fina arena bajo los pies. El leve olor del jazmín le llegó desde algún lugar a su izquierda.

El estómago le dio otro vuelco, aunque esa vez pareció producirse a cámara lenta, y su mente se embarcó en una sucesión obsesiva de situaciones potenciales: «Si se vuelve para mirarme por encima del hombro derecho, es que besa muy mal; si se vuelve para mirarme por encima del hombro izquierdo, es que besa mejor que… que nada de lo que me haya imaginado nunca; si se mete las manos en los bolsillos, es que…».

Intentó autoconvencerse de que no era más que Eliot, pero sus terminaciones nerviosas le transmitían una visión diferente. «Pero ¡míralo! —le gritó su libido—. ¡Está tremendo lo mires por donde lo mires!» Abby tenía que confesar que durante los últimos meses había adquirido el hábito sexista y muy divertido de ver a Eliot solo como un hombre-objeto. No estaba bien, se decía, pero era fácil hacerlo. Esos ojos azules tan oscuros, brillantes, alegres, soñadores; ese pelo grueso y leonino, de color caramelo pero con mechones dorados por el sol, que daban ganas de aferrarse a él como cuando te agarras a las crines del caballo al montar a pelo; esos increíbles hombros que recordaban a los de un leñador bávaro recién salido de un cuento de hadas… Todo en él irradiaba fuerza. Si había que ocuparse de algo, Eliot lo haría.

Y con habilidad.

Quería ponerle las manos encima. Quería alborotarle un poco esa apariencia tan ordenada.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado allí mirando su espalda musculosa (y deseándolo) mientras pensaba como una atolondrada que iba a ser la primera vez que besara a un hombre. Y en ese momento se sintió a la vez (e incongruentemente) muy mayor para pensar algo tan tonto y demasiado joven para hacerlo realidad… con alguien como él. Eliot era un verdadero adulto. Abigail no sabía en qué la convertía eso a ella.

Mientras estaba perdida en sus pensamientos, él se volvió y se acercó hasta ella, que aún seguía al pie de la escalera. Cuando se le acercó por la playa, Abby no se fijó en si se había vuelto hacia la izquierda o hacia la derecha, ni si llevaba las manos fuera o dentro de los bolsillos. Eliot le cogió el vaso que tenía en la mano izquierda y se lo llevó a los labios. No apartó los ojos de los de ella, pero los entrecerró un poco cuando el líquido empezó a bajarle por la garganta. Abby se quedó mirándole el cuello.

—Hum. —Levantó un poco el vaso—. Gracias por traérmelo. —Le dio una palmadita en el brazo, un gesto muy típico de hermano mayor que últimamente ella había empezado a odiar, y empezó a apartarse.

Entonces, sin pensarlo ni decidirlo de forma consciente, Abby le agarró la muñeca.

Ella medía un poco más de uno cincuenta —«Pequeñita y dulce», solía decirle su padre—, pero estaba muy acostumbrada al trabajo físico, así que tenía las manos fuertes. Eliot medía bastante más de uno noventa y era diez años mayor, pero notó bajo su mano que el pulso de su muñeca se aceleraba. Podría aplastarla, pero sentía que era ella la que lo estaba aplastando a él. La noche era clara, densa, silenciosa. Solo se oían sus respiraciones: la de él se estaba volviendo irregular, brusca; la de ella ardía al salirle por la nariz.

—¿Qué, Abigail? —Su voz era segura y poderosa, pero sonaba amable y suave.

Siempre utilizaba su nombre completo, nunca Abby ni Ab como el resto de su familia. Ella siempre se refería a sí misma como Abby. Cuando la llamaba así, a veces era como si estuviera hablando con otra persona. Al principio pensó que era porque él era mayor y paternalista, dominador, formal, tradicional y todos los demás epítetos chauvinistas que se le pasaron por la cabeza, pero con el tiempo adquirió la costumbre de mirarle la boca y los ojos cuando decía su nombre, y se fijó en que se tomaba su tiempo saboreando las sílabas y formándolas cuidadosamente con los labios, como si quisiera prolongar su placer. O tal vez el de ella.

ABBY SEGUÍA AFERRADA A SU MUÑECA, pero Eliot movió la mano lentamente para cogerle un pequeño mechón de pelo negro y ondulado entre el índice y el pulgar y se puso a frotar entre los dedos los sedosos cabellos como si estuviera acariciando la más fina de las sedas de sus fábricas de telas. Su voz sonó grave cuando habló.

—Seguramente esto es muy mala idea.

Eliot Cranbrook se había pasado los últimos seis meses obligándose a descartar la posibilidad de llegar a tener alguna vez a aquella mujer en su cama. Al principio tuvo presente la advertencia de Bronte en cuanto al desinterés de Abigail Heyworth por el género masculino. Durante un tiempo —incluso en ese mismo momento, para ser sincero— no le importó si terminaban o no en la cama; le encantaba estar con ella, aunque la relación no tuviera nada de sexual; le encantaba su chispa, su risa, su ingenio, su fuego. Y sin duda era preciosa, de esa forma salvaje y natural que nunca se veía en las pasarelas de Milán o París. Pero se estaban haciendo muy buenos amigos y últimamente no había tenido ni tiempo ni ganas de hacer amigos así. O tal vez no los había tenido nunca.

Siempre que alguien en una fiesta decía algo absurdo y él pensaba que era el único que lo había oído, al levantar la vista veía la chispa de diversión compartida en los ojos de Abigail, así que levantaba su vaso en un reconocimiento silencioso y esperaba ilusionado el rato que más tarde pasarían los dos juntos, repasando los detalles de la noche. Pero en los últimos tiempos Eliot estaba flaqueando. Había empezado a desearla. No se decidía entre el deseo de seducirla y el de preservar la relación que tenían. La seducción sería algo fácil para ambos, un arreglo pasajero; sabía que compartían el gusto por los mismos placeres en la cama, igual que ese brindis silencioso en las fiestas, y ya tenían cierto nivel de intimidad. Eliot había pasado demasiado tiempo conjeturando (a solas) cómo cambiaría la voz de Abigail al adquirir un registro más bajo por la anticipación sexual o cómo serían el grito y la risa de felicidad que él estaba seguro de que acompañarían su clímax.

En apariencia esa situación estaba bien. Todo era fácil así. Pero últimamente había surgido un traicionero hilo de necesidad que se había ido entretejiendo poco a poco entre sus pensamientos sobre Abigail. Pensaba que podría ser la mujer que lo tenía todo, su alma gemela, la compañera de sus sueños. Y el hecho de que nunca se le hubieran pasado por la cabeza (y mucho menos hubiera llegado a pronunciar) palabras como «alma gemela» y «compañera de sus sueños», sobre todo en referencia a una mujer, había obligado a Eliot a reconocer que la teoría del arreglo pasajero estaba perdiendo fuerza por momentos.

Para ser alguien que compraba y vendía empresas con una seguridad inquebrantable, lanzarse a una relación de verdad con lady Abigail Heyworth era algo que llenaba de inseguridad a Eliot. Ni siquiera era capaz de imaginarse cómo podrían hablar de ello. Sonrió al darse cuenta de que, solo con que utilizara la palabra «relación» en una frase, Abigail le respondería con su aristocrática y altanera imitación de la voz grave de su madre diciendo: «¡Oh, cielos! ¡Una relación no, por favor!».

Para Eliot en un día bueno su vida era: «Treinta y muchos. Totalmente satisfecho con su trabajo. Centrado. Triunfador». Pero en un día malo era: «Casi cuarenta. Esclavo del trabajo. Obsesionado con el negocio hasta el punto de dejar de lado todo lo demás. Vacío emocional».

Intelectualmente sabía que era imposible que alguien pudiera compensar todas las salidas que se había saltado en la autopista emocional por la que había estado transitando. Durante casi dos décadas se había dedicado exclusivamente a su carrera. Era muy improbable que un espíritu travieso, que viajaba con todo su mundo a la espalda y que todavía no había llegado a los treinta fuera la mujer adecuada para esa tarea tan titánica. El día a día de sus vidas era como el pez y la bicicleta proverbiales. Él era la bicicleta; ella, el pez. En el mundo de ella, él no tenía ninguna cabida. Ella era rápida y escurridiza. Él era metódico, seguro, un mecanismo bien engrasado.

Ella lo miró expectante.

—¿Crees que podrías darme un beso, Eliot?

Vio que se ruborizaba y percibió una necesidad urgente en su voz. Y él se quedó allí así, frotándole metódicamente el mechón de pelo entre los dedos mientras en su mente se libraba una batalla feroz. Nunca habría predicho que sería necesario que ella llegara a pedírselo, pero aun así dudó.

Abby de repente sintió vergüenza.

—Bueno, no hace falta si no quieres…

Sus ojos volvieron a clavarse en los de ella, y la fuerza de esa mirada la detuvo y no le permitió acabar la frase.

—Oh, claro que quiero —afirmó Eliot, pero no se movió.

Una parte de él quería olvidarse de todo. A esa parte no le importaba si solo iba a tenerla esa noche, si iba a verse obligado a empezar a hacer viajes inesperados a los campos de refugiados de Uganda o a las granjas orgánicas de Australia, o si sus futuras visitas a Sarah y Devon se volverían algo incómodas después de esa frívola transgresión. Esa parte de él quería satisfacer esa curiosidad insana de una vez por todas. Después de todo, solo era una chica más. Podría tener a cualquier modelo de pasarela en París o a cualquier joven aspirante en Milán. Abigail no era más que un picor que podía rascarse. Tal vez el tiempo de la contención caballerosa ya había quedado atrás.

Pero en ese momento se dio cuenta de que quería mucho más que un revolcón en la playa o una sucesión de encuentros casuales aquí y allá. Las palabras de su madre resonaron en sus oídos: «Un buen comienzo hace un buen final».

Y quería tener a Abigail Heyworth al final. No solo a ese duendecillo ansioso con cierta curiosidad fugaz que le estaba agarrando la muñeca derecha en ese momento, sino a toda la mujer que había detrás.

Le apartó con cuidado el mechón de pelo que había tenido entre los dedos, dejó que estos siguieran el contorno suave de su oreja mientras lo hacía, y después —todavía con la mano de ella rodeándole la muñeca, guiando y a la vez entorpeciendo su movimiento— por fin le tocó la pálida y perfecta piel del cuello con la yema del pulgar. Sintió que lo recorría un relámpago y a continuación una fuerte tensión que se instalaba en su abdomen: puro deseo.

Abby le apretó la muñeca, como si protestara.

—No me vas a besar, ¿no?

Eliot apartó la mano de su cuello y ella le soltó la muñeca.

—No creo que sea una buena idea. Somos excelentes amigos y…

—¿Me tomas el pelo? Creía… —Abigail se puso roja por la vergüenza. Y entonces apareció la furia—. A ti te pasa lo mismo que a mí. Lo veo, Eliot. No soy tonta. Dios, justo ahora, cuando me has tocado el cuello, lo he sentido desde los folículos del pelo hasta la punta de los pies. Y tú también. ¿Qué es lo que haces? ¿Es que estás intentando convertir esto en algún tipo de juego estúpido?

—Ya sabes que no me gustan los jueguecitos, Abigail.

Permaneció calmado, observándola detenidamente.

—¡Lo sé! ¡Por eso esto resulta tan irritante!

Eliot dio otro sorbo a su whisky.

—¡Joder! —añadió Abigail, pero ya se estaba riendo a pesar de su enfado—. No te quedes ahí bebiéndote el whisky como si estuviéramos comentando lo que ha pasado en la boda. Por cierto… ¡Oh, cielos! ¿Has visto a la madrastra de Sarah? Pero ¿qué llevaba puesto?

Eliot sonrió, le rodeó los hombros con el brazo y la llevó hacia donde las olas lamían la orilla para alejarla de toda esa pasión descontrolada.

—En la industria de la moda lo llamamos «atrocidad».

Abby se echó a reír y la sonrisa de Eliot se volvió más amplia, como siempre ocurría cuando ella dejaba escapar una de sus carcajadas. Se sentía aliviado porque había conseguido no hacer una declaración de sentimientos, aunque esa situación volvería a darse antes o después y no podría evitarla. Pero debía andarse con cuidado con lo que decía para no asustarla. Demonios, él ya se estaba asustando y tenía diez años más que ella.

—Oh, todo el mundo piensa que eres muy buenecito, Eliot, pero eres tan cruel como los demás. —El humor había desaparecido de su voz. Suspiró y miró al mar—. Se suponía que íbamos a tener un poco de sexo salvaje en la playa o algo por el estilo, cariño. ¿Qué voy a hacer contigo ahora?

«Te vas a casar conmigo», pensó Eliot.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo en cambio.

—Tienes razón. Se me ocurrirá. —Resopló y lo miró con una sonrisa torcida—. Pero lo cierto es que tenía ganas de besar por primera vez a un hombre de verdad. ¿Estás seguro de que no quieres aceptar el desafío?

Parecía decirlo en broma, pero Eliot vio el chisporroteo de deseo bajo la superficie de su frivolidad. Y eso solo lo convenció aún más de que no quería ser ese primer hombre. Quería ser el último. También quería que Abigail Heyworth lo deseara a él, a Eliot. Tal vez era egoísta por su parte, pero quería que ella lo conociera (y lo deseara) todo de él, toda su crueldad y su bondad.

—No estoy seguro de que estés preparada para el tremendo magnetismo y poder que produce un beso de Eliot Cranbrook —dijo en tono de broma—. Hay que estar a la altura para ese tipo de supremacía.

Ella rió de nuevo, y empezó a dar saltitos y puñetazos al aire como una boxeadora.

—Tengo que estar en forma, ¿es eso lo que quieres decir, cariño?

Dios, cuando lo llamaba «cariño» así, sin darle importancia, tenía un efecto tan poderoso en él como su enorme vitalidad y exuberancia.

—Sí, «cariño». Ejercicios de labios. Giros de lengua. Estiramientos de mandíbula. Tienes que estar en las mejores condiciones.

Ella dejó caer los brazos y lo miró con fingida inocencia y los ojos como platos.

—¿Me deseas, Eliot?

Maldita mujer.

—Ya sabes que sí, Abigail.

—Estás como una cabra, ¿lo sabías? Básicamente te he confesado que puedes tenerme y me has dicho que no.

—Yo diría que eso no es exactamente lo que ha pasado.

—Eres imposible. —Le cogió la mano y los dos se pusieron a caminar bajo el cielo caribeño lleno de estrellas. Abby le apretó un poco la mano—. Pero me gustas a pesar de todo.

—Tú también me gustas, Abigail.

—Oh, pues adelante. —Ella le hacía balancear el brazo mientras paseaban—. ¿Qué es lo peor que podría pasar? Intentémoslo.

—Ni siquiera sé lo que significa eso. ¡Podrían pasar muchas cosas! —Eliot rió—. ¡Podrían pasar muchas cosas «peores»! —En ese momento fue él quien le apretó la mano para llamar su atención—. ¿Y si no quieres que volvamos a ser amigos? Sé que suena un poco inmaduro, pero puede pasar.

—Oh, bueno, si te vas a poner así de sensiblero, supongo que tendré que decirte que tienes razón. Seguiremos siendo amigos por ahora.

Se sintió más que tentado de apretarla con fuerza contra él y dejar que sus manos por fin recorrieran la dulce curva de aquellas caderas y aquel trasero que llevaba meses admirando —cuando ella iba a caballo o en biquini, cuando él le arrimaba la silla en las cenas—, pero se contuvo al darse cuenta con una certeza heladora de que su lujuria era lo último que le iba a servir para conquistarla. Conquistarla de verdad. Estaba claro que era ella la que buscaba un arreglo pasajero, cosa que a él no le interesaba ser.

Y de repente se sintió muy alegre. La iba a conquistar. Era una idea práctica que podía llevar a cabo. Era el mejor en eso. Podía ser solícito, atento, amable y conciliador, pero también sabía competir, así que se iba a concentrar en ello. Y después lo haría. Estaba muy cerca. Eliot sabía cómo conseguir lo que se proponía. Había adquirido empresas enteras y descubierto espías industriales, así que solo tenía que aplicarse a la tarea: podría convencer a esa mujer. Su mundo estaba lleno de mujeres hermosas —modelos, diseñadoras, abogadas—, pero esta era la primera vez que había sentido esa ola de feroz convencimiento.

Tenía un plan.

Le dio unas palmaditas en el brazo como si fuera su entrenador, un gesto que ella había empezado a odiar, y después un igualmente irritante beso platónico en la mejilla.

—Creo que es hora de que te vayas a la cama. —Su sonrisa era genuina; Abigail odiaba que se mostrara condescendiente.

Todo aquello iba a ser delicioso. Ella se resistiría, pero al final sería suya. Seguramente no sería pronto, pero con el tiempo llegaría. Y él era un hombre muy paciente.

—Te acompaño a la villa —dijo dirigiéndola hacia el lugar de donde venían.

—¿Te quieres librar de mí? —preguntó molesta.

—No… «Pero a ver si quedamos» —dijo imitando un acento muy artificial de una película tonta que a los dos les encantaba.

—Pero qué raro estás.

—No, no estoy raro. Es solo que no quiero pasarme el resto de la noche paseando de la mano y preocupándome por «el futuro», como si fuéramos una pareja de adolescentes a punto de graduarse en una película de John Hughes, cuando estamos aquí, con esta noche tan hermosa y bajo este cielo espectacular.

—Pues sentémonos un rato —sugirió Abigail.

—Está bien.

Abby se sentó con las piernas cruzadas en la arena recogiéndose la ligera falda india de algodón alrededor de las rodillas y se dio unos golpecitos en el regazo.

—Ven aquí.

Eliot la miró con escepticismo.

—¿Me dejas tocarte un poco, ya que no me vas a dar un beso?

—Eso, tú mete el dedo en la llaga. —Eliot sonrió, se sentó en la playa delante de ella, apoyó la cabeza en su regazo y se puso a mirar el cielo nocturno más allá de la curva de su mandíbula—. No tengo ningún inconveniente en que me toques… ni en que hablemos.

Ella sonrió y dejó su whisky sobre la arena.

—¿De qué quieres hablar? —le preguntó a la vez que empezaba a masajearle el cuello y la cabeza.

—Dios, qué bien. —Dejó que se le cerraran los ojos y después volvió a abrirlos un poco, disfrutando de su imagen mientras lo acariciaba—. De cualquier cosa. Dime lo que quieras. Me puedes leer incluso la lista de la compra… Me encanta el sonido de tu voz. Lo que es genial teniendo en cuenta que pronto voy a pasarme horas hablando por teléfono contigo, estés donde estés, y disfrutando del sonido de esas expresiones británicas tuyas tan remilgadas.

—Eliot, no tengo móvil. Ya lo sabes.

—Ese es un inconveniente que está en vías de solucionarse ahora mismo. He pedido a mi ayudante que te envíe uno desde Miami. Deberías tenerlo en tu habitación mañana a primera hora.

Ella rió ante su arrogancia.

—Me puedo comprar un teléfono si quiero, Eliot. Pero prefiero no tenerlo.

—Lo sé. Eres un espíritu libre y todo eso. No tienes que contestar si no quieres. Piensa que es una lata con una cuerda que conecta tu cuarto con el mío a través del patio de nuestras casas. Y yo soy el chico libidinoso de la casa de al lado que observa la ventana de tu dormitorio por la noche.

Abby le tiró del pelo.

—Ay. —Aunque se quejó, le gustó cómo lo estaba tratando.

—Pero entonces podrá llamarme mi madre —respondió Abby—. Y Max y Devon, y me llenarán el buzón de voz.

—No lo harán.

—¿Qué? Claro que lo harán. ¿Por qué crees que me he pasado los últimos diez años recorriendo los confines del mundo? Y sin teléfono móvil. Mi familia puede ser muy entrometida.

Abby sonrió, y Eliot pensó que habría caído en la cuenta de que su familia era tan entrometida porque la querían y que tal vez eso no fuera tan malo. Y entonces fue él quien sonrió al pensar en lo incómoda que la iba a hacer sentir tanto amor. Porque Eliot tenía intención de quererla con locura.

Ella dejó de masajearle la cabeza cuando vio su expresión.

—¿Por qué te has puesto tensa otra vez? —preguntó él.

—Porque me das mucho miedo cuando pones esa cara, Eliot.

—No es posible. Solo soy arcilla en tus manos.

—Eso es lo que me da miedo. Se supone que eres un intimidante presidente de una empresa y un gilipollas presuntuoso, y yo tendría que poder sacarte de mi mente sin la más mínima dificultad. Es preocupante.

Él se echó a reír otra vez.

—Pareces mi madre —dijo Eliot dejando de reír—. Ella me dice que soy demasiado complaciente, demasiado conciliador. Por si te sirve de algo, aunque soy un cabrón en los negocios, no me gusta intimidar a la gente en mi vida privada. Pero tú… No pudieron elegir mejor nombre para ti, oh indomable hija de Nabucodonosor…

No pudo hacer otra cosa que sonreír ante la idea de Abigail, la guerrera, y Eliot, el pacificador, intentando encontrar un lugar en el mundo.

—Sé lo que quieres decir, pero seamos realistas… —Abby negó con la cabeza otra vez—. Tú vas por ahí en limusinas con chófer y con trajes de Danieli, y yo conduzco un destartalado Morris Minor y me compro la ropa de segunda mano en Oxfam. No hacemos muy buena pareja. Deberíamos tontear un poco para quitarnos esto de la cabeza y ya está.

—El hecho de que sepas que mis trajes son de Danieli demuestra que tu destartalado Morris Minor es una reliquia y que esos trapos de Oxfam no son más que pura farsa.

—¡No son pura farsa!

Él enarcó una ceja escéptica.

—Vale, puede que sean «un poco» farsa —reconoció Abby—. Pero el hecho de que tú seas el presidente de Danieli-Fauchard y yo haya elegido abandonar el absurdo mundo de *haute couture* de mi madre, y también tuyo, seamos sinceros, debería ser un pequeño detalle a considerar.

—Me encanta cuando te pones así de pedante. —Eliot movió la cabeza en su regazo como insinuación de que retomara su actividad anterior.

Ella volvió a acariciarle el cuello y siguió con la letanía de dificultades de su potencial relación.

—Eres demasiado mayor.

—Bueno, eso no podemos cambiarlo y es bastante mezquino por tu parte mencionarlo.

Abby le sujetó la cabeza con fuerza entre las palmas.

—¡Eliot Cranbrook, eres imposible!

—Y tú también. Por eso te he conseguido un teléfono.

—Vale. Explícame cómo funciona ese teléfono mágico a través del que no me van a llegar llamadas de mi madre.

Eliot sonrió.

—Te lo traerán aquí mañana por la mañana. Puedes cogerlo o no, como quieras. He hecho que lo programen para que solo reciba llamadas de un número: el mío. A eso me refería cuando te he dicho que nadie de tu entrometida familia lo va a aprovechar para molestarte. Y, para que te dé aún más miedo, le he activado un dispositivo GPS, así que si lo llevas contigo y encendido, sabré dónde estás. Si quieres privacidad, apágalo.

Todo eso rayaba en el acoso, pero estaba claro que a su parte más traviesa y libidinosa le encantaba la idea de que él ya hubiera empezado a planear su concienzuda persecución.

Bajó la vista para mirarlo a la cara con un mohín de decepción.

—Tal vez tengas razón con eso de dejar la conversación sobre «nosotros» por ahora.

—¿Eso es lo que estamos teniendo? —Eliot sonrió—. ¿Una conversación sobre «nosotros»? ¿Es que hay un «nosotros»? —En ese momento estaba claro que se estaba riendo de ella.

—Levántate, bestia parda. —Abby le dio un apretón en los hombros y los dos se levantaron.

Caminaron por la arena en un silencio cordial durante unos minutos, hasta que ella lo rompió.

—Como parece que no estamos de acuerdo en el tema del sexo en la playa, ¿qué te parece si hablamos de mi futuro? ¿Qué crees que se me daría bien, Eliot?

—Seguro que sacarías pingües beneficios con esa idea del sexo en la playa…

Ella cruzó la pierna izquierda por detrás de la derecha y le dio una patada en la parte de atrás de la espinilla.

—¡Ay!

—¡Te acabo de decir que a ti te lo daría gratis, estúpido! —exclamó.

—Ese es un modelo financiero muy malo…

—¡Vale ya! —Se echó a reír algo frustrada, pero él se dio cuenta de que estaba aliviada de que volviera a ser el Eliot bromista de siempre.

—Está bien. —Suspiró con una fingida resignación—. Dejo ya dejo de tomarte el pelo y vuelvo a ser tu querido amigo Eliot. ¿Qué se le daría bien a Abigail? Es atractiva, encantadora y una defensora de los pobres. Tiene un corazón puro, amable y democrático, y no le da miedo ensuciarse las manos. Monta a caballo a la perfección, odia los fingimientos…

—¡Basta! —Volvió a reír—. No soy ninguna de esas cosas. Soy una mujer incoherente, incomprensible y extravagante. Mi currículum parece la tormenta de ideas de un adolescente inestable: granjera, pocera, defensora del ecologismo… —Suspiró y susurró—: Y heredera.

—Y también hermosa. Y elegante —añadió Eliot en voz baja.

Abigail odiaba cuánto le gustaba oír esos halagos serios y atemporales que salían de una forma tan natural de los labios de aquel hombre. Sabía que debería tener más cuidado con ese ejecutivo cuya vida era un estudio capitalista sobre la comercialización de la elegancia y la belleza. Pero… se derretía cuando le decía esas cosas a ella, sobre ella.

—Así no me ayudas —respondió.

—Vale, lo intentaré otra vez. ¿Por qué no vamos descartando cosas que no quieres? Simplemente contesta sí o no sin pensar. Vamos a ver… ¿Trabajo en una oficina de nueve a cinco?

—No.

—¿Londres?

—Tal vez.

—¿Nueva York?

—Creo que no, pero quizá sí, si se tratara del trabajo adecuado.

—¿París?

—Sí.

—¿Ginebra? —La esperanza que había en esa pregunta hizo que su tono de voz subiera una octava.

—¡Eliot! ¡No me voy a ir a Ginebra solo porque tú vives allí!

—Bueno, ¿y por qué no? Hay razones peores.

—Vale, Ginebra, tal vez… Allí hay más ONG per cápita que en ningún otro sitio. Supongo que La Haya tendrá más, pero me parece que debe de ser un sitio muy aburrido. Amsterdam o Barcelona me dan la sensación de ser más divertidas.

—Vale, hemos reducido las opciones a Ginebra…

Volvió a darle una leve patada en la parte de atrás de la pierna.

—De acuerdo, lo hemos reducido a una ciudad cosmopolita y divertida en Europa. Barcelona, Ginebra, París, Londres. Bien. Ahora vamos con los detalles. ¿Estás totalmente comprometida con todas esas chorradas medioambientales?

Ella le soltó la mano y se plantó delante de él.

—¿Ves? ¡A eso me refería! —Le clavó el dedo índice en el pecho—. No son chorradas y, sí, estoy muy comprometida con ellas.

Él le agarró la mano acusatoria y se la llevó a los labios para darle un beso galante en los nudillos.

—Discúlpame, Abigail.

Ella puso los ojos en blanco e intentó apartar la mano.

—Perdóname, por favor —añadió con sinceridad.

—Bueno, tu disculpa está bastante bien, así que supongo que te perdono. Pero basta ya de charla despreciativa sobre la ecología. Me recuerdas a Max de la peor forma posible.

Entrelazó los dedos con los de ella y siguieron caminando por la playa solitaria. Eliot volvió a hablar.

—Vale, algo que sea muy importante y que tenga impacto, que sirva para salvar el mundo.

Ella rió a pesar de todo.

—Vale, sí. Me gustaría hacer algo que ayudara a la gente. No quiero ser la Madre Teresa ni nada por el estilo. Y, para ser totalmente sincera, no estoy segura de que la lucha medioambiental sea mi fuerte. Me interesa más defender los derechos de las mujeres y los niños o algo que tenga más que ver con humanos… —Se volvió para mirarlo—. Sueno ridícula.

—No, nada de eso. Ya sé a qué te refieres. Es tu vida. Elige algo que te conmueva, alguna injusticia que te resulte atroz, que te parezca tan indignante y flagrantemente inconcebible que tengas que hacer algo para evitarla.

—Pues no eres tan insensible como parecías… —Sonrió al decir eso y su voz adquirió un tono serio—. Acabo de leer un artículo sobre una chica a la que su propio padre enterró hasta el cuello bajo el gallinero y la dejó morir. Y todo por haberle dado un beso a un chico. Imagínate si hubiera sido una chica…

Abby intentó contarlo como una broma algo macabra, pero se le encogieron las entrañas ante tamaña locura. Eliot le rodeó los hombros con el brazo y le dio un apretón de ánimo. A ella se le cerró la garganta y sintió una gran presión detrás de los ojos.

—No te preocupes, Abigail. —Eliot se acercó y le dio un beso en la cabeza—. Ya sabes lo que quieres hacer.

—Supongo que sí. Pero tengo miedo. Y me siento culpable.

—¿Culpable? ¿Por qué te sientes culpable?

—Supongo que es ridículo, pero yo estoy aquí, rebelándome contra las críticas eufemísticas de mi madre sobre mi relación con Tully, contra sus cejas maternales enarcadas, por Dios, y esas mujeres están luchando por su vida y tienen que huir o soportar torturas. ¿Quién soy yo para ofrecerles mi estúpida e insignificante ayuda?

—No me voy a meter en ese hoyo contigo. Vete a Londres o a Ginebra o a donde quieras y ponte manos a la obra, Abigail. Ya has pasado bastante tiempo, como tú dices, dando demasiadas vueltas a las cosas, así que ahora tienes que ponerte con la realidad de ayudar a la gente. ¿Quieres trabajar para una organización grande? ¿Quieres ser voluntaria de campo? ¿Quieres empezar algo por tu cuenta?

—No lo sé… Necesito ayuda. Hay tanto… tantos recursos a mi disposición… Es indecente.

—Abigail. —La voz de Eliot sonaba impaciente.

—Vale, vale, será mejor que deje la culpabilidad de niña rica a un lado… por ahora. Pero lo que quiero decir es que no sé por dónde empezar.

—Sé que crees que yo soy la mano del capitalismo y todo eso, pero Danieli-Fauchard ya colabora con varias organizaciones que defienden los derechos de las mujeres. Por ridículo que pueda parecerte, la historia de la moda y los derechos de las mujeres han ido siempre felizmente de la mano. ¿Por qué no te reúnes con alguno de nuestros contactos en Londres? No tengo intención de obligarte a nada haciendo llamadas. Pide a Bronte que las haga por ti si quieres. Seguro que ella conoce a todo el mundo.

—¿Estás intentando protegerme? —preguntó Abby queriendo sonar molesta, pero le pareció que la idea no estaba mal.

—Creo que sigo fantaseando con la posibilidad de que te mudes a Ginebra, pero sí, me conformaré con estar pendiente de ti.

Eliot le dio otro beso en la cabeza, y ella empezó a preguntarse por qué no la besaba en los labios. Sintió calor por todo el cuerpo al pensarlo.

Entonces lo entendió. Él no se iba a conformar con nada que se pareciera siquiera a un rollo pasajero. Esa vez sí que se había metido en un buen lío. Por un lado quería que le arrancara la ropa allí mismo, en la playa, y que la dejara jadeando y satisfecha, con la ropa rasgada y los músculos cansados. Totalmente saciada. Pero por otro lado entendió que era ella la que iba a tener que, si no iniciar, al menos dar pie para que en el futuro hubiera ropas rasgadas, jirones y jadeos. Él no iba a permitirle que lo tuviera parcialmente, pero ella no estaba segura de querer todo el paquete emocional.

Eliot debió de notar el cambio de alguna forma, porque le soltó la mano de repente.

—Creo que será mejor que nos vayamos a la cama ya, Abigail —dijo sin aliento y con una extraña falta de convicción.

Ella lo miró; los dos estaban embargados por la misma mezcla de deseo y miedo.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Me acompañas?

—Claro.

Le cogió la mano con una eficiencia pragmática. Aunque un deseo ardiente había surgido entre ellos minutos antes, lo había reprimido y su mano era en ese momento como la cabeza de un bastón o un pasamanos: nada más que un objeto. Pero ella se la cogió de todas formas, agradecida. Él fue delante subiendo los escalones irregulares desde la playa hasta las villas que había sobre el acantilado.

Cuando el camino era lo bastante ancho, ella caminaba a su lado percibiendo el calor de su cuerpo y aquel olor profundo que le llegaba hasta la nariz y la atravesaba. Una rama suelta de buganvilla le arañó el brazo desnudo. Le sentó bien el arañazo sobre la piel suave; era algo que servía para despertarla de su aletargamiento. Cualquier cosa era buena. Un corte. Un pellizco.

No volvieron a hablar hasta que estuvieron ante el arco sin puerta de la entrada de la villa que Abigail compartía con Max y su pequeña familia.

—¿Quieres entrar? —preguntó Abby.

—Creo que no debería. Tengo que irme temprano a Miami. —La miró—. Oye, ¿por qué no te vienes?

—¿Qué?

—No importa.

—¿Por qué iba a ir a Miami?

—Tienes razón. Ha sido una estupidez. Se me ha ocurrido que podríamos pasárnoslo bien. No tengo muchas ganas de estar solo.

—Seguro que no estás solo —contestó Abigail.

—Ya sabes a lo que me refiero. —No era capaz de decirle abiertamente que ya la estaba echando de menos cuando todavía estaba delante de él—. Mándame un mensaje o llámame cuando quieras verme y veré lo que puedo hacer. —Se acercó y le dio un beso dolorosamente tierno en la base del cuello, seguido de un brevísimo beso en los labios, más bien una caricia. Abigail se acercó buscando más, pero él ya se había apartado—. Eso es todo por ahora, me temo.

Abigail sintió una fuerte reacción entre las piernas. «¿Por qué? —le gritó su cuerpo—. ¿Por qué es eso todo por ahora?» Pero se quedó allí de pie, mirando su hermosa cara, con el pelo alborotado, el botón superior desabrochado y una pizca de arena en el hombro, y supo que Eliot tenía razón. Eso era todo lo que podía haber por el momento. Él lo quería todo. Y ella no tenía ni idea de lo que quería.

Apoyó la palma en su mejilla, lo miró a los ojos y se dio la vuelta para entrar en la villa. Después oyó sus pasos alejarse hacia el mar y desde ahí, en solitario, hasta su hotel en la playa.

Como le había prometido, la amable ama de llaves de Moonhole llamó cautelosamente a su puerta a las siete de la mañana. Tenía una pequeña bolsa blanca en la mano del «señó Eliot» para «lady Abigail». Una hora después todavía no había sacado el iPhone último modelo de su elegante caja blanca. En vez de eso lo metió en su mochila, sin abrir siquiera y con una fingida falta de interés, se la echó al hombro y se reunió con Max, Bronte y Lobo en el porche de la villa. Era domingo y, aunque aún era temprano, el sol del Caribe ya brillaba y calentaba.

—¿Todo listo? —preguntó Max.

—Creo que lo llevo todo —respondió Abby.

Cogieron un taxi hasta la pequeña ciudad costera de Port Elizabeth y después un taxi acuático hasta Mustique, donde la madre de Abigail (más conocida como Sylvia, la duquesa viuda de Northrop) se alojaba en una «verdadera» villa que al menos se acercaba a su idea de un lugar aceptable para alojarse. El hermano recién casado de Abigail, Devon, y su mujer, Sarah James, se iban a quedar en Bequia a pasar la luna de miel y no volverían a Londres hasta dentro de dos semanas, como mínimo.

A las diez en punto de la mañana, la duquesa viuda, Abigail, Max, Bronte y Lobo estaban acomodados en el relativo lujo del jet privado de Sylvia. Realmente no era de la duquesa viuda en su totalidad; solo poseía una sexta parte y lo utilizaba con muy poca frecuencia, en ocasiones como aquella en las que, de otra forma, el viaje requeriría varios cambios de avión poco convenientes en aeródromos recónditos de países del tercer mundo. Abigail y su madre se sentaron mirándose, una a cada lado del pasillo, en el primer grupo de cuatro asientos, y dejaron que Max, Bronte y el bebé se acomodaran en los cuatro que había cerca de la cola de aquel fuselaje tan estrecho.

Tras lo que Abigail llamaba, con cierta vergüenza, «la seducción que nunca se produjo» y muy pocas horas de sueño intermitente, con la mejilla ardiente a punto de hacer un agujero en la fresca funda de la almohada en la villa de Moonhole, a Abigail no le costó nada quedarse dormida en cuanto el pequeño avión alcanzó la altitud de crucero. No había gran cosa para distraerse además, porque su madre tenía muy poco que decir a Max y mucho menos a Bronte. En algún momento esas tres personas habían abandonado el hábito de comunicarse con normalidad, aunque felizmente Lobo estaba convirtiéndose en un punto de unión.

Abigail, a diferencia de su hermano mayor, estaba empezando a ver a su madre como un adulto más y no como la desagradable y poco cariñosa matriarca de su infancia. No sabía si alguna vez sentirían una genuina afinidad la una por la otra, pero por el momento Abby se sentía agradecida por que se hubiera producido cierto deshielo. Las últimas veces que había ido de visita a Londres se había quedado en Northrop House, la casa de su madre en Mayfair, que era enorme. Abigail había asumido que esas visitas serían pocas y muy tensas, pero resultó que su madre viuda agradecía la compañía y hacía el esfuerzo de encontrar huecos en su agenda en las ocasiones en que su hija pequeña visitaba la ciudad.

Sus intereses eran diametralmente opuestos (las grandes pasiones de Sylvia eran la ropa, los zapatos y la decoración de interiores), pero en los últimos tiempos Abigail tenía la sensación de que su madre estaba intentando salvar la brecha generacional (o más exactamente, el abismo filosófico) que separaba a madre e hija. Casi por accidente habían adquirido la costumbre de ir a los conciertos de la BBC los lunes a la hora del almuerzo en Wigmore Hall.

La música era una pasión que compartían. A su madre pocas veces la conmovía algo, lo cual a Abby le parecía casi aterrador, sobre todo porque a ella parecía resultarle inevitablemente conmovedor todo lo que la rodeaba. Pero la música tenía su efecto sobre la duquesa. Durante los conciertos, Abigail había cogido la costumbre de mirar con disimulo a su madre; solo entonces podía entrever a la mujer real, la persona de verdad, libre de compromisos y restricciones sociales. Toda la vida de Sylvia había sido una serie de objetivos a corto y largo plazo, y después, a su debido tiempo, de logros. Lady Abigail, en uno de sus más profundamente arraigados desafíos a la autoridad maternal —y tal vez el que suponía su mayor fracaso—, siempre se había esforzado por evitar cualquier tipo de objetivos o logros.

Despertó con el cuello torcido en un ángulo incómodo mientras sobrevolaban alguna zona del océano Atlántico. Su madre estaba trabajando en silencio en una labor de bordado de punto Bargello que a Abigail le resultó conocida. Le sonaba de unos veinte años atrás.

—¿Cuánto tiempo llevas con esa labor, madre?

—Creo que me hice con el patrón cuando estaba embarazada de ti.

—¿Y por qué no la has acabado todavía? —preguntó Abigail con una risita.

—Así sé que siempre voy a tener algo que hacer durante los viajes largos en avión. No necesito otro cojín, la verdad, necesito algo en lo que ocupar el tiempo mientras viajo.

Abigail se tapó la boca para bostezar y miró por la ventanilla oval al brillante océano que tenían debajo.

Miami.

Solo… Miami.

Dejó que se le cerraran los ojos unos segundos mientras recordaba la invitación de Eliot para que fuera con él a Florida.

—¿Has visto a ese Eliot tan encantador después de la boda?

MALDITAS MADRES. SIEMPRE SABÍAN lo que estabas pensando. Abigail casi cedió al deseo momentáneo de mentir, aunque solo fuera para proteger su privacidad, pero le pareció que estaba mal. Y Eliot, bueno…, el corazón le dio un vuelco al pensar en él, y no había nada malo en ello. Una mentira habría sido una especie de falta de respeto hacia él.

—Sí que lo he visto.

—¿Ah, sí? —La aguja de su madre se paró en el momento de atravesar la tela, a medio camino.

—Sí, madre, vi a Eliot ayer por la noche. Pasó a despedirse.

—Bueno, volverás a verlo, estoy segura.

—¿Estás segura? —repitió Abigail.

Su madre rió con una frivolidad que no era propia de ella.

—Me sorprende que no te hayas andado con rodeos para responder a mi pregunta.

—Sé que piensas lo peor de mí, desde hace muchos, muchos años —dijo Abigail con una sonrisa genuina y un tono muy teatral en la voz—, pero yo nunca he sido una persona aficionada a mentir… De hecho, recuerdo un tiempo en el que deseabas que mintiera, aunque fuera solo un poco, cuando tus amigas me preguntaban si estaba saliendo con alguien. Hacías una mueca de terror siempre, anticipando la respuesta.

La duquesa había vuelto a centrar su atención en la labor y tenía los labios fuertemente apretados.

A pesar de eso, Abigail continuó. Tal vez un largo viaje en avión era justo lo que necesitaban para zanjar antiguas rencillas familiares. Así nadie podía salir escopeteado, dejando la conversación a medias (y vivir para contarlo).

—¿Madre?

—Sí, cariño… —Seguía teniendo los ojos fijos en su labor.

Abigail suspiró y miró por la ventanilla. ¿Le importaba lo que su madre pensara de Eliot? Estaba tan acostumbrada a su desaprobación que una aprobación en este caso podía ser aún más desalentadora.

—¿Qué te parece Eliot?

La mano de la aguja se quedó quieta. La duquesa viuda de Northrop pareció desaparecer durante unos instantes y una simple madre miró a los ojos a su hija pequeña —más conocida como su «última locura maternal»—, pero un segundo después esa madre se desvaneció. Cuando habló, escogió sus palabras con cierta maldad.

—¿Desde cuándo te importa lo que a mí me parezca?

—Déjalo…

—No. No debería haber dicho eso. Es que… Bueno, me has sorprendido. Déjame pensar.

A Abigail le pareció que su madre acababa de disculparse, pero eso era algo, si no imposible, altamente improbable.

Sylvia siguió pensando con las manos apoyadas delicadamente en su regazo entre hilos y pliegues de tela.

—Me pones en un compromiso, Abigail.

—¿Qué quieres decir?

—Si digo que me gusta, eso lo convertirá en mucho menos atractivo para ti, me temo. Y si digo que no me gusta, eso hará que te parezca mejor, pero… te mentiría. —La sonrisa de su madre era agridulce.

—Mejor dejemos a un lado la perversa naturaleza de cómo tu opinión puede condicionar mi respuesta y simplemente… analicémoslo en abstracto, por así decirlo. ¿Te parece que es encantador, inteligente, demasiado hablador… o qué?

Sylvia ensanchó su sonrisa.

—Creo que es simplemente divino, Abigail. —Miró al final del pasillo para asegurarse de que Bronte, Max y Lobo seguían durmiendo y cuando estuvo segura de la privacidad de la conversación continuó—: Sé que los hijos siempre se horrorizan al oír hablar a sus padres de su intimidad marital o como se llame en estos tiempos, pero Eliot me recuerda a tu padre en ciertas cosas…

—Genial… —Abigail cruzó los brazos y puso los ojos en blanco.

—¡Abigail, no tienes que convertirlo todo en un tema sórdido, posfeminista y edípico que merecería toda una tesis! —Sylvia mantuvo la voz baja, pero el poder que había tras sus palabras golpeó a Abigail como una fusta de montar.

—Perdón, continúa.

—Está bien. Sigues con tu vida asumiendo felizmente el malentendido de que yo desapruebo tu «estilo de vida». —La mujer hizo un gesto circular con la mano que tenía libre, como si ese estilo de vida tuviera poca importancia.

—No creo que haya ningún malentendido, madre. —Entonces fue el tono de Abigail el que se volvió más tenso—. Tú básicamente me ignoraste durante la mayor parte de mi infancia y después me has tratado con un frío desdén en la juventud. Y ahora que ya no vivo con una mujer… —Su madre apartó la mirada, como siempre hacía cuando surgía el tema de su relación con Tully—. De repente empiezas a mostrar interés, ¿por qué? No es posible que lo haya entendido todo mal a lo largo de mi vida.

El silencio se alargó, provocando un vacío incómodo y palpable. Tal vez no era tan buena idea sacar a colación en el reducido espacio de un avión las discusiones entre una madre y una hija que se habían evitado durante mucho tiempo. De repente su madre la miró, la miró de verdad, y Abigail vio lo profundos que eran su dolor y su confusión.

—¿Qué te ocurre, madre? —preguntó sintiendo lástima.

La mandíbula de su madre se tensó y se relajó; abrió la boca para hablar y después la cerró. Abigail dejó que se tomara su tiempo.

—Tienes razón, claro. Yo nunca estuve hecha para ser madre. No me educaron para eso. Mi madre me entrenó, literalmente, para ser la mujer de un aristócrata, y eso es lo que era. Solo… —Evitó la mirada dura de su hija, pero se recompuso y volvió a mirarla—. Solo hice lo que se ha estado haciendo durante generaciones. Después de que naciera tu hermana Claire, creí que podría ser maternal. Quería abrazarla, estaba deseando sentir el contacto de su piel, el olor a leche de su cuello, acariciarle el pelo sedoso… —Su voz se fue apagando como si estuviera contando un sueño; sin embargo, un momento después volvió a ser firme—. Pero no era así de fácil. Era muy joven. Y mi madre no dejaba de decirme que mi marido siempre debía ser mi prioridad; los niños tenían niñeras, institutrices y tutores, pero un hombre solo tenía una mujer. La creí y además estuve encantada de hacer lo que me decía. Adoraba a tu padre. Supongo que eso nunca lo has entendido mal.

Abigail negó con la cabeza en un reconocimiento culpable.

—No, de eso nunca hubo duda —dijo, y se obligó a tragarse la respuesta inmadura de que, en medio de todo ese amor por su marido, también podía haber dedicado unas gotitas de cariño a sus hijos necesitados.

—Y después, cuando tú empezaste a relacionarte con Tully, pensé que ya estabas fuera de mi alcance. Creí que no te conocía. —Abigail abrió la boca para protestar, pero su madre levantó una mano para detenerla—. Deja que me explique. Quiero decir que me di cuenta de que nunca te había conocido, no que el hecho de que eligieras a Tully me hiciese pensar que ya no te conocía. Así que se volvió más fácil para mí acomodarme en ese estereotipo que a Max, Bronte y a ti os gusta tanto utilizar para definirme: el de una mujer intolerante o lo que sea que penséis. Pero no es por eso. ¿Preferiría a Eliot antes que a Tully para ti? —La risa de Sylvia fue grave y jovial—. ¡Sí! Pero no por esas razones tontas y estrechas de miras que tú crees: hombre y mujer, lo que tienes que… —Sylvia se interrumpió de repente para pensar en cómo continuar y después dijo—: Es porque Eliot te hace elevarte sobre ti misma. Estás feliz, brillas y es… bueno, es maravilloso verte. Durante los últimos diez años os he visto a Tully y a ti juntas. Muy dulce, sí. Pero me daban ganas de llorar por la hipocresía de la semántica; se suponía que con esa relación estabas saliendo a la luz, pero

yo tenía la terrible sensación de que estabas realmente más dentro de ti misma que nunca.

Abigail sintió un repentino dolor en el fondo de la garganta y la presión de lágrimas sin derramar detrás de los ojos. Tal vez tener una conversación sincera con su madre había sido una idea terrible. Quizá era más fácil mantenerla enclaustrada en ese encasillamiento de intolerante. Porque la verdad de todo lo que estaba diciendo iba a ser mucho más difícil de procesar que años de justa indignación bien atesorada.

—¿Por qué nunca me has dicho esto antes? —La voz de Abigail no fue más que un susurro.

—¿Me habrías escuchado?

—Seguramente no.

—Habría sonado como una crítica contra Tully y ya sabes que creo que es un encanto. Además no había ningún Eliot antes de ahora. ¿Quién podría haberte dicho que Tully no era buena para ti? Te habrías puesto furiosa nada más oírme. Una de esas cosas que dice la duquesa viuda, tan anticuada y estrecha de miras… No podía soportarlo. —Sonrió.

Abigail vio un destello de cariño y pensó que tal vez podrían ser amigas. De entonces en adelante. Solo era una mujer que había querido mucho a su marido y una madre que prestaba poca atención a sus hijos, pero era perspicaz y paciente. Abigail le respondió con otra sonrisa.

—Bueno —continuó su madre con un tono más animado, cogiendo de nuevo su aguja para retomar la labor—, lo que quería decir es que Eliot Cranbrook es divino. Tan musculoso y americano por fuera y a la vez con ese *je ne sais quoi* tan sofisticado y continental por dentro. Pero yo solo soy una vieja viuda. ¿Qué sé yo? —Enarcó una ceja en un desafío tácito.

—Creo que sabes mucho.

—¿Y tienes planes de volver a verlo?

—No. Hemos dejado las cosas en el aire.

—Qué horror.

Abigail se echó a reír y después habló haciendo una imitación muy exacta del sarcasmo aristocrático más puro.

—¡Oh, sí, un horror! Nada de bailes, ni recepciones, ni invitaciones a tomar el té; tampoco Almack's ni paseos en carruaje por Rotten Row, ¡ni helados en Gunter's! ¿Cómo he podido caer en esta situación, madre querida? Tal vez tú y yo deberíamos hacer un viaje por el continente. ¡Sí, un recorrido fastuoso!

—¡Oh, qué idea tan fabulosa!

—Era broma, madre. Tengo que buscarme la vida, no irme a hacer un recorrido fastuoso por el continente con una viuda. —Abby volvió a mirar por la ventanilla a las formaciones de nubes.

—No me llames «viuda». Solo yo puedo utilizar esa palabra para referirme a mí. —Su madre señaló a Abby con la aguja como si quisiera clavarle la pequeña pero afilada punta—. Pero, cariño, vayamos a París a pasar un fin de semana largo al menos. Seguro que hay muchos «activistas» allí con los que puedes codearte. Después de todo, París es famosa por sus revolucionarios. Y podemos visitar a la abuela de Sarah y comer en La Tour d'Argent e ir de compras…

Abigail puso los ojos en blanco fingiendo horror.

—Está bien —prosiguió su madre con cierta exasperación en la voz—. Yo iré de compras por las mañanas mientras tú te ocupas de esas cosas filantrópicas que te interesan y después podemos ir a conciertos por las noches. Y tal vez Eliot esté por allí casualmente.

Abigail sonrió a pesar de todo. Le gustaba mucho la idea de encontrarse casualmente con Eliot.

Miami en julio le resultó a Eliot una vorágine agobiante e infernal. Tras cinco días de bucólica serenidad en las islas del Caribe flotando en la órbita de la etérea Abigail Heyworth, todo en South Beach le parecía demasiado brillante y ruidoso. Normalmente en Miami pasaba el tiempo disfrutando de la profusión de músicas, comidas, coches y mujeres. Le gustaban los restaurantes cubanos de los barrios pequeños, el drama frívolo de hoteles como el Delano o el Setai, o los bares y los clubes nocturnos llenos hasta los topes a las tres de la madrugada.

Pero esta vez todo le parecía irritante. No estaba acostumbrado a esa sensación de echar algo de menos. Vale, más bien echar de menos a alguien. Quería que Abigail Heyworth estuviera allí con él.

Solo iba a estar en la ciudad durante dos días, pero tenía la sensación de que había un millón de lugares en los que debería estar en vez de allí; llevaba sin pasar por su oficina principal en Ginebra más de una semana y se hacía a la idea de lo que se estaría acumulando. Había accedido a pasar por Miami porque iba a ir al Caribe para la boda de Sarah y Devon, si no habría delegado las reuniones que le habían concertado en su equipo de Norteamérica. Estaba trabajando en un acuerdo en Milán que daría solidez al control que tenía Danieli-Fauchard sobre las cinco mejores fábricas textiles del mundo. Y preferiría estar trabajando en eso.

Bueno, preferiría estar acurrucado en una playa o en un sofá con Abigail.

Intentó apartar ese pensamiento.

Era lunes por la mañana y se había despedido de Abigail el sábado por la noche muy tarde, técnicamente ya era domingo. De todas formas, era muy pronto para estar preguntándose dónde estaría y qué estaría haciendo. Cada vez iba a peor. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y miró sus correos y sus mensajes. Se estaba resistiendo a mandarle un mensaje o a llamarla; no tenía ni idea de si ella había tirado el teléfono al mar. Pero le había mostrado sus cartas (ya tenía que saber que estaba loco por ella), ¿qué sentido tenía entonces contenerse a esas alturas? Buscó en la agenda y encontró su número. Le escribió un mensaje muy breve:

pienso en ti

«Eso no tiene nada de malo», se dijo intentando calmar la sensación de inmadurez y, por mucho que odiara admitirlo, de necesidad. Necesitaba estar con ella. La parte patética era que ni siquiera era capaz de relegar esa necesidad a un mero impulso físico. Lo que echaba de menos era a Abigail: quería sentarse con ella a cenar, salir a montar por el campo, ver una película, salir por ahí con el coche… con Abigail. Si pudiera solucionarlo dándose un puñetazo en el estómago o propinándose una sonora bofetada en la cara, lo haría. Necesitaba sacársela de la cabeza aunque fuera a golpes.

Eliot estaba solo en un ascensor, subiendo al piso 27 de una gran torre de apartamentos de cristal de Miami Beach. Normalmente evitaba las sesiones de fotos, pero, como estaba en la ciudad, había decidido pasar a ver a la modelo de caché exorbitante que iba a ser la imagen de la principal línea de fragancias femeninas de Danieli-Fauchard. Había aceptado mucho tiempo atrás que una cara reconocible vendía más productos que las telas de la mejor calidad o una excelente pericia en cualquier trabajo, pero era algo que todavía le parecía indecente. La cantidad de dinero que la empresa pagaba a esas modelos para él no era más que un mal necesario.

Una vez que se abrieron las puertas del ascensor, dobló por el pasillo a la derecha siguiendo el atronador sonido del hip-hop tecno que llegaba desde el estudio del famoso fotógrafo Benjamin Willard. Era uno de los profesionales más respetados en su oficio de los últimos cuarenta años, y sus retratos en blanco y negro formaban parte de las colecciones permanentes del Whitney, el LACMA, el MoMA y el Pompidou de París. Eliot se quedó allí durante unos minutos sin que nadie se fijara en él mientras Willard daba órdenes un poco incongruentes a una modelo rusa tan bella que no parecía real.

A pesar de sentir lo que Eliot consideraba un saludable desdén por algunas de las neuróticas y mimadas modelos con las que había tenido que tratar, no le quedaba más remedio que admitir que a Dina Vorobyova no podía reprochársele nada. Dada la importancia del papel de la modelo en el lanzamiento de la primera fragancia que iba a llevar el nombre de Fauchard, Eliot había estado muy involucrado en el más de un año de búsqueda para encontrar algo que fuera mucho más que una cara bonita. La idea era que la chica representara a la marca durante años; así que debía tener buena constitución, una energía duradera y unos hábitos de trabajo y de vida personal que no tuvieran nada que ver con la frivolidad.

Y además la marca era muy femenina, ligera y delicada. La chica tenía que transmitir una sensualidad suave y accesible.

Eliot miró desde la puerta cómo Dina transformaba sus expresiones con un leve movimiento en los ojos, una flexión de la mandíbula o relajando la frente. Había que admitir que lo estaba haciendo muy bien.

Entonces ella lo vio, agitó las manos delante de la cara, para que Willard supiera que debía dejar de hacer fotos, y agarró la ligerísima y sedosa tela que estaba

enroscada alrededor de su cuerpo y que apenas ocultaba sus pechos (naturales) y sus fantásticas curvas. Se le había insinuado a Eliot tantas veces que la cosa se había convertido en una broma recurrente entre ellos. Después corrió descalza por el estudio lleno de gente, saltando sobre los gruesos cables alargadores negros y el equipo de iluminación, y se lanzó a los brazos de Eliot.

Eliot se extrañó de que una mujer que tenía de todo en abundancia pareciera no pesar nada entre sus brazos. Era como si toda ella fuera piel suave, curvas… y aire.

—¡Oh, querido Eliot! ¡Has venido a verme!

Tras darle un beso en ambas mejillas y dejar que ella le acariciara levemente la nuca, Eliot la apartó un poco. Miró su piel inmaculada y sus ojos brillantes y perfectos, pero con la objetividad de un experto evaluando una obra de arte.

Ella hizo un mohín y ronroneó con su seductor acento ruso.

—No eres nada divertido, Eliot. Me estás examinando como si fuera una tela o un vestido.

Sonrió para que supiera que tenía razón.

—Eres una de mis mejores inversiones, Dina. Tengo que comprobar tu valor de vez en cuando.

—Qué cruel eres. Si no me pagaras tan bien, lo dejaría. Así ya no serías mi jefe y podría enseñarte mi mejor faceta. Esa norma estúpida de no acostarse con los compañeros de trabajo… —Agitó la mano en un gesto de rechazo—. Eso es muy americano y demasiado conservador.

Eliot sabía que Dina seguramente habría tenido que acostarse con la mitad de los hombres de su pequeña y deprimente ciudad cercana a Samara para poder llegar a las pasarelas de Milán y que, en el fondo, estaba agradecida de que Eliot no fuera un elemento más de su lista de compañeros sexuales necesarios, pero seguía con la farsa de todas formas. Tenía un ego que necesitaba tanto alimento como el de cualquiera, a pesar de la confianza que se había ganado con el esfuerzo y la ambición, que ya eran una parte más de todo lo que la rodeaba (o tal vez justo por eso).

—Ya sabes que me gustaría tanto que expirara tu contrato como a ti. —Le guiñó un ojo—. Pero como, gracias a tu implacable lucha a nivel legal, todavía te quedan diez años, tal vez sería buena idea que me dejaras caer en los brazos de otras mujeres.

Dina sonrió y apartó los brazos de su cuello.

—Supongo que tendré que liberarte entonces.

Benjamin Willard había hecho un par de fotos de los dos abrazándose. Desde la perspectiva estética del artista, Dina y Eliot eran casi demasiado guapos para resultarle interesantes. Willard se había hecho su hueco en el mundo del arte fijándose en lo oscuro, jugando con lo casi grotesco, y mostrando la belleza transformadora del rostro humano. Eliot y Dina medían más de uno ochenta e irradiaban salud, vitalidad y confianza de una forma casi palpable. Willard dijo entre dientes que juntos eran demasiado magníficos, dioses olímpicos que no podían más que provocar los celos del resto de los meros mortales. El fotógrafo ladeó la mano y miró la pantalla digital de la parte trasera de la cámara. Pasó las imágenes hasta llegar a la primera de Dina y Eliot, y se detuvo para contemplar en ella el brillo en los ojos de Eliot. Willard utilizó el zoom para observar más detenidamente la expresión que había en su cara y después apartó la vista de la foto para mirar al hombre.

«Vaya, vaya. Eliot, que suele ser tan transparente, tiene un secretito…»

Willard cruzó el estudio atestado y extendió la mano para estrechar la de Eliot. Dina iba de vuelta al set con fondo blanco para continuar con la sesión de fotos.

—¿Qué tal, Cranbrook?

Eliot sonrió cuando Ben utilizó su apellido al saludarlo y respondió.

—Muy bien, señor.

Ben Willard ya tenía más de sesenta años, y Eliot había tenido que hacerle la pelota durante meses para conseguir que aceptara la campaña de Fauchard. El fotógrafo le había soltado todas esas chorradas sobre que era un artista y que no quería manchar su reputación con un sucio trabajo de publicidad. Eliot le ofreció tener licencia artística total, con la aprobación final de Dina, y suficiente dinero durante los diez siguientes años para asegurar la comodidad financiera de muchas generaciones de Willard. El artista finalmente claudicó —o se lanzó ante la oportunidad, según se mirara—, y entre los dos se había ido desarrollando una sólida relación profesional y una gran amistad, ambas basadas en el respeto mutuo y el humor. Pero Eliot seguía tratándolo como el viejo y exigente grano en el culo que era, aunque fuera solo por picarlo.

—¿Qué tal va soportando la presión, viejo amigo?

—Mejor que tú, creo.

—¿Y eso?

—Algo en tus ojos te delata. —El hombre mayor hizo un gesto señalando la cara de Eliot, como si estuviera contemplando sus ángulos.

Eliot negó con la cabeza.

—¿Tan transparente soy?

—Ah, así que hay algo… ¿O es más bien alguien?

—Debería habérmelo pensado dos veces antes de venir aquí y que usted me viera la cara. Habría sido mucho mejor que me pusiera al día por teléfono y así me habría ahorrado este interrogatorio para sonsacarme.

—Así de mal está la cosa, ¿eh?

—Nunca me había distraído tanto una mujer desde… Bueno, nunca me había pasado algo así, creo.

Willard se volvió hacia uno de sus ayudantes y le dijo que colocara de nuevo las luces y que preparara a Dina para seguir con la sesión. Después centró otra vez su atención en Eliot.

—Hace seis meses me pareció que la experta en zapatos te distraía…

—Sí, tal vez, pero ella era inmune a mis encantos… Por suerte, visto lo visto. La de ahora es distinta. —Eliot negó con la cabeza, se frotó inconscientemente las yemas de los dedos con el pulgar y volvió a sentir la textura de su pelo.

La sonrisa de Willard fue amplia y cómplice.

—Vamos a ver… es… ¿inusual?

—Oh, Ben, puede que se complique la batalla.

—Pues tú eres la persona más indicada para convencerla con unos incentivos de lo más lujoso, ¿no?

—Pues fíjese que creo que he ido a poner mi atención en la única mujer del planeta que tiene un arraigado resentimiento por todo el mercado de los artículos de lujo.

Ben Willard dio una palmadita en el brazo a su amigo y soltó una carcajada.

—¡Oh, eso sí que es gracioso! —exclamó y volvió a su trabajo.

Eliot se pasó la mañana de acá para allá por el estudio, disfrutando de la energía creativa que emanaba de todas las personas que había allí. Una joven ayudante, una pelirroja guapa que no podía tener más de veintidós años, intentó llamar su atención más de una vez. Eliot negó con la cabeza para que le quedara claro que su respuesta era no y rió para sus adentros por lo loco que estaba el mundo en el que vivía. No es que estuviera en contra de los encuentros sexuales casuales, pero de repente parecía haber perdido cualquier interés por algo así.

Las cosas se le iban a poner muy cuesta arriba si no lograba que Abigail cediera y cayera de rodillas… La metáfora lo llevó en el acto a la deliciosa posibilidad de tener a Abigail de rodillas delante de él, encantada de estar allí y deseándolo con tantas ganas como las que él tenía de verla en esa situación. Intentó ignorar lo rápido que, con solo pensar en ella, se le encendía todo el cuerpo, pero era inevitable.

Lo máximo que podía hacer era reprimirse.

Se apartó bruscamente del borde de la mesa de trabajo en la que había estado apoyado, se despidió de Ben y Dina y volvió al pasillo. Eran las dos y media, y el calor lo golpeó en cuanto salió a la calle; su teléfono vibró y zumbó unas diecisiete veces. Al parecer allí arriba, en el estudio, no había cobertura. Se paró en la acera para mirar los varios correos de su ayudante en Ginebra y otros de los negociadores de Milán. Después pasó a mirar los mensajes y sintió una involuntaria oleada de placer al ver que tenía uno de Abigail. Solo tres breves palabras.

no puedo dormir

Volvió a mirar la hora e intentó sopesar sus opciones. Tenía previsto coger el vuelo de Miami a Milán sin escalas esa tarde, pero sabía que había un vuelo de British Airways a Londres. Podía hacer una breve parada en Inglaterra y posponer sus reuniones de Milán hasta el miércoles por la mañana. Tal vez incluso podría llegar a Milán el martes a la hora de cenar, se dijo. Tenía muchos clientes en Londres. Muchos clientes que se preguntarían qué demonios estaba haciendo en Londres cuando tenía uno de los más grandes acuerdos empresariales del año esperándolo en su mesa de Milán.

Eliot apretó los dientes y reprimió las ganas de cambiar sus planes de vuelo. Podría pasar una semana sin ella. Iría a Londres dentro de pocas semanas a hacerle una visita.

Pensó en algo breve y poco comprometido como respuesta: «dulces sueños» o «sueña conmigo» o «descansa» o «yo tampoco» o «ven a verme a Milán». No, nada de «ven a verme a Milán». Optó por lo más práctico:

dónde estarás la semana que viene & podré ir a verte?

Dejó el pulgar varios segundos en el aire encima del botón. Borró: «podré ir a verte», pero solo con la primera parte de la pregunta parecía que la estaba interrogando. Esa frase suelta no tenía sentido.

Mierda.

Por Dios, necesitaba menos tiempo para hacer un borrador de una OPI. Lo borró todo y se quedó mirando el cursor que parpadeaba.

estoy de pie en una sofocante esquina de una calle de miami imaginándote sin dormir… Qué dulce sufrimiento!

Pulsó «Enviar», se guardó el teléfono en el bolsillo y se metió en la limusina que lo esperaba. Volvió al hotel y se fue a la piscina a hacer largos hasta que los brazos, las piernas y la mente se le que quedaron entumecidos, por suerte. Se duchó, se puso unos vaqueros y una camiseta de color azul marino, hizo la maleta, fue en limusina hasta el aeropuerto y se subió al vuelo de Alitalia de las 18.45 a Milán. Se durmió antes de despegar.

MAX HABLABA EN SERIO cuando dijo que Bronte iba a bombardear a Abby con ideas, sugerencias, contactos y consejos para ayudar en la búsqueda del siguiente paso significativo que dar en su vida. Llegaron al aeródromo privado de Crawley cerca de la medianoche del domingo; Max y su familia volvieron al castillo de Dunlear, y Abby y su madre se dirigieron a Londres. Y para las once de la mañana del lunes, Abby ya había recibido catorce e-mails de su cuñada. Telefoneó a Bronte desde la casa de su madre en Mayfair y le pidió riendo que no llamara a la caballería todavía.

—¡Bronte, eres demasiado!

—Eso me dicen.

—¡Para! Esto es más que suficiente para empezar. De hecho, antes de hablar con nadie creo que tengo que ir al banco. Necesito tener una idea clara de los recursos de que dispongo, y he de decir que he sido terriblemente irresponsable en ese aspecto. Simplemente confié en mi padre y, después, en Max y en Devon para que se ocuparan de todo mientras yo me limitaba a utilizar mi tarjeta Visa de Coutts cuando la necesitaba. Un poco patético, en realidad.

—Si esos son todos tus problemas, no tienes problemas, Abby. No lo olvides.

—Lo sé. No me estoy quejando, solo intento encontrar un poco de lucidez. Te agradezco mucho todos esos contactos, Bron. ¿Debería empezar por alguien en particular?

Abby no estaba segura de si mencionar la idea de Eliot de que hablara con el departamento de comunicaciones empresariales de Danieli-Fauchard para pedir alguno de sus contactos en organizaciones sin ánimo de lucro. La agencia de publicidad de boutiques de moda de Bronte se especializaba en el mercado de los artículos de lujo, así que Abby pensó que seguramente algunos de los nombres que le había dado Bronte serían los mismos que Eliot había sugerido.

—Pues supongo que deberías hablar con Eliot Cranbrook acerca de Melanie Grey y Stephen Knickerbocker. En esto son dos jugadores de primera línea.

—Sí, Eliot me dijo que él podría darme algunas ideas…

—¿Ah, sí? —Había un matiz de curiosidad ansiosa en la voz de Bronte, pero Abby lo ignoró deliberadamente—. Bueno, no quiero que parezca que soy muy mercenaria… —Se hizo un breve silencio antes de que Bronte continuara—: Pero una llamada del presidente de una empresa importante seguro que resultará más… expeditiva que el contacto de la amiga de una amiga de Nueva York. ¿Qué más te ha dicho Eliot? ¿Has hablado con él hoy? ¿Está en Londres? Me encantaría hacerme con esa pequeña cuenta de la empresa de artículos de cuero Amelia, pero se muestra imposible y muy poco complaciente cuando nos vemos en eventos sociales. —Bronte claramente había entrado en modo profesional en un abrir y cerrar de ojos, pero se refrenó—. Bueno, pero la verdad es que Eliot es fabuloso, no se puede negar.

—¡Dios, Bronte! Eres peor que Devon con sus extrañas conexiones mentales. Creo que Eliot está en Miami. —Y después dijo con un tono un poco más serio de lo que pretendía—: Pero sí que es fabuloso, ¿verdad?

—Oh, Dios mío… ¡te gusta!

Por suerte hablaban por teléfono y no en persona, porque si no Bronte habría torturado a Abby hasta haberle extraído cualquier emoción incipiente.

—¡Bron! ¡Déjalo ya! Claro que me gusta…

—¡Oh, no, déjalo tú! Ya sabes a qué me refiero. Esto es demasiado perfecto. Os vi juntos en la boda y os he observado durante los últimos meses, pero, ya sabes, parecíais solo buenos amigos con todas esas palmaditas en el brazo y en la espalda. —Bronte rió—. ¡Qué gracioso! Seguro que te ha estado poniendo de los nervios todo ese trato fraternal…

—Lo odio.

—Bueno, ¿y qué sabes? —La voz de Bronte era amable y cálida, pero después se puso seria—. Es muy intenso a su manera, ¿no te parece?

—Sí, ya me he dado cuenta. No estoy segura de que estemos en el mismo punto.

—¿Por qué? ¿Qué demonios ha ocurrido? —La voz de Bronte pasó tan rápido de ser la de una amiga divertida a la de una leona protectora que Abby casi no fue capaz de reconocerla.

Como la única hermana de Abby era muchos años mayor y llevaba enclaustrada en Escocia las últimas dos décadas, el interrogatorio de hermana mayor que estaba haciéndole Bronte no le resultaba del todo desagradable. A pesar de la recién surgida distensión entre Abby y su madre, había temas que en su vida se le ocurriría hablar con ella. Temas como su deseo de tener sexo en la playa.

—¡Ese es el problema! —exclamó Abby riendo para aligerar la tensión—. Que no ha pasado nada. Después de que Max volviera adentro contigo tras el rato que estuvimos tomando copas en la terraza, vi a Eliot en la playa y bajé para pasar un rato con él y al final me acompañó de vuelta a la villa, y eso fue todo.

—Hum. Conque eso fue todo, ¿eh? —Bronte sonaba teatralmente escéptica—. Estoy esperando…

—Bueno, quería besarlo… Más bien se lo llegué a pedir incluso… Oh, qué vergüenza.

—¡Oh, no! ¿Fue decepcionante? ¿Una pesadilla? ¿Crees que tiene sentimientos encontrados? ¿O a ti no te iba? ¿Te cortó el rollo porque era un hombre? ¿Echas de menos a Tully?

—¡No! —casi chilló Abby y después rió.

—Vale, vale. —Oyó la sonrisa en la voz de Bronte cuando repitió la palabra.

—Nada de eso. —Abby intentó mantener un tono desenfadado—. Él quería… ya sabes… Oh, esta conversación es ridícula.

—¡No! ¡Es divertida! ¿Es que no hablas con tus amigas de los chicos que te gustan?

—Sinceramente, Eliot es mi primer… El primer chico que me gusta en realidad.

—¡Oh, Abigail! Me haces sentir un putón. El primer chico que te gusta… Fíjate en lo que has dicho. Estás condenada, no lo dudes. —La leona había desaparecido y había vuelto la mujer de negocios implacable.

—Ah, gracias por el voto de confianza, Bron.

—Ya sabes lo que quiero decir. Estas cosas son así; a veces acaban mal irremediablemente.

—Ya. —Abby rió un poco, pero se le hizo un nudo en el estómago ante la posibilidad muy real de que fuera ella la que acabara mal. O peor, que le hiciera daño a Eliot sin querer. Pero ¿qué necesitaba ella, una tonelada de cargas emocionales o simplemente una experiencia sexual novedosa y sin mayor importancia?

—Tal vez deberías haber empezado en la parte fácil de la piscina, Abby. Él es un poco demasiado, ¿no?

—Dios, Bronte… ¿Estás intentando hacerme sentir mejor o aterrorizarme?

—¡Vale, vale! Eh… ¿Crees que lo verás pronto? ¿Cómo lo dejasteis en Bequia? ¿Se ha puesto en contacto contigo desde el sábado por la noche? Oh, Dios mío, ¡pero si ni siquiera tienes móvil! Esto es increíble, es como *Un yanqui en la corte del rey Arturo*.

—Cuando quieras volver a nuestra conversación, avísame, Bron.

—¡Oh, Abby, admítelo! Es muy divertido.

—La verdad es que tiene su gracia. Me ha regalado un móvil.

—¡¡¡Max!!! Abby tiene móvil…

—¡Bronte! Eres como una cría.

—Lo sé, es que todo esto es una pasada. Es como si tus hermanos y tú os hubierais levantado un día y hubierais decidido: «Oh, creo que voy a salir y volverme completamente loco por alguien de las antípodas».

Abby oyó de fondo a Max uniéndose a Bronte.

—Bron, por favor, no le cuentes lo de la playa a Max. Sé que se lo cuentas todo, pero te pido un poco de privacidad en esto.

—Claro. La verdad es que no se lo cuento todo. —Abby se imaginó claramente a Bronte guiñando un ojo a Max—. Solo las partes buenas.

—Bueno, pues no le cuentes ninguna de las partes buenas de esto, por favor.

—Como no me has contado nada de esto, creo que no hay peligro. Pero ¿lo besaste o no?

—¡Bron! Desde aquí oigo a Max de fondo. —Abby intentó mostrarse molesta, pero el humor tonto de Bronte era contagioso—. Está bien… La verdad es que no, no nos besamos porque… Mierda, ni siquiera sé por qué. Creo que Eliot no quería formar parte de un tópico de mal gusto como el del sexo en la playa. Y entonces empezó a bromear sobre que me fuera a vivir a Ginebra…

—Hum. —Bronte estaba tragando un sorbo de algo mientras escuchaba—. Eso suena prometedor… Por lo que sé, la casa que tiene en Ginebra es fabulosa. La vi en una revista de decoración hace unos meses.

Abby rió.

—¡Bron, no me voy a ir a vivir a Ginebra! Pero sí me invitó a ir a Miami con él.

—¡Qué divertido! ¡Me encanta Miami! ¿Cuándo vas a ir?

—Le dije que no… Se iba ayer, u hoy, no sé…

—A ver si lo he entendido bien. Un tío que diría que es el soltero más cañón del planeta te invita a ir con él a Miami y le has dicho que no porque… ¿Por qué?

—¡No lo sé! —Abby rió de nuevo—. No sé qué hacer con todo esto, sobre todo cuando pienso en eso de que es del soltero más cañón del planeta, así que mejor olvidémoslo por ahora, ¿vale?

—Vale, vale —dijo Bronte y bajó la voz hasta que fue solo un susurro—. Pero está muy bien, ¿no?

Con el corazón martilleándole en el pecho, Abby intentó sonar normal, aunque bajó la voz hasta el mismo tono que la de Bronte.

—Creo que sí.

—Qué pillada estás, no hay más que oírte, pobrecilla. Pero bueno, ¿y ahora qué? Nada de Miami. ¿Cuándo lo vas a ver?

—No lo sé. Me ha mandado un mensaje. A mi teléfono privado solo para Eliot.

—¡Oh, me encanta! ¡Qué acosador tan adorable!

—Lo sé. Aunque tengo que admitir que este rollo a lo James Bond me parece encantador. ¿Soy idiota?

—Quédate con lo de encantador. Todo lo que tiene que ver con enamorarse de alguien es un poco idiota. Acostúmbrate. Yo nunca he sido tan idiota como cuando conocí a tu hermano, ¿verdad, Max?

Abby oyó que su hermano corroboraba la idiotez de Bronte y también el dulce sonido de un tierno beso que le llegó a través del micrófono del teléfono, que Bronte debía de estar sujetando contra su cuello.

—De todas formas, basta de hablar de mí por ahora —continuó Abby—. Como veo que Max está ahí, ¿me lo puedes pasar un momento?

—Claro. Y llámame cuando quieras para hablar de los contactos de las organizaciones sin ánimo de lucro o del tema de la playa. Yo me porté como una imbécil al principio con tu hermano, pero al final supe reaccionar. No tengas miedo de coger el teléfono y llamarlo. ¡*Ciao*, Abby!

—Gracias, Bron. Adiós.

—Hola, Ab. —La voz de Max sonó profunda y segura.

—Hola, Max. Quería pedir cita en Coutts esta semana para revisar mis cuentas y mis inversiones y, si estás en Londres, me vendría muy bien que te vinieras conmigo.

—Por supuesto. Ya era hora, además. No es que me haya importado gestionarlas por ti, pero me alegro de que te tomes interés en ellas. Al fin y al cabo el dinero es tuyo y deberías ser tú la que decidiera lo que quieres hacer. Creo que papá estaba convencido de que ibas a hacer algo grande, algo más ambicioso o arriesgado de lo que Claire, Devon o yo haremos nunca.

—Bueno, no lo sé, pero seguro que no me voy a comprar un Aston Martin, al menos sabemos eso. —Max y Abby se rieron de las extravagancias de su hermano Devon.

—Tenía planeado ir a Londres el jueves, ¿te viene bien?

—Sí, perfecto; gracias, Max. ¿A qué hora fijo la cita? ¿Te parece bien las nueve o es demasiado temprano?

—La nueve está bien. Así tendremos un par de horas para revisarlo todo con los de la banca privada y dejaré las otras reuniones para después de comer.

—¿Un par de horas? Creía que sería… una media hora para echar un vistazo a una hoja de cálculo o algo así.

—Más bien algo así. Espera un segundo.

Max dijo algo en voz suave y baja a Bronte y después cruzó el pasillo hasta su despacho. Abby oyó los pasos y el sonido de la puerta al cerrarse y se imaginó a Max sentándose tras el escritorio de su padre, que había pasado a ser el suyo.

—Mira, Abby, tienes que prepararte. Todos recibimos los cinco millones de libras cuando cumplimos veintiún años, algo mucho más que generoso hasta para la imaginación más loca, pero cuando nuestro padre murió, dividió lo que quedaba de sus activos líquidos en cinco partes iguales para nuestra madre y nosotros cuatro. —Max se detuvo un momento—. Sé que sabes estas cosas, al menos a cierto nivel, pero como estabas tan consternada en el funeral de nuestro padre y no quisiste venir a la lectura del testamento… Bueno, lo entiendo, estabas destrozada. Pero si dices en serio lo de hacerte cargo de esto, como debería ser, tienes que enfrentarte a los hechos: tienes una fortuna sustanciosa. Los cinco millones solo son la punta del iceberg, Abby. No quiero intimidarte, pero eres una mujer extremadamente rica. Tus gastos han sido irrisorios durante este tiempo; de hecho, en cierto momento el banco llegó a llamarme y dejó caer que Devon y yo estábamos aprovechándonos y beneficiándonos en secreto de tu parte. Tuve que convencerlos de que tú vivías tranquilamente con dos mil libras al mes y que preferías reinvertir todos tus dividendos, y que no era que estuviéramos sacando ningún provecho de tu vida casi monástica.

Abby se rió por lo bajo y no tuvo problema en decir a Max que, de hecho, casi todas las veces había acabado regalando la mayor parte de su asignación mensual. Lo de vivir de forma frugal empezó como un juego, pero se había convertido en una verdadera forma de vida. Disfrutaba de la libertad de saber que podía trabajar en una granja o dedicarse a tiempo completo a pedir dinero para una organización caritativa y que, pasara lo que pasase, ella podía ser autosuficiente. Sobre todo cuando era adolescente le sofocaba el peso de su aversión a todo ese dinero sucio y a la perpetuación inherente del patriarcado elitista con siglos de antigüedad que definían a su familia y por extensión a su país y su mundo. El detalle obvio de que ella era la prueba viviente de que su padre no estaba de acuerdo con las ideas tradicionales de primogenitura y sucesión por vía masculina no parecía caber en su parcial cabeza adolescente. Su padre era un amante de las mujeres: de una mujer en particular y de todas en general.

—Está bien, Max, dame una cifra. ¿A cuánto asciende lo que tengo que estar preparada para oír? —preguntó Abby, nerviosa.

—Tu parte probablemente ahora ascienda a unos treinta millones de libras. Sin incluir las propiedades, claro.

La voz de Abby sonó áspera y vacía.

—Claro…

—¿Ab?

—¿Qué?

—No te agobies.

—No me estoy agobiando.

—Sí, te estás agobiando. Lo noto en tu voz.

—Vale, me estoy agobiando un poco.

—No te preocupes, iremos paso a paso. Pide que te den cita con Roger Stanhope y Caroline Petrovich, con ambos. Roger conoce toda la historia de la familia, por supuesto, pero seguramente estarás más cómoda hablando con Caroline. ¿Quieres que llame yo?

—No, no, ya lo hago yo. Muchas gracias, Max. Eres un cielo.

—Y tú también, Abby. Tómatelo con calma. Nos vemos el jueves por la mañana. Creo que llegaremos a Fulham el miércoles por la noche, así que te recogeré en casa de nuestra madre a las ocho y media; podremos ir hasta Coutts andando. ¿Qué te parece?

—Bien.
—¿Bien? No pasa nada, Abby.
—Lo sé. Gracias otra vez, Max.
—Gracias a ti, Abby. Adiós.
Colgó y agradeció que su madre eligiera ese momento para entrar en la cocina y reunirse con ella para ir a Wigmore Hall al concierto del mediodía porque sintió que no podría pasar un solo minuto pensando en la enormidad de la que estaba a punto de hacerse cargo.
—¿Lista, Abigail?
—Sí. Voy a subir a por mi bolso. Te veo en la puerta principal dentro de cinco minutos.
—Muy bien, cariño.
Sylvia dejó su taza de té en el fregadero y se volvió para ver a su floreciente hija pequeña salir de la habitación con una neblina casi palpable que auguraba el comienzo de algo nuevo.

El viernes por la mañana Eliot ya estaba de vuelta en Ginebra y tras su mesa, preparado para lanzarse a la yugular de quien hiciera falta. Las negociaciones de Milán estaban en un decepcionante punto muerto. Podía haber cogido el vuelo a Londres como pensó, porque la dirección de la pequeña empresa de titularidad familiar de fabricantes de seda de Milán había decidido finalmente que no le interesaba la adquisición. Habían surgido rencillas familiares el fin de semana anterior que acabaron con la mitad del clan Ramazzotti deseando la adquisición y la otra mitad plantándose y negándose a vender. Y para colmo, de repente ambas partes actuaban como si Danieli-Fauchard las estuviera presionando, cuando la realidad era que la familia Ramazzotti había sido la que inició las negociaciones que se acababan de ver frustradas.
Abigail había empezado a mandarle mensajes un par de veces al día, una mezcla deliciosa entre seducción platónica («una pregunta rápida: ¿por qué me hormiguean los dedos cuando pienso en ti?») y lista de tareas diarias («de camino a mi cita con el banco… escribo mientras camino… me has convertido en una absurda mujer multitarea»).
Su necesidad de tocarla se había vuelto desesperada. A las siete de la mañana del viernes por fin cogió el teléfono y marcó su número.
Abigail respondió con una voz grave, confundida y muy sexy.
—¿Quién es?
—Qué graciosa…
Ronroneó, y él se la imaginó sonriendo con los ojos cerrados y enterrando la cara en la almohada.
—Todavía estoy dormida.
—Bueno, pues despierta. Ya me he cansado de toda esta tontería de no verte. ¿Vas a salir conmigo esta noche? A cenar, ya sabes. —Oyó el murmullo de las sábanas y empezó a calentarse solo con pensar en su cuerpo desnudo envuelto en la suave tela de la ropa de cama—. ¿De qué color son tus sábanas?
—Blancas —contestó Abby con una risita—. ¿Por qué?
—Estaba intentando imaginarte ahora mismo. —Eliot suspiró—. Pero, como ya he dicho, estoy cansado de imaginarte. ¿Estás libre este fin de semana?
—Vaya, creía que hablábamos de cenar, ¿y ahora me quieres para todo el fin de semana?
«Yo te quiero para toda la vida», deseó decir Eliot.
—Sí. Y para un viaje en avión.
Ya estaba del todo despierta.
—Oh, ¿un viaje en avión? Suena glamuroso. Y a mí no me va mucho el glamour.
—Bueno, entonces estamos de suerte. Porque en el sitio al que vamos no va a haber más que vaqueros, botas de trabajo sucias y sudaderas.
—¿Ah, sí? Eso sí que me interesa.
—Mi abuela celebra en Iowa su noventa cumpleaños, y quiero que vengas conmigo.
—¿Una reunión familiar? Eso es algo muy serio. No sé, Eliot…
—Oye, un momento… ¿Cuántas veces te he salvado yendo a cenar con tu madre o haciéndote reír tras una comida interminable en Dunlear? ¡Me lo debes!
—Vale, vale. —Abby rió—. Supongo que sí te lo debo. Vale, lo haré. Pero ¿y si todo el mundo cree que somos pareja?
Eliot sintió que se le paraba el corazón, como si alguien le hubiera dado un puñetazo fuerte en el pecho.
—Bueno… —Mierda. ¿Es que no era eso lo que quería que la gente pensara?—. Podría ser peor, ¿no?
—¡Oh, Dios mío! ¡Me vas a llevar a conocer a tu familia! ¿Ahora vamos en serio? ¡Qué mono!
Cielos…
—Abigail, soy yo, Eliot. ¿Cuántos años tienes? Te estoy invitando a pasar un fin de semana conmigo como una buena amiga… —Habría querido añadir: «De la que me estoy enamorando como un loco», pero se contuvo—. Y sé que a ti te importa un comino lo que piense la gente. Me encanta la idea de que conozcas a mis padres, claro, pero porque creo que os vais a llevar muy bien, no por un extraño deseo de presentártelos formalmente o algo parecido.
—Oh, muy bonito, sí… Vale. Está bien. Sí. Además, ya te he dicho que sí. No te pongas gruñón. Solo te tomaba el pelo. ¿Dónde nos vemos?
Eliot le dio los detalles del aeródromo adonde llegaría su avión privado a las cuatro de la tarde y Abby bromeó con lo difícil que le iba a resultar compensar la huella de carbono que dejaría en el mundo si empezaba a quedar con él regularmente.
Abby se pasó todo el día intentando no darle mayor importancia. Bronte la llamó para ver si quería quedar para tomar una copa de vino esa noche y Abby intentó escaquearse.
—Hoy no puedo, Bron, lo siento.
—Ah, vale. ¿Y vas a venir a Dunlear mañana? —Sonaba distraída, como si estuviera preguntando solo por compromiso.
—Seguramente no. Tengo planes.
Error de principiante.
La voz de Bronte resucitó al momento.
—¿Ah, sí? ¿Qué clase de «planes»?
Abby maldijo para sus adentros por haber caído en las garras de Bronte.
—Planes como de cita.
—¡Oooh! Unos planes que incluyen a cierto multimillonario magnate de la industria del lujo que está increíblemente bueno… O no, espera… ¿Ya es multimillonario? No lo recuerdo… —Oyó de fondo el ruido de las teclas; Bronte estaba buscando en Google.
—Te odio bastante ahora mismo.
—Oh, no seas tonta. Es que es muy fácil provocarte… Entonces ¿vas a salir con Eliot?
—Sí.
—¿Sí? ¿Eso es todo lo que me vas a decir? ¿Un miserable «sí»?
—Sí, eso es todo lo que te voy a decir.
Abby rió y siguió metiendo ropa en su mochila. No tenía intención de preocuparse por si cinco camisetas de cuello vuelto negras y unos vaqueros eran lo mejor para llevar cuando ibas a alguna parte con un «magnate de la moda».
—¡Vaya! —Bronte intentó sonar molesta, pero lo que de verdad parecía era encantada—. Está bien. —Silencio—. ¡No! —gritó—. ¡No está bien! —Rió ante su impaciencia—. ¡Vamos! ¡Cuéntame algo! ¿Vais a estar aquí, en Londres? Oh, Dios mío, ¿se va a quedar contigo en Northrop House?
—¡Oh, claro! Seguro que a mi madre le iba a encantar. El lunes estaría ya publicando las amonestaciones para la boda.

Abby miró la bonita habitación llena de antigüedades y forrada de seda italiana de color gris pálido que era su refugio cuando estaba en Londres. Siempre le había parecido innecesario comprarse su propio apartamento allí, pero en ese momento la mansión de Mayfair se le antojaba pequeña para que dos mujeres adultas y solteras la compartieran. Pasara lo que pasase entre Eliot y ella, todo eso era una señal de que había llegado el momento de que Abby se buscara un sitio para ella sola.

—¡Seguro! Bueno, vale. Sé misteriosa si quieres, pero diviértete y bésalo de una vez. ¡Está claro que está loco por ti!

Abigail dejó de meter cosas en la mochila.

—¿Eso te parece? —Vivía en una montaña rusa de emociones; un minuto deseaba a Eliot desesperadamente y al siguiente se veía abrumada por la inseguridad.

Bronte había sonado antes como si algo volviera a distraerla, pero centró otra vez su atención en Abby.

—¿Quieres que quedemos para tomar un café rápido? En serio. Si me estás preguntando de verdad si está loco por ti, no sé qué otras cosas obvias no estás viendo. ¿Te has percatado de que se te queda mirando todo el tiempo cuando cree que no te das cuenta? ¿No te has dado cuenta de que cuando empiezas a hablar solo te escucha a ti, incluso aunque esté en medio de una conversación con una ambiciosa ejecutiva de publicidad que literalmente le está suplicando por un negocio…?

Abigail rió y volvió a ocuparse de su mochila, sosteniendo el teléfono con el hombro.

—¡Vale, vale! Sí que me había fijado en esas cosas. Pero… ¿por qué yo? —El estómago le dio un vuelco al pensar que Eliot le dedicaba a ella tanto esfuerzo y atención. Tanta emoción.

—¿Es que necesitas cumplidos? Porque tú eres… tú. Simplemente eres… Oh, mira, no me voy a sentar aquí para decirte lo genial que eres si tú no me cuentas adónde te va a llevar a cenar.

—A Iowa.

—¿Qué? Me ha parecido que has dicho «Iowa». ¿Querías decir Ee-Wah, ese restaurante asiático nuevo que está cerca de Camden Lock? He oído que tiene los mejores…

—¡Bron! Vamos a Iowa… Estados Unidos.

—Oh, Dios mío. —Bronte se echó a reír tan fuerte que no pudo recuperar el aliento para hablar—. Lo has dicho… como si fuera… Papúa, Nueva Guinea… Iowa, Estados Unidos… Oh, Eliot es un genio —dijo entre risas cuando por fin pudo hablar con normalidad tras reírse de lo lindo a costa de Abby.

Abigail cerró la cremallera de la enorme mochila y la puso en el suelo.

—Pues esto te va a divertir más —contestó Abby—. Me ha invitado a ir a la fiesta del noventa cumpleaños de su abuela. No se puede decir que sea un tórrido plan de seducción en París.

—Hum, lo que tú digas, Ab —dijo su cuñada a la vez que tomaba un sorbo de algo.

—¿Sabes, Bronte? Eres un verdadero grano en el culo. Pero te quiero.

—Yo también te quiero, cielo. Pásatelo muy bien. En serio.

—Lo haré. Hablamos la semana que viene.

—Vale.

Colgó, y Abby volvió a colocar el teléfono en la base que había junto a la cama. Miró la habitación una vez más y se preguntó qué demonios estaba haciendo yéndose a Iowa, Estados Unidos, con su «buen amigo» Eliot Cranbrook.

Abigail cogió el metro hasta Docklands y después el tren hasta el aeropuerto. Siguió las instrucciones de Eliot para llegar a la sección privada de la terminal y lo vio a través de los cristales antes de que él la viera a ella. Estaba esperando fuera y parecía sacado de un anuncio de colonia de otra época, con un abrigo de pelo de camello agitándose por el viento de enero y el cabello castaño con reflejos dorados un poco despeinado y brillando a causa del sol del atardecer. No había forma de que hubiera podido oírla con el viento, el cristal y la distancia, pero se volvió justo cuando ella suspiró y, cuando la vio, su sonrisa la atravesó y le llegó a lo más profundo.

Abrió la puerta y cruzó la sala de espera privada.

—Has venido. —La abrazó, y Abby pensó que no se había sentido tan bien desde que la dejó en su villa en medio del Caribe hacía más o menos una semana. Después la apartó un poco de él.

—¡Claro que he venido! —Le sonrió y se sacudió el pelo en un intento de librase de aquella mirada tan intensa—. Me has invitado y te debo una, ¿no te acuerdas?

La sonrisa de Eliot desapareció.

—Espero que esa no sea la única razón.

Tenía un brazo rodeándole los hombros y la dirigía hacia la salida. Abrió la puerta que llevaba a la pista y señaló un avión en cuyo alerón de cola ponía EC3714.

—¿EC es por Eliot Cranbrook? —preguntó Abby con una sonrisa traviesa.

—Oye, soy un hombre. ¿Qué puedo decir? Tengo mi ego.

Subieron los escalones hasta el lujoso interior del jet privado.

—Vaya… —Abigail levantó la cabeza tras agacharla para pasar por la puertezuela ovalada.

Eliot señaló su mochila.

—¿Te ayudo?

Ella se la quitó del hombro y se la dio.

—La voy a poner ahí detrás por si quieres sacar algo durante el vuelo, ¿vale?

—Sí.

Todavía estaba mirando a su alrededor, a los inmaculados asientos de cuero beis y el amplio pasillo que recorría el centro del avión. Hacía el fondo había diez asientos y varios se unían formando un pequeño sofá delante de un televisor. Abby se colocó el pelo intentando calmar sus nervios. De repente se sentía muy pequeña; cuando estuvo en medio de un rancho de más de ocho mil hectáreas en Nueva Zelanda se había sentido más grande de lo que sentía en ese momento.

Eliot hablaba con el piloto y el copiloto y se reía por algo que había dicho uno de ellos. Entonces se volvió hacia Abby y preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, sí —dijo ella con voz aguda. Nunca hablaba así. Intentó calmarse—. Lista. ¿Dónde me siento?

El copiloto se dispuso a cerrar la puerta de la cabina mientras el piloto ya se había situado en el puente y hablaba por el micrófono con la torre de control. Eliot se acercó a ella y se quitó el abrigo.

—¿Estás nerviosa? ¿Te da miedo volar? —Apartó la vista un momento mientras metía la mano en un armario estrecho y colgaba su abrigo. Después le tendió la mano —. ¿Quieres quitarte eso?

Abby, que seguía en medio del avión, en ese momento se cogió las solapas de su abrigo de piel de oveja de imitación y se envolvió aún más con él.

—No sé si esto es de verdad una buena idea.

—Puedes dejártelo puesto si quieres. —Se volvió hacia el copiloto y le dijo—: Ya podemos irnos. —Y se acercó y le rodeó los hombros con el brazo.

—Eliot, me refería a que…

—Sé a qué te referías, Abigail. Solo relájate. No te voy a morder. —Ella abrió mucho los ojos y él esbozó una sonrisa traviesa y depredadora mientras los dos se sentaban en el sofá—. A menos que quieras que te muerda, claro.

Algo cambió, y Abby de repente se sintió cómoda y del tamaño adecuado: feliz de estar con Eliot.

—Eres malo —dijo a la vez que le daba un puñetazo en el brazo, y después buscó el cinturón y se lo abrochó—. Ya estoy preparada. Y, por cierto, nada de mordiscos, gracias.

Eliot chasqueó los dedos con fuerza.

—Mierda. Creía que era una buena oportunidad.

Los motores cobraron vida y Eliot sacó su teléfono móvil del bolsillo para escribir un mensaje rápido.

—Era para decir a mis padres que llegaremos a tiempo para cenar.

—¿Ah, sí?

Eliot volvió a meterse el teléfono en el bolsillo de los pantalones.

—Sí, tomaremos tierra a las seis y media, hora local, y llegaremos a la granja sobre las siete. ¿Está lista para aterrizar en el interior de Estados Unidos, lady Abigail?

Ella frunció el ceño.

—No me llames así.

—¿Por qué no? Me gusta. Eres lady, después de todo.

—El título es una tontería. No he hecho nada para merecérmelo. Es una bobada.

—Bla, bla, bla… Compórtate, Abigail.

—¡Hablas igual que Bronte!

—¿Por qué? ¿Qué dice Bronte de todo esto?

El avión ya había despegado y estaba haciendo un ascenso rápido que provocaba que el hombro de Eliot se aproximara al de Abigail. Le dio un empujoncito para que no se acercara más de lo necesario.

—Oh, lo de siempre. También hace eso con Max. Y a mí me hace gracia. Pero, no sé por qué, no me hace tanta gracia cuando centra en mí esa mirada que dice: «Deja de quejarte por tu vida más que perfecta y haz algo con ella».

—¿Has contactado con alguien esta semana para lo de trabajar en una organización caritativa? ¿Qué ha pasado con tu visita al banco?

Abigail se miró las manos.

—Bueno, responde solo si te apetece hablar de ello. No quiero ser curioso —añadió Eliot.

Deseaba agarrarlo de la pechera de su camisa blanca perfectamente planchada y decirle que fuera todo lo curioso que quisiera. Le habría gustado que se lo preguntara todo y que estuviera con ella durante todo ese viaje en el que parecía haberse embarcado con la intención de empezar una vida de verdad.

—¿Hay whisky en esta lata voladora?

—¿Y tú qué crees?

Eliot pulsó un botón en el reposabrazos que tenía a su lado y la superficie brillante se levantó para mostrar un diminuto bar, de treinta por treinta centímetros, con cuatro vasos y dos botellas de un excelente whisky escocés colocados como en una diminuta cesta de picnic.

—*Et voilà!*

Cogió el Oban y se lo ofreció con una mirada inquisitiva.

—Sí, por favor —respondió Abby.

Eliot le sirvió un dedo en un vaso de cristal tallado y se lo dio. Sirvió otro para él, cerró la tapa del bar y alzó su vaso.

—Salud, Abigail. Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repitió ella mirándolo a los ojos y los dos dieron un sorbo. Eliot le había insistido en que tuvieran contacto visual cuando brindaran para celebrar algo, una tonta tradición italiana que ponía de los nervios a Abby. No sabía por qué, pero mirarlo cuando sus labios estaban en el borde de un vaso y los de él también la hacía… palpitar. Dio el sorbo y cerró los ojos. El calor del licor (y probablemente también la cercanía de Eliot) la hicieron enrojecer.

—Creo que me voy a quitar el abrigo.

Abby dejó el vaso en el posavasos que había a su izquierda y se soltó el cinturón. Se quitó el voluminoso abrigo, y Eliot se lo cogió y lo colocó sobre el respaldo de un asiento cercano.

—Estás genial.

Maldito fuera. ¿Por qué tenía que hacer comentarios sobre su apariencia? Tendría que acostumbrarse, porque él parecía decidido a seguir haciéndolo.

—Gracias —dijo en voz baja—. Solo llevo una camiseta negra de cuello vuelto y unos vaqueros.

—Oh, tu ropa es horrorosa. Me refería a ti; eres tú la que está genial. —Dio otro sorbo al whisky y cogió un pequeño mando a distancia que estaba incrustado en una muesca que había cerca de su asiento—. ¿Quieres ver una película? —Encendió el televisor y miró por encima de la cabeza de Abby para ver qué películas estaban cargadas en el sistema.

—¿Horrorosa? —preguntó ella.

Eliot contestó sin mirarla.

—Horrorosa del todo, por supuesto. Lo haces sin darte cuenta para atormentarme. Ese cuerpo tan exquisito que tienes oculto bajo capas de… —Hizo un gesto circular con el mando a distancia para englobar el desastre general de su conjunto—. Las bufandas, las pashminas y los… —Se interrumpió para tirar de la punta de un trozo de tela vieja de color morado que Abby llevaba al cuello con varias vueltas—. Ni siquiera sé cómo llamar a esto.

—Es un pañuelo, Eliot. Sabes perfectamente lo que es. ¿Y qué preferirías que llevara?

—Nada, sin duda.

—¡Aparte de nada! —Ella abrió mucho los ojos para reprenderlo, pero la excitación ante la perspectiva de que Eliot la viera sin nada resultó obvia para ambos.

Él sonrió por su pequeña victoria.

—Vale. —Dio un sorbo breve al whisky—. Aparte de nada, creo que me gustaría que llevaras… —Entornó los ojos—. Levántate.

—¿Qué?

—He dicho que te levantes. Ya me has oído. Es una consulta profesional. Hay mujeres que pagarían unas cantidades que ni te imaginas para que yo les dijera qué ponerse. Es mi trabajo, ¿recuerdas?

—¿Quieres que me levante para tratarme como a un maniquí?

—Exacto.

Rió y dio otro sorbo al whisky, pero no se movió. Eliot no cambió de expresión.

—Pero ¿no estabas de broma? —preguntó incrédula.

—No, no era broma. Claro que si no quieres que te lo diga, no hay problema. —Se encogió de hombros—. Lo achacaré a tu cobardía.

—Eso es muy rastrero. Sabes que saltaría de este avión si me dieras un paracaídas. ¿Cómo te atreves a acusarme de cobardía?

Eliot volvió a encogerse de hombros.

—Tienes miedo de lo guapa que eres. Lo entiendo.

El corazón de Abby empezó a latir con fuerza. Se estaba quedando sin excusas para justificar que la atracción de Eliot por ella estaba basada en algo pasajero, carente de sentido o… excusable. Porque no parecía que se estuviera alejando ni un poco. De hecho, daba la impresión de estar acercándose más y más a la verdad cada vez que abría la boca.

—Yo no soy guapa —dijo Abigail en voz baja, mirando las profundidades de su vaso de whisky.

—Bien. Si eso es lo que piensas, veamos una película.

Eliot seleccionó en la pantalla una película antigua de James Bond y subió el volumen; apareció Sean Connery con unos propulsores en la espalda, volando sobre un castillo francés.

—Bien —contestó Abby.

Pero no estaba bien. Sentía como si Eliot Cranbrook la estuviera descubriendo poco a poco, quitándole una capa de piel tras otra, y no estaba segura de poder soportarlo.

Poco después de que M diera su misión a Bond, Abby se acabó el whisky y se quedó dormida. Cuando se despertó, varias horas después, estaba hecha un ovillo, con la cabeza en el muslo de Eliot y la mano de él descansando sobre su hombro, que no dejaba de acariciarle con el pulgar con ese movimiento tan familiar y tan leve. Ella se incorporó de repente y eso los sobresaltó a ambos.

—¡Hey! —Eliot apartó su vaso de whisky para que no se les cayera a los dos encima.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Relájate, tigresa. —Miró su reloj—. Unas cinco horas. Ya casi hemos llegado.

—¿Cinco horas? Pero ¿qué me has echado en el whisky?

—Anda, como si hiciera falta drogarte para que te duermas. Si eres prácticamente narcoléptica…

—Oh, Dios mío. Estoy totalmente desorientada. —Se apartó el pelo de la cara, metió la mano en el bolsillo de los vaqueros para sacar una goma y se sujetó la melena rebelde en un gran moño suelto en la base de la cabeza—. Mejor así. ¿Dónde está el baño?

Eliot la miró, descansada y fresca.

—Ahí atrás, al fondo. —Señaló a unos metros de donde estaban sentados.

—¡Gracias! —Sonrió y saltó del asiento—. Ahora vuelvo.

Unos minutos después regresó y se puso a mirar por la ventanilla. Podía ver las diminutas luces que había más abajo.

—Qué emocionante. ¡Nunca he estado en el interior de Estados Unidos!

—¿Tu primer visita al Medio Oeste?

Abby asintió.

—Eres genial. Me alegro de poder proporcionarte un poco de diversión verdaderamente americana.

—No quería decir eso. Siempre intentas hacerme sonar de lo más esnob.

—No es cierto. Solo quiero que veas… Oh, olvídalo. No estoy intentando hacerte parecer nada.

—Nada aparte de una persona que lleva una ropa horrorosa.

—Mira, siempre has apreciado mi sinceridad. No te pongas a la defensiva por algo que no es más que mi trabajo. Eso es lo que hago, Abigail. Me dedico a vestir mujeres. —Señaló al avión como si fuera la prueba A—. Y se me da bastante bien, aunque yo no soy quien debería decirlo.

—Vale, vale. Lo entiendo. Eso es lo que haces, así que no te cortes: conviérteme en un maniquí y dime qué imaginas que debería llevar si yo tuviera intención de capitular ante ese tipo de chorradas. —Se levantó y giró sobre sí misma con el dedo índice señalándose la coronilla, como si fuera una bailarina de ballet en un joyero de niña.

—No lo voy a hacer si vas a utilizarlo para intentar demostrar que te estoy convirtiendo en una mujer-objeto. Creo que la ropa es algo hermoso, no me parece que sea una chorrada.

Ella dejó caer los brazos.

—Muy bien, si te vas a poner así de serio conmigo… ¿Qué quieres? ¿Primera posición? ¿Segunda posición? —Colocó los pies en unas poses perfectas de ballet.

—Tercera posición. Pie derecho delante. —Se acabaron las bromitas.

Abby inspiró e intentó que todo pareciera normal, pero cuando Eliot le hablaba así, en ese tono confiado, profundo y específico, tenía un efecto en ella muy erótico y potente.

—Vale —respondió sintiéndose de repente suave y maleable.

Los años de ballet nunca abandonan a una persona. Esas posiciones se quedan en la memoria muscular, sin importar cuántos años hayan pasado desde la última vez que se estuvo junto a una barra. El avión estaba iniciando el descenso, así que tuvo que ajustar la posición.

—Gira a tu izquierda. —Utilizó el vaso de whisky para ilustrárselo, y después volvió a colocarlo en el posavasos que había a su lado y se levantó. Tuvo que agachar un poco la cabeza, porque su más de uno noventa rozaba los límites del techo. Empezó a tocarla.

Le rodeó la cintura con sus dos grandes manos y Abby dio un respingo.

—Sabía que tenías la cintura diminuta, pero mira esto… —Sus manos casi se tocaban cuando la apretaba un poco—. Si te pusiera un corsé, te podrías quedar en cincuenta centímetros.

Abigail se sintió a la vez aterrada y encantada ante la extraña visión de Eliot poniéndole un corsé… Aparecieron imágenes de *Historia de O* y…

—Ajá. Te ha gustado la idea, ¿eh, Abigail? —Apretó las manos un poco más.

—Sí —confesó y suspiró.

Eliot le soltó la cintura y le levantó los brazos, como si fuera una marioneta, primero a la altura de los hombros, después un poco más arriba y finalmente los dejó caer. Para acabar, dio una vuelta a su alrededor.

—¿Puedo?

Estaba sujetando el borde del pañuelo morado que tan poco le gustaba con una mano y preguntaba si podía quitárselo. No sabía por qué, pero Abby siempre había detestado llevar el cuello al aire. Así se sentía más desnuda que en biquini…, totalmente vestida y a la vez de lo más desnuda.

—Claro.

Tragó saliva e intentó no convertir aquello en un *striptease* en su mente, pero la sensación de Eliot Cranbrook quitándole muy despacio y con mucho cuidado esa tela de su cuerpo era probablemente la cosa más sexy que había experimentado en su vida. El corazón se le aceleró, las mejillas se le enrojecieron y de repente empezó a sentir los pechos más sensibles.

—Preciosa —susurró Eliot desde detrás de ella una vez que le hubo quitado el pañuelo.

Como él ya había dejado claro que ninguna de sus prendas podía alcanzar ese calificativo, no le quedó más remedio que reconocer, desconcertada, que Eliot realmente pensaba que ella, Abigail Heyworth, era preciosa.

—Eliot.

Le tocó la nuca con un solo dedo, justo debajo del moño desaliñado que se había hecho. Tiró del material elástico de la camiseta de cuello vuelto para dejar al descubierto la parte alta de la espalda.

—Justo aquí. Voy a encontrar un vestido que dirija toda mi atención a este punto. Tal vez un Alexander McQueen *vintage*.

Le dibujó un círculo sobre el comienzo de la columna con el pulgar mientras contemplaba sus opciones, y ella sintió que ese contacto la recorría como una descarga eléctrica. Eliot soltó el cuello vuelto y le agarró los hombros de esa forma tan familiar.

—Estamos a punto de aterrizar, Abigail. Ponte el cinturón.

Eliot cogió el pañuelo morado y lo tiró a una papelera integrada en la pared que había al lado de la puerta del aseo.

—¡Oye, que era mío!

Eliot se acercó y se sentó a su lado, abrochándose el cinturón cuando ya empezaba a oírse el ruido del tren de aterrizaje.

—Tú lo has dicho: «Era».

Abby rió y cerró los ojos, sintiendo la presión de la gravedad, el poder de los motores y la cercanía de Eliot en el momento en que el avión tomó tierra en Iowa, Estados Unidos.

—¡Eliot! —La voz de su padre sonaba segura y tenía acento americano; era como la de Eliot, pero un poco más áspera por la edad—. ¡Aquí!

Abby miró al otro lado de la pequeña pista de aterrizaje, que no era más que una extensión asfaltada en medio de unos campos de maíz muy áridos donde soplaba el viento con fuerza, y vio a un hombre alto delante de una vieja camioneta plateada que se iba acercando a donde estaban mientras saludaba con la mano.

Eliot cargaba una pequeña bolsa de viaje negra y Abby llevaba su enorme mochila colgada de un hombro.

—¡Eliot! ¿Por qué la chica lleva su equipaje? Pero ¿qué va a pensar de nosotros?

—Hola, papá. Esta es Abigail Heyworth. Abigail, este es mi padre, William Cranbrook, pero todo el mundo le llama Will. —Su padre le dio un abrazo breve y después fue a coger la mochila de Abby.

—Deje que lleve su mochila, ya que parece que a mi hijo no lo hemos educado bien.

Eliot dedicó a Abby una sonrisa desde detrás de su padre.

—¡Oh! —exclamó Abby riendo—. No es que no haya intentado llevarme el equipaje, es que no le he dejado hacerlo. ¡Y mucho menos se lo voy a permitir a usted! —Abby extendió la mano para estrechar la del hombre mayor.

—Estas mujeres de hoy… No sobreviviría con ellas ni una hora. Si alguien se ofreciera a llevarme el equipaje, ¡yo no dudaría en dárselo!

Los tres rieron y echaron a andar, huyendo del fuerte viento, hasta refugiarse en el calor del interior del coche que esperaba. Como Eliot había predicho, llegaron a casa de sus padres en unos treinta minutos.

Aparcaron en el garaje y cruzaron un estrecho corredor acristalado que conectaba con la casa de ladrillos del siglo XIX. Eliot se quitó el abrigo, cogió el de Abby y colgó los dos en las perchas que había junto a la puerta principal. Una puerta que había al otro lado de la pequeña estancia se abrió, y la madre de Eliot unió ambas manos y salió apresuradamente para saludarlos.

Abrazó con fuerza a Eliot y dijo lo bastante alto para que todos la oyeran:

—¡Siempre te echo de menos!

A Abigail le resultó muy raro. Se sintió como si se estuviera inmiscuyendo en un momento muy íntimo, pero pronto se iba a dar cuenta de que esas muestras espontáneas de cariño eran lo normal en la familia de Eliot. Todos se adoraban y querían que los demás lo supieran. Qué fría debía de parecerle a él su familia. Se estremeció al pensarlo.

—¡Oh, fíjate! ¡Estás helada! —dijo la madre de Eliot mirando a Abigail—. Ojalá pudiéramos haber hecho algo para que hiciera buen tiempo en tu primera visita.

—Mamá, te presento a Abigail Heyworth. Abigail, esta es mi madre.

—Un placer conocerla, señora Cranbrook.

—¡Oh, Penny, por favor! Llámame Penny. Vamos a entrar.

La madre de Eliot no dejó de charlar mientras los llevaba a todos a la cocina. Después cerró la puerta para dejar fuera el aire frío, unió ambas manos de nuevo y se volvió para mirar a Abby.

—Así que tú eres Abigail. A ver que te vea… Eres muy guapa.

Abby se sonrojó por un abrumador torbellino de emociones que no era capaz de desentrañar todavía. Aquella mujer sabía quién era, quería conocerla. Eliot le debía de haber hablado a su madre de ella. Penny estaba encantada con su visita, con tenerla allí, en su casa, con su hijo. Con cocinar para ella. Todo era un poco raro y confuso.

—Gracias por incluirme, a pesar de la poca antelación.

—Oh, no pasa nada. Estamos muy contentos de conocerte por fin. En los últimos meses solo hemos oído «Abigail esto» y «Abigail lo otro».

Abby rió y le lanzó una mirada a Eliot. Estaba de pie con los brazos cruzados, apoyado contra el marco de la puerta y con una leve expresión de vergüenza —como si su madre hubiera levantado la liebre—, pero se encogió de hombros un momento después para que supiera que tampoco es que lo sintiera.

—Pasa —continuó Penny—. Estoy acabando un pastel y supongo que querrás tomarte algo. ¿O prefieres un baño caliente e ir directa a la cama? ¿Estás agotada? Eliot nunca tiene jet lag. No sé cómo lo hace.

Abby volvió a mirar a Penny.

—He estado durmiendo todo el viaje. Me encantaría ayudarte con el pastel y tampoco te rechazaría una copa.

—¡Perfecto! Eliot, unas copas, por favor.

Eliot sonreía en el umbral entre la cocina y el pequeño office que daba al salón.

—Ahora mismo.

Abby miró por encima del hombro y sonrió mientras la madre de Eliot agitaba la mano con un gesto que le indicaba que saliera de allí. Eliot podría quedarse contemplándolas toda la noche, pero se obligó a ir al salón y preparar las copas. Poco después se unió a su padre delante del fuego y del partido de fútbol americano del equipo de la Universidad de Iowa mientras Abby y Penny acababan de hacer la cena.

La habitación de invitados de Abby estaba enfrente de la habitación de la infancia de Eliot, donde aún se quedaba cuando iba a la casa paterna. El dormitorio de sus padres se encontraba en la planta baja. La cena fue deliciosa; pollo asado, puré de patatas con coles de Bruselas y, para terminar, pastel de cerezas, todo lo cual Penny preparó, sirvió y recogió, como si no hubiera otra cosa en el mundo que prefiriera hacer… porque probablemente no la había; Eliot estaba en casa, esa era su cena favorita y a ella le encantaba hacérsela. Después todos se fueron a la cama.

Penny acompañó a Abigail a su habitación. La madre de Eliot le dijo que esperaba que tuviera cuanto necesitara y le aseguró que podía dormir hasta tarde, todo lo que quisiera. Le señaló la toalla extra que había bajo el lavabo, el agua embotellada y la manta que había en el armario por si necesitaba echársela, y entonces Eliot asomó la cabeza al interior de la habitación.

—Mamá, deja que se vaya a dormir.

—¡Oh, perdón! Es que estoy tan contenta de que estéis de visita los dos… Lo siento, Abigail, tengo tendencia a andarme por las ramas. Que duermas bien. —Al salir de la habitación se volvió de repente y dijo—: Y por las mañanas somos de lo más informal. Puedes bajar a desayunar en albornoz, y después leeremos el periódico en el solárium y tal vez…

—¡Mamá!

—Ay, Dios mío. —Se acercó y dio un abrazo breve a Abby, luego dio otro a Eliot y después pasó a su lado para salir y bajar a su habitación—. Buenas noches a los dos —añadió desde el pie de la escalera.

Abby le dio las buenas noches y las gracias; después miró a Eliot.

—¿Todo bien? —le preguntó él en voz baja cuando oyó que se cerraba la puerta del cuarto de sus padres.

—Genial, gracias. —Aunque lo dijo un poco alto.

Esa vieja casa en medio de aquella pradera se quedaba muy silenciosa cuando todo el mundo se había ido a dormir. El viento soplaba desde todas las direcciones contra la casa, pero en vez de hacerla parecer aislada o tétrica, le daba una sensación acogedora, como si allí dentro se estuviera a salvo de los elementos. Un ambiente íntimo.

Abby estaba empezando a sentirse rara otra vez al recordar lo que habían hablado en el avión del corsé y al pensar en las manos fuertes de aquel hombre rodeándola. Y justo entonces, como si pudiera ver esos pensamientos calenturientos en su cabeza, él le dedicó una sonrisa lenta y cómplice y negó con la cabeza.

—Que duermas bien, Abigail —dijo, y empezó a cerrar la puerta.

—Eliot… Espera.

Él sujetó la puerta a medio cerrar y la miró, esperando a que continuara.

—¿Qué va a hacer falta…? Quiero decir… Es que tengo tantas ganas de…

Él abrió mucho los ojos.

—¿De qué?

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—No quiero ponerte nada difícil. Solo quiero que tú… —Las palabras se quedaron suspendidas entre ellos unos segundos y sus ojos azul oscuro se entornaron al mirarla. Después bajaron un momento a sus labios y volvieron a sus ojos—. Quiero que estés cómoda, relajada, si hacemos cualquier cosa. —Se acercó, extendió el brazo para colocarle un mechón de pelo tras la oreja y dejó la mano en su cuello.

«¿Si?» Abigail casi dejó de respirar. ¿A quién quería engañar Eliot? En lo que a ella respectaba, se trataba sin duda de «cuándo». Él era como una picadura que tenía que rascarse. Definitivamente. Nada de «si» en cuanto a ese tema.

De pronto su respiración se aceleró y tuvo que hacer un esfuerzo muy consciente para cerrar los ojos y acercarse a él, a esa palma cálida que le acariciaba suavemente el cuello por encima de la tela de la camiseta.

—Te deseo, Abigail, pero creo que tú necesitas saber qué es lo que deseas, qué es lo que necesitas. —Sus dedos le presionaban una arteria en la base del cuello como si le estuviera tomando el pulso.

—Creo… —Su voz sonaba baja y extraña—. Creo que me estás seduciendo pero quieres que parezca que todo ha sido idea mía.

Eliot apartó la mano de su cuello. En ese momento ella empezó a echarla de menos y sintió una extraña punzada de necesidad ante un contacto tan leve.

—No sé si eso es exactamente así —contestó—. No estoy intentando seducirte para tener una especie de aventura pasajera, de eso no hay duda… es decir, no solo para que me digas que sí, si te referías a eso. Pero sí que tienes razón: quiero que sea idea tuya. Duerme bien, Abigail. Hasta mañana.

Ella dejó escapar un breve suspiro.

—Vale. Que duermas bien, Eliot… —Y casi dijo: «Te quiero mucho», como decía siempre que Bronte se llevaba a Lobo a dormir en Dunlear, o cuando estaba con Devon y Sarah y todos se despedían al pie de la escalera con un «buenas noches» y un «os quiero mucho».

Eliot cerró la puerta al salir. Abigail apoyó la frente contra el grueso panel de roble y escuchó el sonido de sus pasos que se alejaban.

Ese «te quiero mucho» no era más que una forma de hablar, no tenía importancia querer decírselo; no significaba literalmente «Te quiero». Se golpeó despacio la frente contra la madera un par de veces, esperando que algo revelador le entrara en su dura cabeza, y después se fue al baño y sacó el cepillo de dientes para prepararse para ir a la cama.

El sábado por la mañana Abby hizo caso a Penny Cranbrook y bajó a desayunar en pijama y con el grueso albornoz que colgaba detrás de la puerta del baño.

—Buenos días, Abigail. Me había parecido oír que te movías por ahí arriba. ¿Quieres café?

—Buenos días. Sí, por favor. —Abby se sentó en uno de los taburetes que había junto a la isla del centro de la cocina.

Penny llevaba un albornoz de franela con flores que llegaba hasta el suelo y un par de calcetines gruesos que parecía que en algún momento habían pertenecido a su marido. Abby debió de quedarse mirando los pies de la mujer mientras dejaba vagar la mente, como solía hacer cuando estaba recién levantada.

—¡Oh! Es que tengo mucho frío en los pies… No llevo cosas muy elegantes en ellos por la mañana. El padre de Eliot suele bromear con que siempre me quedo helada… ¡excepto el día que me pidió que me casara con él! —Le pasó a Abby una taza de café negro y después puso una jarrita de leche y un azucarero en la encimera cerca de donde estaba.

—Lo tomo sin leche ni azúcar, gracias.

—Antes yo también lo tomaba así, pero últimamente me he vuelto muy aficionada a la leche y el azúcar. —Penny rió para sí—. Me he pasado demasiados años contando calorías para poder llevar lo que estaba más de moda. Ahora prefiero tomar leche y azúcar que llevar una talla treinta y seis.

Abby sonrió y dio otro sorbo al café.

—Vamos a sentarnos en el solárium. He hecho unos *muffins* de calabacín, y ahí fuera podemos leer el periódico. Eliot y Will se han ido a la ciudad a buscar cartuchos. Se les ha ocurrido que tal vez te apetecería salir a cazar faisanes antes de ir a casa de la abuela Cranbrook esta tarde. ¿Qué te parece?

—Me encantaría. —Abby miró el cielo gris invernal a través del techo inclinado de cristal—. ¿Es un invernadero británico? Me resulta muy familiar.

—Lo es. Después de que el padre de Eliot vendiera la empresa, fue su primera extravagancia.

Abigail se dio cuenta de que no tenía ni idea de a qué se había dedicado el padre de Eliot. Supuso que resultaría maleducado preguntar.

—¿Te ha hablado Eliot del negocio de su padre?

Bueno, ahí estaba su respuesta. Abigail sonrió.

—No. Creo que Sarah mencionó que su padre y el de Eliot fueron socios durante mucho tiempo, pero nunca me contó los detalles.

—Oh, claro. —Penny sonrió por encima de su taza de café—. ¿En Inglaterra se considera de mala educación preguntar a alguien a qué se dedica? Qué ejemplo más perfecto de nuestras diferencias culturales. —Penny se inclinó hacia delante y cogió un *muffin*. Después metió los pies debajo del cuerpo para ponerse cómoda en la enorme silla de mimbre con unos grandes cojines muy mullidos—. Aquí, en Estados Unidos, tenemos más interés en saber a qué se dedica alguien y no tanto en quiénes son sus padres o de dónde es. Mejor que te conozcan por lo que has conseguido tú mismo, ¿no?

—Creo que tienes razón, pero en Inglaterra supongo que parece… no sé… probablemente esto va a sonar elitista o algo así, pero la gente prefiere que se la conozca por sus ideas, no por lo que hacen para ganar dinero.

Penny rió.

—Oh, hablas como la abuela de Sarah. ¿La has conocido?

—Sí, hemos coincidido un par de veces. Es extraordinaria.

—Cierto. Recuerdo que Sarah me contó lo «escandalizada» que estaba su abuela cuando ella decidió dedicarse al «comercio». ¿No es gracioso que todavía haya gente que piense así? ¡El «comercio»! —Penny rió ante la sola idea.

Abby sonrió, pero le dio un poco de vergüenza admitir que su madre la había criado con la misma escala de valores contradictoria. Primero, sobre todo si eras mujer, tenías que ser productiva, pero nunca estar muy apegada al dinero ni demasiado ocupada, y sobre todo nunca atada del todo a la persona que te daba trabajo. Era un equilibrio imposible de lograr.

—Lo siento… ¿He dicho algo malo, Abigail?

—Oh, no. —Levantó la vista y vio la compasión en los ojos de aquella mujer, que eran igual que los de Eliot; en ellos había algo dulce y preocupado que hizo que Abby tuviera ganas de llorar—. No, nada, de verdad. Estaba pensando en cómo a veces nos llegan mensajes contradictorios de nuestros padres. —Abby sonrió de nuevo intentando cambiar de tema.

—¡Oh, yo sé mucho de eso!

—¿Ah, sí?

—Sí. Esta era la casa de mis padres. —Penny señaló a su alrededor—. Yo nací en esta casa. Por eso parece que soy de granja y Eliot parece salido de… Harvard. El internado le quitó el aire de granja que había en él. Mi familia era lo que se conoce por aquí como gente «cabal». Metodistas. Granjeros que trabajaban duro. Nada de tonterías. Y entonces fui yo y me enamoré de un chico de la escuela cuyo padre conducía camiones. Su familia era de Kentucky, nada menos. —La forma en que dijo «Kentucky» fue como si eso significara una plaga para ambas familias. Y probablemente entonces lo era.

—Así que Will y tú erais unos enamorados incomprendidos… ¡Qué romántico!

Penny dio un mordisco su *muffin* y miró a Abigail.

—Ahora parece romántico, pero nos fugamos y, tal como yo lo recuerdo, era más parecido al final de *El graduado* que a cualquier otra cosa. Pasamos miedo.

—¡Oh, Dios mío! —Abby se cubrió la mejilla con la palma de una mano—. ¿Tan malo fue?

—No te lo puedes imaginar. Para mi pobre madre… que Dios la bendiga, esas semanas fueron probablemente las peores de su vida. Era su única hija. Mi padre juró que no volvería a hablarme. —Penny soltó una risita—. Siempre fue un hombre que se tiraba de los pelos el lunes y para el fin de semana ya se había arreglado todo. Pero aquellas semanas fueron muy largas, te lo aseguro.

—Mi madre puede mantener un enfado durante meses. Años incluso. Tienes suerte.

Penny ladeó la cabeza.

—No conozco a tu madre, pero Eliot dice que es… una mujer que impone mucho.

—¡Eso es poco decir! Pero volvamos a tu madre y cómo se solucionó todo.

—Oh, mi padre cedió al final. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me crió para que fuera sincera y digna de confianza, y yo amaba a Will. —Se encogió de hombros como si nada hubiera estado en sus manos—. Así que no había mucho que pudiera hacer. Yo tenía una fe total en Will Cranbrook. Me prometió que siempre me querría y que iba a coger el único camión que tenía su padre y lo iba a convertir en una flota de cien camiones. —Penny dio un sorbo lento al café—. Y eso fue lo que hizo. Empezó a hacer los envíos de todos los grandes almacenes del Medio Oeste y entonces fue cuando conocimos a los padres de Sarah. Eran un encanto, sobre todo la madre de Sarah. ¿Sabes esa gente que es esencialmente buena? Así veía yo a Elizabeth James. Solo coincidimos un par de veces cuando íbamos a Chicago a hacer algún negocio, pero era como una muñequita. Muy parecida a Sarah. Tan radiante…

Abby sintió una pequeña punzada de algo parecido a los celos porque Sarah hubiera causado tan buena impresión a la madre de Eliot. No es que hubiera habido nada entre Eliot y Sarah que no fuera una amistad profesional, pero Abby seguía pensando que ella resultaba un poco menos «radiante» en comparación.

—Oh, qué incómodo, perdona… —se disculpó Penny.

—No —la interrumpió Abby, avergonzada porque su arrebato de lo que fuera se había vislumbrado en su cara—. No…

—Qué tonta. Solo quería decir que eres afortunada por tener a Sarah como cuñada ahora. Su madre era todo dulzura y sonrisas, como Sarah cuando la conocí el año pasado, pero… —Penny inspiró y después continuó en voz más baja—: Siempre pensé que no era el tipo de mujer que le hacía falta a Eliot.

Abigail se sonrojó y maldijo en silencio su piel blanca por delatarla.

—Oh, pero qué tonta. Será mejor que deje de hablar antes de que diga alguna otra ridiculez. —Penny dio un sorbo a su café e intentó quedarse callada, pero eso no era propio de ella—. Tú eres el tipo de mujer que le hace falta a Eliot —le susurró justo cuando la puerta de atrás se abrió e hizo que su atención se dirigiera a la cocina. Penny guiñó un ojo a Abby mientras los dos hombres Cranbrook entraban en el solárium.

El padre de Eliot fue directo hacia su esposa y para saludarla le dio un beso en los labios. Ella levantó una mano y le acarició la mejilla cuando se apartaba.

—¿Qué tal estás esta mañana? —preguntó realmente interesado.

De nuevo Abby se sintió como si estuviera contemplando algo demasiado personal que no estaba hecho para sus ojos. Apartó la vista para darles algo de privacidad y su mirada se encontró con la de Eliot. Estaba observando cómo ella miraba a sus padres y entonces le dedicó una sonrisita triste, como si dijera: «¿Ves por qué creo que la gente tiene que ser amable y cariñosa entre sí?».

—¿Y cómo estás tú esta mañana, Abigail? —preguntó repitiendo exactamente el comentario amable de su padre con su madre.

Abby levantó su taza.

—Fantástica. ¿Y tú?

—¡Genial! Hace un día perfecto para cazar. Aquí no tenemos trompetas, ni caballos elegantes, ni perros, pero también sabemos derribar unos cuantos pájaros. ¿Te apetece?

—¡Ya sabes que sí! —Se levantó y se sintió muy acalorada y algo molesta por el modo en que Eliot la miraba cuando se dirigía a la cocina con aquel albornoz—. Voy a darme una ducha rápida y estaré lista para salir.

—Vale. Te veo dentro de poco. —Entornó los ojos y la observó con más intensidad.

—Perfecto. —Subió la escalera encantada de repente con la perspectiva de disparar un rifle contra unas pequeñas criaturas inocentes para poder liberar un poco de frustración sexual contenida.

Esa noche el viento de enero se coló tras ellos cuando Eliot abrió la puerta del bar y dio un empujoncito a Abby para que se apresurara a entrar. Ella rió y él la dirigió por el espacio lleno de gente hasta el fondo del establecimiento, cerca de la mesa de billar.

Uno de los hombres que estaba jugando levantó su taco y saludó:

—¡Hey, Eliot! Aquí.

A Abby le encantaba ver a Eliot en ese mundo, rodeado por sus amigos de la infancia; lo conocían como el estudiante empollón de todo sobresalientes y estrella de atletismo. Claro que también sabían que se había convertido en un ejecutivo internacional con mucho éxito que ganaba montones de dinero, pero cuando volvía allí era la misma persona de siempre. Él era el mismo con todo el mundo, tanto si estaba hablando con el piloto de su jet privado como con la chica de la caja del Kum & Go.

Ella sonrió al recordar ese nombre. Cuando aparcaron allí para echar gasolina esa tarde, Abigail estuvo a punto de caerse del coche por las carcajadas.

—¿Kum & Go? ¿Cómo puedes no partirte de la risa?

Eliot le dedicó esa sonrisa dulce y cómplice que estaba empezando a provocar en Abigail una profunda distracción sexual.

—No es más que el nombre de una cadena de gasolineras, ¿qué tiene de especial? —respondió, pero amplió su sonrisa y ella se imaginó que se le estaban pasando por la mente todo tipo de ideas sugerentes, excitantes y prometedoras. Hablaba en serio con lo de mantenerse en sus trece con esa chorrada de hacer que ella le confesara lo que realmente quería y estaba empezando a pensar que no le importaría tener que suplicarle si él cedía a darle un revolcón.

Pero no dejaba de echarse atrás en el último minuto al ver la intensidad de algo más profundo en sus ojos, algo que no creía que fuera capaz de darle. Evidentemente la tentaba lo de arriesgarse a tener algo más profundo con Eliot, pero le parecía un pacto con el diablo de esos que aceptas porque estás muy seguro de que no puedes perder, cuando en realidad no tienes ninguna garantía para después pagar la deuda. Sería mejor para los dos si ella se aseguraba de que todo fuera superficial.

—Oh, nada —continuó Abigail—. Kum & Go es básicamente «Folla y vete», un nombre de lo más normal e inocente.

Eliot soltó una carcajada y salió para echar gasolina a la camioneta de su padre. Ese viaje, todo eso de ir con Eliot al cumpleaños de su abuela a Iowa, le había parecido un poco raro en un principio, pero Abigail había querido satisfacer su curiosidad para ver qué tipo de mundo había dado origen a un hombre como Eliot, un buen hombre. Así que había ido hasta allí, a lo más profundo de Estados Unidos, para enterarse.

Hasta entonces los dos habían cazado unos cuantos faisanes —con una forma de cazar conocida allí como «patear la cuneta», que consistía en revisar el terreno desde las cunetas de los caminos hasta que surgía una presa— y se habían probado un montón de monos de la marca Carhartt en la tienda local de tractores. Abigail estaba encantada. Y después de una comida de cuatro horas con los padres, primos, tíos y tíos abuelos de Eliot, además de la jovencita que celebraba los noventa años, la tradición dictaba que los dos tenían que ir a la pequeña ciudad que había cerca del lugar donde había crecido Eliot para tomarse algo en el abrevadero local y ponerse al día con los viejos amigos del instituto.

Mientras se abrían paso hasta la parte de atrás del bar, con la música de Lynyrd Skynyrd de fondo, varias personas lo saludaron diciendo: «¡Hey, Eliot!», o «¿Qué tal, Eliot?».

Cuando llegaron con sus amigos junto a la mesa de billar, uno de ellos le dio un gran abrazo de oso y después se apartó.

—¿Qué tal estás, hombre?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. —Sonrió y se volvió hacia Abigail—. ¿Y tú quién eres? —Le tendió la mano.

—Abigail Heyworth. —Le estrechó la mano con firmeza—. Encantada de conocerte.

—Lady Abigail Heyworth —añadió Eliot.

—No seas gilipollas —dijo Abigail y le dio un puñetazo en el brazo.

—Encantado de conocerla, lady Abigail. Yo soy Jason Mercer. —Y le dedicó una gran sonrisa entre tímida y dubitativa.

—Solo Abigail. No hagas caso a Eliot con esas chorradas de la nobleza —contestó Abby.

—¿Por qué no? —preguntó Eliot mientras llamaba a la camarera—. Dos Budweiser y dos chupitos de Jack Daniels, por favor. —Después se volvió hacia Jason y Abigail y continuó—: Ella siempre me presenta como Eliot Cranbrook, presidente de Danieli-Fauchard. —Se volvió para mirar a Abigail—. ¿Qué te parece ahora que te pago con la misma moneda?

—Vale, vale. —Abby rió—. No volveré a presentarte así nunca más. Solo Eliot, ¿te parece bien?

Jason dio un sorbo a su cerveza, atento al pique entre Eliot y Abby.

—¿Cuánto tiempo hace que salís?

Los dos se quedaron helados.

—No estamos saliendo —respondió Abigail demasiado rápido. Después rodeó los hombros a Eliot con el brazo y le dio un apretoncito amistoso—. Solo somos buenos amigos.

Eliot sonrió a Jason.

—Eso es. Solo amigos.

—Ya veo —dijo Jason. Después aplicó tiza a su taco y tiró.

El otro hombre que estaba jugando al billar había estado escuchando la conversación y miró a Eliot con una sonrisa.

—¿Qué tal te va, Eliot?

—Genial, Mike. ¿Y a ti?

—Todo bien. Solo estoy en la ciudad un par de noches para ver a mi madre. Después vuelvo a la carretera.

Pasaron la siguiente hora básicamente bebiendo. Las Budweiser y los chupitos no dejaban de llegar. Abby se acostumbró rápidamente al ritmo del lugar, sentada en un taburete al lado de Eliot mientras sus amigos iban y venían, y observando lo cómodo y lo seguro que se le veía. Él estaba bien. ¿Cuál era su problema? Ella quería estar con él y él con ella.

Su amigo Mike estaba de pie a la izquierda de Eliot y los dos se reían hablando de un amigo de cuarto curso que siempre tropezaba cuando bajaba del autobús del colegio. Abby no dejaba de mirar a Eliot; tras unas cuantas cervezas, no le importaba si era apropiado o no quedarse mirándolo así.

Al sentir su atención, él se volvió lentamente y la miró a los ojos.

—¿Qué?

—Nada. —Apartó la mirada y dio un sorbo a su cerveza.

—¿Nada? ¿O algo que preferirías que no fuera nada?

Inspiró hondo y le plantó cara. Mike seguía de pie allí formando parte de la conversación de alguna forma, sonriéndole por encima del hombro de Eliot. Probablemente era una mala idea lanzarse a la piscina de una relación allí, en ese diminuto bar del Medio Oeste, rodeada de un grupo de amigos de la infancia de Eliot. Pero por otro lado, con público era menos probable que la conversación se les fuera de las manos.

—Siento que estás intentando algo así como domesticarme y no me gusta.

—Vaya… —Mike silbó por lo bajo—. Te acaba de poner en un aprieto, tío.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Eliot.

—No te pongas a la defensiva —respondió Abigail apoyando su hombro en el de él—. Es solo que a veces tengo esa sensación de que la mayoría de los tíos solo quieren ser el hombre que logra que a la chica dejen de gustarle otras chicas.

Al oír eso, Mike se atragantó con la cerveza.

—Colega, creo que tiene razón.

Abigail sonrió a Mike sintiendo que había conseguido un punto en la final del concurso «Poner en evidencia a Eliot». Era un golpe bajo, porque ella nunca había pensado eso de Eliot. Ni una sola vez había dado a entender que su relación con Tully no fuese más que un brillante aperitivo antes del plato principal, que sería él. Era una distracción; no tenía el coraje para admitir que ella era una cobarde emocional.

Eliot entornó los ojos y lanzó una mirada a Mike. Volviéndose lentamente hacia Abigail, preguntó:

—¿Qué es lo que piensas? ¿Que a mí me pone pensar en que te acostabas con Tully… y que después te vas a acostar conmigo?

Abby sonrió y levantó la barbilla.

—¿Qué te parece a ti, Mike? ¿No les pone a los tíos pensar en mí con una mujer… y después pensar que me voy a pasar al lado oscuro para estar con un hombre?

—No quiero ofender, pero… sí, sin duda.

Abigail sonrió sintiéndose victoriosa de nuevo, pero esa sensación le duró poco. Eliot no parecía vencido y ella empezó a preocuparse un poco. Él era muy bueno a la hora de debatir y siempre hacía que viera un problema de una forma, solo para después demostrarle por qué ese punto de vista estaba totalmente equivocado.

—¿Ves, Eliot? —insistió—. No es que esté hablando de algo que no se le ha ocurrido a nadie nunca.

Él dio un sorbo a la cerveza mientras pensaba y la miró a los ojos.

—¿Lo que estás diciendo es que solo a los hombres les pone esa idea?

—Bueno…

—¿Estás diciendo que a ti no te pondría pensar en mí estando con un tío… y después perdiendo la cabeza por estar contigo?

Abigail sintió que el suelo se abría bajo sus pies y el corazón empezó a latirle frenéticamente, tanto por lo de «Eliot con un hombre» como por lo de «perder la cabeza por ella».

—Bueno…, visto así —balbuceó—. Vamos, Eliot… ¡eso es totalmente imposible! —Intentó reírse al decirlo, pero debió de sonrojarse y Eliot lo vio. Y le gustó.

Mike dio un sorbo a su cerveza y enarcó las cejas. Eliot y él intercambiaron una mirada y se sonrieron. Después volvió a mirar a Abigail, pero Mike fue quien habló.

—Yo no diría que es totalmente imposible…

—Oh, me refería… —A Abigail se le trabó la lengua—. No es comparable. —Pero le ponía la idea. Mucho—. ¿Vosotros dos alguna vez… ya sabes? —Abigail se sonrojó.

Eliot se volvió hacia Mike y sonrió.

—Se aturulla a veces. A mí me parece muy atractivo.

Mierda… Mierda, mierda, mierda. Un momento antes era «yo soy gay y tú no» y de repente, no sabía cómo, estaba viendo que tal vez Eliot no era el macho americano cien por cien heterosexual. Maldita fuera su madre por hacerle consciente de sus prejuicios, porque a partir de entonces sus dudas nunca terminarían. Abby sintió que no dejaba de verse en situaciones en las que no hacía más que recibir golpes en plena cabeza por lo estrecha de miras y de mente que era en realidad.

Abigail soltó una carcajada y Eliot la observó mientras daba un sorbo a la cerveza. Todos se quedaron un momento en silencio, y Abigail pensó que iban a entrar en un territorio menos peligroso.

—Bueno… —empezó a decir, con la esperanza de redirigir la conversación.

—Vamos a ver —intervino Eliot—, ¿quieres que hagamos un experimento? —Dejó de mirar a Mike y se centró en Abby—. Para darte la oportunidad de demostrar que algo así no te pone en absoluto.

Miró a Eliot, sus ojos brillantes, sus labios, y después se apartó un poco para ver mejor a Mike. Desde un punto de vista puramente estético era muy guapo: casi tan alto como Eliot, delgado, el rostro anguloso y los labios carnosos. Mike era bailarín profesional y viajaba por todo el país; tenía un físico perfecto. Abigail tenía que estar muy borracha para meterse en aquello. Tragó saliva.

—¿Qué tipo de experimento? —preguntó a Eliot.

—¿Qué te parece un beso? —Hizo un gesto en el aire con su fuerte mano para señalar a Mike y después a él.

Así. Tal cual.

Dio un trago demasiado grande a su cerveza. Joder. Sí, joder porque sí quería verlos besarse. Solo con decirlo así, sintió que las entrañas le daban un vuelco y se convertían en una masa temblorosa. «Sí, sí, sí, SÍ», le gritaba su cuerpo.

Pero ¿qué significaba eso? ¿Estaba jugando con ella? ¿O ella con él? ¿Estaba intentando Eliot darle una lección? ¿O solo estaban un poco borrachos y querían divertirse? Intentó recordarse que «divertirse» era su principal objetivo. Se quedaría con eso. «Divertido» era lo opuesto a esa cosa aterradora de «vas a ser mía para siempre» que a veces veía en la cara de Eliot cuando la miraba. En ese momento no se le veía profundo y serio, sino travieso y adorable.

—No te lo pienses tanto, Abigail. —Eliot y su voz autoritaria. Eso también le ponía—. ¿Sí o no?

Notó que los pechos se le tensaban dentro del sujetador y decidió no mentir.

—Sí. —Sintió que le ardían las mejillas y miró a Eliot y después a Mike—. Bueno, solo si queréis, claro…

Mike rió bajito.

—Oh, a mí no vas a tener que obligarme.

Eliot sonrió.

—Salgamos por la puerta de atrás para no asustar al viejo Smithers, el pobre —dijo—, con toda esta locura de hombre-hombre.

Tiró de Abigail para que bajara del taburete y ella trastabilló. Le agarró la mano, entrelazó los dedos con los de ella y se los apretó mientras ambos seguían a Mike por la puerta de atrás, detrás de la mesa de billar, hacia la zona más oscura, junto a los baños.

El aire frío los golpeó a los tres e hizo que Abigail diera un breve respingo. Eliot la atrajo hacia sí.

—¿Estás bien?

—Sí, genial. —Le sonrió con los dientes castañeteándole—. ¿Y tú?

Su sonrisa era toda la respuesta que necesitaba. Eliot dejó su cerveza en el borde de un contenedor de basura y Mike lo imitó. Los dos hombres se miraron y después Eliot miró a Abigail otra vez.

—¿Estás segura de que quieres esto? No me gustaría que te diera asco o algo así.

Ella hizo un mohín y entornó los ojos. Estaba obviamente excitada por la idea de los dos besándose, y se notaba.

—Creo que lo soportaré, Eliot.

Mike rió.

—Me estoy helando. Vamos a ello.

Eliot sonrió a Abigail una vez más y entonces se acercó y le dio un beso suave en la mejilla, rozándosela apenas con los labios. Cuando se lanzó hacia él para que le diera más, se sintió como un pez boqueando fuera del agua.

—Oh, Dios. —Abby cerró los ojos cuando él acercó su cara a la de ella y lo besó con una ferocidad que no sabía que tenía mientras apretaba sus caderas contra un lado del muslo de Eliot. Cuando volvió a abrir los ojos, Eliot respiraba trabajosamente y la miraba primero a los ojos, después a los labios húmedos, al momento siguiente al pelo y de nuevo a los ojos.

Mike rió mientras cogía la cerveza que había dejado un momento antes.

—Que os lo paséis bien los dos siendo «solo» amigos, ¿eh?

Y volvió a entrar en el bar.

LOS DOS SE QUEDARON ALLÍ DE PIE unos momentos, en el frío helador y silencioso, hasta que Eliot habló.

—¿Satisfecha?

—Ni mucho menos.

Lo besó de nuevo, no para lograr otro subidón fácil sino porque necesitaba tenerlo. Y los labios de él le respondieron; sabía a Jack Daniels, a cerveza y a Eliot. Cuando las piernas de Abigail se disolvieron bajo su cuerpo, él la empujó contra el ladrillo irregular del muro del bar y siguió besándola sin importarle nada más. Notaba su mano áspera en el cuello, agarrándole un mechón de pelo para echarle atrás la cabeza y poder poseer su boca con más fuerza.

Después pasó a besarle las comisuras de los labios, la mandíbula y el cuello hasta llegar cerca de su oreja. Su voz sonaba cálida y pastosa.

—¿No lo ves? No me importa lo que ninguno de los dos haya hecho antes de conocernos. No importa con quién estuvieras o por qué. Te deseo a ti, a quien eres ahora mismo. A la mujer que tengo en mis brazos. —La besó otra vez en el cuello, más abajo, donde la tela de la camiseta rozaba las clavículas—. Tú y tus malditos cuellos vueltos.

Tiró de la tela, y el aire gélido acarició la piel caliente de Abby. Un hormigueo le recorrió la espalda. Más que un estremecimiento fue casi una convulsión. Quería más besos tórridos y urgentes. Le rodeó el poderoso cuello con las manos y tiró de su cabeza hacia atrás para intentar que volviera a acercar los labios a los suyos.

—No voy a hacer lo que usted quiera, señorita.

Le apartó suavemente las manos de su cuello y las llevó a la parte de delante de sus pantalones, mientras con los labios y la lengua seguía el lento camino que había iniciado por su cuello y su oreja, algo que no estaba ni mucho menos satisfaciendo la necesidad que ella tenía. Eliot le apretó las manos contra la apremiante y dura prueba de su deseo. Su miembro reaccionó inmediatamente ante la leve presión de las manos de Abby; por fin tenía esas manos tan cerca de él como quería.

—Tócame, Abigail.

Siguió haciéndole cosas con la lengua —chupándola, saboreándola, provocándola— hasta que ella se sintió un poco mareada y acalorada. ¿Y por qué se había estado preocupando? Aquello era divertido. Muy divertido. Se sentía como flotando.

—¡Abigail! —Su voz sonaba crispada, exigente, desesperada y contundente.

Ella acarició vacilante la tela que cubría el pene duro, siguiendo levemente su forma y su contorno. Se estremeció al notar el calor que despedía y quiso más, así que apretó los dedos; quería sentirlo, verlo, saborearlo. No iba a aguantar mucho allí, en el gélido callejón detrás del bar.

Eliot gruñó contra la piel de su cuello y le mordió la oreja. Ella soltó un grito y él le cubrió la boca con la suya otra vez, arrancándole un respingo. La besó tiernamente al principio y después tiró de ella hacia él, provocando que apretara todavía más la mano contra su erección mientras le apoyaba las suyas en la parte baja de la espalda. Un segundo después bajó las manos y le agarró el culo.

«Por fin», pensó Eliot con un gemido. Y la acercó a él un poco más.

—Eliot… —A Abigail le castañeteaban los dientes—. No pares, por favor…, pero ¿podemos ir a algún lugar donde haga menos frío?

—No voy a parar. —«Nunca», quiso añadir—. Vamos a casa de mis padres.

—Vale.

Volvieron al bar, y para Abby fue como si los dos tuvieran una flecha luminosa de neón encima de sus cabezas que decía: «Acabamos de darnos el lote».

Cogieron un taxi para volver y dejaron el coche de la familia de Eliot aparcado delante del bar; no quisieron arriesgarse después de las cervezas y los chupitos de whisky.

Solo lograron llegar hasta el salón. Eliot agarró a Abigail por los hombros y la echó sobre el gran sofá. Sus padres se habían ido a la cama hacía horas, pero su habitación estaba solo a unos metros.

—La luz de la chimenea te sienta bien. Estás guapísima, Abigail. —Eliot estaba intentando quitarle la camiseta sin dejar de mirarle la cara.

—¡Eliot! ¿Y si aparece tu madre? —susurró con voz ronca, jadeando y riendo a la vez. Estaba segura de que él se estaba dando cuenta de que a ella le daría igual aunque entraran en ese momento todos los detectives que tenía Scotland Yard.

—A estas horas estarán completamente dormidos —contestó susurrando—. No te preocupes por eso.

Estaba tirando de su camiseta de cuello vuelto hacia la cabeza mientras hablaba, pero solo consiguió sacarle los brazos y dejársela colgando del cuello.

Debajo llevaba uno de esos sujetadores cutres de algodón blanco de Marks & Spencer.

—Oh, Dios mío —gruñó—. En cuanto volvamos a Europa iremos a comprar lencería. Si tienes planes para el fin de semana que viene, cancélalos.

Abby arqueó la espalda y supo que, a pesar de las críticas a su ropa interior, Eliot no estaba en absoluto desanimado por la visión.

—Pues, señor Ordeno-y-mando —dijo retorciéndose bajo su mirada escrutadora—, resulta que tengo planes para el próximo fin de semana.

Eliot se tumbó sobre ella y empezó a besarla por el pecho. Le soltó el broche delantero del práctico sujetador mientras le susurraba:

—Cambia tus planes.

Y, sin levantar la vista, dedicó toda su atención a sus senos.

—Oh, por Dios, Eliot.

Lo sentía por todas partes, no solo donde la estaba tocando, chupando y…

—¡Oh, Eliot!

Le rozó los pezones con los dientes y un momento después le tapó la boca con la suya antes de que se le escapara un grito de placer que despertara a todo el vecindario.

Tras el beso se apartó lentamente, jadeando y pasándole una mano por el pelo alborotado y haciendo círculos lentos sobre su vientre plano con la otra.

—Me siento como si estuviera en el instituto, pero no en el buen sentido. Te quiero en una enorme suite de un hotel de París. En una cama gigantesca. Conmigo. Tú y yo. Sin padres durmiendo en un sitio desde el que nos pueden oír. Quiero hacerte cosas… todo tipo de cosas… hacerlas contigo… Abigail.

Despedía un aire de puro deseo que era muy excitante; seguía siendo intenso y emocional, y lo que decía estaba cargado de todos los sentimientos que aterrorizaban a Abigail, pero su impaciencia también era traviesa y de lo más estimulante. ¿Quién habría pensado que el cabal Eliot Cranbrook daría un nuevo significado a la palabra «diversión»?

—Es posible que esa fantasía en concreto se haga realidad —susurró Abigail.

—¿Ah, sí? —Su mano se detuvo y empezó a seguir la cintura de sus vaqueros, jugueteando con el botón y la cremallera sin llegar a desabrocharlos. Después retomó las caricias lentas que acabaron de nuevo rodeándole los pechos—. ¿Cuándo?

—Hum… —Abby se lamió los labios y disfrutó sintiendo sus suaves dedos recorrer aquella piel tan sensible—. Voy a estar en París el próximo fin de semana. En el Plaza Athénée. ¿Por qué no nos vemos allí?

—No lo dudes. —Pareció considerar esa alegre casualidad—. Excelente. —Sonrió y se incorporó—. Arriba —ordenó y le hizo levantar el trasero para poder cogerla en brazos y llevarla al piso superior.

—¡Qué romántico! —bromeó rodeándole el cuello con los brazos para sujetarse.

Él la miró a los ojos y sonrió, pero se dio cuenta de que no estaba bromeando.

—Sí, ¿verdad?

La llevó a la habitación de invitados, la dejó suavemente en la cama y fue a cerrar la puerta. Se subió a la estrecha cama doble antigua y la atrapó bajo su cuerpo.

—Toda esta casa fue construida para gente de la mitad de mi tamaño. Es una pesadilla. Ni que decir tiene que no vamos a tener sexo por primera vez en esta caja de

zapatos. Además, quiero oírte gritar.

—¡Eliot! —Fingió estar muy consternada por su repentina franqueza. Luego sonrió y dijo—: Bueno, seguro que se nos ocurren algunas cosas que podemos hacer antes de tenerme en una habitación insonorizada de París, ¿no crees?

Su sonrisa era deliciosa.

—Tal vez algo como esto… —Eliot se sentó sobre los talones y la cama crujió bajo su peso. Puso los ojos en blanco al oírlo—. Por favor…

Le desabrochó el botón y la cremallera de los vaqueros y se los bajó hasta las rodillas. Un segundo después los acompañaban sus bragas blancas.

—Estas bragas van a ir al fuego. Lo digo solo para tu información.

Le acarició los muslos mientras le miraba el punto en el que sus piernas se unían.

—Abigail, querida… ¿No eres un poco desvergonzada?

Ella levantó apenas la barbilla para mirar su estado de desaliño: el sujetador medio quitado, la camiseta colgando y los pantalones… en situación similar. Volvió a dejar caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos para demostrar apatía ante su derrota.

—Estoy hecha unos zorros, Eliot, cariño. ¿Qué tienes intención de hacerme?

Entonces él se acercó y la besó entre las piernas para luego empezar a provocarla con la lengua y seguir estimulándola hasta que tuvo que volver a cubrirle la boca para evitar que sus gritos de éxtasis despertaran no solo a sus padres, sino a medio vecindario. Segundos después de su liberación, ya se estaba quedando dormida murmurando su nombre.

—Qué típico —comentó Eliot.

Le quitó despacio los calcetines, los vaqueros y la ropa interior y acabó con la camiseta. Se quedó un momento mirando sus suaves y perfectas curvas, su piel pálida e inmaculada. La tapó con las sábanas y las mantas, y ella se acurrucó para dormir.

—Mi dulce Eliot —murmuró Abigail entre sueños.

«No voy a ser tan dulce cuando estemos en París, te lo aseguro», se dijo, y salió en silencio de la habitación.

Abigail se despertó el domingo por la mañana en la cama de la habitación de invitados desnuda y sola. El olor a beicon, huevos y café le llegaba desde la cocina y oía la cadencia de la voz de Eliot hablando con sus padres, aunque no distinguía las palabras. Abby se puso su pijama rojo y el albornoz prestado e intentó fingir despreocupación.

—¡Ya has bajado! —exclamó Penny cuando Abby apareció por la esquina para entrar en la cocina.

Eliot eligió ese momento para dar un sorbo a su café, pero le guiñó un ojo por encima de la taza y Abby se puso roja hasta las orejas.

—Espero que no vayas a coger algo. Parece que tienes un poco de fiebre… —comentó Will Cranbrook.

—¡Oh, no! Estoy bien. —Abby se tocó la cara con las manos—. Es que me acabo de levantar. Será el calor de la almohada en las mejillas, ya sabes.

—Bueno, por si acaso estás incubando algo, te voy a hacer un buen desayuno para llenarte el estómago como es debido antes del viaje de vuelta a Inglaterra —dijo Penny—. Qué pena que tus visitas sean tan cortas, Eliot. —Como muestra de irritación le dio un golpecito al borde de la sartén con la paleta que estaba utilizando.

—Te voy a ver en Ginebra dentro de un par de semanas, mamá. No es que no pasemos tiempo juntos.

—Lo sé, pero a mí me gustaría pasar una temporada larga y que tengamos muchos días para comer costillas, ver partidos de fútbol americano y, ya me entiendes, solo relajarnos y estar juntos. —Se volvió hacia Abigail—. Ya sabes lo que quiero decir, Abigail, simplemente estar con la familia. Vosotros os reuniréis muy a menudo, ¿no?

—No con frecuencia, la verdad. Y casi nunca estamos todos. Mi hermana mayor lleva muchos años viviendo en el norte de Escocia, así que apenas la vemos. Mi hermano mayor, Max, vive en el castillo de Dunlear con su mujer y su encantador bebé. Y Sarah y Devon viven en Mayfair. Yo me quedo en casa de mi madre cuando estoy en Londres, pero… nunca hemos sido ese tipo de familia que se reúne los domingos para comer y pasar la tarde.

—Oh, qué pena.

—No es para tanto. Simplemente… somos así. No es algo difícil ni nada de eso. —Pero Abigail sabía que sonaba demasiado despreocupada en cuanto a ese asunto porque estaba sobrecompensando lo mucho que le gustaría pasar los fines de semana con Eliot sin hacer nada (aparte de asegurarse de que estarían en brazos el uno del otro en todo momento).

—¡Tengo una idea! —exclamó Penny—. Deberías venir a Ginebra cuando vayamos nosotros, Abigail. ¿No sería divertido, Will? ¿Verdad, Eliot?

Eliot sonrió con la cara oculta de nuevo por su taza de café.

—Claro que sería divertido, mamá, pero mejor que no asustemos a Abigail con visiones de nuestra cariñosa e inapropiada dinámica familiar, ¿te parece?

—Hum… No creo que haya nada inapropiado en el cariño, Eliot. Eso es una tontería. —Agitó la paleta en su dirección a modo de reprimenda.

—Lo sé, mamá —se defendió Eliot—. El mundo es un lugar extraño y terrible. Por difícil que te resulte comprenderlo, soy ya un viejo de treinta y ocho años, y tal vez no tenga ganas de pasar todo mi tiempo libre con mi madre. Por mucho que me guste estar contigo…

—¡Basta ya! —dijo Penny riendo—. ¡Yo no soy así! ¿A que no, Will? —Su marido vivía para adorarla, así que no tenía intención de contradecirla, pero su encogimiento de hombros no poco comprometido fue suficiente respuesta—. ¡Oh, no! ¡Soy ese tipo de madre! —Volvió a reír—. Vale, está bien. No voy a pedir a Abigail que venga a Ginebra y supongo que tampoco podré convenceros para que os quedéis un par de días más.

—Imposible, lo siento, mamá. Ha sido un fin de semana extraordinario. —Miró de nuevo a Abigail con expresión cómplice—. Pero tengo que volver a Milán. La familia Ramazzotti por fin ha entrado en razón y quiere negociar con nosotros, así que tengo que estar en sus oficinas, en persona, mañana a primera hora. Y allí ya es de noche. —Le dio un beso en la mejilla—. Te veré dentro de un par de semanas, ¿vale?

—Bueno, vale. —Penny apagó el fuego y puso el beicon en un plato cubierto con papel de cocina—. Desayunad y después id a coger ese avioncito tuyo.

—Oh, vale ya… —concluyó Eliot.

Una hora después, Abigail y Eliot se despidieron y se dirigieron al aeródromo privado a las afueras de la ciudad. En la ducha, esa mañana, Abigail había empezado a imaginar todo tipo de situaciones consumatorias que incluían el inmaculado sofá de cuero beis de la parte de atrás del jet privado de Eliot, pero él se negó rotundamente.

Abigail intentó apartarlo de su trabajo cuando el avión empezó a elevarse. Él ya había abierto su ordenador y estaba repasando unas hojas de cálculo que le había enviado esa mañana su equipo de fusiones y adquisiciones. Sonrió sin levantar la vista de la pantalla.

—Lo siento mucho, Abigail, pero ahora no puedo distraerme.

Ella le estaba acariciando el vello rubio del pecho, justo en el lugar donde se le curvaba un poco junto al cuello de la camisa. Casi gimió al oír eso.

—¿Ni siquiera un poquito?

Apartó los ojos del ordenador, la miró y dejó el portátil en la mesita que había a su derecha.

—Me encantaría que me distrajeras de un millón de formas distintas y quiero que las vayas pensando y guardando para el fin de semana que viene, cuando llegue nuestro momento…

Le acarició los pómulos con los pulgares y sintió que todo el cuerpo se le derretía solo con esa pequeña muestra de atención. La forma en que hacía que todo se le fundiera por dentro era… potencialmente aterradora.

—Hum… nuestro momento…, sí.

Le dio un beso suave, aunque dejó las manos firmes y posesivas sobre sus mejillas.

—Ya es bastante tarde según el horario de Londres, fierecilla encantadora. Túmbate en mi regazo y verás como llegamos en un abrir y cerrar de ojos. Yo tengo que seguir hasta Milán. No quiero que nuestra primera vez juntos sea un aquí te pillo, aquí te mato a miles de metros sobre el suelo.

Ella frunció el ceño y volvió un poco la cara para besarle la palma de la mano izquierda.

—Sé que tienes razón. Y seguro que será increíble, pero… primero lo de la caja de zapatos y ahora nada de entrar en el club de la milla. —Resopló—. No es justo.

Le sonrió y apartó a regañadientes las manos de su cara.

—Oh, ya te lo compensaré cuando llegue el viernes, no te preocupes.

Sonrió y dejó que él la acomodara, apoyándole la mejilla en su muslo, y se quedó así, disfrutando del sonido de sus dedos en el teclado del ordenador y la presión ocasional de su mano en la mejilla o en el hombro cuando se detenía un momento para pensar. Abby se durmió enseguida y no se despertó hasta que ya casi habían llegado a Londres.

—Vamos a ver… —Se frotó los ojos y se incorporó despacio—. ¿Me he vuelto a dormir durante todo el camino?

—Sí. —Eliot apartó su ordenador y la ayudó a ponerse el cinturón para aterrizar—. Eres la Bella Durmiente. —Se acercó, la besó el cuello, se lo acarició con la nariz y luego le dio un beso en los labios—. He reservado una suite en el Plaza Athénée para las noches del viernes, el sábado y el domingo.

—Oh, no hacía falta que lo hicieras.

—Claro que sí. ¿Es que pensabas que me iba a quedar en una habitación con tu madre y contigo? —Sonrió y jugueteó con un mechón de su pelo.

—¡No! —Abby le dio un codazo juguetón—. Ya tengo reservada una habitación. Creía que era obvio que mi madre no es precisamente el tipo de persona al que le gustan las fiestas de pijamas.

—Ah, vale. Podemos mantener las dos habitaciones. Puedes usar la tuya para cambiarte o lo que gustes. Yo quiero mucho espacio para moverme. Y para moverte a ti.

El estómago le dio un vuelco y le ardieron las mejillas.

—¿Ah, sí?

—Sí, claro. Tengo un montón de ideas sobre lo que podemos hacernos el uno al otro si nos apetece. Tres días… —Hablaba en voz baja, mirándola a la cara y tocándole la comisura de los labios y la curva de la frente—. Tres noches… Puede que necesite largos períodos de tiempo para… —Dejó la frase sin terminar mientras le envolvía un pecho con la otra mano. Abby dio un respingo y se maravilló de la forma en que él estaba empezando ya a conocer su cuerpo—. Descubrir lo que me gusta de verdad para hacerlo durar… y poner a prueba tus límites.

Cuando la acariciaba de esa forma tan calculada, a ella le daba la impresión de que podría tener un orgasmo solo por la forma que tenía él de concentrar toda su atención en su reacción.

—Vaya, Eliot. Me parece que eres un verdadero pervertido. Qué callado te lo tenías.

—Lo admito. Es que tú me provocas malos pensamientos. —De repente pareció muy sereno y profesional—. ¿Preferirías que fuera el hombre serio por el que todo el mundo me toma?

Ella rió y le dio un beso fuerte.

—De ninguna manera.

El viernes por la tarde Abigail le mandó un mensaje para decirle que su madre y ella habían cogido el tren y que llegarían al Plaza Athénée de París a las seis y media. Como ya no eran necesarias más sutilezas, Eliot le respondió directamente:

estaré esperándote ansioso en el bar

Y ahí estaba, en el bar del Plaza Athénée con un whisky muy bueno en un vaso grande que descansaba sobre una mesita de cóctel demasiado pequeña que había junto a su rodilla. Estaba rodeado de guapísimas mujeres parisinas vestidas con ceñidos vestidos negros y botas altas de ante, y sus acompañantes, masculinos o femeninos, con los que ellas fumaban, bebían y reían. La precisión del moderno diseño interior era el contrapunto perfecto a la burbujeante anticipación que corría por sus venas; se sentía como fuego líquido atrapado en hielo. Entonces notó el tentador contacto de un dedo en el pequeño espacio de piel que había entre el cuello de la camisa y el inicio del pelo, y todas las preocupaciones de la semana simplemente se desvanecieron. Gruñó de placer y tuvo que resistir la necesidad de agarrarle la muñeca y tirar de ella para sentarla en su regazo.

Lo que hizo fue levantarse, poner cara de alegría y mostrar su mejor sonrisa de niño bueno. Simultáneamente rodeó con una mano posesiva la pequeña cintura de Abigail y extendió la otra para estrechar la de la duquesa viuda de Northrop con su manicura perfecta. Notó las costillas de Abigail temblando bajo su mano firme y eso hizo que no llegara a procesar las palabras que salían de los labios de la duquesa viuda. Supuso que sería algo en la línea de «encantada de verte de nuevo» y optó por responder de forma similar.

Pero debió de perderse algo por culpa del latido acelerado, como el de un pájaro, del corazón de Abigail, que notaba en la yema de sus dedos.

—¿Eliot? —Abigail estaba intentando llamar su atención, pero la sala estaba llena de gente y a él le abrumaba el alivio de sentirla de nuevo entre sus brazos.

—¿Sí? —Acercó la cabeza para oírla mejor.

—Mi madre ha preguntado si quieres ir a la Galerie des Gobelins. —Sus labios estaban peligrosamente cerca de su oreja; tal vez se había acercado demasiado a ella—. Creo que aquí hay demasiada gente y mucho ruido para ella.

Eliot se irguió, física y mentalmente, e hizo una señal a un camarero.

—Claro. ¿Qué queréis beber? Diré al camarero que nos lo lleve allí.

Pidió las bebidas (Eliot no se fijó en el momento de derretimiento de Abigail al oír su conversación en perfecto francés con el camarero) y los tres salieron dejando atrás el alboroto y el zumbido de voces del bar.

Eliot solía estar muy cómodo con mujeres (tanto con mujeres de veinte años como de noventa), así que la presencia de la madre de Abigail solo tendría que haber sido un elemento agradable más de la velada. Pero en esas circunstancias pensaba que era la persona más superflua que se había encontrado en su vida y deseó que desapareciera sin más. Archivó ese sentimiento tan egoísta en lo más profundo de su mente, un lugar que se estaba quedando sin espacio de almacenamiento por culpa de cosas que se podían reunir bajo el nombre: «Deseos que tengo que reprimir desde que conocí a Abigail Heyworth».

La noche invernal en París solo acentuaba el calor que hacía en el interior del hotel. El bar de la galería en el que se acomodaron, mucho más tranquilo, tenía un bonito perímetro de árboles en macetas que matizaba el murmullo del resto de la gente y creaba una elegancia serena.

—¿Le importa si me quito la chaqueta? —preguntó educadamente Eliot a la duquesa.

—Oh, no, claro que te la puedes quitar. Aquí el ambiente es bastante informal.

Eliot sonrió mientras se quitaba el ligero blazer, pensando que solo alguien con un carácter tan particular como el de la duquesa definiría el hotel Plaza Athénée como algo «bastante informal». Bueno, comparado con el palacio de Blenheim tal vez… Se volvió para colgar su chaqueta en el respaldo de la silla Bergère tapizada en ante y se encontró a Abigail mirándolo. Eliot le guiñó un ojo mientras le estaba dando la espalda a su madre. Podría haber soportado una tortura medieval para lograr esa sonrisa tímida que le dedicó en respuesta.

Llegaron las bebidas, y pasaron un rato agradable hablando de sus respectivos viajes a París. Él había cogido el vuelo de Milán a las cuatro y media; ellas, el Eurostar. Eliot se había tomado la libertad de hacer una reserva en el restaurante de Alain Ducasse del hotel. La duquesa asintió mostrando su definitiva aprobación por la elección.

Eliot empezó a hablar con la duquesa de sus planes para la siguiente Semana de la Moda, y Abigail sonrió y apartó la vista de su madre, que en ese justo momento estaba mirando a Eliot de una manera que se acercaba mucho a la adoración. Era comprensible, se dijo; Eliot era demasiado encantador. Miró a su alrededor en aquel bar refinado y se fijó en tres personas mayores que hablaban en un extremo de la sala, parcialmente ocultas tras una de las elegantes palmeras de grandes hojas. Desde esa distancia la pareja que les daba la espalda se parecía mucho a los padres de Eliot. Abigail sonrió para sí y pensó que un psicólogo tendría trabajo cuestionando su salud mental porque veía personas que se parecían a Eliot en todas partes.

—¿Por qué sonríes, Abigail? —preguntó Eliot. Estiró la mano para tocarle el muslo y la dejó descansar allí sobre su falda.

Abby se quedó en silencio un momento disfrutando de la caricia e inspiró hondo.

—Estaba pensando que, desde esta distancia, aquellas personas parecen tus padres y después me ha venido a la cabeza lo tonto que resulta que me dé la impresión de

que unos desconocidos se parezcan a tu familia.

Eliot miró por encima de su hombro izquierdo para seguir la dirección de la mirada de Abigail, puso los ojos en blanco y, muy a regañadientes, apartó la mano de la preciosa pierna de Abigail.

—Son mis padres.

Eliot se levantó de la mesa, esquivó la planta con su correspondiente maceta y allí se encontró a su tío y a sus padres disfrutando de una botella de champán en el rincón más alejado del bar. Su madre lo vio antes que sus acompañantes y soltó un gritito de alegría.

Sus ojos brillaron, oscuros, divertidos y traviesos. «Como los de Eliot», pensó Abigail. Los tres sociables americanos dejaron su mesa y se acercaron a saludar a Abigail y a su madre.

—Pero ¡qué divertido! —Penny Cranbrook unió las manos y miró a Abigail y a Sylvia como si fueran unas amigas a las que hacía mucho tiempo que no veía.

Eliot hizo las presentaciones formales para la duquesa viuda, que no se levantó. Abigail quiso dar una patada en la espinilla a su madre para que lo hiciera, dejando a un lado las convenciones. Abigail sí se puso de pie, estrechó las manos de todos y rió cuando la madre de Eliot le dio un abrazo y le susurró: «Pero ¡qué guapa estás!». Abigail no estaba acostumbrada a recibir halagos de tipo maternal, pero pensó que podría acostumbrarse a eso.

—Gracias. Qué alegría verte otra vez, Penny —respondió Abby.

Resultó que el acompañante de los Cranbrook, Jack Parnell, al que Eliot consideraba como de la familia, era un viejo amigo de la infancia de sus padres que había dejado Iowa cuando se fue a la universidad. Debía de tener sesenta y tantos, como Will y Penny —y la duquesa—, pero levantó una pesada silla Bergère con facilidad. Se acomodó al lado de Sylvia, desarmándola con su mezcla de respetuoso interés y jovialidad.

Abigail miró a Eliot con una sonrisa agradecida. Él la apartó un poco cuando su padre acercó otras dos sillas para la madre de Eliot y para él. Un camarero llegó con la cubitera de pie del champán y esperó cerca de su nueva ubicación.

—¿Crees que ahora podríamos escabullirnos y dejarlos?

La mano cálida de Eliot estaba en la parte baja de su espala y su voz era un susurro grave en su oreja que le llegó hasta las entrañas.

Eliot le dio una palmada en el brazo.

—¡Ni se te ocurra!

Penny Cranbrook vio el breve intercambio y apartó la vista con una sonrisita.

—¡Ni se me ocurriría abandonar a mi madre con estos «extraños»! —susurró Abigail con una perfecta imitación del acento pijo y esnob de la duquesa al decir la última palabra.

Eliot rió por lo bajo y Abigail sintió que esa risa reverberaba por todo su cuerpo mientras la acompañaba a su asiento sin perder el breve contacto de su palma en la espalda.

Los seis acabaron cenando juntos en el restaurante de Alain Ducasse, y Sylvia parecía más feliz y relajada de lo que Abigail la había visto desde que enviudó. Sylvia tenía a Jack Parnell a su derecha y a Will Cranbrook a su izquierda, y se la veía sorprendentemente juvenil y llena de vida. Abigail sabía que la entrenada soltura en sociedad de su madre era otra cualidad que no compartían. Pero la chispa de vitalidad que tenía la duquesa viuda esa noche no tenía nada que ver con la típica máscara que había llevado los últimos años cuando estaba con su círculo de amigos en Londres. Abigail pensó con cierta pena que quizá su madre se lo estaba pasando bien por primera vez en años.

Eliot estaba sentado a la izquierda de Abigail y el señor Cranbrook a su derecha. Ella no pudo evitar sentirse como si estuviera flanqueada por el «Espécimen de macho americano mayor» y el «Espécimen de macho americano joven». Eliot y Abigail estaban sentados en el banco corrido y los otros cuatro en asientos individuales tapizados, alrededor de una mesa inmaculada llena de copas de vino, servilletas blancas de buena tela y plata brillante.

La distribución de los asientos facilitó que la mano de Eliot se pusiera a recorrer el terso muslo de Abigail sin que nadie se diera cuenta. Llevaba una falda negra sencilla que le llegaba justo por encima de la rodilla y se le subía un poco al sentarse. Eliot no podía pensar en otra cosa que no fuera en lo rápido y lo fácil que sería quitársela.

La conversación en la cena pasó de la feliz coincidencia de que Eliot se encontrara en París en ese momento («Sorprendente, dada la importancia de las negociaciones que estaba llevando en Milán», comentó Penny Cranbrook con un cierto tonillo y una mirada en dirección a Abigail), a los elogios a Jack Parnell y sus años de trabajo en París. A Abigail le encantó la expresión de la cara de su madre cuando Jack habló humildemente de la labor que había hecho durante los últimos cuarenta años como expatriado en París, adonde había llegado como empleado de administración, recién salido de la facultad de Derecho de la Universidad de Chicago, con un proyecto de dos años para una gran compañía americana.

Parnell se había quedado viudo cinco años atrás y tenía tres hijos mayores, dos que vivían en Estados Unidos y uno en París. En esos años había pasado la mayor parte de su tiempo libre defendiendo los derechos de los inmigrantes y otros miembros sin derecho a voto de la sociedad francesa, y su reciente jubilación del mundo de la abogacía no había disminuido su entusiasmo por las buenas obras.

Abigail fue pasando de una conversación a otra de las que se desarrollaban en la mesa, siguiéndolas solo a retazos (y también logró captar parte de la que se producía en la mesa grande y ruidosa que tenían detrás), pero le resultaba sorprendentemente difícil centrarse cuando hablaba con Eliot, que estaba como quien dice encaramado en su regazo. Tras varios intentos de tener una conversación intrascendente con él, Abigail se dio cuenta, incómoda, de que no podía decir nada a Eliot que no sonara a ronroneo seductor. Carraspeó un par de veces, pero él solo sonrió y negó con la cabeza, como para indicarle que no se molestara.

Le preguntó por sus negociaciones en Milán; hablaron de la pequeña ciudad donde llevaba siglos situada la fábrica tradicional de la familia y Eliot la invitó a ir de visita para conocerla. Después él le preguntó por todas sus reuniones en Londres y qué tal iba progresando con lo que él había bautizado como «el plan de su vida». Ella se irritó momentáneamente porque le pareció un desaire; daba la impresión de que estaba menospreciando sus esfuerzos por hacerse cargo de sus (considerables) finanzas y encontrar un rumbo para su vida. Él notó de inmediato el sutil cambio en su postura.

—¿Qué pasa?

—Si lo dices así, suena como si fuera algo nimio e insignificante.

—Esa no era mi intención, te lo aseguro. Es un plan y es tu vida, después de todo. No pretendía quitar importancia a lo que estás haciendo.

—Seguramente me molesta porque hay algo de verdad en ello. ¿No es siempre así?

—No.

Abigail cogió su vaso de agua, pero lo sostuvo cerca de su cara sin llegar a beber. Bajó la voz un poco para que solo él pudiera oírla.

—Oye, deja de mirarme como si fuera la única persona en el restaurante.

—¿Y cómo voy a mirarte si no?

—¿Lo ves? —Dio un sorbo al agua y volvió a dejar el vaso en la mesa, con cuidado de que la mano, que le temblaba un poco, no le hiciera tirar alguno de los muchos vasos o copas que allí había—. Todas estas bromitas a ti te salen naturales. Yo apenas puedo concentrarme con seis conversaciones simultáneas, y tú estás sentado ahí como si estuvieras en un cajón insonorizado.

La miró con una sonrisa letal.

—Tengo un poder de concentración muy desarrollado; tiendo a quedarme absorto.

—¿Ah, sí?

—De ahí eso que llaman mi «meteórico ascenso» en el mercado de los artículos de lujo —continuó sin darle importancia—. Mi primer jefe pensaba que intentaba quitarle el puesto, algo que supongo que en último término hice, pero no era lo que pretendía. Lo que pasa es que tengo un apetito insaciable por la información. —Se encogió de hombros—. Tal vez debería haber sido detective. —Apartó la mirada un momento, como si realmente estuviera considerando el cambio de profesión—. Pero echaría de menos el vino y las mujeres —añadió a la vez que levantaba la copa en un breve brindis, sosteniéndole la mirada mientras el maravilloso borgoña blanco de 1995 iba deslizándose por su garganta.

Cuando la cena fue llegando a su fin, Abigail empezó a agobiarse planificando el modo de escabullirse con Eliot sin que se notara demasiado. Pero eso quedó superado

enseguida por la preocupación más apremiante sobre lo que ella y Eliot iban a hacer en una lujosa habitación de hotel de París. El corazón empezó a martillearle de una forma de lo más desconcertante. El asunto de la cuenta quedó resuelto —Eliot había dado discretamente su tarjeta de crédito al maître antes incluso de que se sentaran— y el grupo empezó a disgregarse. Los Cranbrook estaban alojados en casa de Jack Parnell, cerca del Bois de Boulogne. Los tres salían para Normandía a la mañana siguiente para pasar unos días de turismo, y después los padres de Eliot iban a Ginebra para estar con él el siguiente fin de semana.

Jack dio a la duquesa su tarjeta a la vez que hacía una sutil y refinada reverencia que convirtió todo aquel intercambio en una mezcla de formalidad japonesa y ternura juvenil.

—¡Deja de mirarlos fijamente, Abigail! —susurró Eliot muy cerca de su oreja.

—¡No es eso lo que hago! —Pero su mirada no se apartaba de Jack y su madre—. Son adorables, y nunca he tenido la oportunidad de ver a alguien cortejando a mi madre. Todavía tiene que recuperar mucha humanidad. Y créeme, no estoy exagerando.

—¿A alguien le apetece tomar una copa después de cenar? —ofreció Eliot en voz alta.

A Abigail se le cayó el alma a los pies ante la idea de que estaba posponiendo el momento de quedarse a solas con ella, hasta que se dio cuenta de que había lanzado la invitación de ir al ruidoso bar sabiendo que los cuatro mayores no iban a aceptar, así que todos se separaron de una forma perfectamente natural.

Abigail acompañó a su madre hasta el ascensor, mientras Eliot salió con sus padres y su tío hasta la calle para parar un taxi.

—GRACIAS POR LAS PRESENTACIONES, Eliot —comentó Jack Parnell con un guiño de agradecimiento cuando entraba en el coche.

Will Cranbrook estrechó la mano a su hijo y le dijo que estaba deseando que llegara el fin de semana para que pudieran pasar tiempo juntos en Ginebra. Eliot dijo lo mismo.

Penny Cranbrook estaba un par de pasos más allá y Eliot supo que quería decirle algo cuando los dos hombres no pudieran oírla. Se volvió para enfrentarse a ella con su mejor sonrisa de «no hay de qué preocuparse».

—¿Qué?

—Es muy joven, Eliot. Ten un poco de cuidado.

Él dio un abrazo a su madre con mucho cariño.

—Creo que ya he tenido mucho más que eso, pero lo intentaré, mamá. Y no es tan joven. Me parece que puede cuidarse sola.

Su madre sonrió y le puso la mano en la mejilla.

—No me preocupa Abigail Heyworth. Mi tarea es cuidarte a ti, ¿sabes?

—No es así. Ya estás jubilada, ¿recuerdas?

—Oh, Eliot…

—Voy a estar bien, mamá. Puedes irte tranquila. —La ayudó a entrar en el taxi y cerró la puerta.

Volvió a entrar en el hotel con la sensación que había estado esperando años, no solo meses o semanas, para estar totalmente a solas con Abigail Heyworth. Su madre acababa de entrar en el ascensor y vio que Abigail volvía hacia el vestíbulo para encontrarse con él, pero Eliot cruzó la distancia más rápido, agarró su pequeño cuerpo y lo levantó del suelo para hacerlo girar en el aire. La besó en una parte muy sensible del cuello y eso la hizo reír.

Al dejarla otra vez en el suelo, la miró a los ojos sin apartar las manos de su cintura.

—Bueno, eso arregla el asunto —dijo Abby con una risita.

—¿Qué asunto?

—El de si podía producirse una situación extraña cuando todos se fueran y yo me quedase «a solas con Eliot». —Su sonrisa era burlona, pero sus ojos azules grisáceos mostraban un poco de ansiedad.

—¿Quieres tomarte esa copa? —preguntó apretándola contra él a la altura de la cintura—. Para romper un poco el hielo.

Ella dio un respingo al notar la presión de sus caderas y sonrió.

—Parece que se me han quitado las ganas de romper el hielo. Creo que empiezan a gustarme las posibilidades que ofrece…

—Pues vamos, pequeña. —Dejó una mano en su cadera y alargó la otra para pulsar el botón del ascensor—. Arriba.

Hubo unos segundos de silencio mientras el ascensor bajaba.

—Creo que estoy un poco nerviosa a pesar de todo… —susurró Abigail—. No sé, Eliot…

—Oh, claro que no. No estamos en una playa del Caribe, ni en una cama que cruje en Iowa. ¡Esto es París! La Ciudad de la Luz. El amor. La sofisticación. Los surrealistas. Los «amantes». —Sonó el timbre del ascensor—. Su carruaje, milady.

Abigail dejó que la metiera en el ascensor mientras notaba que su ansiedad crecía. Estaba pensando demasiado. Era Eliot, nada más. Pero… ¡era Eliot! Tenía que pensar…

Cuando las puertas se cerraron, Eliot la apretó con fuerza en un rincón del ascensor vacío, atrapándola entre sus brazos y con una rodilla entre sus muslos, y empezó a besarla con esa deliciosa presión: deseo, ternura, fuego, precaución, invitación. Sintió un hormigueo en la piel de la parte de atrás de sus brazos. Las manos de Eliot estaban por todas partes: en sus caderas, bajo sus pechos, bajando hasta la parte de atrás de una rodilla, acariciándole las muñecas.

—¿En qué planta está tu habitación? —murmuró Abigail entre mordisquitos al lóbulo de su oreja.

Eliot pulsó el botón indicado y ella se dio cuenta entonces de que el ascensor no se había movido mientras se besaban.

Había asumido… Estaba segura de que había tenido la sensación de que se movía… Y de repente la estaba besando de nuevo y ella le respondía de formas que ni siquiera reconocía. Su lengua empezó a luchar con la de él. El sonido de su gemido de excitación en respuesta la hizo sentir poderosa, feliz. Quería reír. Quería besarle y reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó cubriéndole las mejillas con las palmas de las manos.

Eliot vio que su cara tenía un resplandor espectacular, era algo increíble para tener entre las manos. Los ojos le brillaban con un placer anticipado, tenía los labios apetecibles y húmedos tras sus besos, y la piel estaba algo enrojecida, caliente bajo la suave caricia de su pulgar.

—Es que tengo ganas de reírme de pura felicidad. No es que me haga gracia. —Sacudió la cabeza para ordenar sus pensamientos—. Es más bien que siento que la felicidad me sale por todos los poros.

Ella también subió las manos hasta su cara, simplemente porque quería sentir la fuerza de su mandíbula y la textura de su barba incipiente. Tenía la cabeza un poco ladeada y examinaba a Eliot como un espécimen; eso es lo que era en algún lugar de su mente: un espécimen de macho.

Eliot le acarició el carnoso labio inferior con el pulgar y se volvió al oír que las puertas se abrían porque habían llegado a su planta. Apartó las manos de la cara de Abby y las dejó caer para después sacarla al pasillo. Todo el tiempo tenía, como mínimo, una mano sobre ella. Sacó la llave de su habitación del bolsillo y pulsó el interruptor de la luz, siempre con una mano firme en su cadera, en la parte baja de su espalda, sobre las costillas o en el antebrazo.

Abigail se escabulló del contacto de Eliot lo justo para familiarizarse con la habitación. Terciopelo marrón chocolate cálido, tapizados provenzales de color tierra, lujosas cortinas de seda gris pálida que se arremolinaban en el suelo ante tres puertas cristaleras que llevaban a un pequeño balcón. Cruzó la habitación caminando, aunque le pareció que era casi flotando, atraída por las brillantes luces que se veían al otro lado de la ventana, unas joyas llenas de destellos que iluminaban la fría noche. Abrió una de las puertas y salió al estrecho balcón. El aire frío fue un cambio que agradeció tras el aire reciclado del interior, que siempre hacía sentir a Abigail como atrapada en un experimento científico.

Ambientes controlados. Resultados fijos. La ausencia del orden natural.

Oyó a Eliot moverse tras ella en la habitación: el tintineo de las llaves al dejarlas sobre el mármol frío de una de las consolas, el susurro al colgar la chaqueta del respaldo de uno de los mullidos sillones, el leve crujir de la piel de sus zapatos al cruzar la habitación hasta donde estaba ella. Abby tenía los ojos cerrados, y los sonidos y los olores de la ciudad se mezclaban perfectamente con la sensación intangible, pero muy real, de Eliot acercándose a ella por detrás. Empezó a sonreír unos segundos antes de que sus manos llegaran a tocarla al sentir que la envolvían su cercanía, su olor, su poder. Se apoyó en su pecho y en su abdomen fuertes, frotando la parte de atrás de su cabeza contra él, pero sin dejar de aferrarse a la barandilla de hierro forjado negro del balcón para sostenerse. Un momento después volvió la mejilla en busca de su calor.

Él se inclinó un poco para olerle el pelo y le dio un beso en la coronilla.

—Tengo algo para ti, Abigail.

Abrió los ojos y vio un paquete pequeño en sus manos delante de ella. Era más o menos del tamaño de una rebanada de pan de molde, envuelto en un papel marrón sencillo y con un trozo de cinta adhesiva.

—Qué envoltorio más lujoso —bromeó a la vez que lo miraba por encima del hombro con una sonrisa.

—Estaba en Milán cuando lo encontré, bruja desagradecida, y no tenía la ayuda de las técnicas de envoltura más avanzadas de mi ayudante. —Le dio otro beso en el pelo—. Lo que importa es lo que hay en el interior. O eso me han dicho…

Abigail se quedó cómodamente rodeada por sus brazos y soltó el enrejado del balcón para coger el paquete. Dejó que sus dedos acariciaran las líneas de la palma extendida y sintió la respuesta recorrer su cuerpo detrás de ella.

Se apartó el pelo a un lado y se centró en desenvolver con mucho cuidado el pequeño paquete. Cuando le quitó el papel, se lo dio a Eliot para que lo sujetara mientras abría la cajita blanca. Dentro había un par de diminutos colgantes antiguos de oro: un pez y una bicicleta en un fino cordón de cuero negro. Todavía en sus brazos, ella se volvió y miró su cara sonriente, fuerte y absurdamente atractiva.

El suave viento le revolvía el pelo y parecía un niño expectante, ansioso.

—¿Te gustan?

—Son fabulosos, Eliot. ¿Cómo podrían no gustarme? Pero ¿dónde los has encontrado? Una pareja del todo incongruente… —dijo con una sonrisa traviesa y mirándolo entre las pestañas.

Sus manos bajaron por su espalda y le rodearon las caderas.

—Estaba en Milán por esas irritantes negociaciones, y un jueves decidí ir a darme un paseo después de comer y me encontré con un viejo joyero que tenía miles de colgantes: taxis, máquinas de escribir, cigüeñas, jarras de cerveza, silbatos, estrellas… —Le acarició el cuello con los labios cerca de la oreja mientras enumeraba la amplia variedad de joyas y después se apartó un poco para mirarla a la cara—. Y de repente simplemente sentí algo, sin saber por qué, cuando vi la bicicleta… Por cierto, funciona y todo, los pedales hacen girar las ruedas, así que no es un objeto inútil del todo. —Le guiñó un ojo—. Y el pez estaba esperando en una bandeja de terciopelo que había cerca, entre otros cientos, y su diminuto ojo que parece de diamante me hizo un guiño cuando le dio el sol, igual que hacen los tuyos. Eres la chica con los ojos de diamante.

Abigail lo miró más de cerca y vio que en efecto el pez tenía dos ojos que eran piedrecitas brillantes, como diamantes.

—Pónmelos, por favor. ¿Te importa? —Le dio el cordón negro, se dio la vuelta y se levantó la masa de rizos oscuros dejando al aire la nuca.

—Me estás convirtiendo en un idiota sentimental, Abigail. Con solo verte la nuca me da un ataque momentáneo de algo así como nostalgia. —Le colocó el cordón de cuero y probó a ponerle los colgantes a diferentes alturas—. ¿Dónde los quieres? —Se los acercó mucho al cuello como una gargantilla y después los dejó caer de forma seductora entre sus pechos.

—¡Qué decisión más difícil! —Su risa sonó algo entrecortada al pensar en qué sería una tortura más dulce: una presión incesante y controladora en la base del cuello o una suave y evocadora caricia entre los pechos. Se estremeció por la anticipación ante las dos posibilidades. Cualquiera de ellas.

Eliot empezó a besarle la nuca expuesta mientras ella se lo pensaba.

—Ahí mismo. —Abigail suspiró de deseo—. Anúdalo ahí por ahora… donde sea.

Eliot se apartó para ver mejor sus manos y el pequeño cordón, y le pareció que sus dedos eran demasiado torpes a la hora de hacer un simple nudo fuerte.

—Supongo que esto aguantará. —Le dio un tironcito contra la piel para probarlo y luego dejó que su mano fuera siguiendo el cordón hasta alcanzar uno de sus pechos. Abigail soltó un leve gemido de placer—. Me alegro mucho de que te guste —le susurró al oído cuando ella inclinó la cabeza y dejó caer el pelo.

Se volvió entre sus brazos y apoyó las manos en su espalda, donde sintió los músculos que subían por su columna, siguió el giro al llegar a la cadera y dejó que sus manos recorrieran la parte frontal de su camisa. Él se agachó un poco y deslizó la mano por la suave carne temblorosa del interior de su muslo.

—Eliot, estamos en el balcón.

—¿Y qué? He estado las últimas cuatro horas locamente desesperado por levantarte esta falda negra tan funcional.

Hizo que los dos giraran hasta que la espalda de ella quedó apretada contra el frío exterior de piedra caliza del edificio, ocultándola muy eficazmente con su cuerpo de cualquier mirón pervertido que pudiera haber en los edificios del otro lado de la avenue Montaigne.

Su mano, que se movía muy despacio, siguió subiendo, leve y tímida, por su pierna, pero cuando llegó a apartarle la falda de repente se volvió fuerte y urgente.

—¡Ah! ¡Has ido a comprar lencería sin mí! —Su mano había llegado a la parte de arriba de sus medias, hasta el muslo.

—He pensado que te gustaría —confesó Abby en voz baja.

—Y tenías razón.

Eliot subió todavía más para tocar su ropa interior en el lugar donde el muslo se encontraba con la cadera. Con un dedo deliciosamente amenazador fue siguiendo el sedoso encaje, le rodeó la cadera, bajó por la depresión entre sus nalgas y la acarició brevemente entre las piernas desde atrás. Después utilizó ese mismo dedo para tirar muy despacio de la cintura del tanga y le bajó hasta los muslos esa tela que ya le estaba estorbando.

Ella intentó seguir acariciándole el abdomen, pero pronto la arrastró el delicado movimiento del dedo de Eliot, que había empezado a estimularla buscando su punto más sensible y rodeando su centro caliente para después hacer largos y pausados recorridos por toda su piel resbaladiza.

—Dios, Abigail. Qué caliente estás.

Ella lo miró.

—¡Oh, sí! La cena ha sido una tortura.

Con la otra mano la mantenía firmemente sujeta contra el muro, y esos ladrillos con siglos de antigüedad brindaban a Abigail un apoyo que entonces necesitaba de verdad. Se estaba derritiendo poco a poco por su contacto… Las piernas empezaron a temblarle e intentó desesperadamente agarrar con las manos algo, cualquier cosa: primero su grueso pelo castaño dorado, al momento siguiente los músculos tensos y flexionados de sus hombros, tela, piel, músculo, hueso y por fin su erección, que empujaba con fuerza la bragueta de los pantalones para acercarse a su palma.

Y él no se detuvo.

Puso su boca sobre la de ella, después la besó en la mejilla, la ceja, el cuello y le mordisqueó la piel. Abby se sintió egoísta, adorada y frenética. Su respiración se volvió errática, y entonces Eliot hizo algo perverso con la yema del dedo, curvándolo en el interior de un lugar suave y muy necesitado, y apretó la palma contra su clítoris hinchado.

—Mírame —ordenó con voz ronca.

Abigail abrió los ojos mientras su cuerpo se agitaba y se estremecía a la vez que se hacía pedazos y se elevaba rodeado por la noche parisina, por el viento invernal y sobre todo por el propio Eliot. No apartó sus ojos, que no pestañeaban ni veían, de los de él mientras se agarraba con toda su fuerza a la tela que le cubría los brazos. Notó la respiración irregular y la garganta caliente y seca. Se preguntó si había gritado su nombre o si simplemente lo tenía grabado a fuego en todo su cuerpo.

Eliot la miró a los ojos. Ya no eran grises, sino casi negros por las pupilas dilatadas y la mirada perdida. Estaba muy quieta. Movió la mano con habilidad y ella se estremeció alrededor de su dedo y se dejó ir de nuevo, con los ojos oscuros fijos en los suyos y su cuerpo respondiendo hasta al más ligero contacto.

—Para, Eliot —susurró suplicante, humedeciéndose los labios resecos—. Por favor.

—Solo lo hago porque me lo has pedido por favor —contestó él saliendo de ella lenta y suavemente. Le cubrió la entrepierna una última vez con la mano para notar el calor de su placer y después le colocó en su sitio con delicadeza el tanga y le bajó la falda arrugada.

—Gracias —murmuró Abby apoyándole la cabeza en el hombro, con los brazos demasiado débiles para seguir agarrándolo. Se sentía con una muñeca de trapo.

Eliot la cogió en brazos sin esfuerzo y la llevó al dormitorio iluminado por una luz tenue tras cerrar la puerta del balcón con la cadera. Había bajado algunas luces antes de salir con ella al balcón, y la habitación tenía una iluminación acogedora y relajante. Ella ya estaba medio dormida, con la cabeza enterrada en su cuello y los brazos flácidos sobre sus hombros. La sostuvo con un solo brazo para abrir la cama con el otro y la tumbó sobre las sábanas blancas y prístinas con un leve olor a lavanda.

Abby dejó escapar un ronroneo dulce y agradecido de placer mientras enroscaba su cuerpo y se tumbaba de lado, abrazando una gran almohada.

—Ni se te ocurra quedarte dormida, Abigail.

Ella abrió un ojo y lo miró en una neblina producto residual de su placer.

—Claro que no, Eliot. —Pero se le cerraban los ojos.

—¿Abigail?

—Hum. —Fue su única respuesta.

—¿No estarías más cómoda sin esa ropa que llevas?

—Hum —repitió, pero esa vez con una amplia sonrisa—. ¿Debería llamar a una doncella?

Su risa sonó grave y sugerente.

—Creo que estás de suerte. Yo estaré encantado de ayudarte con eso. De hecho, incluso tengo algo que te puedes poner para dormir.

Ella rodó hasta quedar boca arriba y se esforzó un poco más por apartar esa niebla posclímax.

—¿Ah, sí?

Eliot asintió.

—¿Algo como qué? —preguntó Abby.

—Espera, voy a traerlo.

Volvió del vestidor con una bolsa grande y blanca.

Abigail se incorporó en la cama apoyando la espalda en el cabecero y flexionó las rodillas delante de su cuerpo.

—¿Qué es?

—Son muchas cosas fabulosas, espero. Te confieso que no las he mirado todavía. Solo llamé a Carine Gilson y le pedí que me enviara unas cuantas prendas de su colección de primavera.

—¿Colección? —preguntó Abigail con voz ahogada.

—Sí, cariño —contestó imitando su forma de decir esa palabra—. Hay lencería de alta costura. Será mejor que te vayas acostumbrando.

—No quiero ni pensar cuánto cuesta…

—Para mí es gratis, por supuesto. Cortesía de la industria y esas cosas.

—¡Claro que a ti te ha salido gratis! Yo sé a lo que me refiero.

Él miró dentro de la bolsa mientras la tenía aún lejos del alcance de Abigail.

—Tal vez tengas razón. Seguro que no vas a querer nada de lo que hay aquí.

—Oh, bueno… Dámelo, anda. —Extendió el brazo y agitó los dedos impaciente.

—No, no. ¿Cómo crees que vas a empezar a probarte lencería para mí con toda esa ropa puesta?

—¿Para ti? —Sonrió.

—Claro que para mí —confirmó Eliot—. ¿Para quién iba a ser?

—Bueno, para mí, está claro.

—Ah, pero a ti no te interesan estas fruslerías, ¿no?

—Quizá estés logrando convertirme. —Abby enarcó una ceja desafiante.

—En ese caso será mejor que empecemos con un lienzo en blanco. Desnúdate.

—Lo dices en broma, ¿verdad?

—No. —Fue hasta uno de los sillones que había delante de la chimenea y encendió el gas hasta que aparecieron las llamas—. Así, muy bien. Incluso te estoy caldeando la habitación para que te sea más cómodo. —Se sentó en el amplio sillón y dejó la bolsa a su izquierda—. Vamos a ver con qué podemos empezar… —Rebuscó y sacó algo hecho de una seda de color amarillo dorado y lo frotó entre sus dedos—. Tal vez esto.

Abigail se lo quedó mirando fijamente. Ya estaba totalmente despierta y observaba cómo frotaba la delicada tela entre los dedos. Su imaginación salvó el pequeño abismo que había hasta la idea de cómo sería sentir esos mismos dedos pasando por encima de la seda cuando le cubriera la piel.

—Deja de hacer eso, Eliot.

—¿Qué? ¿Esto? —Frotaba la lencería con una mano y con la otra se acariciaba distraídamente la erección por encima de la tela de los pantalones. Levantó un poco la prenda de seda—. ¿Quieres que deje de manosear tu lencería?

Abby metió la cabeza entre las rodillas y le habló desde ese estrecho espacio.

—No tienes vergüenza.

—Dios santo, ¡será mejor que no la tenga!

Ella levantó la cabeza y rió.

—Vale, tú ganas.

En su cara apareció una sonrisa torcida.

—¿De verdad?

—Sí. —Se movió hasta el borde de la cama—. De verdad.

No le llegaban los pies al suelo, así que pudo agitar las pantorrillas. Lo miró a los ojos y empezó a desabrocharse la blusa negra de seda.

—Bonita blusa, por cierto. ¿Chanel *vintage*?

Abby asintió.

—Obviamente es de mi madre. No podía soportar verme con el jersey blanco barato de Topshop que yo me había puesto.

—Que Dios la bendiga por eso.

—Estáis locos. Eres consciente de ello, ¿verdad? Solo es ropa. Trozos de tela para cubrir… el cuerpo.

—Pues fuera todo lo que cubre el cuerpo, Abigail. Se acabaron las largas.

—No te estoy dando largas. Solo miro cómo… ¿Cómo lo has llamado? —Él sonrió—. Oh, ya me acuerdo. Miro cómo «pones a prueba mis límites».

Su sonrisa se amplió y se desabrochó el primer botón de los pantalones.

—Oh, Dios mío. ¿Tienes intención de masturbarte mientras me quito la ropa y me pruebo lencería? ¡Eso es demasiado!

Eliot soltó una carcajada.

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer. Y puede que también haga que tengas unos cuantos orgasmos en el proceso. Y después pienso follarte hasta dejarte sin sentido. ¿Alguna pregunta?

Ella dejó de intentar desabrocharse los botones de la blusa y se la quitó por la cabeza. La falda desapareció pocos segundos después.

—Ninguna pregunta.

Se quedó de pie delante de él con el tanga (también de Marks & Spencer, pero mejor que la ropa interior de algodón blanca), las medias hasta el muslo y el sujetador de encaje negro a juego.

—Buen intento —dijo rozándole suavemente los pechos con los nudillos por encima de la tela que los cubría—. Pero este encaje industrial no es lo que quiero sobre tu cuerpo.

—Eliot —exclamó golpeando el suelo con su pequeño pie enfundado en una media—. Debes saber que me pone de los nervios oírte hablar de mi cuerpo como si fuera de tu propiedad.

—¿A que sí?

—Oh, Dios mío. Eres como un cavernícola o algo parecido.

—Más bien algo parecido. Quítate todo y ponte alguna de estas prendas.

Se lo quedó mirando fijamente. Nunca había sido nada pudorosa, así que allí de pie, con sus medias hasta el muslo y los brazos cruzados en actitud desafiante encima de unos centímetros de encaje negro, se sentía más bien una maestra enfadada que una *stripper*.

—Eliot…

No le estaba pidiendo que lo hiciera, se lo estaba ordenando. Ella no estaba preparada para asumir el hecho de que su cuerpo vibraba y se aceleraba cuando él le ordenaba que hiciera cosas, y no sabía si le hacía sentir bien o mal darse cuenta de que quería hacer lo que él le mandaba.

—Abigail.

—Está bien. Pero solo porque me lo pides como es debido.

Volvió a reír.

—No te lo he pedido como es debido. De hecho, ni siquiera te lo he pedido. No estoy intentando agradarte; estoy intentando que hagas lo que yo quiera. Eso también es lo que tú quieres, ¿no?

—Sí —confesó Abby en un susurro.

—Entonces quítate todo lo que llevas puesto y tíralo a la chimenea.

—Eres malvado.

—Solo contigo, te lo prometo.

No dejó de mirarlo mientras se quitaba las medias, primero una y luego la otra, y las tiraba al fuego. Chisporrotearon y se fundieron hasta desaparecer. Después fue el turno del tanga. Por último se quitó el sujetador.

—Estas prendas están en perfectas condiciones. Es una pena destruirlas —intentó convencerlo Abby.

—Al fuego.

Lo tiró a la chimenea como si fuera un tirachinas. Cuando volvió a mirar a Eliot se puso los puños en las caderas con toda su desnuda insolencia.

—Aquí estoy. —Se señaló de la cabeza a los pies y después devolvió la mano a la cadera—. ¿Y bien?

—Increíble. —La miraba de arriba abajo y, maldito fuera, eso hacía que se le acelerara el corazón—. Acércate. —Le hizo un gesto con una mano.

Abby cruzó la distancia que había entre ellos y se quedó justo delante de él con una pierna un poco vuelta. Él metió la mano entre sus piernas y con la palma fue subiendo por el interior del muslo. Ella dio un respingo cuando Eliot la tocó en su parte más íntima en una caricia casi al descuido.

—¡Eliot!

—¿Qué? —La miró como si acabara de encontrársela en una estación de metro y estuviera a punto de preguntarle: «¿Puedo ayudarla en algo?».

Su cuerpo lujurioso estaba empezando a rebelarse contra todas las débiles excusas que su cerebro intentaba poner. «Es autoritario. Arrogante. Controlador. Está loco», le decía su mente racional. «Tiene intención de follarte hasta que dejarte sin sentido», contestaba su libido.

—¿Y qué más hay en la bolsa?

Él volvió a sonreír.

—¿Qué te parece esto? —Sacó un pequeño corsé blanco con una cinta de seda negra delicadamente cosida recorriendo las partes más rígidas.

—Oh, Dios mío.

—¿Te gusta? —Sonrió—. Date la vuelta y te lo pongo.

Abby hizo lo que le pedía y se estremeció al pensar en el efecto que tenía sobre ella la voz autoritaria que Eliot empleaba en el dormitorio. Ladeó la cabeza y reflexionó sobre si ella también tenía una voz así.

—¿En qué piensas?

Le apretó las cintas más de lo que era técnicamente cómodo, pero a Abigail le gustó la firmeza de la prenda. Esa constricción tan férrea en el torso hacía que el resto de su cuerpo pareciera más exuberante y más suave, más sensible.

—Estaba pensando en tu voz. —Lo miró por encima del hombro y se acarició con la mano abierta su nueva cintura más estrecha.

—Madre mía, Abigail. Quédate así un poco más. Estás espectacular.

Dejó la barbilla apoyada en el hombro y lo miró con picardía.

—Tú me haces sentir espectacular, Eliot.

—Esa es la idea.

—Bueno, no es mala idea.

—Estoy de acuerdo. —Su mirada bajó hasta el trasero de Abby y después volvió hasta sus ojos pícaros. Recorrió con las manos las curvas de la cadera y del culo—. Simplemente espectacular.

Abigail dejó que se le cerraran los ojos por el placer que le estaba proporcionando su contacto. Si él seguía tocándola así, sería capaz de prestarse a todos los juegos pervertidos del mundo, con corsé o sin él.

—¿Y cuándo te puedo tocar yo a ti? —preguntó por encima del hombro, todavía con los ojos cerrados.

—Cuando quieras.

Se volvió y se puso de rodillas entre sus musculosas piernas.

—Pues quiero ahora. —Le bajó la cremallera y le quitó los pantalones y los calzoncillos con un fuerte tirón—. Oh, Eliot, pero mira… —Levantó la vista y lo miró a través de las largas pestañas negras—. No he podido dormir pensando en este momento. Deseándote y… haciéndome preguntas.

—Bueno, pues no malgastes ni un solo segundo más en eso. —Bromeaba, pero sus manos eran suaves y la animaban acariciándole levemente la mejilla y después bajando por el cuello—. Soy todo tuyo.

Ella se humedeció los labios y lo miró una última vez antes de agachar la cabeza y pasar la lengua por su pene. Su gemido de placer vibró a través de sus labios y la recorrió como un relámpago. Después de unos roces vacilantes con la lengua de arriba abajo, se lo introdujo en la boca todo lo que pudo y empezó a experimentar. Se dio cuenta de que ambos entraban en una espectacular espiral de placer mutuo; cuanto más placer le daba a él, más se excitaba ella también. Y él estaba sintiendo mucho. Casi en el mismo momento en que sus labios lo rodearon, él enterró las manos en su melena de rizos negros y se agarró. Igual que el corsé, la fuerza que aplicaban sus manos casi le hacía daño, pero no del todo: solo hacía que el placer fuera más dulce.

—¡Abigail, para!

Lo dijo tan inesperadamente y con tal tensión en su voz que ella se apartó y levantó la cabeza para mirarlo con los ojos vidriosos y los labios húmedos y flácidos.

—¿Te he hecho daño?

Él tosió.

—¿Daño? ¿Lo dices en serio? —Se levantó del sillón y tiró de ella para que se levantara también—. A la cama. Ahora.

Ella rió y se encaramó a él rodeando su cintura con las piernas, apretándolo con los muslos para sostenerse.

—Dios, Abigail. Sin duda lo tienes todo.

—Y tú también, guapo —respondió mientras le besaba el cuello.

Se subió a cuatro patas a la cama con ella abrazada a él como un marsupial.

—Suéltame para que pueda quitarme la camisa.

Abigail se soltó y cayó los pocos centímetros que la separaban de la cama con una risa grave.

—¡Sí! Quítatela, cariño. —Recorría con las palmas la exquisita tela del corsé cosido a mano, excitada por la anticipación de tener por fin toda la carne de Eliot a disposición de sus dedos deseosos—. ¡Ya! —exclamó.

Él enarcó una ceja.

—¿Y quién es la mandona ahora?

—Así es, ya lo sabes. Todo el mundo sabe que soy un poco mandona. ¿Crees que podrás con ello?

Se quitó la camisa por la cabeza y se irguió sobre ella en la cama, de rodillas entre sus piernas y por fin maravillosamente desnudo.

—¿Y tú qué crees?

—Supongo que cooperarás sin problema si se te dan los incentivos adecuados.

—Exactamente —susurró antes de acercarse a besarla y estimularla con una lenta y profunda caricia de la lengua que hizo que su cuerpo estuviera a punto de arder.

—Desátame el corsé. —Se puso boca abajo para dejar al descubierto los cordones que tenía que soltar—. Necesito sentir toda mi piel contra la tuya. No puede ser de otra forma.

Él rió por lo bajo con un ronroneo grave y sexy.

—Me encanta cuando estás tan segura, Abigail.

Le desató los lazos, y Abby tiró al suelo la prenda (seguramente carísima) y volvió a rodar para quedar boca arriba.

—¡Por fin! —chilló.

Su pecho y su abdomen eran increíbles: curvas duras, vello suave y firmes músculos sobre el estómago. No podía apartar las manos de él porque quería tocar cada centímetro de su cuerpo.

—Tu piel… —Lo besó en el cuello y en el hombro—. Me haces sentir insaciable, Eliot.

Él gimió para demostrar su aprobación y la besó en el cuello y la curva del hombro también.

Abby se frotó contra él por la necesidad de sentirlo contra ella, en su interior. Buscó su erección y la apretó con fuerza, probablemente más de lo necesario, pero quería sentirlo. Quería sentirlo todo.

—¿Eliot?

Él siguió besándole el cuello unos segundos más antes de apoyarse en los codos y atravesarla con esos turbios ojos azules oscuros para hacer eso que solía: no detenerse ante algo delicioso hasta que estaba del todo satisfecho, gracias. Una mezcla perfecta de dar y recibir. Era generoso en ese aspecto. Abigail solo podía imaginar hasta dónde iría para asegurarse de que ella estaba igualmente bien y satisfecha. No tuvo que pasar mucho tiempo imaginándolo.

—¿Lista? —preguntó.

El divertido jueguecito del corsé, el *striptease* y la lencería quemada se había acabado. En ese instante su preocupación por si ella estaba preparada para seguir era genuina.

—¿Que si estoy lista? Eliot, creo que basta con decir que llevo deseando esto mucho tiempo y tú lo sabes perfectamente. —Y apretó la mano con la que lo agarraba.

LA HORA DE LA VERDAD. O de la media verdad en ese caso. Eliot había estado ideando todo tipo de planes honorables para decir a Abigail cuánto la quería y las ganas que tenía de que su primera vez juntos fuera emblemática o importante… o algo. Pero cuando la tuvo allí, debajo de él, jadeante, más que dispuesta, se dio cuenta de que el momento había pasado. Ella seguía tonteando. Tal vez no estaba jugando con él —era un hombre adulto, después de todo, no una víctima—, pero tampoco estaba tan inmersa en el oscuro agujero de la obsesión como él, ni mucho menos. Durante un rato había podido canalizar esos deseos tan fuertes que sentía gracias a la lencería y las órdenes para excitarla aún más, pero había sido un rato muy corto.

Le hizo el amor —eso fue para él al menos—, pero también se esforzó por proporcionarle el sexo salvaje y alucinante que le había prometido. Y ella no quedó decepcionada. Los dos acabaron tumbados y agotados, con la respiración alterada y las extremidades entrelazadas, recuperándose de la potente liberación física. Eliot se odió por ver eso como algo distinto de lo que él realmente quería, pero así había sido. Él nunca quiso a la Abigail mujer-objeto.

Se quedó dormido durante unas horas, pero se despertó sobresaltado a las cuatro de la madrugada. Cuando perdió la esperanza de volver a dormir, se levantó y se quedó junto a la cama con las manos en las caderas. Mientras la arropaba con la sábana, lo que provocó un suspiro de alivio feliz en su inconsciencia, se preguntó qué demonios iba a hacer con esa mujer irritante y perfecta.

Inspiró hondo para reunir fuerzas y se fue al minibar a por una botella de agua. Sabía que tardaría en volver a dormirse, así que cogió el libro que había estado leyendo en el breve vuelo hasta París y se acomodó en uno de los grandes sofás que había en un extremo de la suite. Desde allí todavía veía claramente la deliciosa imagen de Abigail Heyworth en medio de un angelical alboroto de rizos negros despeinados, con una expresión en la cara que solo podía describirse como de pura y sensual satisfacción.

En pocos minutos Eliot estaba inmerso en el *thriller* postapocalíptico que había elegido en la librería del aeropuerto de Malpensa. Cuando miró el reloj se sorprendió al comprobar que habían pasado casi dos horas. Estaba agotado y pensó que debía intentar dormir otra vez; le atraía la posibilidad de volver con Abigail a la cama gigante. Fue al baño y se cepilló rápidamente los dientes.

Apagó la lámpara de lectura y dejó abierta una de las cortinas para que las luces de la ciudad y algo del aire de la noche entraran en la habitación. El gran tamaño de la cama hacía posible que Eliot se tumbara sin molestar a Abigail, pero ella era un misil termodirigido y segundos después de que se metiera con mucho cuidado, ella se acercó, se estiró, lo tocó y por fin se acurrucó contra él hasta que quedó felizmente apretada contra su cuerpo.

Seguía dormida, pero inspiró hondo y murmuró su nombre con un tono deliciosamente erótico. La idea de volver a dormir se alejó hasta adentrarse en el reino de lo imposible. Eliot se sentía como el tronco de un árbol que no quería despertar a la parra trepadora. Al final debió de caer en algo parecido a un duermevela, porque cuando las primeras vetas grises de la luz de la mañana aparecieron débilmente por la ventana y llegó hasta allí el sonido de la máquina que limpiaba las calles, abrió los ojos y se encontró a una Abigail muy despierta que lo estaba mirando.

—¿Podemos hacerlo otra vez? —susurró. Sus dedos bailotearon un poco por su pecho y siguieron bajando hasta envolver su miembro de nuevo con la mano.

—Estoy enamorado de ti, Abigail.

Ella intentó calmar su corazón acelerado y la mano se le quedó petrificada en esa parte de su cuerpo que de repente parecía del todo absurda.

—Esperaba algo más en la línea de la seducción: labios como bayas maduras, ojos como plata líquida… esas cosas. Pero tú… bueno… Me he quedado sin palabras.

—No quería incomodarte. Para serte sincero, se me ha pasado por la cabeza ahora mismo y he pensado que sería mejor que lo supieras.

—Bueno, gracias. Supongo.

—¿Gracias? Y ¿supones?

Abigail sacó la mano de debajo de las sábanas de una forma muy pragmática, se puso boca arriba y miró al techo.

—Fuiste tú el que dijo que nada de diseccionar la relación, ¿te acuerdas?

—Ahora me parece que eso fue hace mucho tiempo. —Eliot sabía que estaba pisando un terreno muy peligroso y continuó con una lentitud dolorosa—: Solo he pensado… —Hizo otra pausa—. Que sería mejor dejarte clara la naturaleza de mis… sentimientos. No creo que pueda fingir durante mucho tiempo que esto es algo intrascendente.

—Bueno, una noche no se suele considerar «mucho tiempo»… La verdad es que se acaba cuando casi ni ha empezado, ¿no? —Intentó sonar coqueta, pero le salió algo forzado. El aire que había entre ellos se podía cortar con un cuchillo.

La mano de Eliot se apartó del brazo de Abigail, donde había estado subiendo y bajando en una delicada caricia continua. Él también se volvió para mirar al techo.

—Mi madre me advirtió que tuviera cuidado.

Abigail enarcó una ceja y se volvió para mirarle el perfil.

—Bronte me advirtió lo mismo en cuanto a ti. Creo que sus palabras exactas fueron algo así como: «Es muy intenso».

—Muy perspicaz. Pero lo que quería decir mi madre era que podías jugar conmigo.

Abigail apartó la vista. Sus palabras le escocieron más que si le hubiera dado una bofetada en la cara y las mejillas le ardieron como si hubiera hecho exactamente eso.

Vergüenza.

Era una sensación que no le resultaba familiar y que además era muy desagradable. Sentía vergüenza de sí misma. Su intención había sido precisamente jugar con él. No es que fuera una especie de Mata Hari que coqueteara con playboys internacionales por deporte, pero sin duda tenía la intención de utilizarlo en cierta manera. De una manera física, sin emociones y sin complicaciones. ¿Es que meterse en la cama con una mujer dispuesta no era lo que todos los hombres querían? ¿Un polvo rápido para calmar la necesidad? Sintió una incomodidad en el estómago por la estrechez de miras que había demostrado.

Si Abigail era del todo sincera consigo misma, tenía que admitir que desde el principio sus sentimientos por Eliot habían estado embrollados con el deseo de satisfacer lo que Tully y ella llamaban en broma su «curiohetero», forma abreviada para referirse a su curiosidad heterosexual. O al menos Abigail pensaba que esa era la razón por la que quería estar junto a Eliot, sentarse con él en las tediosas cenas y pasear con él por playas caribeñas. Era prodigiosamente masculino, grande, fuerte, heroico. Parecía el mejor candidato para lanzarse a la piscina.

Pero en algún momento de los últimos meses, cuando la ayudaba a bajarse del caballo o cuando le llevó aquel refresco en la playa o cuando la miró en el restaurante esa misma noche, ella estuvo segura de que lo que tenía entre manos ya no era mera curiosidad. Pero aun así quiso aferrarse a la posibilidad de compartir con Eliot algo frívolo y sin importancia. ¿Por qué se empeñaba él ahora en estropearlo todo?

Le gustaba la idea de tener un lío apasionado con Eliot, puramente físico y sin complicaciones. Y no estaba segura de que le agradara la idea de ese enorme, profundo y exigente pozo de emociones.

Rodó hasta el extremo de la cama y se fue al baño para refrescarse. Allí se puso uno de los gruesos albornoces beis que colgaban de la puerta. Cruzó el dormitorio sin mirar directamente a Eliot y fue hasta el balcón, esperando que el aire fresco de la mañana aclarara un poco lo que se estaba convirtiendo rápidamente en un lío sentimental muy turbio. Abigail deseó en ese momento saber dónde estaba su habitación; se estaba planteando la posibilidad de saltar al balcón de al lado para salir huyendo y no tener que volver al dormitorio a disculparse por ser una bruja egoísta.

Se quedó en el balcón durante lo que le pareció un cuarto de hora eterno, pero no había escapatoria. Iba a tener que volver a entrar para poder salir de allí.

Eliot sujetaba descuidadamente con sus largos y bonitos dedos un grueso vaso de cristal con agua. Se había puesto la camisa de color azul pálido arrugada que llevaba la noche anterior sin abrochar y unos vaqueros gastados. Estaba sentado en el mismo sillón grande y cómodo de la noche anterior, con las largas piernas estiradas y los tobillos cruzados. Ella se quedó unos segundos mirándole los pies descalzos. Parecía que se había lavado la cara y el pelo alborotado le quedaba terriblemente sexy.

—Será mejor que me vaya, creo —dijo Abigail, vacilante, deseando que la detuviera, que la hiciera disculparse o que le exigiera que le explicara lo que era incapaz de explicar.

Pero él solo la miró con el semblante impasible, duro y sin trasmitir nada.

Y esperó.

Ella estaba desgarrada entre su deseo de encaramarse a su regazo, acurrucarse contra su cuerpo y abandonarse a todas las fantasías carnales que había estado imaginando durante las últimas semanas —meses en realidad, si en aquel momento estuviera de humor para ser sincera, algo que por lo visto no era así—, a las texturas, las posturas, los olores y las ideas que la habían estado distrayendo un día tras otro, las cosas que quería hacerle y hacer con él, cosas que solo había empezado a descubrir esa noche, y la posibilidad muy real de que solo había estado utilizando a Eliot —al bueno y fiel Eliot— para una especie de picnic sexual. Volvió a enrojecer, y fue como si él hubiera seguido todos y cada uno de sus pensamientos.

—Pensaba que podía ser una de esas chicas… —Intentó decirlo con un aire de frivolidad, pero no le salió bien.

La mirada de él se nubló, y Abby se dio cuenta de que estaba furioso. Nunca lo había visto así, y si no hubiera estado tan avergonzada de sí misma incluso se habría aterrorizado un momento. Eliot no era una persona de rencores, pero odiaba las mentiras. En ese instante se vio reflejada en su mirada fría como la mentirosa que era: tal vez no había mentido en los hechos, pero sí en las emociones.

Nunca había oído la voz de Eliot sonar como entonces. Sonaba cruel.

—¿Quieres que te utilice, Abigail?

Por horrible que pudiera resultar su primera respuesta, la física, dijo un primitivo y automático: «Sí». Sintió los pechos sensibles y tensos respondiendo a sus duras palabras. También se estremeció. Su cuerpo simplemente necesitaba el de él; no le importaban las consciencias, la manipulación o la crueldad. Quizá algún día podría pensarlo durante el suficiente tiempo para darse cuenta de que su cuerpo sabía más de algunas cosas que su cerebro alterado, inmaduro y lleno de teorías. ¿Manipulación? «Sí —le gritó su cuerpo—. «Deja que Eliot te manipule como quiera. ¡Deja de pensar, tonta!» ¿Crueldad? Su cuerpo respondió de nuevo: «Sí, que Eliot te muestre los límites de lo que puedes soportar, lo que los dos, cuerpo y mente juntos, pueden aguantar».

Había alcanzado el extremo de humillación, sumisión, pérdida y cesión del control. Acceder. «Accede, Abigail.» Su cuerpo traicionero ardió por la sugerencia, como si fuera la última tentación.

Entonces parpadeó para apartar la extraña atracción que le producían esos deseos prohibidos y trató de convencerse de que no podían estar bien. Pero no le habían parecido mal cuando Eliot la tocaba y le daba órdenes la noche anterior. Ella era una mujer fuerte, independiente y moderna. Esa clase de sumisión y total consentimiento era la antítesis de todo aquello en lo que creía, ¿no? Sentía cosquillas en la nuca donde del nudo del cordón de cuero se le había enganchado con un mechón de pelo.

Eliot la observó, vio los engranajes de su proceso de pensamiento reflejados en sus ojos; primero la chispa del deseo y después la enorme palidez del miedo. Y detectó el momento exacto en el que ganó el miedo y ella se apartó inexorablemente de ese tempestuoso mar negro de pasión desatada y brutal que podían haber compartido. Durante unos segundos incluso pudo llegar a ver un bello lugar oscuro donde ella lo comprendía y los dos podían liberarse… de todo. Un lugar de verdad abyecta, alejado de todos los códigos sociales, las restricciones de sexo y los conceptos preconcebidos. Un lugar salvaje.

Y entonces vio que ella huía. No iba a entrar ahí. O, al menos, no iba a entrar con él sabiendo que estaba perdidamente enamorado de ella. Seguro que ella habría hecho cualquier cosa pervertida que se le hubiera ocurrido de haberse mostrado frívolo y juguetón, erótico y vacío. Pero en vez de eso, la brillante luz plateada de sus ojos de diamante se tornó gris pálida y metálica allí mismo, delante de él. Volvió a entrar en el mundo del miedo, o tal vez de la sana cautela. Un mundo en el que la gente se mantenía ocupada, alerta, en movimiento, sin parar… eso era lo mejor para mantener a raya las pasiones desenfrenadas.

Quería matarla. Durante una fracción de segundo, o incluso menos, comprendió esa expresión tan tópica de «crimen pasional». Nunca le había sonado auténtica esa idea de que se podía amar a alguien tanto que solo su destrucción podría aliviar el dolor que producía quererla. ¿Cómo podía ser una mentirosa tan despreciable? ¿Cómo podía estar tan desvinculada de lo que estaba pasando entre ellos?

Se había vuelto a poner la falda negra y la blusa de su madre, pero ya no tenía sujetador. Él se había ocupado de eso. Cuando sus ojos recorrieron su cuerpo —desnudo para él aunque llevara ropa—, sus pezones se endurecieron y se le marcaron bajo la fina tela de la blusa. Él se lo tomó como la concesión más insignificante; su cuerpo, al menos, no tenía necesidad de andarse con excusas.

Abigail pensó un instante si debía mencionar que se odiaba a sí misma mucho más de lo que él podría odiarla, pero supuso que eso les serviría de poco consuelo a los dos. Se agachó rápidamente para coger los zapatos, encontró su bolso y fue caminando despacio y llena de miedo hacia la puerta. No se molestó en enjugarse la estúpida lágrima que cayó por su mejilla izquierda.

Cerró la puerta y se apoyó contra el frío metal para intentar recuperar el aliento. Una parte de sí misma todavía deseaba que él fuera tras ella, que abriera de un tirón la puerta en la que se apoyaba y que la obligara a hacer una confesión que ella ni siquiera entendía.

Pequeños fragmentos de verdad estaban empezando a unirse y a entrar por la fuerza en su mente. En primer lugar, no tenía el coraje para admitir lo que quería de verdad.

A causa de toda su palabrería sobre el pensamiento independiente y de la imagen que tenía de sí misma, que dependía sobre todo de su completo desprecio por las convenciones sociales, de repente estaba prisionera. Todo su sistema se había vuelto contra ella. En ese caso le pareció que estaba volviendo a un burdo y simplificado estereotipo masculino-femenino, una relación que soportaría cualquier escrutinio. Corriente. Convencional.

Qué broma más absurda.

Él no iba a abrir esa puerta y tirar de ella para que entrara. Lo supo al instante; no por resentimiento, ni para provocarla, ni para darle una lección, sino simplemente porque ambos sabían que ella era la que tenía que reconocer lo que quería, la que debía abrir la puerta y entrar. Con los ojos bien abiertos. Toda sinceridad.

Las lágrimas le caían por las mejillas, calientes y llenas de vergüenza. Sollozaba en silencio. Intentó contar hasta diez para recuperar su autocontrol, su forma más básica de coraje. Pero ya no le quedaban reservas. Intentó inspirar rápido para rehacerse, para mirar bien la oportunidad que estaba a punto de desaprovechar.

Pero no pudo hacerlo.

No hizo ni el más mínimo ruido. Ni un gemido. Solo muchas lágrimas silenciosas. Pero incluso con la gruesa puerta antiincendios de por medio, Eliot debió de estar siguiendo la trayectoria de sus pensamientos, adivinando la pérdida de cualquier posibilidad. Su cobardía.

El breve y violento sonido del cristal que se rompía al otro lado de la puerta hizo que saliera corriendo por el pasillo y, tras una vergonzosa visita al mostrador de recepción para preguntar por el número de su habitación, que había olvidado, volvió a su lujoso y solitario alojamiento.

Tras arrojar el vaso contra la puerta, la respiración de Eliot se volvió dificultosa. Oyó los pasos de Abigail alejándose y se levantó despacio para recoger los trozos más grandes de cristal y después llamó al servicio de habitaciones para que limpiara el resto. Soltó una breve y amarga carcajada riéndose de sí mismo, sorprendido por el hecho de que ciertos tópicos eran tan obvios que se había llegado a perder la verdadera naturaleza de su significado. «Los buenos nunca triunfan.»

Bueno, estaba claro.

Obviamente.

Pero que le diera una lección así una mujer frívola, displicente e idiota era casi más de lo que podía soportar. Se clavó un trozo de cristal en el pulgar izquierdo y tiró rápidamente los trozos a la pequeña papelera del baño para poder meterse el dedo en la boca y que le dejara de sangrar.

Si todas las mujeres se veían, si no ahuyentadas, al menos desconcertadas por la versión buena y sincera de Eliot, supuso que era perfectamente capaz de convertirse en un capullo mujeriego y misógino. Cogió su móvil de la mesa, miró los horarios del TGV e hizo una reserva para estar de vuelta en Ginebra a la hora de comer. Eran poco más de las seis, así que podría coger al tren de las ocho; tenía tiempo de sobra para ducharse, cambiarse y alejarse de París —y de Abigail— mucho antes de que ella llegara siquiera a pensar en hablarlo, discutirlo o llegar a un entendimiento.

Necesitaba volver a la comodidad fría y organizada de su casa en Ginebra donde tenía lo que necesitaba.

Orden.

Respeto.

Y se iba a dedicar a tirarse mujeres solo porque sí. Modelos, estilistas, cazafortunas, bailarinas, poetisas, camareras, herederas… una cada día de la semana. Y tal vez, solo por diversión, haría que algunas se ilusionaran con ambiguas promesas de un delicioso futuro juntos y después se reiría en su cara porque habían malentendido patéticamente sus intenciones.

Mujerzuelas estúpidas.

Dudaba de que pudiera librarse de sus sentimientos por Abigail, pero podría enterrar el dolor bajo un montón de líos que no significaban nada. Necesitaba estar ocupado. Lo que no necesitaba era gastar ni un gramo más de energía mental diseccionando ideas imposibles como por qué se había enamorado de ella o cómo habría sido pasar el resto de sus vidas explorando un territorio sexual desconocido.

Qué desastre. Entró en el baño y se duchó como si tuviera que quitarse de encima una capa de lluvia ácida.

Para cuando llegó al vestíbulo principal del edificio del siglo XIX en el enclave ginebrino de Versoix, ya estaba siendo lo bastante sincero consigo mismo para reconocer que no se iba a acostar con todas las mujeres que se le cruzaran y que probablemente no tendría ganas de acostarse con nadie durante una larga temporada. Tampoco pensaba que Abigail fuera idiota; una pequeña y triste parte de él incluso se planteó llamarla para disculparse por ese pensamiento tan mezquino, aunque ella ni siquiera había llegado a saberlo.

Lo que de verdad quería hacer era meterse en su piscina para poder despojarse de todo. Nadó durante horas, largo tras largo, hasta agotar toda la energía residual que pudiera quedarle en la reserva, para evitar contemplar la posibilidad de volver a acercarse a Abigail. Puede que no estuviera hecho para tener sexo sin importancia con desconocidas, pero estaba decidido a erradicar los pensamientos sobre sexo significativo con una mujer en particular.

Nada de disculpas, no eran necesarias. Y nada de futuro tampoco. Como Abigail había señalado, apenas habían empezado nada.

Y él lo había cortado de raíz.

Casi.

SEGUNDA PARTE

ABIGAIL SONRIÓ CUANDO SALIÓ del estrecho pasillo para entrar en la cocina y vio a su madre y a Jack compartiendo una taza grande de café con leche e intercambiándose diferentes secciones del periódico por encima de la desgastada mesa de madera. Había pasado casi un año desde la última vez que Abigail supo de Eliot Cranbrook, pero estar en París le producía dolorosas oleadas de nostalgia. Apartó esos pensamientos y trató de centrarse en el presente.

La casa de Jack y su madre en París parecía sacada de un cuento de hadas. Era una diminuta casa independiente del siglo XVII situada en el extremo de una callejuela escondida en el mismo corazón del Distrito XVI; eso la hacía única. Pero las pruebas que quedaban de los casi cincuenta años que Jack había estado viviendo allí eran lo que la convertía en realmente mágica.

Los dos dormitorios que había en el piso de arriba habían acomodado a su familia con ciertas estrecheces. Sus tres hijos compartían una habitación y él y su mujer española, Nina, la otra. Y a ninguno de ellos se le ocurrió quejarse nunca por la falta de espacio. Vivían como jóvenes aventureros en un mundo privado y encantado que se abría al Bois de Boulogne por la destartalada puerta trasera, y a la sofisticación de la avenue Foch por la puerta principal, pintada de color rojo brillante.

Jack Parnell había aceptado aquella casa como un desafío. La alquiló tras oír a un compañero abogado hablar de ella durante su primer año en la ciudad, casi medio siglo atrás. En aquel momento pensó que solo iba a pasar en París dos años y después volvería a Iowa para abrir un pequeño bufete en su ciudad natal. Pero se enamoró de París. Y también de la casa al final de la callejuela. Fue renovando su contrato año tras año, ofreciendo constantemente incentivos al propietario para que se la vendiera hasta que, tras veinte años de alquiler, el propietario se convenció de que Jack no tenía ninguna intención perniciosa que implicara alterar o arrasar esa propiedad única.

—Oh, Abigail, ¿te he contado que Eliot Cranbrook se va a casar? —Sylvia levantó la vista del artículo que estaba leyendo y miró a su hija preciosa, aunque algo pálida.

—No, madre, no me lo habías comentado. ¿Y con quién se va a casar?

Aunque había pasado mucho tiempo, a Abigail le costaba que su voz sonara perfectamente normal cuando hablaba de Eliot, así que intentaba no mencionar su nombre. El pez y la bicicleta aún colgaban entre sus pechos; nunca se los había llegado a quitar, aunque no estaba segura de si los llevaba como una especie de letra escarlata o como recuerdo de su amor (tal vez eran ambas cosas).

—¿Cómo se llamaba, Jack? La conocimos en Italia el verano pasado, con Penny y Will, ¿te acuerdas?

Por toda respuesta Jack emitió un sonido poco comprometedor, porque tenía todo su interés puesto en el periódico que estaba leyendo.

—¿Jack? —insistió Sylvia.

Abigail se fijó en que su madre nunca caía en la trampa de mostrarse irritada o enfadada con su segundo marido. Los dos se casaron pocos meses después de su feliz encuentro en el hotel Plaza Athénée.

Al menos había sido feliz para alguien, se decía Abigail a menudo con un gran desprecio por sí misma.

—¿Sí, cariño? —contestó Jack distraídamente.

—¿Cómo se llama la prometida de Eliot? No lo recuerdo.

—Marisa Plataneau, creo. O algo parecido. Una chica agradable. Francesa. Con mucho talento.

Volvió a centrarse en el periódico mientras Abigail sentía que el corazón se le encogía al pensar en una mujer seguramente preciosa, encantadora y con talento compartiendo la vida con Eliot.

Y la cama.

Y trayendo al mundo a sus hijos.

«Pero ¿de dónde ha salido eso?», se preguntó, y después apartó ese pensamiento descarriado. Aunque debió de escapársele un suspiro porque, cuando se apartó de la encimera con una taza grande de café negro humeante, vio que su madre la estaba mirando fijamente.

—¿Qué? —preguntó Abigail a la defensiva en respuesta a la mirada penetrante de su madre.

—Jack, cariño —dijo Sylvia con la mirada aún atravesándola—, Abigail y yo nos vamos a pasar por la *boulangerie* para comprar unas cuantas baguettes más para esta noche.

—Hum, buena idea —respondió él sin dejar de leer.

El aire frío de enero junto con el abrupto interrogatorio de su madre ayudaron a sacar de su ensimismamiento a la despistada Abigail.

—¿Todavía tienes sentimientos por Eliot? ¿Después de tanto tiempo? —preguntó Sylvia mientras caminaban por la estrecha callejuela empedrada que iba desde la casa hasta la avenida.

—No es que no haya intentado superarlo. Es que no he conocido a nadie que me gustara tanto… después de Eliot… —Se le quebró la voz al decir su nombre y no hizo nada por ocultárselo a su madre.

—Oh, cariño…

—¿Cómo puedo seguir sintiendo esto por él cuando llevamos sin vernos y sin hablar alrededor de un año? Solo lo conocía desde hacía pocos meses en realidad. ¡Y tuvimos sexo una sola vez, por Dios!

—Abigail, por favor. Estoy intentando ser moderna, pero hay cosas con las que nunca podré. Hazme el gran favor de ahorrarme los detalles.

—Muy bien. No entraré en detalles. Pero lo he dicho porque pensaba estúpidamente que no me iba a encariñar o a implicarme o lo que fuera. —Abigail dejó de hablar cuando se dio cuenta de que su madre se había parado y la miraba.

—¿De verdad, Abigail? ¿Creíste que no podrías tener sentimientos profundos si no tenías mucho sexo con él?

El tono que dio su madre a la palabra «sexo» cuando salió de su boca patricia hizo que sonara muy insignificante y muy escabroso.

Abigail volvió a sentirse fatal.

—Sí. ¡No! Madre, por favor. Es obvio que lo estropeé todo. No sé en qué estaba pensando. Creí que era una cosa pasajera, algo divertido e intrascendente. Adoraba a Eliot… —Y después dijo en voz más baja—: Adoro a Eliot… Pero le traté tan mal, tan despreciativamente, que si yo fuera él seguro que no querría volver a verme nunca… Me cuesta vivir con ello a mí, así que no me imagino a alguien queriendo vivir conmigo. Y él fue tan dulce y encantador…

—Lo que pasara hace un año ya no es la cuestión. Ese hombre está a punto de casarse con otra mujer. ¡Piensa! —ordenó su madre—. ¿Quieres sentarte a esperar a que eso ocurra?

Abigail dedicó una sonrisa angustiada a su madre y después miró al otro lado de aquella callejuela parisina casi dolorosamente típica. Una mujer rubia con unos pantalones de color azul marino muy elegantes y una chaqueta negra entallada llevaba a su hijo al colegio y el niño parecía un respetable banquero en miniatura acompañado por una amiga; un anciano encorvado llevaba el periódico doblado bajo un brazo y el bastón en la otra, y su gabardina *vintage* de hechura perfecta lo protegía del viento mientras se alejaba lentamente de ellas; el pescadero reponía los montones de pescado sobre el hielo picado de las bandejas que había tras el cristal del escaparate.

—No lo sé. Tal vez sí que quiera sentarme a esperar —confesó Abigail—. No quiero hacerle daño.

Sylvia Heyworth Parnell apartó la mirada de la expresión llena de dolor de su hija y dejó escapar el aire por la nariz, maldiciendo en silencio la espada de doble filo que suponía la profundidad del cariño que había desarrollado a su edad por su hija más pequeña. Su vida sin duda era más simple cuando dejaba el cuidado, la alimentación y el bienestar emocional de sus hijos a las niñeras y las institutrices. Ahora que Abigail era una adulta de veintinueve años, Sylvia había llegado a quererla tanto que le resultaba imposible verla sufrir.

—Abigail, esto no es una inversión potencial o una oportunidad filantrópica. Es tu vida. No te pongas pusilánime justo ahora. No es propio de ti.

Abigail intentó apartarse, pero su madre le posó suavemente la mano en la mejilla y la obligó a mirarla a los ojos. Tal vez fue por la ausencia total de cariño maternal durante los primeros años de la vida de Abigail, pero el sutil contacto de su madre allí en la acera, junto al quiosco de periódicos, fue más de lo que Abby podía soportar. Le escocían los ojos por las lágrimas no derramadas mientras miraba a su madre.

Abigail se sentía tan aturdida como Sylvia por la ternura extraña que había ido creciendo entre ellas en los últimos tiempos. Deseaba con todas sus fuerzas apoyarse en su madre, dejarse envolver por el aire de fortaleza que ella irradiaba, pero Sylvia había estado desconectada de ella durante tanto tiempo que, en el fondo, eso le resultaba una perspectiva aterradora.

—¿Por qué te has vuelto de repente una madre de verdad? —preguntó Abigail hipando por la emoción.

—Ojalá lo supiera. Mi vida sería mucho más sencilla si no pareciera que vivo en un universo paralelo en el que siento cada triunfo y cada catástrofe de tu vida como si fueran míos. Resulta muy poco conveniente.

Ambas rieron, y Sylvia le dio dos suaves palmaditas en la mejilla y le enjugó una lágrima con su índice con la manicura perfecta. Las dos mujeres se miraron: una alta, elegante, de pelo claro y orgullosa; la otra menuda, salvaje, morena y casi derrotada, aunque los ojos grises plateados de ambas eran un reflejo exacto.

—Odio admitirlo —confesó Sylvia—, pero creo que esta situación necesita de la versión de delicadeza brutal que practica Bronte. —Sylvia entornó los ojos como siempre hacía cuando mencionaba a su descarada nuera—. Lo más fácil sería que cogieras el teléfono y hablaras con Eliot de este asunto con total franqueza.

—¿Para decirle qué? «Oh, hola, Eliot, soy Abigail. Aunque me comporté terriblemente mal contigo y en todos estos meses no he tenido el valor suficiente para disculparme, me gustaría que reconsideraras tu intención de casarte con la adorable… y mujer de gran talento Marisa Como-se-llame, quien casi seguro que te demuestra constantemente un amor y un respeto incondicionales, y te plantees volver a intentarlo con la persona fabulosa que soy yo.» ¿Te parece bien algo así, madre?

Abigail sacudió su rebelde melena y deseó poder apartar de su cabeza los pensamientos igual que si fueran esos mechones despeinados.

—Estoy bien, madre. De mal humor, pero bien. Creo que voy a dar un paseo y después tengo reuniones durante el resto del día con los dos profesores de la Sorbona sobre su colaboración con la fundación en el proyecto de Uganda. No cuentes conmigo para cenar.

—*Tant pis!* Creía que vendrías a cenar con nosotros. Pero bueno, te veré en casa esta noche.

—Creo que voy a volver a Londres cuando termine las reuniones, ¿te importa?

—Oh, como quieras, cariño. —Se besaron en ambas mejillas antes de separarse.

Abigail caminó por las frías calles de la ciudad. Las nubes grises que se arremolinaban en desorden eran la perfecta encarnación de su humor, sin rumbo y algo decepcionante, pero unos destellos de un sol brillante se colaban entre ellas vacilantes. Se recordó que estaba feliz a muchos niveles. Incluso el fugaz pesar de su madre porque no iba a poder cenar con ella representaba un cambio maravilloso con respecto a la relación (o más bien falta de ella) formal y brusca que las dos habían mantenido hasta hacía poco tiempo.

Al enamorarse de Jack, su madre se había transformado de muchas formas. No solo había dejado atrás su anterior título nobiliario, sino también muchas de las responsabilidades que conllevaba y una gran cantidad de códigos sociales. Todos los compromisos y restricciones que la habían definido —o más bien habían definido a la persona que se hacía llamar «la duquesa de Northrop»— desaparecieron como un fardo que hubiera llevado durante mucho tiempo y de repente no le encontrara ninguna utilidad. Seguía siendo tan dogmática y testaruda como siempre, pero tenía un nuevo tono de voz y había desarrollado una creciente aceptación de las debilidades de los demás. Últimamente Abigail había notado que su humor se basaba más en la empatía que en el desprecio. Jack Parnell amaba a Sylvia de una forma trascendente que iba mucho más allá del título honorífico con el que ella antes se identificaba tan íntimamente. La estaba ayudando a ver el mundo a través de una lente mucho más feliz.

Después de que Sylvia conociera a Jack aquella noche en el Plaza Athénée, se fue dando cuenta poco a poco de que podría darle una oportunidad a algo (más bien a alguien) simplemente por placer. Antes de ese momento toda la vida de Sylvia había sido una observancia obligatoria de las convenciones: su madre, con su ambición social, la había educado en la etiqueta y el comportamiento adecuado, y su astuto padre se había asegurado de que supiera más que el común de los mortales de economía, política y comercio. Era un proyecto de esposa. La riqueza de su padre le aseguraba un buen matrimonio pero, incluso bien entrado el siglo XX, que su padre estuviera involucrado en el negocio del comercio fue un concepto que nunca dejó de perseguirla (ni a su más aristocrática madre).

Cuando Sylvia conoció a George Conrad Heyworth, él era un chico de campo tímido y dulce proveniente de Northrop. Su genealogía era impecable (sobrino de un duque por parte de padre y sobrino de un rey por parte de madre), pero entonces no parecía que pudiera llegar a ostentar uno de los títulos más antiguos y prestigiosos del reino. En aquellos días él no estaba en la línea directa de sucesión al ducado. El tío de George, Freddy, el decimosexto duque de Northrop, gozaba de buena salud y no había duda de que podía tener descendencia. Cuando Sylvia lo conoció, George ya tenía tres primas y había unas gemelas en camino. Todo el mundo estaba seguro de que en algún momento Freddy llegaría a engendrar un hijo varón.

Por otro lado, si Freddy acababa teniendo un castillo lleno de chicas, el joven y viril padre de George, Henry, sería quien heredaría el título. E, incluso en ese caso, el hermano mayor de George, Ned, sería el heredero y el título seguiría esa línea familiar. Y después de eso, solían bromear, ¿quién sabía si quedaría siquiera ducado que heredar?

El padre de Abigail había crecido viviendo la vida de un inocente (aunque rico y bien educado) ratón de campo. Los padres de George, el abuelo Henry y la abuela Polly, tenían poco interés en la brillante vida social de Londres, así que optaron por crear su pequeño universo poblado por sus ocho hijos, una miríada de animales, unas obras de teatro autoproducidas y alguna que otra competición atlética. George tenía una hermana que empezó a escribir novelas cuando tenía nueve años y un hermano que construyó su primera casita en un árbol de los bosques a los once… Todo ello en un ambiente que parecía fomentar cualquier forma de creatividad imaginable. Según palabras del propio George, él era el más aburrido del clan. A él simplemente le gustaba la tierra. A Sylvia, sin embargo, le pareció encantador.

Su hermana Claudia y ella habían sido criadas con esplendor burgués en una ciudad pequeña donde prosperaban los molinos de su padre. La precisión militar reinaba en todos sus días: desayuno, comida y cena siempre se servían a las mismas horas; la ropa y la ropa de cama se planchaban hasta que quedaban perfectas; los menús se planeaban con una semana de antelación y se cumplían todos los compromisos sociales. Sylvia sintió una punzada de inseguridad cuando sospechó que la fingida vida aristocrática de su madre seguramente no tenía ni el más mínimo parecido con la verdadera vida aristocrática que llevaba George Heyworth.

Los dos bailaron por primera vez en un pequeño baile de caza en la ciudad de Brinby. Sylvia sintió una atracción instantánea por el moreno, callado y tímido George. Su hermana mayor lo había retado a pedirle un baile a «la princesa de hielo». Sylvia solo oyó ese apodo más tarde, para su total horror. Su postura, la expresión de su mandíbula, la perfección de su pelo rubio, esas eran cosas a las que su madre daba una importancia capital. Nunca se le había pasado por la cabeza a Sylvia que pudieran ser causa de burla.

George podía ser tímido cuando estaba con chicas guapas (a veces preciosas), pero no iba a amedrentarse ante un reto de su hermana mayor mandona y sofisticada (o eso decía ella a todo el mundo que era). Estaba seguro de que la esbelta y rubia diosa del rincón declinaría su invitación de todas formas, así que no haría el ridículo. Cuando Sylvia Parker no solo aceptó su balbuceante invitación a bailar, sino que acompañó su respuesta con una sonrisa que transformó su cara por completo para convertirla en algo increíblemente hermoso, George juró que estaría agradecido a su dominante hermana durante el resto de sus días.

Su matrimonio estuvo marcado más por la mutua atracción que por el respeto. Las características que inicialmente los habían atraído al uno del otro —la falta de afectación y el encanto natural de él, y la precisión y la gracia de ella— eran los mismos detalles que muy a menudo los separaban. Siempre se quisieron y su vida romántica fue muy satisfactoria, pero los hilos que tejían su amor quedaron rasgados tras la inesperada cadena de sucesos que llevó a que el título de su tío Freddy pasara al padre de George, y más tarde, a su debido tiempo, a George (a causa de que su tío Freddy solo engendró seis hijas y que Ned murió en un accidente de coche mientras Henry todavía era decimoséptimo duque).

Cuando el título recayó en el padre de Abigail, Sylvia sintió la responsabilidad —esa gran carga que ya tenía tan arraigada— de cumplir con el papel de duquesa de Northrop a la perfección. George en último término estaba agradecido por su dirección —ella tenía una habilidad en sociedad que lo desconcertaba—, y así fue como Sylvia hizo que su transición de excéntrico rural a miembro aceptado en el círculo real fuese mucho más fácil de lo que hubiera imaginado. Desafortunadamente, sus difíciles embarazos y su falta de instinto maternal acabaron separándolos. Tras el nacimiento de Abigail, acontecimiento que sirvió de colofón a casi quince años consecutivos de conatos de embarazo que acabaron en cinco abortos, dos niños nacidos muertos y cuatro bebés sanos, Sylvia se cerró en banda.

Se llevó a su hija mayor, Claire, y ambas se pasaban la mayor parte del tiempo en Londres disfrutando de la cultura, la sociedad y los entretenimientos a los que tenía

obligación de asistir, o al menos eso le había inculcado su madre años atrás. El cariño genuino y profundo que George profesaba a sus tres hijos pequeños, Max, Devon y Abigail, fue algo más que sus padres no compartían.

Sin embargo, hasta la muerte prematura de George, Sylvia siempre sentía una oleada de excitación cuando iba a verlo después de una semana de ausencia y, de vuelta en el castillo de Dunlear tras sus breves períodos yendo de acá para allá por Londres, entraba en sus habitaciones privadas y notaba la necesidad casi infantil que tenía él de tocarla, abrazarla o mirarla. Si solo hubieran estado los dos en el mundo, todo habría sido perfecto, se decía a veces.

Pero en este mundo ninguno de los dos fue nunca lo que el otro esperaba. Tenían un mundo de amor entre los dos, pero a Sylvia le parecía que siempre había algo que los obligaba a centrar su atención en otra parte. Para George, la falta de atención que demostraba Sylvia por sus hijos era desgarradora; para Sylvia, la falta de atención que George le demostraba a ella era igual de dolorosa.

Como estas intimidades entre sus padres nunca fueron del todo conocidas por Abigail —¿qué hijo entiende alguna vez la naturaleza del matrimonio de sus padres?—, tener la oportunidad de ver el viaje emocional de su madre con Jack Parnell había resultado ser un auténtico regalo. Se había desarrollado una afinidad emocional entre madre e hija que permitía a Abigail perdonar la ausencia de su madre durante su infancia y les había dado a las dos la oportunidad de establecer una nueva y más que bienvenida amistad.

Abigail suspiró con una mezcla de gratitud y capitulación, encantada por lo que había ganado con su madre y resignada a lo que había perdido con Eliot. Cuando levantó la vista se dio cuenta de que había cruzado media ciudad y estaba cerca de la Sorbona.

Su reunión con los dos miembros del departamento de Antropología de la famosa universidad parisina era la culminación de todo un año de duro trabajo. Tras su breve relación con Eliot, Abigail volcó toda su atención en sus responsabilidades financieras (y morales).

Tras su primera reunión con sus banqueros personales en Coutts —y con el amable y firme hombro de Max para apoyarse cuando fue necesario—, Abigail dedicó todo su tiempo a investigar cuanto pudo para poner en marcha su propia fundación filantrópica. Se informó de las interesantes ventajas fiscales, estudió sólidas estrategias de inversión y después asistió a clases nocturnas durante dos semestres en la London Business School sobre gestión de patrimonio, contabilidad y finanzas corporativas.

Ocasionalmente se encontraba con el nombre de Eliot mientras investigaba otras organizaciones o la mejor manera de constituir una junta directiva. Él habría sido la elección obvia para formar parte de su junta. Su trabajo personal en el sector de las organizaciones caritativas era amplio, al margen de la fundación empresarial que había integrado como parte de Danieli-Fauchard. El verano anterior Bronte había insistido a Abigail para que se pusiera en contacto con él.

—¿Y qué si no os fue bien en la cama? Podéis ser amigos. O al menos socios profesionales. Sarah no tiene ningún problema con él, así que no puede ser tan malo.

«¿Que no nos fue bien en la cama? Ojalá…»

—Bronte…

—Ya sé que no es asunto mío por qué no os habéis visto ni una vez desde el invierno pasado… —Bronte dejó la frase en el aire.

—Cierto, Bronte, no es asunto tuyo.

—Vale, vale, entendido. Pero aun así…

—Lo digo en serio. No quiero volver a hablar de que Eliot Cranbrook tenga nada que ver con La Rosa y la Espina.

En los últimos meses, desde que cada uno se fue por su lado, cortar de raíz conversaciones sobre Eliot se había convertido en algo que ya le resultaba natural.

Abigail se estuvo reuniendo tres veces por semana con su banquera privada de Coutts, Caroline Petrovich, para ir revisando todas las peculiaridades de sus finanzas. A menudo recordaba, casi con cariño, la tonta idea que tenía en el momento de su primera visita de que le iba a llevar menos de una hora y que solo haría falta echar un vistazo a unas cuantas hojas de cálculo de contabilidad. En realidad le llevó más de tres horas y la reunión acabó en una feliz relación profesional entre Abigail y Caroline.

Tras los tres primeros meses, Abigail, con el buen consejo de Caroline y mucho ánimo de Sarah y Bronte, empezó a tener una idea clara de qué parte de su fortuna quería poner en un fondo y cuánto quería donar estratégicamente a través de la creación de una fundación bien estructurada. A su fundación le puso el nombre de La Rosa y la Espina, en recuerdo de un pariente lejano Tudor que fue decapitado tras unas engañosas acusaciones de adulterio. La fundación luchaba contra el recorte de los derechos de las mujeres o la abierta destrucción de los mismos a través de la falta de educación económica o médica. La independencia financiera y la salud física eran las mejores armas que esperaba proporcionar a esas mujeres para luchar contra siglos de opresión.

Aunque Abigail intentaba mantenerse al margen de argumentos morales o religiosos, se vio a menudo escribiendo cartas al director a muchos periódicos. La mera sugerencia de que había honor en el castigo a las mujeres por alguna ofensa moral real o imaginaria era el mal filosófico contra el que luchaba la fundación. Era una batalla que Abigail esperaba librar con un arsenal de educación racional y con ayuda práctica, no con argumentos religiosos irrefutables.

Se lo tomó muy en serio y trató todo lo que tenía que ver con la fundación con el mismo fervor y entusiasmo que se aplicaría a la hora de empezar un nuevo negocio. O de excavar un pozo.

Perseveró.

Reclutó a sus cuñadas: a Bronte para las relaciones públicas y el marketing (cómo se iba a promocionar Abigail, cómo lo haría la fundación y cómo llegaría la fundación a los potenciales necesitados) y a la mujer de Devon, Sarah James, por su experiencia llevando su propia empresa de zapatería, lo que la convertía en un pozo de sabiduría de primera mano sobre cómo fundar una empresa y mantener un entusiasmo creativo y corporativo. Además de sus credenciales, las dos eran también mujeres que habían conseguido sus logros personales y que se crecían ante los desafíos.

Abigail estaba a punto de entrar en Balzar para tomar una comida rápida durante la hora que le quedaba hasta su reunión en la Sorbona cuando sonó su teléfono. Era Sarah.

—Hola, Sarah.

Sarah murmuró algo ininteligible para despedir a alguien de su despacho y después volvió a hablarle al teléfono.

—Hola, Ab. Vas de camino a la Sorbona, ¿no?

—Sí. Estoy un poco nerviosa.

—¿Por qué? Has podido con peces más gordos que los hombres que vas a ver hoy.

—Lo sé. Y siempre es fácil enfrentarse a los peces gordos cuando lo que quiero es su sucio dinero, pero esta gente está tan preparada… Si pudiera involucrarlos en esto… Bueno… De verdad que quiero conseguirlo. Si estiman que el trabajo que estamos haciendo en Uganda es totalmente ineficaz…

—¡Vale ya! —Sarah rió con cariño fraternal—. Es que eres tu peor enemigo, cariño. No importa lo que digan esos académicos aburridos. Claro que sería un enorme logro poder poner sus nombres en el membrete y forjar una buena alianza, pero nadie sabe mejor que tú que esas mujeres ugandesas tienen una sanidad en condiciones gracias a ti.

—¡A mí no! Al grupo de médicos y estudiantes que están…

—¡Oh, Abigail! Por favor… ¿Cómo esos médicos y estudiantes iban a poder permitirse los suministros y…? Bueno, dejémoslo, es demasiado aburrido. No voy a perder el tiempo alabándote. No aceptarías ni una palabra de todas formas. Así que vayamos al grano, ¿qué llevas puesto?

Abigail rió demasiado alto, y una mujer francesa de cierta edad con un aire muy aristocrático levantó su barbilla profundamente gala y apartó la vista cuando pasó a su lado por la acera irregular.

—Nadie más que tú podría dar la misma importancia a las vidas desesperadas de las mujeres pobres ugandesas que a la ropa que me he puesto hoy.

—Eso nooo es cierto —dijo Sarah con tono lastimero—. Ya sabes que para mí la ropa es mucho más importante.

Abigail rió aún más fuerte y apoyó el hombro contra un muro del edificio del boulevard Saint-Michel que había frente a la brasserie Balzar; no quería seguir hablando dentro. Abigail se negaba a responder al móvil en restaurantes por la simple razón de que odiaba que lo hicieran los demás, así que no podría perdonarse una conducta tan atroz. Se preguntó si después de todo se estaría convirtiendo en su madre. Su absurda observancia de las anticuadas normas de etiqueta era una constante fuente de bromas entre Sarah y Bronte, quienes no tenían ningún problema en soltar bien alto soliloquios completos por su teléfono móvil en medio de una comida en el Wolseley.

—Bueno, por lo menos eres sincera. —La risa se le atragantó a Abigail cuando se ajustó la bufanda de cachemir que llevaba en el cuello para protegerse del frío; el recuerdo de Eliot quitándole su viejo y zarrapastroso pañuelo morado acababa de cruzar su mente—. Llevo la bufanda de cachemir de Brora que me regalaste en Navidad, el top de seda negra ajustado de manga larga que me obligaste a comprar en Harvey Nichols y esa cosa negra que es medio suéter medio abrigo y que llega al muslo…

—¡Te dije que te pondrías eso!

—Y los pantalones grises de Precious…

—¡Muy buena combinación!

—Y el bolso grande verde oscuro de Mulberry…

—Deberías llevar siempre un bolso de los míos, pero voy a intentar ser objetiva.

—Y un par de botines de ante gris fabulosos de una diseñadora de zapatos americana… Sally Jones… No sé, algo así.

—Eres imposible. Bueno, al menos llevas los zapatos adecuados. Los vas a dejar sin palabras, Ab. Lo vas a hacer fantásticamente bien. ¿Cuándo vuelves a Londres?

—No lo he decidido todavía… Esta noche o mañana. Jack y mi madre tienen invitados para cenar y quieren que me quede, pero no estoy de humor. Probablemente volveré en uno de los trenes de primera hora de esta noche. ¿Qué vais a hacer Devon y tú? —añadió Abigail rápidamente en un intento por que la conversación tomara otros derroteros, temiendo que la expresión «no estoy de humor» hiciera saltar el muy sensible radar de Sarah.

Pero no hubo suerte.

—¿Y por qué no estás de humor? —Abigail oyó que Sarah hacía salir a alguien de su despacho otra vez.

—Bueno, no me pasa nada, es que no estoy de humor para pasar el rato con un grupo de amigos de Jack… —balbuceó.

Pero Sarah sabía que Abigail adoraba a Jack y a todos los que formaban parte de su círculo, porque eran generosos e inteligentes.

—¿Qué ocurre, Abby? Te has enterado de lo de la boda de Eliot, ¿no?

¿Por qué tenía que contraérsele el estómago? ¿Por qué? Un año intentando convencerse de que no había sido más que un capricho pasajero… Inútil.

—No puedo entretenerme con eso ahora, Sarah. Tengo que estar en modo dueña del universo dispuesta a arrasar con todo para esta presentación, y si se me corre el rímel, que ya me he puesto bastante mal, todo el efecto se estropeará.

—Vente a casa esta noche y cenamos. Algo informal. Todos vamos a trabajar hasta tarde y después pediremos comida india. Max y Bronte también van a estar. Tienes que venir aunque solo sea para reírte a costa de Bron. Está ridículamente enorme y ya me ha llamado dos veces para preguntarme cuándo vas a volver; por lo visto Lobo va gateando por ahí con tu foto y después la señala y dice tu nombre.

—Oh, está bien. Volveré esta noche, pero puede que esté demasiado cansada para ir a cenar.

Abigail inspiró hondo el aire frío para apartar todas las emociones que notaba arremolinarse tras sus párpados. Nada como el amor incondicional de un bebé para que el mundo volviera a parecer un lugar positivo.

—Seguro que no estás tan cansada. No tienes más que coger un taxi que te traiga directa desde Waterloo hasta nuestra casa. —Y entonces Sarah empezó a hablar tan rápido que Abigail casi no alcanzó a entenderla—. Te esperaremos para cenar y voy a colgar ahora mismo para que no te dé tiempo a cambiar de idea.

Clic.

Abigail sostuvo el teléfono todo lo lejos que le permitía su brazo y lo miró con una sonrisa de Mona Lisa —la misma sonrisa agridulce que la había acompañado todo el día—, que expresaba su gratitud por el amor y el apoyo de todos los que formaban parte de su pequeño círculo y, simultáneamente, cuánto echaba de menos… el de él.

En el restaurante se oía el murmullo tranquilo del eficiente trajín de los camareros y el ruido de muchas conversaciones. Las mujeres parisinas nunca dejaban de sorprenderla: su estilo parecía inherente, imposible de lograr para una mera británica como ella. Pero Sarah James estaba haciendo todo lo que podía para conseguirlo. Sarah había pasado muchos años viviendo con su abuela en París y había logrado llegar a transmitir esa misma elegancia natural.

Abigail terminó su ensalada de rúcula, intentando no pensar en cuántas comidas solitarias se había pasado pensando en Eliot, y pagó la cuenta. Salió a la fresca y soleada tarde y miró el teléfono por si tenía mensajes. Seguía considerándolo el teléfono de Eliot, aunque ya hacía tiempo que lo había desbloqueado y puesto a su nombre.

Un par de colgantes en un cordón negro y un teléfono. Eso era todo lo que le quedaba del amor de su vida.

Qué idiota.

Abigail echó los hombros atrás y se obligó a volver al presente. Miró a derecha e izquierda y cruzó la amplia avenida centrando sus pensamientos con decisión en las acuciantes necesidades de las mujeres de un pequeño pueblo ugandés que vivían todos los días bajo el gran peso de enfermedades mortales y el peligro del hambre.

Pocos minutos después llegó al edificio de Antropología con tiempo de sobra antes de la hora de su reunión. «Recomponte, Abigail», se dijo entre dientes, y después siguió por el pasillo que llevaba al esotérico departamento universitario.

«Recomponte, Eliot», se dijo entre dientes.

No estaba exactamente enfadado, pero se podía decir que estaba casi todo el tiempo irritado. Y entonces se fue irritando cada vez más porque no tenía ninguna razón para justificar ese estado de irritación perpetua.

Danieli-Fauchard estaba ganando tanto dinero con tan poco esfuerzo por su parte que le daba vergüenza mirar los últimos balances de pérdidas y beneficios. Solo le producía una sensación de culpa por cómo era posible generar millones de dólares de beneficios con lo que solo llegaba a ser un esfuerzo medio atontado en un día bueno. Sabía que diecisiete años de atención sólida y disciplinada (algunos decían que incluso obsesiva) a cada aspecto de la industria probablemente estaban dando sus frutos. Pero no por eso dejaba de molestarle. Estaba empezando a sentirse inútil.

El pequeño piloto verde del teléfono privado de su despacho estaba parpadeando pacientemente y supo que debería cogerlo —en realidad, que debería querer cogerlo —, pero en ese momento no tenía ganas. Dejó que contestara su ayudante y cogiera el recado. Su ayudante sabía muy bien que ni siquiera tenía que asomar la cabeza por su despacho.

O eso creía Eliot.

Enarcó una ceja enfadada cuando la puerta de cristal decorado se abrió y el joven suizo que había contratado unos meses atrás metió la cabeza por una abertura muy estrecha, como una vieja tortuga que asomara por su caparazón. Al menos tenía una conveniente expresión de miedo en los ojos.

—¿Qué ocurre, Marcel? —preguntó Eliot en un francés impaciente.

—Lo siento, pero la señorita Plataneau…

—Si quisiera hablar con ella, habría cogido el teléfono. No sé cómo conseguir que entiendas que no se me debe molestar cuando estoy ocupado.

—Lo comprendo —se disculpó el hombre, casi temblando, con su francés con un leve acento—, pero ella ha insistido y…

—Marcel, presta mucha atención a lo que te voy a decir —respondió Eliot con su francés parisino rápido como una centella—. Si me vuelves a interrumpir, por la razón que sea, hablaré con recursos humanos y les sugeriré que te transfieran a otro puesto en la empresa. Lo digo muy en serio. ¿Me has entendido?

Eliot odiaba el sarcasmo y la casi crueldad que habían ido apareciendo en su conducta en el trabajo durante el último año, pero los había ido adoptando gradualmente y ya formaban parte de su forma normal de actuar. No se había acostado con todas las mujeres que se le habían puesto por delante después de aquella estúpida noche en el Plaza Athénée de París, pero sí que había puesto en práctica lo de portarse como un verdadero cabrón.

—Sí, señor. Claro, señor.

Marcel casi había cerrado la puerta del todo cuando Eliot lo llamó para detenerlo. En esa ocasión le habló en su lengua materna, el idioma en el que, no sabía por qué, parecía ser más agradable.

—Sé que es difícil decirle que no. —Eliot se encogió un poco de hombros e hizo una mueca de derrota compartida más que de disculpa—. Cogeré la llamada en este teléfono.

Marcel asintió agradecido y cerró la puerta rápidamente antes de que su voluble jefe cambiara de humor.

Eliot inspiró hondo y cogió el teléfono.

—Marisa, cariño.

—Oh, Eliot. Sé que odias que te interrumpan cuando estás trabajando, pero no he podido reprimirme. Y por favor no despidas al pobre Marcel por desobedecer tus órdenes. Solo estaba haciendo lo que yo le he pedido.

«¿No es eso lo que estamos haciendo todos?», pensó Eliot involuntariamente, y se odió un poco por ello.

—¿Qué es lo que querías, Marisa?

—¡He conseguido la subvención para el proyecto de investigación en Tanzania!

Estaba muy emocionada y además se lo merecía de verdad, así que Eliot continuó con su infinita espiral de autoaversión.

—¡Es genial! Te lo mereces.

—¡Lo sé! ¿No es fantástico?

Eliot se había visto atraído por la exuberancia independiente de Marisa. A ella le encantaba atraer a la gente a su órbita de interés y emoción compartida. Era raro que dejara que alguien, incluido Eliot, le estropeara el entusiasmo. Pero lo que al principio le había resultado una independencia atrayente últimamente a veces le parecía que tenía cierto tufo a arrogancia ciega. No obstante, Eliot tuvo que reconocer para castigarse un poco más que Marisa siempre era entusiasta por alguien o algo totalmente honorable o merecedor de ese entusiasmo, así que poner en entredicho su carácter era algo que bordeaba la herejía.

—Sin duda. ¡Te felicito! Salgamos esta noche para celebrarlo.

—Oh, esta noche no puedo. He quedado con unos compañeros de la investigación, pero me pasaré por tu casa alrededor de las diez para que podamos descorchar una botella de champán, *bien?*

—Perfecto. Tendré una botella enfriándose. Y felicidades otra vez. Buen trabajo.

—Es cierto que he hecho un buen trabajo, ¿a que sí?

No estaba siendo engreída en realidad, solo estaba mostrándose de acuerdo con él, ¿verdad?

—Es genial, Marisa. Te veo a las diez.

—Oh, ¿Eliot?

—¿Sí?

—¿Has visto el anuncio de la boda en el *International Herald Tribune*? Es una tontería, pero es emocionante verlo impreso, ¿no te parece?

Eliot había procurado ignorar que su nivel perpetuo de irritación se había incrementado desde que había visto su compromiso anunciado en el *International Herald Tribune*.

—Sí, lo he visto. Claro.

Su respuesta no era mentira, al menos. Marisa ya había compartido con él su entusiasmo, que normalmente era el objetivo del intercambio, así que ni siquiera se dio cuenta de la respuesta algo menos que feliz de Eliot.

—Estoy tan contenta… —añadió cariñosamente, y después cambió de tono—. Perdona, Eliot, me llaman por la otra línea. Tengo que irme corriendo. *Ciao!*

Clic.

Eliot supuso que debería estar agradecido por que esa mujer no le mostrara una falsa reverencia por su de todos conocida importantísima posición en el mundo de los negocios. Eran prácticamente iguales en todos los sentidos: en intelecto (rápido y afilado), en ambición (mucha y pronunciada) y en deseo sexual (siempre dispuestos).

Aunque, después de separarse de Abigail Heyworth un año antes, jurar dejar atrás cualquier noción romántica poco realista le pareció una decisión práctica de autoconservación, Eliot se estaba dando cuenta de que esa decisión repentina había llevado, necesariamente, a ciertas consecuencias. En su caso a establecer una relación de esa variedad que no tenía nada que ver con el romanticismo.

En su primera cita, Marisa Plataneau informó a Eliot de que ella era la mujer menos romántica que iba a conocer en su vida. Claro que le gustaban las joyas, las flores y los bombones como a todas, pero no tenía ningún interés en eso de las almas gemelas y las uniones místicas.

Unas seis semanas después de la debacle con Abigail, uno de los amigos de Eliot de la facultad de Empresariales de Harvard lo puso en contacto con Marisa. Acababa de mudarse a Ginebra desde Nueva York para dirigir una ONG que se centraba en promover la innovación industrial en el África subsahariana. Se había criado en París, la mayor de tres hermanos, con unos padres que tenían claras las expectativas que tenían puestas en su progenie: cualquier cosa que no fuera la excelencia era un fracaso.

Marisa cursó estudios en la INSEAD y después se mudó a Estados Unidos para desarrollar su interés por las relaciones internacionales en la Johns Hopkins, donde cursó el máster y obtuvo el doctorado. Trabajó en Naciones Unidas durante ocho años, invirtiendo bien el tiempo hasta que apareciera el trabajo adecuado. El puesto de Ginebra era justo el que ella quería. Como solía decir el padre de Eliot: «Marisa nunca viene con las manos en los bolsillos».

A pesar de su obvia determinación, los Plataneau eran una familia muy alegre, aunque con una gran fuerza intelectual, y Eliot agradecía el ingenio brutal y la afilada sinceridad de Marisa. No echaba nada de menos el tormento que vivió durante meses (y todavía ocasionalmente incluso) preguntándose qué era eso tan terrible que había pasado con Abigail Heyworth, esa persona con la que se sentía tan a gusto. La única persona a la que había podido confiarle una versión algo suavizada de lo que había ocurrido fue su madre. Por Dios, era un hombre de treinta y nueve años y se veía obligado a desahogarse con su madre.

«Olvídalo ya, Eliot» se había convertido en su constante mantra interno.

Su línea privada empezó a parpadear otra vez y Eliot supuso que sería Marisa que lo llamaba para contarle algo que se le había olvidado. Pero miró el identificador de llamada y vio que era su madre.

—Hola, mamá.

—Hola, Eliot. Has salido bien en el *Herald Tribune*.

—Gracias.

—Pero a ti nunca te ha gustado la publicidad, ¿no?

—La verdad es que no.

—¿Eso es lo que ocurre?

—¿Lo que ocurre?

—Es que suenas… No sé, ambivalente.

—Solo vamos a casarnos, no vamos a curar el cáncer. Supongo que parte de mí siente que es ridículo pregonarlo a los cuatro vientos como si fuera algo realmente importante.

—¿Eliot? ¿Qué es, cariño?

—Por favor, deja de ser tan críptica, mamá. ¿Qué es qué?

—Dejemos a un lado lo del periódico por ahora. ¿Por qué será, en tu opinión, que no te parece que tu matrimonio con Marisa sea algo realmente importante?

—Estás tergiversando mis palabras para que entre en algún tipo de discusión terapéutica y no estoy de humor.

—No es una discusión terapéutica, Eliot. Se llama conversación. Conversación sobre sentimientos. Algo que antes tenías.

Eliot se quedó callado.

—Oh, está bien. —Penny Cranbrook continuó con su amable acento del Medio Oeste americano—: Será mejor dejar las emociones a un lado, supongo. Son turbias, y sé que no puedes soportar ese tipo de cosas. ¿Qué hay de nuevo entonces?

Eliot sonrió al ver lo bien que lo conocía su madre y lo de los nervios que le ponía toda esa mierda retorcida de la inteligencia emocional, aunque supiera que era cierta y que tal vez mereciera la pena dedicarle toda su atención. Pero simplemente no podía hacerlo. Marisa y él se iban a casar y fin de la historia.

—Nos vamos a casar y fin de la historia.

—Claro. Bien. Sí. Esa parte de la conversación no tiene vuelta de hoja. Pero dime qué tal te va aparte de eso. ¿Vas a ir a París para los desfiles? ¿Quieres que quedemos para comer o cenar… o ya estás comprometido?

Su forma de ignorar totalmente su precario estado emocional era incluso peor que su afán poco apropiado de entrometerse, pero Eliot optó por dejar el tema por el momento.

—Supongo que podré hacer un hueco para una comida. ¿Qué te viene mejor a ti? ¿Vas a estar con papá?

—No creo. Últimamente no le apetecen mucho los viajes transatlánticos para poco tiempo. Un mes en Italia es una cosa; una semana en París es, como decís los jóvenes, un visto y no visto.

—¿Dónde te vas a alojar?

—Oh, no lo he decidido. Jack y Sylvia me han ofrecido quedarme con ellos, pero por encantador que me parezca, creo que soy demasiado vieja para dormir de mala manera.

—No creo que «vieja» sea la palabra adecuada.

Intentó mantenerse centrado en la conversación mientras su mente se preguntaba si Abigail visitaría frecuentemente París desde que su madre vivía allí con Jack Parnell. Eliot se había vuelto un experto en no preguntarse esas cosas en voz alta.

—Bueno, está bien. Creo que estoy demasiado mal acostumbrada, y no sé si podría estar sin servicio de habitaciones y sin un gran baño privado. Supongo que iré al George V. ¿Y tú?

—El departamento de marketing siempre prefiere que me quede en el Ritz, así que yo suelo aceptar a regañadientes, por supuesto.

—Qué gracioso. Bien, ¿qué día? ¿Qué comida?

Eliot llamó a Marcel y le pidió que acudiera con su agenda para la Semana de la Moda de París.

Penny sabía que su hijo tendría que cambiar la cita que tenía con alguien importante, pero intentó sonar razonablemente dubitativa.

—¿Qué tal el jueves, veintisiete de febrero? ¿Desayuno en hotel Costes?

—Voy a mirar.

Penny oyó unos murmullos en francés cuando Eliot tapó el micrófono del teléfono y reorganizó su agenda con Marcel.

—Perfecto. Te veo entonces. ¿Quieres algo más? Llevo una hora evitando estos balances de beneficios y pérdidas y creo que tengo que ponerme con ellos de una vez por todas.

—Nada más, cielo. Nos vemos en París. Te quiero.

—Yo también te quiero. Adiós, mamá.

Marcel oyó las cariñosas palabras de despedida cuando salía del despacho de Eliot y supuso que debería estar agradecido por que al menos una persona en el planeta pudiera arrancar un rayo de humanidad a su robótico jefe.

Esa noche Eliot oyó la llave en la cerradura de su cocina y un momento después Marisa entró en la habitación rodeada de un halo de alegre autofelicitación. Eliot estaba sentado en la mesa de níquel de dos metros y medio que había encontrado en la Provenza varios años atrás. Estiró el cuello y se dio cuenta de que se veían las estrellas a través del techo de cristal del invernadero. Había añadido ese espacio a la cocina poco después de comprar la casa de Versoix, ocho años atrás. Le recordaba a su hogar. Se había imaginado una familia allí, su propia familia.

La propiedad llevaba muchos años deshabitada, pero los elementos estructurales eran muy sólidos. Era una de esas casas tradicionales junto al lago, hechas de yeso blanco, toscas vigas al aire y una estrecha franja de césped que llegaba justo hasta el lago de Ginebra. En su momento, cuando el agente inmobiliario comentó de improviso la existencia de una piscina interior en estado de total abandono, Eliot hizo inmediatamente una oferta muy agresiva por la propiedad.

Además de los elementos arquitectónicos franco-suizos clásicos, los anteriores propietarios también habían sido coleccionistas de arte a mediados del siglo XX y habían encargado a Philip Johnson diseñar una pequeña casa de invitados. Era una hermosa miniatura perfecta para la meditación, un estudio de lo que sería el futuro trabajo del arquitecto con las casas de cristal por los que más tarde se hizo famoso. La estructura baja y moderna le servía a Eliot de santuario privado. La mayor parte del tiempo le gustaba vivir en una casa grande acogedora y abarrotada, como la casa en la que creció, pero también necesitaba algún respiro ocasional de la sensación opresiva que últimamente le transmitían todos los objetos físicos en los que posaba la vista, porque encerraban un peso, una importancia y un poder que le recordaban a otra parte de su existencia. La casa Johnson era para él un refugio de todo aquello.

Si no hubiera estado esperando a Marisa, esa noche la habría pasado allí. Sentía la mente llena de fragmentos de ideas y pensamientos. Siempre se había enorgullecido de su capacidad para compartimentar todos los aspectos de su vida: trabajo, familia, amigos, atletismo, cualquier cosa. Cada elemento encajaba perfectamente en el

cuadrante designado de su cerebro. Odiaba admitirlo, pero desde que conoció a Abigail Heyworth, todos los componentes de quién era y lo que hacía se habían mezclado hasta formar un revoltijo confuso y frustrante. Las complicaciones del trabajo se entremezclaban con las reparaciones que necesitaba la piscina. Las citas con los compradores en París le recordaban la incomodidad que le producía el deseo frecuente de Marisa de que hablaran de su vestido de novia. Esa mezcolanza le resultaba irritante y desconcertante.

Eliot se levantó para recibirla en mitad de la cocina. Ella dejó su maletín sobre el asiento de uno de los taburetes que había junto a la encimera y abrió mucho los brazos en un gesto de recibimiento. Un gesto que lo que buscaba era más alabanzas para Marisa, pensó Eliot cruelmente.

La abrazó y la felicitó de nuevo por haber conseguido el gran objetivo de asegurar los fondos para el proyecto de Tanzania. Empezó a besarla en el cuello porque no tenía ganas de besarla en los labios. Pero se percató de que no hacía falta preocuparse por la falsa intimidad, porque ella lo apartó alegre, pero firmemente.

—Eliot, eres un encanto. Pero ¿dónde está ese champán que me prometiste? Estoy seca.

Eliot sonrió ante su evidente táctica de disuasión. Ella probablemente creyó que se trataba de una sonrisa cariñosa, pero él sabía que era más bien de alivio por no tener que fingir interés en el contacto físico. La verdad era que estaba agotado.

—Lo tengo aquí, cariño.

Abrió el frigorífico industrial con las puertas de cristal que había sido una de las pocas concesiones de burguesía bohemia que se había hecho. Estaba claro que cualquier frigorífico habría servido para mantener la comida y la bebida a la temperatura adecuada, pero él quería un Traulsen como los de los restaurantes y decidió que viviría con la culpa de lo absurdo de gastarse los cinco mil euros que le costó.

A pesar de su éxito financiero, la forma modesta en que lo habían criado había hecho a Eliot muy poco dado a las grandes demostraciones de riqueza. Su jet privado era la excepción a la regla. Su coche era viejo, pero fiable. Su casa era muy vieja, pero sus necesidades eran asequibles. A pesar de la ubicación elegante de la casa, que había hecho que su precio fuera desorbitado, comprarla y restaurarla fue más un acto de amor que de comercio.

El corcho del champán salió con un ruido seco satisfactorio y el siseo del gas y el aire de la botella escaparon entre sus dedos, que aún sujetaban el corcho. Eliot ya había sacado dos copas altas de champán, que estaban sobre la encimera, y las llenó con una rápida eficiencia. Ofreció una a Marisa y después apoyó la mano vacía en la fría encimera de mármol. Tras unos cuantos segundos de silencio, se dio cuenta de que ella estaba esperando que él hiciera un brindis por su logro. Levantó la copa y le guiñó un ojo sin decir nada. No era capaz en ese momento de decir: «Por ti», y verla pavonearse al oírlo.

Ella le guiñó un ojo también y dio un sorbo agradecido al líquido espumoso y fresco.

—Ah, esto es divino, Eliot. Gracias. La reunión de hoy ha sido tan aburrida que estuve a punto de tirarme por la ventana. —Dio otro sorbo a su champán y cerró los ojos un momento.

Eliot aprovechó la ocasión para mirar objetivamente a su futura esposa. Entornó los ojos y la miró como habría mirado a una modelo de pasarela o a una joya. Todos las partes eran impecables: el pelo largo, grueso y rubio, cortado con precisión hasta la mitad de la espalda para que todo el mundo supiera que era femenina pero no presumida. Los pómulos duros, heredados de la familia de su madre, muy prominentes en las crestas, lo que hacía que sus ojos tuvieran cierto aspecto de inuit, sobre todo cuando se reía y se elevaban aún más por las comisuras exteriores. La nariz, perfectamente recta y decidida; ella calificaba su nariz de «demasiado gala», fuera eso lo que fuera. Y su boca, bueno… A Eliot le resultaba muy fácil fijarse en su boca. Tenía una boca grande y carnosa que, desgraciadamente, a ella no le gustaba nada.

—¿Qué estás mirando?

Su tono era brusco, pero su mirada bordeaba la seducción. Eliot sabía que solo la bordeaba, porque Marisa nunca se molestaba con las artes de seducción. «Pero ¿quién tiene tiempo para eso?», le dijo una vez mientras le cogía la mano y lo arrastraba hasta la cama para un revolcón.

—Tu preciosa cara.

—Vaya, Eliot, ¿te estás poniendo sentimental conmigo? —preguntó con un tono casi clínico, como si estuviera entrevistando a alguien para el informe Kinsey.

«Más bien todo lo contrario», pensó, pero por suerte se contuvo antes de decirlo en voz alta.

—No tiene nada que ver con lo sentimental, Marisa. Sabes que eres preciosa. Solo lo ponía de manifiesto.

Levantó su copa de nuevo. Ella era tan contraria a las turbias discusiones emocionales como él había pretendido ser cuando hablaba con su madre, y Eliot se dio cuenta de que ella había agradecido la transición que los llevaba de vuelta al territorio familiar de la cháchara amistosa.

—¿Quieres ver una película? ¿Has comido algo? —preguntó zambulléndose aún más en las felices aguas de las cosas cotidianas.

—Comimos durante la reunión, pero sí que me apetece darme una ducha y ver algo contigo después. Suena perfecto.

Hizo chocar su copa con la de él, pasó a su lado, cogió la botella de champán sonriendo por encima del hombro y subió la escalera con ella en la mano en dirección al dormitorio y el baño principal.

Marisa seguía teniendo su apartamento en el centro de Ginebra, pero tenía todo un armario de ropa y una completa selección de artículos de baño y efectos personales en casa de Eliot en Versoix. Cuando se comprometieron, acordaron que mantendrían ambas casas después de casarse, porque el apartamento era un lugar fantástico para quedarse cuando fueran a visitar a algún amigo o si se quedaban trabajando hasta tarde en sus respectivas oficinas en la ciudad.

Inicialmente Eliot había pensado que ella vendería su apartamento y vivirían juntos en esa casa, o que querría que compraran algo juntos, pero Marisa tenía razón con su perspectiva tan práctica, tuvo que recordarse. Estaba volviendo a dejarse llevar por el sentimentalismo. ¿Por qué iba a querer meterse en el lío de encontrar un lugar nuevo para empezar su vida de casados cuando entre los dos poseían dos residencias que no tenían nada de malo?

La verdad era que a Marisa le gustaban mucho las cosas que «no tenían nada de malo». Era bastante agradecida a ese respecto. Si algo no tenía nada de malo, ¿por qué estropearlo? Eso había llevado, meses atrás, a una discusión prematrimonial sobre que no tenía nada de malo el hecho de que no tuvieran hijos. Durante el último año Eliot había llegado a estar bastante seguro de que no tenía ningún interés en tener hijos. El matrimonio era algo que sí veía: amistad, sexo, una compañera para toda la vida. Pero por otro lado lo de los niños lo sumergía en un mundo de preocupaciones. Aunque Marisa y él seguro que funcionarían como marido y mujer, dudaba que se llevaran bien como padres.

Cuando era más joven, Eliot había considerado la absurda idea de lograr todas sus ambiciones profesionales para cuando cumpliera cuarenta años y después abandonarlo todo y dedicarse de lleno a criar una gran familia. Penny y Will Cranbrook habían empezado pronto, pero solo habían podido tener un hijo. Eliot quería compensar todas las horas solitarias de su infancia teniendo una gran, alegre y bulliciosa nueva generación de Cranbrook.

Pero al parecer eso no iba a ocurrir.

Después de que empezaran a hablar de matrimonio, Eliot supuso que el tema de los niños no quedaba lejos. Había estado evitándolo porque había asumido que Marisa querría hijos. Le parecía probable que a ella le encantara la idea de tener más Marisas. Pero estaba siendo cruel con ella. No habría hecho falta que se preocupara. Marisa soltó una carcajada en cuanto le planteó la idea de ser madre.

—Pero ¡Eliot! ¿Te has estado preocupando por eso? —En aquel momento estaban en un pequeño restaurante francés de Annecy.

—Bueno, no estaba preocupado. Solo quería hablar del tema.

—Mírame, Eliot. ¿A ti te parezco muy maternal?

Eliot sonrió en respuesta. Parecía una valquiria, no del tipo que produce niños… sino del que se los come.

Tal vez Marisa merecía que se le reconociera algo: estaba claro que se conocía a sí misma mucho mejor que Eliot. Ciertamente él era a buen seguro la persona más sentimental, y sin duda el hombre más sentimental, que había conocido en su vida. Su madre lo sospechaba, pero nunca se lo había confesado a nadie.

Los padres de Eliot eran una unidad ridículamente feliz. Él no se hacía ilusiones de que eso fuera lo habitual y mucho menos de que él pudiera reproducirlo. En algún momento la idea de ser ridículamente feliz se había vuelto ridícula sin más. Marisa y él encajaban. Eso era suficiente.

Allí en la cocina, con el pie de la copa de champán entre dos dedos y escuchando cómo se abría la ducha arriba, pensó en los momentos más satisfactorios de su vida. Los ridículamente felices. Sin duda no incluían compras empresariales ni precios de acciones. Incluían un balcón en París. Y una playa caribeña. Y un beso junto a un contenedor en la parte trasera de un bar lleno de gente en Iowa.

Todos incluían a Abigail.

Abigail terminó su reunión en la Sorbona en más o menos una hora. Los profesores no se comprometieron definitivamente con la fundación, pero la animaron mucho y dijeron que volverían a ponerse en contacto con ella en un período de dos meses para comunicarle su decisión final. Para Abigail era casi una victoria, así que decidió premiarse con una breve visita a Cadolle. Los recuerdos inoportunos producidos por viejos pañuelos y un teléfono no eran nada comparados con la versión sedosa de la tradicional camisa de pelo con la que se había estado torturando Abigail todo ese tiempo. En el año que había pasado desde la última vez que vio a Eliot Cranbrook se había convertido en una adicta a la lencería.

Él había creado un monstruo. Nada de simplonas medias hasta el muslo de Marks & Spencer sacadas de la bandeja de los saldos. Abigail se había convertido en una experta. Prefería comprar sus prendas en París y se escapaba a Louise Feuillère o a Carine Gilson en cuanto podía. No le hacía ascos a Agent Provocateur ni a La Perla cuando estaba en Londres, pero Cadolle era su tienda favorita.

Entró en la tienda y saludó a la mujer que había detrás del elegante mostrador con filigranas doradas.

—*Bonjour*, Abigail.

—*Bonjour*, Thérèse. —Abigail suspiró bajito por lo absurdo que era tratar con esa familiaridad a la dependienta de una tienda de corsés de alta costura—. ¿Tienes algo nuevo?

Abigail solía ir a París cada dos semanas para visitar a su madre o solo para despejarse un poco de Londres. Todavía tenía un acento terrible cuando hablaba francés, pero ya había adquirido un vocabulario muy amplio sobre prendas íntimas.

—Sí, hemos recibido un pedido nuevo. Ven. —La mujer mayor llevó a Abigail a la parte de atrás de la tienda y descolgó un delicado liguero de encaje de color melocotón pálido y lo levantó para que lo viera bien—. ¿Qué te parece?

Su fascinación por la lencería no tenía que ver solo con Eliot porque, primero, eso habría sido algo psicótico, y segundo… bueno, no había una segunda razón, pero sabía que le encantaba cómo se sentía cuando llevaba su ropa práctica de color negro, azul marino o gris y sus prendas duraderas de lana por fuera y algo suave de color melocotón contra su piel. Era un mimo que se podía dar a sí misma, ese toque de belleza y elegancia invisible que nadie podía ver. Vale, tal vez algún día en un futuro muy remoto alguien lo vería y disfrutaría quitándole esas prendas de su cuerpo ansioso —o dejándoselas puestas sin que eso molestara lo más mínimo, eso también estaría bien—, pero en el presente, que era lo más importante, esas pequeñas obras de arte femenino proporcionaban a Abigail un placer que era solo suyo.

—Me encanta. El color es ideal. ¿Tienes el sujetador y el corsé a juego?

Thérèse sonrió.

—Claro, ¡cómo no lo íbamos a tener! —Se encogió un poco de hombros y se volvió—. Un momento.

Abigail se quedó por la tienda mirando otras prendas que le parecieron un poco ambiciosas. Los sujetadores sin copas y la lencería de encaje negro con elementos de *bondage* no eran su estilo. Sobre todo porque esa lencería no la iba a hacer sentir tan deliciosamente atada como cuando Eliot le apretó los cordones de aquel pequeño corsé de seda blanca delante de la chimenea del Plaza Athénée. O cuando le envolvió la cintura con sus fuertes dedos y fue aumentando la presión. No sabía por qué, pero el encaje negro le parecía artificial, algo que no estaba a la altura, después de la realidad de sus manos dominantes.

Pagó sus tres prendas y dio las gracias a Thérèse por su ayuda. Después volvió a casa de su madre para recoger su equipaje y se dirigió a la Gare du Nord para tomar el tren.

El Eurostar entró en la estación londinense de Waterloo a las 8.17 exactamente de la noche del viernes. Abigail sintió como si se le quitara un peso de encima en cuanto bajó del tren y pisó firmemente suelo británico. París la encerraba en una atmósfera viciada de autoanálisis abstraído que bordeaba la depresión, con anuncios de matrimonio y también sin ellos. El viaje de vuelta desde Francia había sido la cámara de descompresión perfecta. Había estado repasando sus notas de la reunión de la Sorbona y acto seguido las subió al servidor de la fundación para que su ayudante las pasara a limpio convenientemente y después las enviara a la junta antes de la reunión de febrero.

Abigail se subió en el metro en Waterloo hasta Green Park y llegó al loft de Devon y Sarah en Mayfair a las nueve menos veinte. Intentó convencerse de que solo iba a cenar con su familia, no a enfrentarse a un pelotón de fusilamiento. Llamó al portero automático y subió la estrecha escalera que llevaba directamente a la casa, en vez de utilizar la puerta principal que daba a la zapatería de Sarah. Oyó la música y las risas que llegaban desde el apartamento.

En lo más alto de la escalera intentó recomponerse; cerró los ojos e inspiró hondo. Cuando los abrió, su cuñada Sarah estaba asomada a la puerta, mirándola fijamente.

—¿Qué haces aquí fuera, Ab?

—PREPARÁNDOME, SUPONGO —respondió Abigail.

Sarah la miró con una expresión entre alegre y triste.

—Oh, Abby. ¿Tan abrumadores somos?

Como si la hubieran oído, en ese momento sus dos hermanos y su otra cuñada se echaron a reír con carcajadas estridentes, probablemente en respuesta a algún chiste (casi seguro que verde). Las risotadas de Bronte se oían por encima de las demás.

—Qué momento más inoportuno —comentó Sarah.

—Bueno, solo soy yo —contestó Abby, todavía en el rellano—. Sé que hace mucho tiempo que me tocaba interrogatorio familiar. He conseguido evitar durante demasiado tiempo que los cuatro me sometáis a tortura con ascuas ardientes o lo que sea. ¿Al menos está Lobo?

—Lo siento, pero no hay sobrino que te sirva de escudo. Solo adultos con opiniones de adultos y…

Bronte soltó un juramento muy sonoro en ese momento.

—Entusiasmo de adultos —terminó Sarah.

—Pues no tiene sentido retrasarlo más, supongo.

Sarah cogió la pequeña maleta con ruedas de Abigail y abrió la puerta de par en par para que entrara ella delante en aquel gran espacio abierto. Sus personas favoritas en el mundo se levantaron de un salto y la rodearon abrazándola, ofreciéndole algo de beber y, cómo no, haciendo preguntas, preguntas y más preguntas.

—¡Hey, parad! —Bronte se quedó con la palabra, interrumpiendo a todos los demás—. Estoy tan preñada, joder, que puede que no consiga llegar ni al final de la cena, así que yo pregunto primero. ¿Dónde demonios has estado metida? Llevo más de un mes sin verte. A Lobo le va a dar algo.

—He estado ocupada en las oficinas de la fundación y…

—Ya, ya. Todos trabajamos, Abby.

—Bronte, sé buena. —Max rodeó los hombros a su mujer y sonrió a Abigail. Una sonrisa cariñosa que decía: «Pase lo que pase, todo estará bien».

Abigail tuvo ganas de llorar.

—Ven y siéntate —dijo Devon con voz amable mientras rodeaba con el brazo a su hermana pequeña y la llevaba a donde estaban los sillones, en medio del salón—. ¿Qué quieres beber? ¿Cerveza o champán? ¿Whisky?

—Un whisky me apetece mucho. —Abigail se sentó en el enorme y ornamentado sofá francés que había sido una de las contribuciones de Sarah a lo que todos conocían como «la humanización de la estética de diseño de Devon».

Sarah le sirvió un buen whisky de bienvenida y se lo dio.

Max y Bronte se sentaron muy juntos en un sofá más pequeño, y Devon se sentó junto a Abigail en el sofá más grande mientras Sarah se acomodaba en un sillón muy mullido con sus bonitas piernas estiradas delante de ella y cruzadas de una forma muy femenina a la altura de los tobillos.

—¿Y bien? —empezó Sarah.

—Y bien ¿qué? —Abigail dio un sorbo cauteloso al whisky y cerró los ojos de puro placer—. Devon, eres genial por tener este whisky tan bueno a mano.

—¿Y qué otra cosa podía tener?

Abigail le sonrió agradecida y después optó por la ofensiva para no tener que ponerse a la defensiva.

—Oye, pero ¿de qué va esta reunión familiar? Me parece que aquí huele a confrontación. Y ni siquiera tengo a Lobo para mi equipo.

—Ab, no queremos confrontación —respondió Bronte—. Es que llevamos semanas sin vernos; normalmente vienes a Dunlear a pasar el fin de semana o nos vemos en la ciudad, pero no sé por qué hace tiempo que eso no ocurre, por eso estamos aquí. Así que voy a ser la bruja que todo el mundo dice que soy y voy a hablar del tema que todos quieren evitar. ¿Qué te parece el anuncio de la boda de Eliot?

Max puso los ojos en blanco por la habitual manera directa de afrontar las cosas de Bronte, pero a la vez admiró el cariño que en el fondo motivaba a su esposa. Todos sabían que Abigail sabía ocultarse —ocasionalmente incluso huyendo a otros continentes— para evitar que la gente, sobre todo los miembros de su familia más próxima, examinara demasiado de cerca sus sentimientos.

—¿Voy a poder comer al menos antes de la inquisición?

Devon le dio unas palmaditas en la pierna.

—Nunca cenas antes de las diez, así que no finjas que de repente te mueres de hambre. Hemos pedido la comida hace quince minutos. Llegará dentro de poco. ¿Quieres unas patatas fritas?

—¡No, no quiero patatas! —La voz de Abigail sonaba tensa. ¿Por qué tenían que quererla todos tanto?—. Esto es como una película mala de la tele. ¿Es que pretendéis hacer eso que llaman «intervención»?

—Abigail —susurró Sarah—, sabes que no queremos entrometernos. Bueno, un poco sí, pero si nosotros no hacemos nada, ¿quién lo hará? Tú seguro que no. ¡Ha pasado más de un año! No es que lleve la cuenta, pero como casualmente coincide con nuestro aniversario de boda, es difícil no estar al tanto. Cuando se trata de los miembros de tu familia, todos hemos pasado por nuestros propios… —dijo, y miró a Devon con suficiente amor para provocarle una sobredosis y le guiñó un ojo— retrasos a la hora de lograr la gratificación. Pero tú has esperado demasiado incluso para los estándares de los Heyworth.

—Vale. Aparte del hecho de que me habéis invitado con falsas promesas de comida picante y mucha Kingfisher, os voy a decir una cosa. —Abigail miró una por una las caras que la rodeaban, con expresiones cariñosas aunque cotillas—. A mi vida no le faltan fuentes de felicidad que me llenan y me resultan muy gratificantes. Todo lo demás me parece accesorio. Y no hay nada más que decir.

Los cuatro empezaron a hablar a la vez, y Abigail dio un agradable trago a su whisky. Y después otro.

Max hizo callar a los demás.

—Silencio. Yo hablaré primero. Esto no es un tribunal de la inquisición, Ab, ya lo sabes. Todos estamos muy contentos y muy orgullosos. La fundación es un logro enorme; tus esfuerzos durante todo este año son mucho más que admirables. Has creado algo con un valor intrínseco profundo que durará mucho más de lo que ninguno llegaremos a ver. No estamos hablando de eso y lo sabes muy bien.

—Pero ese debería ser el tema, ¿no? Hace un año estabais todos diciéndome que necesitaba tomarme más en serio y construir algo que tuviera significado y todo eso. Ahora estáis actuando como si todo eso solo fuera un elemento más de una especie de lista de cosas que hay que hacer en la vida. Es reprobable que queráis quitar importancia a todo eso ahora.

—Deberías haber sido abogada —comentó Devon con una especie de repugnancia, pero después continuó con un profundo cariño—. Abby, tú y yo nos parecemos demasiado para andarnos con rodeos. Pasas más tiempo preocupándote por el suministro de agua y por la salud y el bienestar de las mujeres ugandesas que pensando en el derecho a tu propia felicidad. Y no te lo digo como un juicio.

Bronte apoyó la cabeza en el hombro de Max con un gesto cariñoso y cansado que consiguió una reacción más potente que cualquier palabra compasiva que hubiera podido decir: a Abigail se le encogió el corazón. Max se convirtió en un manojo de nervios tras la muerte de su padre y en ese momento era una fuente de serenidad para todos. De alguna forma, gracias a su relación con su mujer había logrado algo que parecía imposible. Se había roto algún hechizo. Bronte vio que Abigail los miraba.

—¿Qué? Perdón por el cansancio. Estoy llena de energía un minuto y a punto de caerme redonda al siguiente. Lo siento, pero un embarazo de gemelos es demasiado.

—No es eso —contestó Abigail—. Es que todos parecéis merecer… —Intentó obligarse a no ponerse muy emotiva, pero era muy difícil—. El cariño del otro —concluyó—. Pero yo ya no sé lo que merezco.

Sarah se pasó al sofá, de forma que Abigail quedó entre ella y Devon.

—He jurado que no me iba a meter en este asunto, pero no puedo soportarlo ni un minuto más. Sé que Eliot todavía siente algo por ti…

—¿Qué? ¿Has hablado con él de mí? Me prometiste…

—¡Claro que no he hablado con él de ti! Pero es tremendamente obvio. Parece el señor Bingley, por Dios. No deja de preguntar cosas como: «¿Están TODAS tus cuñadas en casa todavía?». —Sarah envolvió con una mano las de Abigail y con la otra le frotó suavemente el dorso—. No pasa nada porque quieras hablar con él, Abigail. ¿Es que no deseas estar segura?

—Yo no fui más que un pequeño puntito en su radar. Se pasa la vida rodeado de supermodelos y prometidas con mucho talento. Todo es demasiado ridículo. ¡Yo soy ridícula!

Devon se palmeó los muslos con ambas manos.

—¡Bueno, ya está! Suficiente. Nada de regodearse en la miseria. No tenía problema en participar en todas estas chorradas americanas de «entrometerse por su bien», pero solo hasta cierto punto. Un punto que ya habéis alcanzado.

El portero automático sonó, y Max y Devon se levantaron a la vez de un salto.

—Ha llegado la comida —añadió Max como si no hubiera quedado claro.

Sarah habló en voz muy baja para que solo Bronte y Abigail pudieran oírla.

—Son unos farsantes los dos. Son mucho más emotivos que nosotras, Bron. A vosotros los Heyworth os gusta fingir que lo tenéis todo bien atado ahí dentro, pero en cuanto se abre un pequeño agujero, sale todo a borbotones.

—¡Venid a por la comida! —gritó Devon desde el otro lado de la habitación mientras abría las bolsas de papel y destapaba los recipientes. Sarah ya había puesto la mesa y había una pila de platos franceses antiguos en la encimera de la cocina.

Todos cogieron la comida, abrieron muchas botellas de la prometida cerveza Kingfisher y se dedicaron a un pasatiempo mucho más divertido —al menos en opinión de Abigail—: cotillear sobre otros miembros de la amplia familia Heyworth.

Casi al final de la cena, mientras Max, Devon y Abigail hundían las cucharillas directamente en unas tarrinas de helado en un acto de rebeldía perpetua contra su madre, Sarah se volvió hacia Abigail y le preguntó:

—¿Por qué no vienes a París conmigo para la Semana de la Moda, Ab?

—¿Y por qué demonios iba a hacer eso?

—Porque es divertido y Bronte no puede venir en su estado.

—¡Podría! —protestó Bronte.

—¡No, ni se te ocurra! —prohibió Max.

—Me encanta cuando te pones autoritario. —Bronte agitó las pestañas para burlarse de su marido.

Abigail se había puesto a mirarlos, pero Sarah continuó:

—Ignora a esos dos críos. Ven a París. Será muy divertido. Me voy a quedar en una carísima y lujosa suite de dos dormitorios en el Ritz, y podremos ir a lucirnos al desfile de Dior y al de Galliano. Tu primo James también estará allí, porque Mowbray va a sacar su fantástica línea de ropa de mujer…

—¡Oh, calla! —Bronte se tapó las orejas—. No puedo oír ni una palabra más de todo lo que me voy a perder. Es una tortura. Estos bebés todavía no han salido y ya están estropeando mis planes.

Todo el mundo rió ante la fingida frustración de Bronte. Después de quedarse embarazada de su primer hijo, para lo que no hizo falta mucho más que un guiño y una sonrisa, como solía bromear Max, había necesitado más de un año para quedarse embarazada de nuevo. Todos se sintieron aliviados y encantados de que resultaran ser dos gemelas. Su hermano mayor, Lobo, ya estaba diciendo a todo aquel que quisiera escucharle que el tren de las princesas estaba a punto de llegar.

Abigail cedió a la insistencia de Sarah, sabiendo mejor que bien que un encuentro accidental pero premeditado con Eliot era obviamente parte de ese plan tan estupendamente urdido.

—De acuerdo, Sarah, iré contigo, pero vamos a dejar de fingir que Eliot no tiene nada que ver con todo eso.

—Yo nunca he fingido tal cosa —respondió Sarah con una altanera imitación del perfecto acento pijo británico a la vez que levantaba un poco la nariz y tomaba un sorbo de cerveza como si fuera un Dom Pérignon de buena cosecha—. Voy a ir conduciendo. Saldré dentro de dos semanas. Tengo demasiada ropa y zapatos y de todo para llevarlos en el tren. Así que convirtámoslo en una excursión.

—Me parece genial. Pero ahora me voy a casa. Aquí sois todos demasiado felices para que yo sea capaz de aguantaros más tiempo.

—Te llevamos —se ofreció Max mientras recogía un montón de platos y los dejaba en la encimera junto al fregadero.

—Perfecto.

Poco después de volver de aquel fin de semana en París, Abigail se puso a buscar un sitio para vivir. Su madre se mostró muy reacia ante esa idea desde el principio.

—Pero Northrop House es muy grande y cómoda y está justo en el centro de Mayfair.

—Madre, no está bien que viva contigo ahora que ya soy una mujer adulta. Necesito una casa para mí.

—Ojalá te quedaras aquí por mí —dijo Sylvia en voz baja una tarde de sábado cuando estaban acabando una partida de cartas.

—¿Eso quieres? —Abigail se quedó alucinada.

—Sí, pero supongo que estoy siendo egoísta. Me encanta tenerte aquí.

—Oh, madre, ya sabes que estoy muy bien aquí, pero… Vamos a hacer una cosa. Buscaremos el lugar perfecto y cuando lo encontremos, lo compraré. Si pretendemos dar con uno que nos guste a las dos, está claro que eso no va a aparecer de un día para otro, así que puedo quedarme aquí hasta que surja la oportunidad, pero al menos tendré la sensación de que estoy haciendo algo para encontrar un sitio para mí. Llamaremos a un agente inmobiliario e iremos a ver casas y todo eso.

—Oh, me encanta la idea.

—Me gusta la zona de Shoreditch o Spitalfields…

—Rotundamente no.

Abby se echó a reír.

—¡Madre! Soy yo la que va a vivir allí, no tú.

—Está bien. Entonces no, por favor. ¿Mejor así?

—Sí —contestó Abby—. Mucho mejor. ¿Y qué tiene de horrible Shoreditch?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Nunca he estado en ese lugar. Pero ya solo como suena… No.

Abigail volvió a reír.

—Vale. Solo iré a Shoreditch a ver casas cuando tú tengas otro compromiso.

—Si es absolutamente necesario… ¿Y por qué no buscas por aquí, en Mayfair?

—Yo renunciaré a Shoreditch si tú renuncias a Mayfair.

Su madre era la mejor en juegos y negociaciones de todo tipo. Agarró el lápiz con la boca un segundo y arrancó la página del elegante cuadernito que había estado usando para llevar las puntuaciones de la partida.

—Está bien. —Utilizó la cuadrícula de la hoja para señalar los distintos barrios—. Te cambio Mayfair por Shoreditch. —Escribió el nombre de los dos barrios con su letra clara y después los tachó con una línea recta perfecta.

Se pasaron la siguiente hora peinando todos los barrios de Londres para discernir cuáles serían sus elecciones, examinando las ventajas de Chelsea y Spitalfields, Sloane Square o Bethnal Green. Abigail iba a vivir donde le diera la gana, pero le encantaba la idea de que su madre participara en la búsqueda. Así el proyecto le parecía más ambicioso.

Pero con el tiempo Sylvia liberó a Abigail del trato que habían hecho. Cuando su relación con Jack Parnell progresó y empezó a pasar cada vez menos tiempo en Londres, Sylvia tuvo que admitir que una mujer de veintiocho años viviendo sola en una mansión de seis mil metros cuadrados era algo que, como Abigail había dicho, no estaba bien.

Dejaron al mínimo personal indispensable y la casa quedó a disposición de todos los miembros de la familia. Lobo en especial disfrutaba mucho cuando de vez en cuando pasaba allí algún fin de semana con Abigail; se dedicaba a enseñarle cuál iba a ser su habitación cuando fuera duque.

—¡Duque como papá!

Ella reía y luego bromeaba con él.

—Si mamá y papá te oyen decir eso alguna vez, vas a tener problemas, señorito.

—¡Chis! Abigail… ¡Secreto!

Pero ese hombrecito la visitaba con más frecuencia en Fulham, donde por fin encontró la casa perfecta. Esas noches Abigail lo hacía volar en sus brazos, le daba besos en su cuellecito suave y después lo llevaba a la cocina, donde preparaba chocolate caliente, comían helado directamente de la tarrina, hacían palomitas y veían viejos episodios de *Bob el constructor*.

Normalmente se quedaba a dormir en su casa una vez cada dos semanas, pero Abigail había estado tan agobiada con su trabajo que habían pasado dos meses sin que se hubiera dado ni cuenta.

Pero Lobo sí que se había dado cuenta de su ausencia.

Cuando llegó a su casa esa noche tras cenar en la de Devon, se encontró en el contestador mensajes de Lobo quejándose de su ausencia. Siempre la llamaba por su nombre completo. «Igual que Eliot», pensó con nostalgia. Lobo se esforzaba por ser formal, sobre todo por teléfono, pero su vocecilla de bebé no era tan inteligible en el contestador como en persona.

«Abigail… Soy Lobo. Deberías estar en casa ya. Quiero ir a tu casa. Llámame.» Después una pausa titubeante y: «Bueno, adiós».

Y después: «Hola, tía Abigail. Soy Lobo, tu sobrino. Puedo ir a dormir, así que deberías llamar o venir a casa para que podamos dormir, ¿eh?». Otra pausa vacilante, la voz de Bronte de fondo y después: «Mamá dice que también te echa de menos. Adiós».

Dos mensajes más del mismo estilo llenaban el contestador de Abigail.

En la primavera del año anterior, tras pasar unos meses contemplando sus opciones y unas cuantas tardes regadas con vino recorriendo toda la ciudad con su madre y un agente inmobiliario con mucha paciencia, Abigail al final se decidió a comprar un pequeño inmueble que antiguamente habían sido unas caballerizas a unas pocas calles de la casa de Bronte y Max en Fulham. El precio le pareció desorbitado en su momento, sobre todo teniendo en cuenta su naturaleza poco dada a los grandes gastos, pero después de hablar de los beneficios a largo plazo de comprar frente a alquilar con todo el mundo, desde su banquera hasta el farmacéutico de Shepherd Market, al final se decidió. Allí había estado viviendo sola una viuda mayor durante años y era exactamente lo que Abigail quería.

No actualizó la cocina ni reformó los dos pequeños baños. Le encantaron los tres dormitorios diminutos del piso de arriba, con el papel de las paredes amarillento y las ventanas antiguas con años de pintura descascarillada. Por desgracia Max la había obligado a cambiar las ventanas; «Por seguridad», dijo, pero Abigail sospechaba que había sido por los potenciales trocitos de pintura con plomo que podían acabar misteriosamente en la boca de un sobrino bastante curioso.

Abigail se comprometió a pasar por todos los problemas y los gastos que suponía quitar las ventanas originales y restaurarlas para volver a instalarlas cuando solo quedara la madera en su estado original.

Esa noche, después de repasar mentalmente la conversación que había tenido durante la cena en casa de Devon y Sarah y el divertido viaje hasta casa en el que no había dejado de charlar con Max y Bronte, Abigail se metió desnuda en la cama tras tirar toda su ropa sobre una silla muy gastada y heredada que había en un rincón del pequeño dormitorio. Le parecía imposible que fuera la misma ropa que había llevado puesta en París esa misma mañana. Su tiempo estaba empezando a plegarse y desplegarse en ángulos extraños. Buscó con la mano los colgantes que llevaba al cuello, como solía hacer cuando empezaba a quedarse dormida. Le dio seguridad frotar las familiares escamas de oro del pequeño pececito y las sintió cálidas al tacto.

Sintió a Eliot.

Su cuerpo empezaba a pedir a gritos su contacto. Estaba desnuda bajo esas viejas sábanas que ella había rescatado antes de que las tiraran después de años de uso en Dunlear. El algodón le parecía un satén fresco contra la piel. Su cuerpo se estaba convirtiendo en algo extraño para ella, pensó distraídamente. No se sentía poco atractiva, solo se sentía pálida. Fuera de uso. Excepto cuando pensaba en Eliot. Sabía que no era sano, que le había dado vida en su mente para encarnar un ideal poco realista y casi perfecto. Un sueño que no existía.

Pero no podía evitarlo. Lo intentó, de verdad que lo intentó. Intentó formar imágenes eróticas que no incluyeran a Eliot, leer novelas eróticas que no tuvieran nada que ver con Eliot, cualquier cosa para despertar su deseo, para ayudarla a dejar atrás esa obsesión en que se había convertido él. Pero la parte visceral, primordial y ávida de ella, la parte sin un pasado ni un futuro ni traumas a la vista, la materia atómica más básica que definía a Abigail Heyworth antes de que tuviera nombre y mucho antes de que nacieran todos sus apelativos cariñosos, sabía lo que ella echaba tanto de menos.

Lo intentó con tontos ejercicios y juegos mentales. «No pienses en Eliot —se decía—. Piensa en la bella y rubia Tully, tu amante durante diez años.»

Nada.

«Piensa en ese actor musculoso que siempre se emborracha y lanza teléfonos a las camareras de hotel.»

Un suspiro.

«Piensa en esa chica Bond con el cuchillo y la caracola.»

Nada.

«Piensa en un montón de personas guapas, sexis y desnudas, gimiendo y teniendo una orgía fantástica contigo, aquí mismo en tu dormitorio.»

«¿Y qué?», parecía responderle su libido, poco impresionada.

«Piensa en Eliot.»

«¡Sí! ¡Hazlo! —le gritaba su cuerpo—. ¡Piensa en Eliot! Piensa en Eliot haciendo todas esas cosas que te habría hecho, que quería hacerte, que solo acababa de empezar a hacerte…»

Y pensaba en Eliot, sus manos recorrían su cuerpo y tenía unos momentos de placer, pero después, casi inmediatamente después de que se calmara su respiración y la muy necesitada desconexión que le producía el placer desaparecía, recordaba de nuevo que había sido egoísta, mezquina y superficial aquel día, todos esos meses atrás. Había sido una cobarde.

Así que allí seguía, sola. Y triste. En su preciosa cama, con sus maravillosas sábanas, en su tranquila habitación, en el corazón de su familia, en la ciudad que le estaba abriendo los brazos, en un mundo en el que parecía que por fin estaba en una posición en la que podía cambiar algo.

Pero no estaba con Eliot, así que todo le parecía… triste. Cerró los puños para apretar las sábanas que tenía agarradas y tiró de ellas hasta que le llegaron a la barbilla. Tendría que decírselo a la cara, decirle lo equivocada que había estado, cuánto le asustaba la verdad, cuánto lo quería y que entendía que él había pasado página y que ella intentaría hacer lo mismo, pero que no deseaba que ninguno de los dos se fuera a la tumba sin que ese amor que ella sentía quedara oculto para toda la eternidad.

Eliot oyó cerrarse el grifo de la ducha. Se quedó en la cocina con la copa de champán en la mano. No había forma de que pudiera seguir con Marisa sin que al menos le pusiera las cartas sobre la mesa acerca de lo que estaba pasando; tal vez no sobre Abigail en concreto, pero sí sobre sus dudas en general. Ella se merecía eso al menos. Puede que fuera la mujer menos romántica del mundo, según sus propias palabras, pero ninguna mujer iba a casarse con un hombre que se pasaba todo el tiempo pensando en otra persona. O al menos imaginándose la posibilidad de estar con otra persona muy especial.

Marisa se había cambiado para ponerse un jersey de cachemir gris carbón y unos pantalones sueltos a juego. El pelo liso le caía por la espalda. Llevaba la copa de champán en una mano y la botella en la otra.

Levantó la botella en dirección a Eliot.

—¿Quieres que te rellene la copa?

—Claro. —Se acercó a ella y levantó la copa para que se la llenara.

—¿Qué te apetece ver? —Ya se había vuelto hacia el salón esperando que él la siguiera.

—Marisa.

Iba detrás de ella cuando la llamó; sería mejor que se pusieran cómodos en el salón en vez de quedarse de pie en la cocina con todos esos cuchillos a mano.

Marisa se sentó en un sillón grande y cómodo y metió las piernas debajo de su cuerpo. «Totalmente contenida», pensó Eliot, lo que le dio algo de coraje para decir lo que tenía que decir. Se sentó en el borde del sofá que estaba más cerca de ella mirando su copa de champán. Hizo rodar el pie de la copa entre los dedos y después la miró.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella sin rodeos—. ¿Te ha cabreado mucho que te interrumpiera en tu trabajo esta mañana? Lo siento. Estaba tan emocionada… Ya sé que soy un poco «yo, yo y yo»…

—¡No! —Eliot rió—. Bueno sí, eres un poco así, pero me gusta eso de ti. Aunque creo que, por primera vez en mucho tiempo, voy a ser yo el que se ponga en plan «yo, yo y yo».

Ella le dio un sorbo cauto al champán y miró a Eliot con mayor interés. Después se quedó esperando a que hablara.

—Lo que pasa, Marisa… —Se detuvo para dejar la copa de champán en la mesita del café y después se agarró las manos entre las rodillas—. Creo que quiero posponer la boda.

Ella no dejó de mirarlo, casi observándolo desde un punto de vista científico. «Raramente paciente», pensó Eliot.

Desde su punto de vista, él ya tenía toda la cuerda que podía necesitar para ahorcarse. No hacía falta que ella lo animara diciendo nada.

Al ver que no iba a decir nada a menos que él le hiciera una pregunta directa, o incluso una retórica, continuó como pudo. Tal vez no debería haber esquivado todos los recientes intentos de su madre de hablar con él con total sinceridad sobre su estado emocional; ese aspecto lo tenía terriblemente oxidado.

—Bien. —Inspiró hondo y continuó—: Sin entrar en demasiados detalles, hubo una mujer con la que tuve cierta relación antes de conocerte y creía que estaba todo resuelto, terminado o como quieras llamarlo, pero ahora creo que todavía siento algo por ella y no me parece bien seguir adelante. —Hizo un gesto vago para señalarlos a los dos—. Con lo nuestro, ya sabes, teniendo en cuenta que eso es así.

Marisa entornó los ojos unos momentos, pero no hizo nada más.

Así que él continuó.

—Ahora me pongo a tu disposición. Haré lo que quieras que haga. Si quieres cancelarlo todo, posponerlo, hablarlo… ¿Qué te parece?

Marisa rellenó su copa de champán con una precisión metódica, dio un sorbo y abrió la boca para decir algo.

Y después la cerró sin decir una palabra.

A Eliot le pareció que al menos estaba agradecido de que ella no se hubiera puesto histérica, pero su respuesta tan controlada solo era un clavo más en el proverbial ataúd. ¿Qué podía provocar una respuesta apasionada, imprevista y poco meditada de esa mujer? Le gustaría ver algo así, pero estaba casi seguro de que él no iba a ser la persona que pudiera provocarlo.

Ella puso en orden sus pensamientos y empezó a hablar como si no le diera mayor importancia.

—Vamos a ver, Eliot. ¿Por qué has esperado a que esto se publicara en el periódico, donde todo el mundo pudiera verlo, para darme esta… —empezó a preguntar, pero apartó la mirada como si estuviera buscando la palabra correcta— información? ¿Es que habías olvidado a esa mujer durante todo el año pasado y ahora, cuando ya estamos contando los días para la boda, te has dado cuenta de que tienes asuntos pendientes con ella?

Tenía razón, por supuesto. No era la reacción que esperaba, pero tenía razón.

—Tal vez el hecho de ver con mis propios ojos el anuncio en el periódico me ha obligado a enfrentarme a la verdad, algo que no habían conseguido ni la planificación ni las conversaciones hipotéticas.

Eliot lo pensó. Era una persona reflexiva y seria por naturaleza, y esas conversaciones improvisadas le resultaban muy complicadas. En las negociaciones empresariales siempre iba bien informado y estaba preparado para reaccionar ante cualquier eventualidad. ¿Por qué no se le había ocurrido afrontar con el mismo nivel de preparación esa, una de las negociaciones más importantes de su vida?

—Esas conversaciones no tenían nada de hipotéticas para mí, Eliot.

La miró a esos ojos espectaculares y vio a través de ellos un corazón herido. Era todo tranquilidad e ironía, pero también era una buena persona, y Eliot no debería estar constantemente recopilando todos sus momentos de narcisismo y autosatisfacción para reunir un fajo de características poco atractivas que le sirvieran de defensa para justificar su intención de abandonarla (aunque nada de eso hiciera que esa intención resultara ser algo decente).

Quiso rodearla con el brazo para consolarla, pero su decisión de sentarse en un sillón aislado hacía que eso fuera imposible. Cuando se sentó allí pensaba que iban a ver una película, cierto, pero ahí era donde se había sentado después de todo.

—Oh, Marisa, no lo veas así. Ya sabes lo que quiero decir. Me siento un canalla integral ahora mismo, aunque supongo que eso no sirve de nada —añadió rápidamente—. Pero ¿no habría sido peor que fuera a hablar contigo después de casarnos y te dijera que no sé qué hacer con estos… bueno, sentimientos por…?

—¡Dios santo, Eliot! —Por fin se mostraba enfadada—. ¡Ni siquiera sabes decir qué es lo que sientes! ¿Cómo demonios voy a responder a algo así? —Se arrepintió inmediatamente de haber perdido los papeles. Le pasaba siempre, pero esa vez más que nunca—. Perdona que te haya levantado la voz. Me niego a ser la bruja cuya falta de modales te facilitó las cosas a la hora de librarte de esta relación. Discúlpame.

—Marisa, por favor. No hay nada por lo que disculparse. Era de esperar que te pusieras así. Ya sé que no eres el tipo de persona a la que le gustan los histrionismos innecesarios. Probablemente por eso he ido posponiendo este tema, ante mí mismo y ante ti, porque… —Inspiró hondo—. Bueno, porque pensaba que como fue hace tanto tiempo y estaba todo terminado me parecía… me parecía ridículo incluso sacar el tema… hablar de ella… lo que sea. —Eliot apartó la mirada de los ojos penetrantes de Marisa durante un momento para recuperar un poco el aliento y centrar sus pensamientos dispersos. Después continuó cautelosamente—. Pero el hecho de que se quedara todo sin resolver ha impedido que pudiese relegarlo al olvido, algo que creí que conseguiría con el tiempo.

A sus palabras siguió un breve silencio.

—Quiero seguir adelante con la boda como estaba planeado.

—¿Qué?

—Ya me has oído —contestó Marisa con tono eficiente—. Quiero seguir adelante con la boda. Tú resuelve lo que te pasa con quienquiera que sea ella. Soy una persona adulta. Puedo aceptar algo así. Nosotros nos hacemos demasiado bien el uno al otro, Eliot. Lo nuestro es tan fácil, tan bueno… Los dos somos algo irritantes… —Eliot sonrió, pero eso dolía—. Y demasiado ambiciosos y nos importamos. A mí me importas, Eliot, de verdad. Quiero que seas feliz. Pero preferiría que fuera conmigo, claro está. —Le dedicó una sonrisa brillante que era muy Marisa, perfecta, confiada, optimista, pero se veía en ella un toque de nostalgia que era totalmente nuevo. Tal vez deseaba esa boda mucho más de lo que había dejado entrever hasta ese momento.

—No lo sé, Marisa…

—Déjame terminar mientras tenga las ideas claras. —Volvió a lucir esa sonrisa llena de esperanza—. Pero si no es conmigo, yo… —Se interrumpió por un momento de emoción muy poco característico de ella—. Aceptaré la realidad. Soy una persona realista, lo sabes. Mira, estamos en febrero todavía. La boda no será hasta junio. Va a ser algo pequeño. Diremos a los lobos de relaciones públicas de Danieli-Fauchard que nos dejen en paz, o mejor se lo dices tú. Siempre quisimos que fuera una ceremonia íntima y privada. Dejémoslo así. Nada de prensa.

Eliot dio otro sorbo al champán y consideró sus opciones. Si le decía que se había terminado, del todo y para siempre, podría estar tirando por la borda una vida maravillosa y agradable con una mujer hermosa e inteligente. Una mujer perspicaz y con mucho talento que era capaz de expresar claramente lo que quería. Él había hecho lo que tenía que hacer confesando sus preocupaciones inmaduras. Y ella le había respondido.

Marisa continuó de nuevo con el control recuperado. Segura.

—Piensa en esa fecha como una especie de plazo. Ahora que ya sé que existe esa otra… situación, puedes hacer lo que necesites hacer: quedar con ella, hablar, lo que

sea… —Marisa lo atravesó con una mirada consciente—. Para acabar con ese tema. De una vez por todas.

—Nunca te he sido infiel, Marisa. Y no voy a serlo ahora.

—No vas a traicionar mi confianza si soy yo la que te estoy pidiendo que vayas y lo resuelvas. Sería muy diferente si lo hicieras a mis espaldas, pero ahora que has sido sincero conmigo, ¿cómo podría decir que me has engañado? Yo voy a estar en Tanzania las próximas tres semanas. Haz lo que tengas que hacer, Eliot.

Fue al sofá y se sentó con las piernas cruzadas en el asiento que había al lado de Eliot, más como una hermana o una amiga que como su novia.

—Ahora veamos una película y relajémonos. Estoy agotada.

Cogió el mando a distancia, y Eliot sintió que la ansiedad provocada por tener que hablar de ese tema con Marisa desaparecía para ser sustituida por una nueva preocupación por tener que volver a ver a Abigail Heyworth.

Solo más tarde, cuando se estaba quedando dormido al lado de Marisa, Eliot se dio cuenta de que ella no había utilizado ni una sola vez la palabra «amor» para describir lo que había entre ellos. Había utilizado todas las palabras correctas: «bueno», «sincero», «feliz», «nos importamos…». Pero nunca esa palabra tan simple: «amor». Su mente estaba llena a rebosar de lo que eso podía presagiar, si es que se podía decir que era una señal de algo. Con Abigail había sentido la necesidad ardiente y burbujeante de decir esa palabra y le había salido muy mal. Tal vez Marisa hacía bien en no utilizarla a la ligera, si es que llegaba a pronunciarla alguna vez. Quizá la palabra «amor» no era más que una trampa, un señuelo brillante que hacía quedar en ridículo a todo aquel que no entendía bien lo que significaba.

El Range Rover de Sarah parecía un vehículo de transporte de los años de la Gran Depresión, lleno hasta los topes de todas las posesiones terrenales de su propietaria. Pero aquel viaje no era ninguna hégira.

O tal vez la Semana de la Moda de París sí que se podía considerar una especie de peregrinación. Había baúles *vintage* de Louis Vuitton, sombrereras y bolsas de viaje encajados de cualquier forma en todos los centímetros cuadrados del enorme todoterreno azul marino. Tuvieron que abatir los asientos de atrás para que cupiera todo, y Sarah y Abigail ocuparon los asientos delanteros; parecían un par de conductoras de camión o unas aventureras transcontinentales.

Devon, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba en la acera delante de su casa mirando con recelo a la extraña pareja.

—¿Estáis seguras de que vais a estar bien?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sarah.

—Nada, nada. En marcha. Ya puedo ver los titulares: «Freya Stark y Beryl Markham se echan a la carretera con suficientes suministros para un año».

—Qué gracioso. ¡Por Dios, es la Semana de la Moda! Tengo que llevar mucha moda, ¿lo entiendes?

—Que tu loca fijación por los artículos de lujo sea secundada por otros locos de tu mundo durante un par de semanas no hace que todo eso se vuelva lógico para el resto de los mortales. Pero vete a París a pasártelo bien con todos tus amigos. Yo me quedaré aquí y seguiré siendo racional.

Abigail, incapaz de pasar por alto el comentario de su hermano, se apoyó en el salpicadero para acercarse a la ventanilla del conductor.

—Sí —exclamó—, tú ve a ser racional en ese Aston Martin que te acabas de comprar. Sarah, ignora a ese estúpido hombre y vámonos a Francia.

—Ese coche es una obra de arte, hecho a mano…

Sarah levantó una mano para interrumpirlo.

—¡Basta! Mis zapatos sí que son obras de arte. Pero no vamos a entrar en esa tediosa discusión. Dame un beso apasionado de despedida.

Devon sonrió y se acercó para besar a su esposa con una alegría renovada. Abigail apartó la vista de los dos tortolitos y miró por su ventanilla, ignorando el gemido de placer que no supo si había surgido de Sarah, de Devon o de ambos. Pero estaba menos avergonzada de lo que habría creído, dado que las muestras públicas de cariño eran perpetuas y legendarias en su círculo familiar. A esas alturas ya todo el mundo se había vuelto necesariamente inmune.

Devon dio un sonoro golpe en el techo del coche para que se pusieran en camino y se apartó. Sarah subió la ventanilla sin dejar ni un momento de sonreír estúpidamente tras el beso. Entonces se volvió hacia Abigail y su cara se puso seria a una velocidad bastante cómica.

—Bueno.

Abigail rió y volvió a mirar por la ventanilla mientras arrancaban y se dirigían a Berkeley Square.

—Bueno.

—¿Empezamos ya a hablar de Eliot o prefieres que nos entretengamos primero con otro montón de cosas y después finjamos que hemos llegado a ese tema de una forma casualmente natural?

Abigail se quedó mirando a su cuñada, que no había apartado la vista de la carretera; se abrió paso entre el tráfico de la rotonda y después miró rápidamente a un lado y por los espejos retrovisores para comprobar su posición.

—¿Y bien? —insistió Sarah.

—Bueno, supongo que podemos empezar directamente. No hay nada de que hablar. Sarah, está prometido. Todo se acabó. Si es que hubo algo en su momento… —añadió.

—Primero, nunca se acaba. Aunque esté prometido, incluso aunque estuviera casado, en realidad. Yo no soy una persona a la que le guste alimentar falsas esperanzas. —Entonces movió la cabeza para mirar a Abigail fijamente durante un breve momento—. Pero lo he estado viendo durante el último año y no es feliz. Es obvio.

Esas emociones que ya le eran familiares empezaron a librar su habitual batalla: «Odio que no sea feliz», «odio que yo tampoco sea feliz», «yo soy la causa de su infelicidad», «se merece ser feliz», «creo que le hice feliz durante un breve tiempo, pero después le hice muy infeliz».

—¡Deja de dar vueltas a las cosas! —exclamó Sarah.

—Vale, vale. Pero es difícil no reflexionar un poco sobre todo esto. No he tenido a nadie con quien hablar de ello, dadas las circunstancias.

—¿Por qué no?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no has hablado de esto con Bronte o conmigo? Nos has contado a las dos todas las ideas imaginables que has tenido sobre empezar con la fundación, comprar la casa o mejorar tu armario, y sé que has tenido que tragarte mucho orgullo para eso… Así que, ¿por qué no nos has hablado de Eliot?

—Ya sabes por qué. Podemos empezar por que tú saliste con él. Eso es raro.

—Dejemos atrás ese mito de una vez por todas. Me dio un par de besos en la mejilla y tal vez alguno en el cuello, pero fue extraño, como si lo hiciera un hermano. Nada más. No me sentía atraída por él de esa forma. Acababa de conocer a Devon. No podía pensar en ninguna otra persona.

Sarah volvió a comprobar los espejos retrovisores en lo que Abigail sospechó que era un gesto que pretendía más bien acabar con el derrotero que estaba tomando la conversación que verificar que se estuviera acercando algún vehículo.

—No estoy segura de que me crea eso del todo —respondió Abigail—, pero por el bien de la discusión, te daré más argumentos. Eliot y yo nunca fuimos pareja en realidad. Sí, venía mucho a Dunlear cuando Devon y tú estabais prometidos y pasaba por la ciudad, y también asistía a todas esas fiestas y salíamos a montar, íbamos a cenar y todo eso…

—Y después ¿qué?

—Bueno, después de vuestra boda tuvimos un momento en la playa en Moonhole. Tampoco fue gran cosa. Ni siquiera nos besamos.

—Ajá, y ¿después…?

—Eres imposible.

—¡Lo sé! Y ahora tú vas a ser mi rehén en este coche durante al menos cuatro horas. Así que acomódate, relájate y suéltalo todo. ¿Qué pasó después de Bequia? Estuve totalmente incomunicada durante la luna de miel y entonces fue cuando todo se torció, ¿no? Vamos, cuenta.

—Algo así. Fui a Iowa con Eliot… al cumpleaños de su abuela. Ya te lo conté. Todo muy dulce. Sexy. Prometedor. —Miró por la ventanilla y suspiró.

—Sí, lo recuerdo. Y después ¿qué?

—Después fui a París con mi madre.

—¡Claro! El famoso fin de semana en el que conoció a Jack Parnell. Pero eliminaste totalmente a Eliot de esa historia cuando me la contaste, canalla. ¿Él estuvo allí?

—No puedo creer que sea tan buena mintiendo. Sí, estuvo allí, pero le supliqué a mi madre que no se lo contara a nadie. Solo lo vi ese viernes por la noche, y después mi madre y yo pasamos el resto del fin de semana de compras y visitando museos. Ella estaba tan emocionada como una colegiala tras conocer a Jack y yo pensé que no tenía sentido estropearle la diversión con historias tristes.

—Vale, rebobina. ¿Cómo pasasteis de un momento en la playa y besos en Iowa a historias tristes?

Abigail se dio cuenta de que estaba total y absolutamente aburrida de tener que pensar muy bien y escoger lo que podía decir y lo que no, lo que era privado y lo que era relevante. Se desahogó del todo y contó a Sarah todos los detalles, los gloriosos y los escabrosos, hasta el último trocito de cristal que cayó cuando Eliot estrelló el vaso contra la puerta de la habitación justo cuando ella se escabullía cobardemente de vuelta a su suite.

Sarah soltó un silbido bajo que pareció casi de admiración.

—Vaya, no tenía ni idea de que le había dado tan fuerte.

—Créeme, le dio.

Sarah miró al asiento de al lado y se dio cuenta de que Abigail estaba frotando los colgantes que llevaba en el cordón negro al cuello.

—¿Esos colgantes son los que te regaló? No me puedo creer que los hayas llevado puestos todo el tiempo. Creo que te he preguntado una docena de veces dónde te los compraste y tú solo decías: «Oh, en una tienda de segunda mano».

—Bueno, eso no es del todo mentira. Eliot encontró los colgantes en una joyería de empeños en Milán, así que técnicamente son de segunda mano…

—¡Corta el rollo, Abigail! Se acabó toda esa manía insana de guardar secretos. Puedes llamarlo tú o lo llamo yo. Pero sea como sea, os vais a sentar juntos en una habitación y aclarar lo que fuera que pasó. Si no lo haces por tu bien, hazlo por el suyo, porque ha estado pasando por un martirio.

—Sé que no lo vas a llamar si yo te pido que no lo hagas. Esto es muy inmaduro y muy estúpido. Lo llamaré. Dame un día o dos en París para que me haga a la idea. Obviamente estará allí por trabajo toda la semana, así que no hace falta que me dé prisa en llamarlo.

Las dos se quedaron en silencio un momento mientras seguían circulando en dirección sur hacia Folkestone y los trenes que llevaban los vehículos al otro lado del canal.

Cuando retomaron la conversación, Sarah cambió de tema: habló de sus planes de pasar tiempo con su anciana abuela, de ir a ver a Jack y a Sylvia y de lo bien que se lo iban a pasar en la enorme suite del Ritz.

—Va a ser como una fiesta de pijamas de una semana de duración. Podemos ir a los desfiles por el día y después volver a la habitación y relajarnos durante horas antes de salir por la noche.

—Si me hubieras dicho hace unos meses que un día estaría de camino a la Semana de la Moda de París, te habría llamado loca. No sé en qué estaba pensando para dejar que me convencieras.

—Por una vez no estabas pensando, solo te has dejado llevar por diversión. Antes vivías toda tu vida así, ¿recuerdas? ¿Cuándo te convertiste en una persona tan cuadriculada? Disfruta un poco, Ab. Deja de pensarlo todo tanto.

Abigail la miró con los ojos como platos.

—Sí, incluso lo de Eliot. ¡Sobre todo lo de Eliot! —Sarah rió—. Deja de darle tantas vueltas. Solo es un tío. Sé que es todo músculos y buena planta y todo eso, pero bueno, simplemente vamos a ver qué pasa, ¿te parece?

Ver lo que pasaba sin analizar las cosas hasta la extenuación no era el fuerte de Abigail. Pensar demasiado se había convertido en su actitud por defecto. Siempre estaba intentando interpretarlo todo, desde la última escena de Hollywood sobre matrimonios del mismo sexo hasta por qué en las tintorerías todavía eran capaces de cobrar a las mujeres más por sus blusas que a los hombres por sus camisas. Y después pensaba demasiado sobre cómo esos temas eran obviamente dos hilos que se entretejían en el mismo lienzo, el de la parcialidad en cuanto al género, que era algo que marcaba no solo su paisaje interno sino todo que la rodeaba.

Abigail recuperó el contacto con su antigua novia, Tully, poco después de la debacle de París. Nunca lo habían perdido del todo, aunque su comunicación había adquirido un tono mucho más superficial después de romper. Pero después de lo de Eliot, Abigail quería (necesitaba) hablar con Tully para que la ayudara a analizar («A darle demasiadas vueltas», diría Sarah) la naturaleza de lo que ellas habían tenido durante todos aquellos años que habían pasado juntas. Esperaba que saberlo le sirviera para entender mejor qué era lo que había salido tan mal con Eliot.

Y lo hizo.

Tully fue paciente, cariñosa y muy amable, teniendo en cuenta que Abigail fue la que terminó la relación. Poco después de que Abigail rompiera con ella, Tully se había enamorado de una enérgica y adorable mujer escocesa que se llamaba Christine Cunningham y las dos estaban juntas desde entonces. Iban a menudo a quedarse con Abby en Londres, y Christine tenía un carácter encantador y abierto que les permitía hablar sinceramente de… bueno, de todo.

La semana antes de que Abigail saliera hacia París con Sarah, Tully y Christine se alojaron en su casa y planeaban quedarse allí los diez días que ella pasaría fuera.

Christine y Tully estaban sentadas muy juntas en un sofá; Abigail estaba con las piernas cruzadas debajo del cuerpo en otro. Después de tomar demasiadas copas de vino, llevaban un rato intentando analizar la idea del amor a largo plazo.

—Lo fundamental es que —empezó Abigail muy filosóficamente, arrastrando un poco las palabras por los efectos del vino—, si todo eso es cierto, ¿por qué a la gente se le acaba el amor?

Tully miró a Christine y después volvió a mirar a Abigail.

—Creo sinceramente que nunca se me acabará el amor por Christine.

Christine sonrió y le cogió la mano.

—¡Lo sé! ¡A mí tampoco! —corroboró. Entonces se volvió hacia Abigail—. Lo que quiero decir, Abby, es que sé que siempre vas a querer mucho a Tully, pero ¿alguna vez has estado verdaderamente enamorada de ella?

Abigail asintió y después sacudió la cabeza, no para negarlo sino porque no tenía ni idea.

—¡Sí! Dios, cuando empezamos a estar juntas… Y durante años, lo sabes, Tully.

Tully asintió.

—Sí. Pero Abby, a ti no te gustan… —Apartó la vista y sus ojos azules pálidos adquirieron una expresión soñadora por los recuerdos y el vino—. Tú tampoco te comprometías con sentimientos profundos… o al menos entonces no. Obviamente Eliot quería algo demasiado profundo… o demasiado pronto. Pero no puedes culparle por eso.

—¿Eso fue lo que te hice? —Abby estaba casi llorando.

—No, cielo. Para. Ya hemos hablado de esto un millón de veces. Las dos llevábamos años recorriendo caminos diferentes. Hiciste lo correcto rompiendo nuestra relación. —Tully se volvió hacia Christine y sonrió, y después miró de nuevo a Abby—. Pero quieres a Eliot… es más que obvio. ¿Por qué te da tanto miedo? ¿Por qué te asusta tanto admitir que estás enamorada de él?

—¿Aparte del hecho de que no tiene sentido porque está a punto de casarse con otra? —Abby intentó reírse.

Tully no dejó de mirarla fijamente.

—Tienes razón. Estoy segura de que está locamente enamorado de esa Marisa tan espectacular. He oído por ahí que ha tenido un éxito increíble con sus proyectos de microfinanciación en Tanzania. Es de esas mujeres que consigue todo lo que se propone.

—Te odio.

Tully levantó la copa en un breve brindis.

—Es un comienzo.

—Ni siquiera sé lo que significa estar «enamorada» —confesó Abigail con un suspiro de frustración.

Desde que Eliot le había dicho esas palabras, soltándolas como un hecho consumado después de hacerle sentir un placer imposible, había sentido aquello como un cuchillo clavado, extrañamente doloroso, pero no del todo rechazable. Quería sentirlo.

Levantó la vista para mirar a las dos mujeres que estaban sentadas frente a ella y que eran claramente la encarnación de lo que pensaba que no entendía.

—Es que os miro a las dos y lo veo. Pero en mi caso… No sé si mi absurda mente me dejará alguna vez tenerlo. No dejo de pensar y analizar e intentar interpretar. Me parece todo tan poco plausible…

—¿Pensabas y analizabas cuando Eliot te hacía el amor? ¿Cuándo te tocaba? —preguntó Tully con voz amable.

Abigail sintió una presión detrás de los ojos y negó con la cabeza.

Entonces las dos sonrieron y Christine dijo:

—¡Bueno, pues ahí lo tienes! Problema resuelto.

—¿Eso es todo?

—Claro que eso es todo, Ab —respondió Tully—. Llega un punto en el que solo quieres dejarte llevar. Y no inconscientemente, sino de una forma que implica una rendición deliciosa, como cuando te tiras de espaldas a una piscina. En caída libre. Algunas cosas están más allá del pensamiento.

—Tiene razón —confirmó Christine—. Estoy segura de que cuando veas a Eliot te darás cuenta de que ya no puedes seguir manteniendo ese papel pasivo que te has asignado.

Abigail rió ante la idea de que ella pudiera ser pasiva, cuando normalmente era demasiado activa.

—Ojalá estuviera aquí mi madre para oírte llamarme «pasiva». Si escribo otro editorial para *The Guardian*, creo que será capaz de estrangularme.

Todas rieron y después Tully continuó:

—Es gracioso, ¿no crees? Que seas capaz de salir en defensa de todas las mujeres oprimidas del planeta pero que no puedas defenderte a ti misma y lo que tú quieres.

Abigail dio un sorbo al vino y dejó la copa en la mesita del café.

Tully prosiguió:

—¿Te acuerdas cuando me dejaste? —Abigail hizo un breve gesto de dolor—. Perdona, ha sonado acusador, pero ya sabes lo que quiero decir. Me dijiste unas cuantas cosas sobre que me escondía de los privilegios que me proporcionaba mi educación, que no le daba la importancia necesaria o algo así, y no me gustó nada. Pero después, cuando me di cuenta de que tenías razón, supe que por eso no me había gustado oírlo. Y al final me sentí muy agradecida de tener una amiga que pudiera llamarme la atención sobre eso y así pude abrirme a todo lo que soy, no solo la guerrera o la revolucionaria, sino también la nieta del duque de Bedford. ¿Por qué me voy a avergonzar de eso? Supongo que tú me enseñaste a ver que no tenía por qué.

Abigail asintió.

—Pero lo irónico de entonces, y también de ahora, es que ¿cómo pudiste ser capaz de darme algo que tú no tenías? Para ser alguien tan apasionada, te has convertido en una de las mujeres más retraídas que conozco.

Abigail intentó escuchar lo que decía sin que le escociera. No fue fácil. Había dedicado mucho tiempo, esfuerzo y agallas a tratar de construirse una fundación y una vida, y de repente todo el mundo que la quería actuaba como si aquello no fuera más que una enrevesada pantalla que hubiera levantado a su alrededor para esconderse detrás.

Abigail se hundió más en el sofá.

—¿Te parece que me estoy anulando?

—Un poco —reconoció Tully.

—Oh, Tully, estoy muy asustada. He accedido a ir a París, y con Sarah James precisamente, y Eliot estará allí y ya no sé nada.

—Bien —intervino Christine—, me gusta la idea de que no sepas nada.

—A mí también —estuvo de acuerdo Tully.

—Bueno, pues a mí no. Odio no saber. —Abigail hizo un mohín y las otras dos se echaron a reír hasta que las tres acabaron de un humor mucho más festivo.

El sábado, nada más dar las tres de la tarde, el Range Rover azul entró en la place Vendôme y se acercó lentamente al Ritz. Una vorágine de actividad rodeó el vehículo antes incluso de que se detuviera por completo. Sin darse cuenta siquiera, Sarah era capaz de lograr en todo el mundo la misma devoción absoluta de porteros, mozos y botones que siempre habían despertado su madre y su abuela. Conocía a muchos empleados del Ritz por el nombre, abrazó a dos, y antes de que Abigail pudiera sacar del vehículo su bolsa de viaje, bastante gastada en comparación con las de su cuñada, el resto de todo el equipaje *vintage* de Sarah ya había sido apilado con una precisión arquitectónica sobre un carrito de color bronce brillante y transportado sin esfuerzo al vestíbulo principal. Un mozo se llevó el Range Rover, que no volvieron a ver en los siguientes diez días.

—¿No ha sido facilísimo? —exclamó Sarah con genuina gratitud mirando a su alrededor en la acera, que se había quedado vacía.

Abigail se recolocó el maletín del ordenador en el hombro y sacudió la cabeza por el asombro.

—Eres increíble.

—No puedo evitarlo si la gente es servicial. —Sarah guiñó un ojo y se agachó para coger la otra maleta con ruedas que llevaba Abigail—. Ahora vamos a ver si nos han subido de categoría —dijo Sarah con emoción adolescente.

La suite de dos dormitorios era tan absurdamente lujosa que Abigail ni se molestó en hacer comentarios. Oro, mármol, sedas, doseles con flecos, fundas de almohada planchadas con primor… Era la viva imagen de la exageración más fantástica. Todas las superficies estaban pulidas y todos los olores eran evocadores. Había cestas de frutas exóticas asiáticas y arreglos de flores de invernadero.

—No me puedo creer que Devon te deje meterte de cabeza, sin supervisión y sin escolta, en este antro de iniquidad —bromeó Abigail una vez que dejaron el equipaje en sus respectivas habitaciones y volvieron a reunirse en el salón que compartían—. Todo en este hotel, en esta ciudad en realidad, es pura seducción.

—Habla por ti, señorita «No pasó nada en el Plaza Athénée». En lo que a mí respecta, todo esto es trabajo, y la señora Sarah James no tiene tiempo para jueguecitos. Puedo predecir, casi al milímetro, todo un año de ventas con solo ver cómo ladea la cabeza cierto comprador cuando un nuevo estilo recorre la pasarela en el desfile de Dior. Las cenas, las comidas, cualquier encuentro casual son para formar, reforzar o destruir algún contacto comercial. Ya lo verás.

—Dicho así, no estoy muy segura de que me apetezca.

—Claro que sí. Es fantástico. Millones de dólares de esfuerzo y potenciales beneficios, años de estilos, ideas y energía creativa volando en todas direcciones; todo es música, arte, belleza.

—¿Y qué planes tienes para esta noche? ¿Vas a salir? Yo creo que me voy a quedar…

—¡Ni hablar! Nada de quedarte aquí. Ya tendrás tiempo de dormir cuando estés muerta. Mientras estés aquí, nada de descanso. Eres mi prisionera de la moda. Ve a darte un baño caliente o una ducha fría, lo que necesites para revitalizarte, y estate preparada dentro de una hora y media. Yo voy a nadar un rato y después vendré a cambiarme. Cena en La Coupole y después hemos quedado con unos amigos que van a tomar una copas en Montmartre. Atuendo informal. Bueno, más bien elegante para tus estándares, pero informal para mí. —Sarah se volvió para ir a su habitación, cogió el traje de baño, cruzó la suite hasta la puerta y se despidió de Abigail con la mano.

Abigail se sorprendió una vez más de la mujer con la que se había casado su hermano y que él apodaba «el sigiloso misil botticelliano».

Eliot estaba haciendo los dos últimos largos de su sesión de natación de cuarenta y cinco minutos. Nadar resultaba ser la única actividad que le aclaraba la mente, aunque el período de claridad posnatatoria se iba reduciendo por momentos. Se sentía como un drogadicto que cada vez necesitaba más cantidad de la sustancia para lograr un resultado más breve y menos satisfactorio. Marisa se había ido a Tanzania, como estaba planeado, y se suponía que él estaba resolviendo sus sentimientos sin resolver por esa «otra mujer». Dio una voltereta para girar al final de la piscina y nadó su último largo, concentrándose en su respiración trabajosa y dejando a un lado todo lo demás. Terminó en la parte menos profunda de la piscina, con los músculos cansados y las piernas temblándole por el esfuerzo. Se quitó las gafas de nadar y se escurrió el exceso de agua del pelo.

—¡Vaya, el mismísimo Eliot Cranbrook que viste y calza!

Levantó la vista para mirar a esa atractiva, pícara y familiar rubia.

—A su servicio, señora James. —Hizo una breve reverencia y el agua, que le llegaba por la cintura, se agitó un poco por el movimiento—. Pensaba que te ibas a quedar en casa de tu abuela. —Caminó hacia los escalones que había en una esquina de la parte poco profunda y salió de la piscina.

—¡Oh, Dios, no! ¿Te imaginas a Cendrine cogiendo recados de André Leon Talley? —Sarah rió, pero después se lo pensó—. Aunque eso podría ser muy gracioso. Pero no, hay demasiadas cosas que hacer, y necesito tener conserje y todo lo que hay aquí. ¿Y qué hay de ti? Creía que odiabas el Ritz.

—No está tan mal.

—Tu departamento de relaciones públicas te ha obligado a alojarte aquí, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Te parece que va conmigo tanto satén dorado y mármol de Carrara? Estaría mucho más feliz en la suite del ático del hotel D'Angleterre, pero eso no

cuadra con la imagen que se supone que debo proyectar. —Eliot se estaba secando el musculoso torso y pilló a Sarah mirándolo—. Creía que estabas felizmente casada.

Ella se sonrojó.

—Estoy mucho más que felizmente casada, pero es difícil no mirarte. Te lo digo desde un punto de vista objetivo, claro. ¿Comes algo? ¿O solo nadas y tomas esas píldoras de los astronautas donde pone «ración diaria recomendada»?

Eliot se colgó la toalla del hombro, se puso el albornoz del hotel que había cogido del vestuario y se ató la cinta con un firme tirón.

—Lo último que has dicho. Pero sin lo de las píldoras. Solo lo de nadar.

—¡Pues hay que remediar eso! ¿Qué planes tienes para cenar esta noche? Acabamos de llegar y he quedado con unos amigos para tomar unas copas, pero será mejor que te engordemos un poco primero. —Sarah juntó las manos en un gesto de felicidad casi infantil.

—¿Has venido con Devon? Creía que odiaba todo esto.

—¿He dicho «acabamos de llegar»?

—Sí, así es. ¿A quién has logrado arrastrar esta vez? —Eliot cogió la llave de su habitación y el teléfono móvil, y se volvió despacio para dedicar a Sarah toda su atención.

Ella solo cruzó los brazos, torció la boca y abrió mucho los ojos.

—¿A quién crees tú?

El corazón se le paró unos segundos y después se lanzó a una estampida arrítmica. Intentó permanecer impasible, desinteresado, inalterable, pero creyó ver que ella se había percatado de su transitoria situación coronaria.

—No tengo ni idea.

—¿Ah, no?

—¿A Bronte?

—No. Como bien sabes, Bronte Talbott Heyworth, embarazada de ocho meses de gemelas, no resulta ser una compañera de viaje muy entretenida en sus circunstancias.

—¿A Julie, de tu oficina de Nueva York?

—Julie está por aquí, en alguna parte. —Sarah hizo un gesto vago—. Se aloja en el Intercontinental y se está ocupando del desfile. Pero no, no está conmigo. Aquí. En el Ritz. —Sarah nunca había creído que tuviera una vena cruel, pero ver a Eliot así era algo fabuloso. Lo único en lo que podía pensar era: «Abigail, esto NO se ha acabado ni mucho menos».

—No estoy preparado para verla, Sarah.

En ese momento sí que se sintió cruel.

—Oh, Eliot. —Extendió una mano y dio un paso hacia él; él se apartó y negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver contigo, Sarah. Tengo demasiadas cosas entre manos ahora mismo.

Sarah podía rebatirle esa línea de defensa.

—Por favor, Eliot, todos estamos muy liados. Mírame a mí. ¿Crees que tengo tiempo para enseñar a mi cuñada a comportarse como una adulta? Se supone que debería estar intentando atraerte para que compres mi empresa, ¡no ayudando a otra persona a atraerte a ti!

Eliot bajó la vista para mirar el dibujo del suelo de mosaico y después volvió a mirar a Sarah.

—¿Dónde vais a ir a cenar? ¿Puedo tener al menos la ventaja… del elemento sorpresa? Es que no creo que pueda entrar en el desfile de Posen el lunes por la mañana, veros a las dos allí, en la primera fila, y comportarme de una forma natural.

—Ese es el hombre que conozco y que adoro. Un hombre con pensamiento estratégico. «El elemento sorpresa…» Me gusta. Vamos a ver… Estaremos en La Coupole esta noche a partir de las diez. Lo tomas o lo dejas. No quiero que parezca demasiado obvio.

—Está bien. Puede que lo haga o puede que no.

Sarah puso los ojos en blanco.

—Lo que tú quieras, Eliot. Si todo esto va como creo que va a ir, sin duda lo vas a hacer.

—Muy graciosa, Sarah. Lo intentaré.

—Supongo que eso es lo máximo que los dos podemos prometer. —Le dio un breve abrazo antes de que pudiera escabullirse—. Tú confía en mí, Eliot. Todo va a salir lo mejor posible.

—Hablas como mi madre.

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Haces bien. Disfruta de la piscina, Sarah.

—Gracias, Eliot. —Ya estaba casi junto a la puerta de los vestuarios cuando ella le gritó con tono seductor y cantarín—: ¡Nos vemos luego!

Eliot consiguió llegar hasta el vestuario de los hombres; el olor del cloro y del líquido limpiador funcionaron como una especie de modernas sales que lo mantuvieron en pie hasta que llegó al extremo de la sala antiséptica y al final de una corta hilera de taquillas, donde se dejó caer, agradecido, sobre un pequeño banco de teca.

Hundió la cabeza casi hasta las rodillas, intentando convencerse de que todavía estaba recuperando el aliento después de una hora de ejercicio intenso y no estaba sufriendo el primer ataque de pánico de su vida. Se sentía totalmente fuera de control. Y los sentimientos abstractos de pérdida, confusión y desorden no eran ni la mitad de lo que sentía. Su cuerpo era una combinación errática y extraña de partes desiguales. Los pulmones empezaron a arderle; el corazón le palpitaba de forma aleatoria, un minuto un aleteo leve y rápido y al siguiente un martilleo constante con pausas entre los fuertes latidos; le picaba la cabeza, los dedos le latían y sentía los pies como si fueran de plomo.

Abrió los ojos poco a poco y vio que tenía las manos apretadas sobre las rodillas. Se obligó a relajar los músculos de los hombros, después los brazos y por fin, lentamente, cada dedo. Después se centró en controlar su respiración a la vez que intentaba dejarse llevar por esa oleada de miedo que le era tan poco familiar en vez de dejarse invadir por ella. Se sentía como si estuviera saliendo a la superficie después de haber sido arrastrado por una ola del océano, sin aliento y desorientado. Se relajó un poco más y su corazón volvió a su ritmo normal, con la excepción de algún latido fuerte ocasional y errático. Entonces, al sentir que la sangre cálida le volvía a correr por el cuello y las mejillas, se dio cuenta de que debía de estar tan pálido como un cadáver.

Eliot no sabía si había estado sentado allí diez segundos o diez minutos, pero de todas formas para él había sido como si hubiera pasado una eternidad. Había oído con frecuencia a gente hablar de tener un ataque de pánico y confundirlo con un infarto e ir tontamente al hospital agarrándose el pecho. O eso había pensado él entonces, que había sido tontamente. En ese momento Eliot se puso de pie con cuidado, comprobando que sus piernas tenían la fuerza suficiente para sostenerlo antes de levantar todo su peso del banco.

Un empleado de Ritz, un masajista o un entrenador personal tal vez, volvió la esquina hacia la zona en la que Eliot estaba intentando recuperar la compostura.

—*Ça va?* ¿Va todo bien, señor Cranbrook? —preguntó el empleado en francés.

—Sí, gracias por preguntar. —Eliot le respondió también en francés. Al menos no había perdido ninguna de sus facultades básicas: ni el lenguaje ni los idiomas que sabía—. Creo que he hecho demasiado ejercicio en la piscina y acabo de caer en la cuenta de que no he comido. Solo estoy algo mareado.

—¿Quiere que le traiga una botella de agua y un poco de fruta?

—Sí, gracias, me vendrán bien.

Eliot observó cómo el hombre joven y delgado con una camiseta blanca ajustada y pantalones de deporte también blancos iba a un lado del vestuario y después volvía con el agua y la comida.

—¿Seguro que se encuentra bien, señor? —Volvió a preguntar el empleado mientras tendía a Eliot una manzana y una botella de Evian.

—Muy bien. Gracias por su ayuda.

Eliot giró el tapón azul claro y se bebió el contenido de la botella de agua como si nunca hubiera probado nada igual en su vida. Después se comió la manzana sin

apenas saborearla, pero agradecido por el alimento. Cuando terminó, se desnudó y se duchó. Volvió a ponerse los vaqueros y la camisa, se calzó los mocasines, recogió su teléfono y sus llaves de nuevo, volvió a darle las gracias al chico y se despidió al salir.

Subió en el ascensor en un estado vagamente consciente, como si acabara de salir de un largo sueño. El timbre del ascensor le sonó demasiado estridente y le pareció que las voces demasiado bajas de la pareja que había a su lado vibraban a su alrededor como una extraña niebla. Logró llegar hasta su habitación, cerró la puerta y fue hasta las cristaleras que daban a la place Vendôme.

¿Qué era lo que le pasaba con los hoteles de París?

¿Y con los balcones?

¿Y con Abigail?

Se sentó en la silla del escritorio, que había girado hacia la ventana, y disfrutó de la bellísima vista mientras el sol de última hora de la tarde empezaba a ponerse detrás de los tejados, los adoquines, los frontones, los miradores y las pilastras. Todas las superficies exudaban arte, planificación, previsión, diseño y belleza. La fachada de piedra del edificio de enfrente estaba reflejando los últimos rayos del sol de febrero, que hacían que pareciera de oro y bronce. Todo el edificio parecía latir con la vida, o precisamente el fin de la vida, de ese día.

Eliot sintió a Abigail por todas partes. No era dado a eso que su padre llamaría «paparruchas espirituales», pero casi podía sentir su cercanía. Seguía sin estar seguro de tener la fuerza (evitó a propósito la palabra «coraje») para ir hasta La Coupole y pasarse como por casualidad por su mesa esa noche, pero sí sabía que se iba a dar cierta interacción. Su mirada se fijó en la gran columna que había en el centro de la place Vendôme, con la estatua de Bonaparte posando con una eterna seguridad en sí mismo.

Sospechaba que Napoleón nunca se preocupó demasiado por Josefina y sin duda no tanto para tener un ataque de pánico en un rincón de un sótano. El teléfono del hotel estaba cerca, sobre un elegante escritorio de madera. Eliot lo cogió y pidió una comida ligera que consistía en trucha ahumada y ensalada de canónigos, y decidió darse el capricho de una botellita de Pomerol de 2003 que le había llamado la atención cuando cerraba la carpeta donde estaba el menú del servicio de habitaciones.

La estatua de Napoleón, que proclamaba la arrogancia inherente de Bonaparte, animó a Eliot a la acción. Tenía que retomar el control, si no del tema de Abigail, al menos de sí mismo y de sus reacciones ante ella. Se obligó (o más bien se aplicó) al proceso que llevaba tanto tiempo evitando: analizar de una vez por todas lo que ocurrió aquella triste noche, o madrugada más bien, en el Plaza Athénée el año anterior.

Llegó la comida y el vino, y empezó a sentirse más fortalecido. Sacó bolígrafo y papel y empezó a evaluar su interacción con Abigail como si se tratara de una compañía que quisiera adquirir. Los pros. Los contras. Lo que lo irritaba. Potenciales escollos. Su parte racional sabía que todo ese ejercicio era algo inmaduro e inútil. No tenía ningún sentido. ¿Qué tenían que ver las hojas de cálculo y las tormentas de ideas con esas «emociones turbias», como las había llamado su madre? Pero era el método con el que se sentía más cómodo a la hora de considerar problemas, y como había fracasado miserablemente en todos sus intentos de tratar con Abigail en abstracto porque su lógica solo acababa en filosóficos callejones sin salida infinitos y circulares, pensó que merecía la pena intentar deconstruirla como hacía con cualquier propuesta empresarial.

Cuando empezó a sentir los efectos de la media botella de vino y la sana satisfacción de haber tomado una comida decente, Eliot pensó que tal vez sí que tenía la fuerza necesaria para ir a ver a Sarah y Abigail. Agradecía poder nombrarla mentalmente sin sucumbir a su preocupación habitual. De una forma u otra, la solución estaba cerca.

Sonó su teléfono y Eliot respondió después de mirar el nombre en la pantalla. El fotógrafo Benjamin Willard y la exquisita modelo rusa Dina Vorobyova estaban en París esa semana y, entre el ruido de fondo de vasos que chocaban, música alta y el zumbido genérico de cientos de conversaciones, Dina gritó a Eliot que dejara de ser un absoluto lacayo de su empresa de una vez y que «sacarrra su culo de la habitación del hotel».

—¡Yo también me alegro de saludarte, Dina! —exclamó Eliot riendo.

—¡Nos vamos a reunir todos en La Coupole, querido! ¡Tienes que venir! ¡Iremos a recogerte al hotel dentro de treinta minutos! ¡Y ponte algo fabuloso! —Y colgó.

Eliot se quedó mirando su meticulosa lista de todas las tonterías que tenían que ver con Abigail, y por la mente no dejaban de cruzársele frases del tipo «realidad versus fantasía» y «pasión versus pragmatismo» que no servían nada más que para obstaculizarle la visión general. Entonces sintió una oleada de algo que era casi libertad, arrugó el papel y lo tiró a la papelera. No sabía si era consecuencia de su ataque de pánico o la definitiva e innegable imposición de la realidad tras la imaginaria y creciente preocupación por Abigail que había soportado, pero una paz gratificante llenó su cuerpo al pensar en volver a verla en persona.

Marisa, precisamente, tenía toda la razón. La Abigail real erradicaría todas sus fantasías e imaginaciones. La Abigail real era humana, no era más que una persona normal. Seguro que en la vida real sería, si no algo pequeño e insignificante, sí algo al menos manejable.

Seguro…

SARAH ENTRÓ EN LA HABITACIÓN del hotel con el pelo envuelto en un turbante hecho con una toalla de color marfil. Abigail estaba sentada en uno de los cómodos sofás leyendo una novela muy intensa sobre el patriarca despótico de un pueblo en la Sudáfrica anterior al apartheid. El protagonista acababa de dar una paliza a su hija por negarse a casarse con el hombre que él le había elegido.

—¿Otra lectura ligera?

—Es un libro que está muy bien escrito.

—Creo que mientras estemos aquí vas a hacer solo y exclusivamente lo que yo te diga. —Sarah le quitó de las manos a su cuñada el inadecuado libro ganador de un premio Booker—. En cuanto a libros, música, ropa… Todo. Yo decido. Voy a aprovechar el hecho de que eres mi huésped. Así que ve y cámbiate para ir a cenar.

—Ya me he cambiado. —Abigail se miró los pantalones negros y la camiseta blanca de manga larga. No era cualquier camiseta; era una de las camisetas ceñidas de color blanco roto desorbitadamente caras que Sarah le había hecho comprar—. Me compré esta camiseta porque tú me lo dijiste, ¿es que no te acuerdas?

—Claro. Pero te dije que te la compraras para ponértela cuando vas a Portobello Road un sábado por la mañana, para que no vayas con pantalones de chándal y una de las camisas viejas que tu padre usaba para trabajar en el jardín, ¡no para cenar en París con gente elegante, glamurosa y famosa!

Abigail rió ante la vehemencia de Sarah.

—Eso, ríete. Vas a necesitar ese sentido del humor —comentó Sarah de camino a su dormitorio para cambiarse sin darse la vuelta para mirarla.

—¿Y eso por qué?

Sarah ya tenía la mano en el picaporte y estaba decidiendo si decirle algo o no. Un momento después habló con una despreocupación cuidadosamente medida.

—Porque Eliot estará allí.

Abigail se quedó helada y Sarah se limitó a cerrar la puerta de su dormitorio.

Veinte minutos después, Sarah salió de su habitación de punta en blanco y se encontró a Abigail en el mismo sitio donde la había dejado.

—¿Es que no te has movido?

—No.

—Bueno, vamos a vestirte al menos. Arriba.

Sarah obligó a Abigail a levantarse del sofá, le rodeó la cintura con un brazo y la llevó hasta el otro dormitorio mientras hablaba de cosas sin importancia: de la tela del tapizado de la silla del escritorio o del dibujo de la alfombra. Como una hermana mayor, sentó con cariño a Abigail en el borde de la cama y cruzó la habitación hasta el armario.

—Vale, vamos a ver qué has traído —dijo Sarah y abrió el armario. Entonces dio un respingo como si acabara de descubrir un cadáver—. Pero ¿qué es esto? ¡Aquí solo hay cuatro partes de arriba! ¿Es que estás loca? ¿Dónde está la falda de Miu Miu que te regalé? ¿Y el suéter de Carolina Herrera? —Sarah negó con la cabeza con una lástima genuina—. Eres un caso perdido, Abigail. Ven conmigo.

Volvió a guiarla cruzando el salón hasta el dormitorio de Sarah y la sentó otra vez en el borde de la cama como si fuera una niña pequeña.

Abigail necesitó unos momentos para digerir lo que la rodeaba. Había pilas de ropa y baúles con zapatos, cinturones, sujetadores, pañuelos y todos los accesorios imaginables.

—Dios mío, qué desastre.

—Te aseguro que aquí no hay ningún desastre. Esto es lo mejor de lo mejor. Todo es bueno. Déjame pensar… Las tetas van a ser un problema.

Abigail la miró con expresión interrogativa.

—Las mías, no las tuyas, claro. —Sarah se agarró su generosa delantera como prueba y después se puso las manos en las caderas—. A ver qué tengo que no se te vaya a escurrir de ese cuerpo tuyo tan terriblemente estilizado…

Abrió su armario y Abigail vio más ropa en ese espacio temporal de la que ella había tenido en toda su vida.

—Dios, Sarah. ¿Eso es lo que has traído solo para diez días o es todo tu armario?

—Sé que lo dices en broma, así que no te voy a replicar. —Sarah pasó eficientemente las perchas, deteniéndose de vez en cuando y después negando con la cabeza como respuesta a su pregunta interna—. Esto. Ven para que vea qué tal le sienta a tu cara este color.

Abigail cruzó la habitación y Sarah le acercó una blusa de satén de color berenjena de Catherine Malandrino.

Sarah ladeó la cabeza en un momento de valoración estética.

—Te dejo llevar los vaqueros si te pones algo espectacular en la parte de arriba… y otros zapatos, por supuesto. Si no, te vas a poner una falda.

—Me pondré la blusa. Pero ¿no es muy elegante? Es satén. ¿Eso no es etiqueta? Lo digo en serio…

Sarah la miró y negó con la cabeza como una anciana curandera.

—¿Tan poco has aprendido, niña?

Las dos se echaron a reír. Se pasaron la siguiente hora transformando a Abigail para que pasara de ser una muchachita pálida con una camiseta blanca a convertirse en un fabuloso y misterioso ángel oscuro. Sarah la maquilló con esmero y se felicitó al ver su trabajo.

—Ya está —dijo mientras le daba la vuelta a Abigail para que se mirara en el gran espejo que había tras la encimera de mármol del baño. Sarah apoyó levemente sus manos en los hombros de su cuñada y se quedó mirando el reflejo de las dos.

Abigail no reconoció a la mujer preciosa que vio en el espejo. Tenía los labios acentuados y carnosos. En los ojos le había hecho un efecto con el kohl difuminado que era cautivador. Y la piel se veía perfecta y brillaba levemente gracias a una finísima capa de polvos.

—Pero ¿cómo has hecho esto?

—Oh, cariño, lo hago todos los días. No he querido arriesgarme a hacerte el tratamiento completo, porque me ha dado miedo que te sintieras abrumada. Solo un poco de base, un toque en los ojos y ese pintalabios fabuloso con el efecto carnoso. No quiero que vayas demasiado emperifollada. —Sarah había empezado a guardar los lápices de ojos y de labios y sus pociones mágicas en un neceser cuando notó la mano suave de Abigail en el brazo.

Estaba a punto de llorar. Sarah la regañó.

—¡Nada de llantos o vas a estropear todo el efecto! Estás increíble. A por él.

Sarah cerró la cremallera de la última de sus bolsas de maquillaje y miró a Abigail de arriba abajo en una evaluación final.

—Una cosa más.

Cogió el cordón negro que Abigail llevaba al cuello.

—No quiero quitármelo —suplicó.

—Yo tampoco quiero que te lo quites. Quiero que lo lleves donde se vea, no escondido bajo la blusa. Se acabó lo de esconderse, Ab. Deja que te lo ajuste al cuello.

Abigail apartó la mano de su pecho, donde había estado agarrando los colgantes.

—Vale.

Sarah le soltó el nudo de la nuca sin decir nada y después rodeó el delgado cuello de Abigail tres veces con el largo, flexible y gastado cordón de cuero. El efecto fue milagroso.

—Vaya. Acabas de pasar de hippy a estrella del rock. Ahora vamos a ponerte unas botas de «fóllame».

Abigail acababa de tomar un sorbo de agua y estuvo a punto de escupirla por toda la habitación.

—¿Qué has dicho?

Sarah le contestó de camino a su habitación atestada.

—Ya sabes a qué me refiero. Llevas una blusa femenina y satinada, pero recatada y de manga larga, y tienes esa melenaza de pelo negro. Deberías llevar al menos algo que grite «sexo» puro y sin adulterar.

Sarah se agachó y sacó diferentes cajas de zapatos para acabar rechazándolas todas.

—¿No te parece que la raya negra de los ojos en plan recién salida de un harén y la versión collar de perro de mi colgante pueden sugerir, al menos relativamente, que no soy alguien que se vaya a oponer a un revolcón?

Sarah salió del armario y se sentó con las piernas cruzadas y una caja grande en el regazo.

—Claro que todas esas cosas sugieren bastante, pero quiero que lleves algo que deje a un lado las sugerencias. Unas botas que aúllen. Como estas. —Sarah había abierto la caja y sujetaba entre el índice y el pulgar un par de botas de ante negro hasta la rodilla—. De esto es de lo que estoy hablando.

—¡Estás loca! ¡Tú odias a las mujeres! Esos tacones son una forma de tortura patriarcal.

Sarah sonrió como el mismísimo diablo.

—Pruébatelas, Ab. Es posible que te gusten. Y entonces ¿qué me dirás?

—Me las probaré. Ya sabes que detesto juzgar sin pruebas, pero es mucho más que imposible que unos tacones de ocho centímetros…

—Más bien diez…

—Vale, de diez centímetros. Es imposible que esos tacones puedan gritar nada que no sea un terrible dolor provocado por la misoginia (o en tu caso por el sadismo). Pero dame las malditas botas. —Se las cogió y se sentó en el suelo frente a Sarah.

—Toma —le aconsejó Sarah—, colócate estos protectores de nailon para tus delicados dedos pequeños.

Abigail puso los ojos en blanco, pero obedeció.

—¿Las botas van por dentro o por fuera de los vaqueros?

—Bueno, depende. —Sarah recuperó su modo de valoración estética—. Voy a tener que verlas de las dos formas.

Al final Abigail se negó a llevar las botas por fuera; con los vaqueros remetidos en ellas se sentía como una dominatrix a la que solo le faltaba la fusta en la mano, para deleite de Sarah… y después consternación cuando Abigail se negó a hacerle caso.

—Vale, póntelas así. ¡No sabía que eras tan mojigata!

—¡No soy mojigata! —protestó Abigail.

—Me niego a discutir contigo, pero hazme caso. Llevas escrito en la cara la palabra «mojigata». Si la represión es lo que le va a Eliot, bueno, ya sabes, cualquier cosa que funcione…

—Eres malvada, Sarah. ¿Mi hermano sabe lo malvada que eres?

La boca de Sarah hizo una mueca de fingida inocencia y, cuando estaba a punto de responder, Abigail levantó la mano para detenerla.

—¡No digas nada! ¡No quiero saberlo!

Las dos miraron hacia la ventana al ver las luces de los flashes reflejándose en el techo y se acercaron a las cristaleras para averiguar por qué había tanto alboroto en la calle en ese momento. Durante las últimas horas habían estado viendo a los *paparazzi* perseguir a los ricos y famosos (editores de revistas, actrices, modelos) en cuanto entraban o salían del hotel. Esa vez era una altísima supermodelo rusa y un hombre de pelo blanco bastante mayor que parecía encantador. Ambos salían de una impresionante limusina.

—Vaya —murmuró Sarah con admiración—. Esos son Dina Vorobyova y Benjamin Willard. Prepárate, Abby.

—¿A qué te refieres?

De repente Abigail sintió el aire frío de la noche a través de los paneles de cristal que estaban a pocos centímetros de su mejilla. Todo el vello de su cuerpo se le erizó cuando Eliot salió del vestíbulo del hotel y cruzó tranquilamente la acera. Los flashes volvieron a deslumbrar cuando se acercó a estrechar la mano al famoso fotógrafo y después se volvió para verse envuelto en el abrazo de la maldita seductora rusa. Llevaba algo corto y plateado que parecía hecho de líquido y no de tela.

—No me puedo creer que Eliot le haya permitido llevar ese vestido antes del desfile. —La voz de Sarah sonaba profesional, calculadora—. Al menos lleva los zapatos adecuados.

—¡Sarah, es Eliot! ¿Por qué estás analizando a esa… esa…?

—¿Esa supermodelo? ¿Esa es la palabra que buscas, Abigail?

—Supongo.

Eliot levantó a Dina mientras la abrazaba y los pies de ella se separaron de la acera cuando la hizo girar. Esa zorra supuestamente muy sensual le había rodeado el cuello con los brazos como lo haría una niña feliz y sonreía mientras le susurraba algo a Eliot al oído. En ese momento él levantó la vista y vio a Abigail en la ventana.

Siguió escuchando lo que le decía Dina con su fuerte acento, y seguramente también el aliento cálido en su oreja, y no dejó de sonreír cuando la bajó suavemente al suelo de nuevo mientras seguía ignorando los flashes a su alrededor, pero no apartó los ojos de Abigail. En cierto momento su sonrisa cambió levemente, sus ojos brillaron traviesos y levantó un poco la barbilla en un leve gesto de reconocimiento y aprobación que era solo para ella. Esa mirada apenas perceptible para los demás hizo que Abigail se sintiera más guapa y más deseable que ninguna otra mujer sobre la tierra.

Ya no tenía miedo. Tanto si él estaba destinado a quedarse para siempre con la talentosa Platanera, o como se llamase, como si no, Abigail ya estaba lista para verlo.

—Vamos, ¿no?

—¿Ahora? ¿Ya? Vamos entonces. —Sarah cogió su bolso de mano de piel de serpiente y entrelazó el brazo con el de Abigail—. Que comience el juego.

La Coupole a las diez un sábado por la noche durante la Semana de la Moda era un fenómeno de la naturaleza a la altura de la remonta anual del salmón del Pacífico o la migración de los ñúes en Kenia. El pavoneo, el volumen, el color, las luces. Abigail había estado allí antes con su madre, casi siempre a la hora de la comida o para una cena ligera después del teatro, pero eso era algo totalmente diferente. Nunca se le había ocurrido que las luces brillantes y los suelos de azulejo, que su madre odiaba porque decía que no podían hacer un favor a nadie, pudieran ser el escenario ideal para gente que estaba deseando que la analizaran de arriba abajo. Se trataba de una sala llena de personas que no tenían necesidad de decir: «¡Mírame!», porque simplemente era imposible apartar la vista de ellas.

—Cierra la boca, Abby. —Pero Sarah sabía que no tenía sentido decírselo. Mirar con la boca abierta era lo que había que hacer esa noche.

El mâitre aduló entre admiraciones a Sarah, miró a Abigail una vez de arriba abajo y después las acompañó a su mesa, que ya estaba a rebosar de amigos y colegas de Sarah de Nueva York y Chicago. Su colaboradora Julie se levantó y apartó a un par de modelos masculinos dolorosamente guapos para hacer sitio a Sarah y Abigail.

La vorágine de camareros, ayudantes y sumilleres, la velocidad experta con la que transportaban enormes bandejas metálicas con ostras, cigalas, almejas y langostas y la precisión al servir una y otra vez copas de un champán en su punto justo de frío dejaron a Abigail asombrada al mirar a su alrededor; en ese momento decidió que su cuñada era, sin duda, un genio. Era deliciosamente imposible dar vueltas a la cabeza por la preocupación a causa de las oportunidades románticas desperdiciadas o perdidas cuando la vida bullía justo delante de ti a tal velocidad.

Brillante, eficiente y viva.

Sobre todo cuando él estaba allí mismo, de pie, flanqueado por una supermodelo y un fotógrafo de fama mundial, con una bonita mano fuerte sujetando una copa de champán y la otra estirada sobre la mesa para estrechar la de Sarah, quien los invitó a los tres a unirse a la fiesta. Otra de las colaboradoras de Sarah, Caroline, intervino justo entonces para decir: «Es el momento perfecto porque nosotros ya nos íbamos». Se produjo más movimiento y algún que otro empujón, y de repente Eliot estaba sentado en el banco curvado y bastante íntimo, dos personas más allá de donde se sentaba ella. Todo había sido increíblemente sencillo. E irritante.

¿Cómo iba a poder tocarlo con toda aquella gente infernal entre los dos?

Eliot dejó su copa en la mesa y se quedó mirándola unos segundos más de lo necesario para asegurarse de que estaba estable entre aquel mar brillante de platos, copas y cubertería. Inspiró profunda y lentamente para tranquilizarse y se volvió para mirar a Abby a la cara.

—Hola, Abigail. —Tuvo que levantar un poco la voz para que lo oyera por encima del barullo.

—Hola… Eh… —De repente pareció como si se le hubiera secado la boca—. Eliot.

—¿No te acordabas de mi nombre?

Ella bajó la vista un minuto y después puso esa sonrisa tímida y vergonzosa que en ese tiempo Eliot había llegado a creer que no era real, que se la había imaginado. Sintió la sangre latiéndole en el cuello.

Abigail lo miró a los ojos, y el ruido y el caos que había a su alrededor pareció desvanecerse, como si ambos estuvieran en una especie de túnel. Ladeó la cabeza un poco y levantó la mano para tocarse los colgantes. Parecía un movimiento que hubiera hecho un millón de veces: tocar los colgantes y dejar que el recuerdo agridulce de él llenara su mente. Sonrió y bajó apenas la barbilla como si estuviera afirmando algo.

Sorprendentemente fueron capaces de mantener conversaciones normales con las otras personas que había alrededor de la mesa. Abigail habló con Benjamin Willard largo y tendido sobre su trabajo fotográfico y al final incluso llegó a preguntarle si consideraría visitar uno de los poblados de Libia o Uganda donde estaba trabajando su fundación.

—Eso suena muy intrigante. No he estado en ninguno de esos países. Cuéntame algo más de lo que tienes allí.

—Oh, no es algo que tenga yo personalmente —intentó quitarse importancia Abigail.

Sarah, al otro lado de la mesa, puso los ojos en blanco.

Abigail empezó otra vez.

—A lo que me refiero es que la fundación La Rosa y la Espina ha estado invirtiendo en pequeños negocios dirigidos por mujeres y en centros de salud en catorce pueblos de Libia y Uganda.

Eliot dio un sorbo lento al champán y pensó en qué otras cosas habrían estado llenando la vida de Abigail, aparte del calor de una lujuria igual a la suya.

Sarah ya no aguantó más.

—Esta chica es imposible, Benjamin. En un año la fundación de Abigail ha hecho más para mejorar la educación y la salud de esas mujeres y esos niños que cualquier gobierno u ONG en décadas.

—Pero no he sido yo, sino los médicos y los voluntarios…

Eliot sonrió cuando Sarah se puso furiosa.

—¿Veis lo que tengo que soportar todos los días? Eliot, tú ríete, pero siempre se está haciendo de menos. ¡Es tan aburrido!

Benjamin Willard miró primero a la rubia y confiada Sarah James y después a la morena y tímida Abigail Heyworth, y soltó sin previo aviso:

—Pero ¿cuántas de vosotras hay?

—¿Cómo? —preguntó Abigail.

—¿Cuántas pertenecientes a la especie *Heyworthus Femina* hay rondando por el mundo? Madres, hijas, esposas… Me gustaría veros a todas en la misma habitación, preferiblemente en un momento en que llevara mi cámara favorita y tuviera mucho tiempo.

Abigail pareció avergonzada y Sarah encantada.

—¡Oh! —casi chilló por el entusiasmo—. ¡Eso sería algo fabuloso! ¿Te imaginas que lo hiciéramos ahora, con Bronte embarazada? Nos mataría. Pero con dos *Heyworthus Femina* más en camino sería una pena precipitarse. Y también está la hermana perdida, Claire, que acaba de abandonar su sentencia a cadena perpetua en el norte de Escocia y se ha enamorado de Nueva York. ¡Y la tía Claudia! Oh, Dios mío, no es técnicamente una Heyworth, pero es formidable.

—Estoy a vuestra disposición. —Benjamin inclinó la cabeza primero hacia Sarah y después, con una intensidad algo mayor, hacia Abigail.

—Es usted demasiado generoso —contestó Abigail.

Dina se inclinó por delante de Benjamin Willard para mirar mejor a Abigail.

—Me recuerdas a alguien. —Se volvió hacia Eliot y después hacia Willard—. ¿No estáis de acuerdo?

Willard sonrió y miró a Eliot y después otra vez a Abigail.

—Creo que tiene un parecido sorprendente con todas las modelos del desfile de Danieli-Fauchard de este año.

Dina chasqueó los dedos.

—¡Eso es! —exclamó—. ¿No lo ves, Eliot? Vas a hacer que todas lleven esas alas negras y el kohl cuando podías haber contratado a esta chica tan guapa para que te hiciera los pases.

Abigail se quedó mirando a Eliot y él le devolvió la mirada junto con una sonrisita. Se volvió hacia Dina.

—Me encantaría que Abigail desfilara para mí, pero una vez me dijo que ella no era guapa, así que ¿qué puedo hacer yo?

Dina se quedó mirando a Abigail con los ojos como platos.

—¿Que le dijiste qué? ¿Es que no tienes espejos?

Abigail rió ante la vehemencia de la rusa.

—Ahora sí —respondió. Miró a Eliot y hundió la barbilla de nuevo.

Su timidez fue la gota que colmó el vaso.

—¿Nos disculpáis un momento? —soltó Eliot de repente casi en un gruñido y sin mirar a nadie en particular.

Dina y Willard levantaron la vista sorprendidos por que el normalmente displicente Eliot se mostrara tan firme. Se levantó para que los demás pudieran salir del banco hasta que Abigail por fin quedó libre y estuvo de pie a su lado.

—Ven conmigo.

Ella sonrió y lo siguió mientras se dirigía hacia la zona del bar llena de gente. Después fue por un pasillo a una zona más privada y alejada, cerca de los teléfonos públicos y los baños. Se quedó delante de ella mirándola fijamente, evaluándola.

—Has sido un producto de mi imaginación durante tanto tiempo que creo que se me había olvidado cómo eres en realidad —dijo Abigail.

Extendió la mano y le cogió la muñeca de una forma muy casual, pensando que era solo un gesto para ilustrar lo que quería decir —que había olvidado la realidad física de Eliot Cranbrook, su viejo amigo—, pero ese contacto se convirtió en algo ardiente al instante. Él le cubrió los dedos con su otra mano, casi como si quisiera que no se moviera de ahí.

Notar su mano en ese momento era el mayor placer que podría haber esperado Eliot. Sintió que lo inundaba la resolución.

—Yo todavía lo siento. ¿Y tú?

—Todo el tiempo. Sobre todo por las noches.

—Creo que tenemos que irnos.

—Acabamos de llegar.

—Exacto. No quiero desperdiciar ni un minuto más.

—Yo tampoco —dijo Abigail riendo—, pero me muero de hambre y quiero cenar.

—Dame algo al menos para aplacarme un poco. —La acercó a él y la agarró con más fuerza. Levantó la mano hasta su cara y se detuvo de repente, con miedo de tocarla.

Ella sintió el calor que emanaba de su palma y cerró los ojos por la líquida anticipación.

—Tócame, Eliot, por favor —susurró.

—No sé cómo.

Ella abrió los ojos para mirarlo.

—Claro que lo sabes.

—Es que he soñado y planeado este momento tantas veces en mi imaginación… —Se había acercado mucho a su oído y le susurraba apasionadamente—. A veces era tierno y lento y otras fuerte y exigente, pero ahora que te tengo aquí, aquí de verdad, Abigail, yo…

Ella liberó su mano, le rodeó el cuello con los brazos y le acercó la cara, librándolo de la necesidad de decidir. Lo besó con desesperación y abandono, gimiendo dentro de su boca, agarrándole mechones de pelo entre los dedos ansiosos; tras un segundo de duda, Eliot le respondió con el mismo deseo. Los ruidos del restaurante y las luces se convirtieron solo en un murmullo leve y distante.

Eliot bajó las manos y le recorrió la cintura, los costados, la parte de debajo de los pechos y metió la rodilla entre sus piernas a la vez que llevaba la otra mano a la parte baja de su espalda para ayudarla a mantener el equilibrio. Sus labios no llegaron a separarse mientras ella le tiraba de la camisa, sacándosela de los pantalones. Cuando por fin pudo poner la mano en su cálido y musculoso vientre, piel contra piel, sintió que un engranaje antiguo y perdido de su maquinaria psíquica encajaba a la perfección en su lugar.

Paz.

Amor.

—Te quiero, Eliot —dijo entre besos—. Te quiero tanto… Tenía mucho miedo. —Sus labios se apartaron de su boca y pasaron a su cuello, el suave lóbulo de su oreja, la piel de su sien—. Oh, Dios, cuánto te he echado de menos.

Estaba a punto de darle otro beso en los labios cuando él la apartó bruscamente, solo unos centímetros, pero lo justo para detenerla.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que el año pasado era demasiado insegura, demasiado inmadura y estaba demasiado asustada. Me asustabas, Eliot. Eras tan… ardiente.

—Dilo otra vez. Ahora. Mirándome a los ojos.

Ella parpadeó para dejar a un lado la pasión y lo dijo como si fuera un voto.

—Yo, Abigail Heyworth, te quiero, Eliot Cranbrook.

Él se la quedó mirando y todo el amargo enfado y los meses de confusión desaparecieron.

—Y yo te quiero a ti, Abigail. Creo que te he querido desde el momento en que entraste en el salón de Dunlear, como una Medusa salvaje que acabara de salir de la tormenta. —Siguió con el dedo la línea de su mandíbula, después pasó a la nuca y se detuvo junto a los rizos negros ensortijados que tenía en la base—. Siempre has sido mía, Abigail, ¿verdad? —Metió el índice entre el cordón y su cuello y miró, transfigurado, cómo se tensaba y se hundía en su piel—. No sé por qué no tuve el coraje de exigirte que lo admitieras. Habría sido tan fácil… Desde el principio he querido tenerte…

Ella echó la cabeza atrás para sentir el cordón más tenso y se mordió el labio por el puro placer que eso le proporcionaba.

—Parece todo tan obvio ahora, ¿verdad? —le susurró al oído, y después le mordió la aterciopelada piel que le rodeaba el pendiente.

Ella quiso ponerse de rodillas y metérselo entero en la boca allí mismo, sobre ese suelo de azulejos blancos que debía de tener siglos de antigüedad. Quería adorarlo de todas las formas posibles, poner en práctica todas las formas físicas que pudiera haber de hacerlo. Darle todos los dones de placer imaginables.

—Oh, Eliot. Te deseo muchísimo ahora mismo. No sé si voy a poder volver al restaurante.

Él se apartó un paso y se remetió la camisa en los pantalones.

—Vamos, será divertido. Bebamos champán, comamos ostras y disfrutemos de toda esa gente guapa.

—Ahora te parece divertido, ¿eh? Ya veo cómo va la cosa.

Se sacudió el pelo y bajó la vista para comprobar que la blusa de Sarah no estaba arrugada de una manera demasiado obvia.

—Estás perfecta.

Ella lo miró y vio cómo la recorría con la mirada.

—Será mejor que no me mires así cuando volvamos a entrar.

—¿O qué? —preguntó Eliot.

—O me colaré debajo de la mesa y empezaré a hacerte todas las cosas que he estado reviviendo durante este largo, demasiado largo, año pasado.

Le cogió la mano y empezó a caminar hacia el restaurante.

—Vete diciéndome.

—Es una lista bastante larga y exhaustiva.

—Me encantan las listas —aseguró, y le hizo un gesto para que entrara delante de él en el gran comedor del restaurante—. Después de usted, milady.

Ella lo miró por encima del hombro y le guiñó un ojo al oír ese viejo chiste privado sobre ser suya… y ser lady. Le guiñó ese ojo porque en ese punto todo era verdad.

Cuando volvieron a sentarse a la mesa ignoraron las miradas insistentes de Sarah y su sucesión infinita de preguntas durante el resto de la noche. Se rieron y charlaron con el flujo siempre cambiante de modelos, escritores y fotógrafos, pero la mano de Eliot nunca perdió el contacto con su cuerpo: subía y bajaba lentamente por su muslo, le cogía la mano por debajo de la mesa o colocaba el brazo de una forma despreocupada y posesiva sobre su respaldo.

Cerca de la medianoche Abby volvió hacia Eliot, pensando que aún estaba hablando con Dina, pero se lo encontró observándola en silencio. Lo miró inquisitivamente y preguntó:

—¿Ya te has divertido bastante?

—Y tú ¿has comido bastante? Vas a necesitar fuerzas.

Sus ojos azul oscuro brillaron con los iris color zafiro prácticamente ardiendo.

—¿Ves? —susurró—. Esa es la mirada que iba a hacer que me metiera debajo de la mesa.

—Nos vamos ahora mismo —gruñó de forma que solo ella pudiera oírlo y señaló a Sarah con la barbilla—. La cuenta te toca a ti. Añádela a la escandalosa cantidad de dinero que consideras que Danieli-Fauchard debería soltar para adquirir Zapatos Sarah James.

—Dinero bien gastado, Eliot, de verdad. Divertíos vosotros dos. No te esperaré levantada, Abigail.

Abigail gimió por la vergüenza, pero sabía que Sarah solo estaba intentando no dar mayor importancia al asunto. Se despidió de Benjamin y de Dina y besó a Sarah en ambas mejillas. Luego Eliot y ella se metieron en un taxi y se perdieron solo por un segundo la entrada de su primo, James Mowbray, en el restaurante.

Cuando el taxi recorría a buena velocidad el boulevard Raspail, Abigail se encaramó al regazo de Eliot y se sentó a horcajadas sobre él. Le cogió la cara firmemente con las manos, casi como si fuera a reprenderlo.

—¿Dónde has estado?

—He estado aquí todo el tiempo. —Le agarró las caderas estrechas—. Justo aquí —murmuró mientras empezaba a besarla, tirando de ella para apretarla contra su regazo—. ¿Dónde has estado tú?

—Aquí. —Le dio un beso en el cuello—. Y aquí. —Otro en los labios—. Y aquí. —Otro justo debajo de la oreja—. Y con frecuencia por aquí. —Le desabrochó un botón de la camisa y le besó la fuerte y cálida piel sobre el corazón—. Y siempre, siempre aquí. —Deslizó la lengua sobre su pezón y sintió la respuesta en su regazo y contra sus labios—. Oh, cuánto te he echado de menos, Eliot. No sabes cuánto lamento todo el tiempo que hemos perdido…

Él había dejado caer la cabeza sobre el reposacabezas del taxi mientras disfrutaba de sus entusiastas atenciones, pero su disculpa lo trajo de nuevo a la realidad.

—Basta ya de disculpas. Los dos fuimos unos idiotas. —Le cogió ambas manos entre las suyas y le dio un beso en cada palma antes de volver a poner una sobre su

pecho para que pudiera sentir el martilleo de su corazón—. Esto es lo que me haces. Solo tú, Abigail.

Por los ojos de Abigail cruzó una sombra al pensar que solo ella… y su prometida.

Él notó el cambio inmediatamente.

—¿Qué ocurre? No podemos permitirnos más malentendidos estúpidos. Dímelo.

—La idea se ha cruzado por mi mente. No quiero ser difícil, ni derrotista ni nada, pero solo… solo yo… ¿y tu prometida?

—Oh, Dios —murmuró y se volvió para mirar las luces que pasaban junto al coche—. Marisa.

—Ah. Hasta el nombre lo tiene bonito —comentó Abigail bajándose de su regazo y regresando al asiento a su lado.

—Todo esto fue idea suya.

—¿Qué?

—Esto no… —Señaló con un gesto la camisa desabrochada y el pelo despeinado—. Me refiero a que le dije la semana pasada que quería posponer o cancelar la boda…

—¿Ah, sí? —Abigail se sintió aliviada porque eso significaba que ella no tenía toda la culpa de la destrucción de los sueños de la pobre Marisa. Era más fácil pensar en ella ahora que Abigail había ganado. Podía permitirse recordar que se apellidaba Plataneau y no Platanera teniendo en cuenta que estaba en una posición en la que podía sentir lástima por ella.

—Sí, se lo dije. —Sonrió, pero era una sonrisa triste—. Y me dijo que no quería cancelarla, pero que creía que necesitaba sacarte de mi cabeza de una vez por todas.

—¿Sabe de mí? —A Abigail le dio vergüenza. Ahora se sentía una destrozahogares—. ¿Sabe que la has dejado por mí?

—Bueno, sí, supongo. —Eliot se detuvo un momento para elegir sus palabras—. Sí. La dejé para estar seguro. Para estar seguro sobre ti.

—Aun así me siento fatal. Si no fuera por mí, vosotros dos…

—No. No habría habido «vosotros dos». Esto nunca tuvo que ver contigo personalmente. Le dije que había tenido una relación con alguien antes de conocerla y que todavía tenía sentimientos… sin resolver.

—¿Y están así?

—¿Están así, cómo?

—¿Están tus sentimientos sin resolver?

—¿Cómo puedes siquiera preguntarme eso? —De repente estaba furioso—. Para. Claro que ya no están sin resolver. En cuanto me pusiste la mano en el brazo antes… No, en cuanto te vi en la ventana de Ritz, el primer pensamiento que tuve no fue ni un pensamiento siquiera, fue pura convicción. ¡Por fin! Una total resolución.

Abby se sintió muy feliz al ver que su determinación era exactamente igual a la de ella; era algo muy gratificante. Pero el sentimiento de culpa por la pobre Marisa hizo que se quedara mirando las manos que tenía unidas en el regazo en lugar de dejar que Eliot viera el verdadero placer que sentía.

—Te ha gustado oír eso, ¿eh? Vuelve aquí. —Tiró de ella para que recuperara la posición en su regazo.

—Me gusta cómo suenan palabras como «resolución»… —Volvió a acercar su mano fría a la piel cálida de su pecho—. Y «convicción»… —Le recorrió el labio inferior con el pulgar de la otra mano—. Palabras que salen de tu boca cuando hablas de tus sentimientos por mí. —Hundió el pulgar en el sedoso calor de su boca—. He estado viviendo una media vida infernal de confusión e indecisión durante demasiado tiempo. —Movió las caderas de forma provocativa—. La dura realidad me parece algo increíble, para variar.

MIENTRAS QUE UN AÑO ANTES Abigail se preocupó y se agobió por todo, desde que su madre pudiera sospechar que no iba a dormir en su habitación hasta que el portero de noche del Plaza Athénée pensara que era una prostituta, ahora no le habría importado que Eliot la hubiera arrastrado por el mármol del vestíbulo dorado sujetándola por el pelo con una mano y con un garrote prehistórico en la otra. Él caminó con prisa hasta el ascensor llevándola de la mano; ella tropezó un par de veces y soltó una risita porque las botas de tacón de diez centímetros de Sarah, combinadas con su excitación risueña, la convertían en una adolescente atontada sin la más mínima coordinación.

—Nunca pensé que tú fueras de risitas.

—No son risitas. Era una risa profunda y sexy.

Tiró de ella con mayor urgencia.

—No hay duda de que era una risita.

Justo entonces la punta de una bota se enganchó en el borde de una de las gruesas alfombras orientales que cubrían el suelo de mármol de camino a los ascensores. Eliot tiró fuerte de la mano que le estaba dando y la agarró bajo el otro brazo para sujetarla. Después la envolvió en un abrazo perfectamente orquestado.

—¿Es que voy a tener que llevarte en brazos por todo el vestíbulo? —susurró hundiendo la nariz en su abundante melena oscura.

—No me importaría que lo hicieras.

Eliot no tardó ni un segundo en cogerla en brazos para dar los diez últimos pasos que quedaban hasta la zona de ascensores. Abigail chilló y después no dejó de reír bajito. Enterró la cara en su cálido cuello y su pecho que olía a limpio, tanto para ocultarla como simplemente para disfrutar de esa despreocupada y pública intimidad que había estado ocultando de cara al mundo y a sí misma durante tanto tiempo.

Ya dentro del ascensor, pulsó el botón de su planta y bajó el cuerpo pequeño y tenso de Abigail pegado todo el tiempo a la parte delantera de su propio cuerpo. Cerró los ojos y se centró en reconocer todas las texturas que estaban recorriendo sus dedos y sus palmas: el vaquero pegado a sus piernas, la suave seda de la blusa, el calor tentador de la piel de su cuello. Ella le abrazaba la cintura y tenía la mejilla apoyada sobre su corazón.

Eliot le apartó un mechón de pelo con delicadeza para verle mejor la cara.

—Había olvidado que eras tan menuda. En mi mente te habías convertido en algo enorme. Pero de verdad que eres pequeñita.

—Y tú eres exactamente tan formidable y delicioso como recordaba. No dejaba de pensar —dijo contra la tela de su camisa— que cuando te viera en la vida real se disiparían todas esas locas fantasías…

—Ah, sí, las locas fantasías…

—Porque, reconozcámoslo, pensaba que nadie podría estar a la altura de esas locas fantasías. Y que ese sería el final. Verte en la realidad seguro que sería una decepción. —Lo miró con una mezcla de ternura y diversión y le pasó la mano sobre la bragueta del pantalón, saboreando la sensación de notarlo duro contra su palma —. Pero qué tonta he sido.

Eliot cerró los ojos y gruñó encantado. Las puertas del ascensor se abrieron al llegar a su piso y eso los llevó de nuevo al presente. Salieron cogidos de la mano y no hablaron mientras caminaban por la mullida alfombra del pasillo. El corazón de Abigail estaba empezando a latir con fuerza de nuevo. Había pensado que las palpitaciones iniciales en La Coupole eran algo excepcional, pero al parecer la taquicardia iba a ser un elemento regular de su vida con Eliot.

Apareció una sonrisa involuntaria de felicidad incandescente en su cara.

«Su vida con Eliot.»

Él sujetó la puerta para que ella entrara.

—¿Por qué sonríes, preciosa?

—Estaba reflexionando sobre la posibilidad de que tal vez vamos a tener que contratar a un cardiólogo, porque parece que mi corazón tiende a acelerarse cuando estoy cerca de ti. Y después he pensado que eso iba a ser «parte de mi vida con Eliot». Y me he dado cuenta de que eso suena muy bien: Mi-vida-con-Eliot.

Eliot cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía y el estrépito los sobresaltó a los dos. Agarró a Abigail con toda la fuerza y el impulso que había estado conteniendo casi desde que la conocía —en la playa en Bequia, en el sofá de sus padres en Iowa— y que solo había llegado a intuir un año antes en esa misma ciudad.

Le quitó la blusa con un movimiento rápido y se quedó parado, petrificado, al ver el sujetador de encaje que llevaba.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Ella notó el rubor desde el pecho, subiendo por el cuello, hasta que le ardieron las mejillas.

—¿Has ido a comprar lencería sin mí otra vez? —Metió el dedo bajo el delicado encaje del borde de la copa y siguió por la cinta de satén que lo sujetaba a su hombro.

Ella asintió y ronroneó porque no podía hablar a consecuencia del placer que le producía su contacto.

—Muy bonito. Precioso. Nunca había visto nada como esto.

—Me lo hicieron a medida —susurró—. Fue terriblemente caro.

Eliot rió.

—Date la vuelta. Quiero verlo. Quiero verte con ello.

Ella gimió y se dejó llevar por todo el placer que se acumulaba en su interior cuando Eliot quería mirarla así.

—Exquisita. Eres exquisita, Abigail.

El sujetador desapareció segundos después. Agachó la cabeza hasta su pecho y le besó un pezón expuesto, apenas rozando con los labios la piel suave y sensible. Trazó un lento círculo con la lengua alrededor de la punta dura y después lo atrapó entre los dientes y lo rozó repetitiva y casi dolorosamente.

Abigail no había logrado recuperar el aliento desde que cruzaron el pasillo. Todavía tenía una mano entrelazada con la de Eliot y la otra agarraba desesperadamente su pelo grueso y ondulado. Gimió diciendo su nombre mientras la inundaban unas sensaciones muy intensas. Eliot se puso de rodillas para poder quitarle con más facilidad las provocativas botas de ante que Sarah había insistido en que se pusiera.

—Esa mujer es un agente del demonio —masculló mientras sus dedos luchaban con los diminutos botones que recorrían la parte interior de la pantorrilla de Abigail.

—Creo que tiene una visión distorsionada de la paciencia de los amantes cuando las imagina —contestó Abigail casi jadeando.

Eliot inspiró hondo para centrarse en sus esfuerzos. Gracias a su persistencia logró quitarle las botas y después casi le arrancó los vaqueros y las braguitas, exquisitas, perfectas y a juego con el sujetador. Entonces se apoyó en los talones, todavía completamente vestido, y contempló su cuerpo desnudo y perfecto.

Le agarró las caderas y la miró a los ojos.

—Te adoro, Abigail.

Apoyó la cara en su vientre y le besó la piel suave justo por encima de la mata de vello. Hundió la lengua en su ombligo y fue bajando sin dejar de besarla. Con las manos la mantenía sujeta contra la pared en la estrecha entrada de su suite. Las luces eran tenues, excepto la que salía de una lámpara que había en algún lugar del salón, más adentro.

Su aliento caliente la estaba excitando sin tregua. Cuanto más se acercaba a su centro, que no dejaba de latir, más despacio iba. Inhalaba su aroma, la acariciaba con la nariz, lamía la piel suave de la parte superior de su muslo. No dejaba de acercarse para después alejarse. Ella empezó a gemir con fuerza por el deseo. Sintió que la humedad de su necesidad empezaba a resbalar por el interior de sus muslos.

—Eliot, por favor —susurró.

Él le abrió más las piernas y hundió su lengua en ella. A los pocos segundos notó el inicio de su clímax. Mordisqueó, lamió y acarició hasta que ella gritó sujetándole la cabeza con todas sus fuerzas mientras él la sostenía con los brazos rodeándole la cintura para darle un punto de apoyo. Pero no dejó de deslizar la lengua sobre su

piel resbaladiza, haciendo que su orgasmo siguiera y siguiera, llevándola más allá de cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

Más allá de sí misma.

Temblando en sus brazos, Abby por fin se dejó caer sobre sus fuertes y anchos hombros, gimiendo en voz baja su nombre en una especie de súplicas repetitivas y lastimeras.

Eliot decidió hacerle una última caricia con la lengua y después apoyó la mejilla contra su centro mojado y hermoso. Inspiró hondo, tanto para recuperar el aliento como para llenarse los pulmones de su olor, para llenar de ella todos sus sentidos. Su propio deseo estaba provocando que estuviera tan duro contra la tela de los pantalones que no estaba seguro de poder levantarse fácilmente de allí, pero la primera y dulce rendición de Abigail era suficiente incentivo para que consiguiera que los dos fueran hasta la enorme cama que esperaba en la otra habitación.

La llevó colgada sobre su hombro derecho, con los brazos flácidos junto a su espalda. Apartó la colcha de un lado de la cama y la tumbó con una lentitud cuidadosa. Ella parpadeó para abrir los ojos y le sonrió cuando la miró. Levantó una mano hasta su cara, con un deseo momentáneo de ocultarse de la fuerza de su amor, pero después se lo pensó mejor y dejó caer el brazo sobre la almohada de al lado. Cerró los ojos y arqueó la espalda hacia él, estirándose, ofreciéndose, animándolo a acercarse a su cuerpo. Cuando volvió a abrir los ojos, él se había quitado toda la ropa excepto los bóxers ceñidos. Recorría el elástico con el pulgar. Abigail tenía todos los sentidos tan agudizados que podía oír la leve fricción del vello de su vientre cuando pasaba el dedo sobre él en un gesto indolente que era enloquecedor. Le pareció deliciosamente excitante. Se puso a cuatro patas y se lo quedó mirando.

—¿Necesitas ayuda con eso?

—Ah, pues sí. Creo que sí —respondió Eliot, y apartó las manos, dejándolas caer junto a sus costados.

Ella se acercó al borde de la cama y se irguió poniéndose de rodillas. Él seguía siendo mucho más alto, pero aquel era un ángulo perfecto para verlo en toda su gloria masculina. Su erección tensaba el algodón azul pálido, y Abigail dejó que sus pensamientos volaran y que su cuerpo tomara el mando.

Tenía intención de devorarlo. Por fin. Se acabó lo de darle tantas vueltas a todo. Se acabó la política de género. Se acabaron las preocupaciones. Él era la persona que más quería en el mundo y le iba a demostrar su amor con todas las posibles manifestaciones de deseo. Incluida la devoción.

Agachó la cabeza, apoyó las manos en su cadera y mordió la tela que le cubría el pene. Él empezó a acariciarle la espalda, siguiendo su columna suavemente con los dedos, mientras ella dejaba que su curiosidad y su amor fueran tomando forma. Abarcó con las manos los duros músculos de su trasero y las metió por debajo de la tela. La transición entre el vello de sus piernas y la suave curva de su culo hizo que el corazón le empezara a latir con fuerza de nuevo y debió de dejar escapar un ronroneo involuntario de placer.

—Ah, ese ronroneo… —susurró Eliot como si acabara de descubrir un pozo tras un largo viaje por el desierto. Hizo que sus manos imitaran lo que ella le estaba haciendo, estirando las palmas para acomodarlas a la redondez de las caderas y el culo de Abigail y dejando que su pulgar se aventurara seductoramente hacia la carne suave y rosada entre las nalgas.

—Ahí está mi límite. —La voz de Abigail sonó ronca y tensa.

Le arrancó los bóxers como si fueran la cosa más ofensiva y despreciable de la tierra.

A Eliot le preocupó durante un segundo que Abigail se hubiera sentido incómoda por esa forma tan provocativa de tocarla, hasta que ella se decidió a metérselo en la boca y volvió a llevar la mano a su trasero para agarrárselo, tirar de él y seguir el mismo camino que había hecho su mano. Eliot dejó caer la cabeza de puro placer y sus pensamientos solo eran frases a medio formar que incluían las palabras «belleza», «amor», «felicidad» y «Abigail».

Bajó la vista para mirarle la cabeza, que se movía acompasada con el ritmo de su boca y su lengua. Hundió su mano derecha en una preciosa melena negra y la izquierda la dejó en la parte baja de su espalda. Justo antes de perder del todo el control, apartó su cabeza con un firme tirón del pelo y ella le sonrió a la vez que se lamía los labios, disfrutando de su sabor. Sus ojos grises, que se veían casi negros por el placer, lo miraban llenos de amor.

—Estoy tan feliz, Eliot… No sabía que se podía ser tan feliz.

Él se quedó mirándola simplemente maravillado.

—Yo te haré muy feliz, Abigail. —La echó sobre la cama boca arriba con un movimiento suave y despreocupado, y después se puso a horcajadas a la altura de su cadera, se quedó de rodillas sobre ella y le estiró los brazos por encima de la cabeza—. Voy a hacer todo lo que pueda, cualquier cosa, para ver esta expresión en tu cara todos los días y a todas horas. —Estiró la mano hasta el cajón de la mesita de noche y ella aprovechó la oportunidad para lamerle un pezón cuando se acercó para coger el preservativo.

—Dios santo, Abigail. Eres increíble.

Se quedó así sobre ella, que no dejó de lamerle y mordisquearle el pezón hasta que ya solo fue un bulto pequeño y duro en su boca.

Se obligó a soltar el aire que había estado conteniendo, se colocó entre sus muslos y se sentó sobre los talones para abrir el envoltorio y ponerse el condón. Cuando terminó, levantó la vista y vio que lo miraba.

—¿Preparada para mí, Abigail?

—Oh, Eliot. —Una lágrima se escapó de uno de sus ojos y volvió la cabeza para ocultársela.

Eliot le agarró el mentón con firmeza y la obligó a mirarlo.

—Dime que me deseas ahora mismo, Abigail.

Abby cerró los ojos un momento, como si así pudiera contener o controlar la oleada de emociones. Cuando volvió a abrirlos, había más lágrimas cayéndole por la sien.

—Siempre te he deseado, Eliot. —Se le quebró la voz—. Pero nunca más que ahora. En este momento tú… lo eres todo.

Él no dejó de mirarla mientras la mano que había estado en su cara la abandonó para subir lentamente por todo su brazo. Se estiró sobre su cuerpo, imaginando que podía sentir todas las conexiones moleculares, todos y cada uno de los átomos de su experiencia compartida. Cuando la tocaba, parecía crear nueva materia combinada. Él ya no era Eliot y ella no era Abigail; ambos eran algo nuevo y fantástico juntos.

La besó despacio en los labios y su lengua le acarició el labio inferior.

—Va a ser ahora, Abigail, ¿está bien?

Ella asintió.

—Dímelo. —Su voz era baja y ardiente junto a su oído—. Quiero oír tu voz preciosa y musical cuando entre en ti. Nunca me he sentido tan unido a nadie.

—Sí, por favor, mi querido Eliot, sí… —Se quedó sin aliento cuando él entró hasta lo más profundo de su interior con un movimiento fluido y poderoso.

Eliot vio cómo se le dilataban las pupilas al ajustarse a la realidad, la realidad física de su cuerpo fundiéndose con el de ella. Al principio se quedó muy quieto, aunque su cuerpo se rebelaba ante la idea de detenerse por ninguna razón. Pronto su sangre le exigiría satisfacción, pero durante unos momentos (segundos o minutos, no lo sabía) quería que ese momento quedara congelado en el tiempo: el primer momento de toda la vida que iban a pasar juntos.

Se quedó con una imagen mental exacta de los destellos plateados de sus iris, rodeando el profundo negro de sus pupilas, y de sus gruesas pestañas oscuras que estaban muy quietas. El lento movimiento de su lengua en la comisura de su boca presagiaba una inspiración brusca, como si estuviera literalmente haciendo hueco en su alma para acomodarlo, para dar la bienvenida a su ser.

—Te quiero, Abigail —dijo—. Ahora es perfectamente obvio, ¿no?

Otra lágrima cayó por su mejilla y le dedicó una sonrisa agradecida. Él se apartó un poco solo para empezar con el ritmo que sus cuerpos demandaban, pero en ese momento un destello de preciosa y desesperada necesidad cruzó la cara de Abigail.

—No te muevas, por favor. Es tan perfecto…

—Pero va a mejorar, te lo prometo. —Se movió un poco para demostrárselo: salió despacio y después inclinó las caderas para tocarla exactamente donde ambos sabían que necesitaba que la tocaran.

Abigail sintió que la tensión inicial empezaba a ceder.

—Eso es —la animó él—. Relájate conmigo.

Y lo hizo.

Dejó que condujera su cuerpo como lo haría con un coche. La dirigió en su placer, guiándola, hasta que ella empezó a ir al encuentro de sus embestidas, arqueando sus firmes y estrechas caderas para encontrarse con las de él, echando atrás la cabeza en un estado de abandono que nunca había podido imaginar, ni siquiera en esas fantasías locas. Eliot hizo que se tensara tanto que Abigail pensó que podía llegar a romperse. Sus labios, sus dientes y la leve aspereza de su barba incipiente hicieron que sus pechos ardieran. Los pezones parecían estar conectados con lo más profundo de su ser: cada beso o tirón que él le daba la enviaban más allá, más profundamente a ese reino del placer absoluto.

Cada parte de ella que él poseía le hacía a él más suyo. No dejó de elevarse para ir a su encuentro una y otra vez.

Cuando sintió que ya no podía posponer ni un segundo más la culminación de esa felicidad compartida, la consumación final de toda esa espera y necesidad, levantó las caderas contra las de Eliot como súplica y como regalo, ofreciéndose a él, tomando y dando. Y después simplemente se dejó llevar lejos del mundo, desconectada, perdida para todo excepto para él. Su voz, un grito distante y extraño, se entrelazó con su rugido gutural de triunfo, un grito antiguo y muy conocido.

Poco después, demasiado pronto en realidad para Abigail, él se estaba apartando de ella y oyó los ruidos que hacía al quitarse el condón y utilizar unos pañuelos que había en la mesita. Ella se tumbó de lado, juntó ambas manos, las colocó entre su mejilla y la almohada y se dedicó a observar la musculosa fuerza de su espalda. En ese momento le pareció que podría pasarse la vida mirando ese juego de músculos y piel a pocos centímetros de su cara.

Él debió de pensar que se había dormido, porque abrió mucho los ojos por la sorpresa cuando se dio la vuelta y se la encontró totalmente despierta y mirándolo.

—Oh, todavía estás despierta.

—Del todo.

La miró a los ojos y vio que volvía su aire travieso habitual. Deseó que llegara el momento en que pudiera llevarla de nuevo a ese lugar de magia negra y plateada.

—¿Por qué me estás mirando tanto a los ojos? —preguntó Abigail.

—Porque son deliciosamente reveladores.

—¿Cómo?

—Ah, tienes ganas de recibir cumplidos, ¿eh?

Ella agradeció su contacto cuando empezó a acariciarle lánguidamente la curva de la cadera y parpadeó despacio para animarle a seguir.

—Hum…

—Cuando estás en modo profesional, como cuando llegué a la mesa del restaurante esta noche y tú no sabías si iba a caer a tus pies o te iba a ignorar del todo, tus ojos eran fríos, opacos, de un gris acero y las pupilas se veían diminutas: acceso denegado. —Su mano siguió acariciando su cuerpo mientras sus palabras le acariciaban el alma—. Después, cuando conseguí un poco de lo que quería en el pasillo junto a los baños, o tú me lo diste, o lo que fuera… (ahora hablaremos de eso del dar y el tomar) en ese momento el metal fundido de tus ojos empezó a brillar. —Acercó la mano a su cara para seguir el contorno delicado de su ceja—. Y cuando estabas de rodillas en la cama, acariciándome con los labios, la lengua y…

Ella enterró la cara en la almohada, avergonzada al oírle contarlo. ¿De verdad había sido tan ansiosa?

Él hizo que volviera a poner la cara donde la tenía, a solo unos centímetros de la de él mientras hablaba.

—Es la imagen más bella que he visto. Por favor no lo conviertas en otra cosa. Estabas tan guapa y tan feliz, y a mí me estabas haciendo tan dichoso… Eras como una salvaje seductora, una hechicera con esos ojos negros y profundos, ojos que conocían el placer, que conocían mi placer y el tuyo, creo, que llegaban hasta lo más profundo de nuestras almas. —Le cogió un mechón de pelo y lo frotó entre el índice y el pulgar, igual que había hecho en Bequia—. Y al final, cuando alcanzamos el clímax a la vez, sentí que podía verlo todo, toda la galaxia y múltiples universos, ahí, en el fondo de tus ojos plateados.

Le dio un beso en ambos párpados en una afirmación silenciosa.

Se quedaron así, muy cerca el uno del otro, durante muchas horas. Abigail se levantó para ir al baño o coger una botella de agua, pero se pasaron el resto de la noche simplemente tumbados juntos dentro del suave y fresco perímetro de su mundo privado. A veces hablaban de cosas triviales: las comidas que les gustaban, sus opiniones encontradas sobre la siesta, lugares a los que querían ir… Y otras veces de cosas profundas: hijos, compromiso, familia. Sí, sí y sí.

Cuando el sol de la mañana empezó a brillar con su luz prometedora y evocadora, Abigail, que se estaba quedando dormida, se levantó para ir al baño de nuevo y sacar un zumo del minibar. Cuando volvió junto a la cama, encontró a Eliot sentado con las sábanas rodeándole la cintura y cubriéndole las piernas y todas las partes interesantes, pensó Abigail con cierta lujuria.

—¿Por qué te has tapado? —preguntó—. No me gusta que estés tapado —añadió con una mirada petulante.

—Me estaba preguntando por qué no me dijiste que eras virgen cuando estuvimos juntos la otra vez.

Se quedó parada allí, al pie de la cama, sujetando la pequeña botella de cristal verde de zumo de melocotón francés con las dos manos, como si ese recipiente frío la estuviera anclando a ese lugar.

—Eras virgen. —No era una pregunta.

—No.

—Abigail, por favor. Después de todo, solo sé sincera conmigo. ¿Por qué me ocultaste eso?

—¡No te estaba ocultando nada! —De repente estaba furiosa—. Es un concepto ridículo. Yo tuve una relación «completa» con una persona durante una década. Es absurdo actuar como si hasta entonces hubiera estado… inmaculada o algo así. —Pronunció la palabra «inmaculada» como si tuviera veneno en los labios.

—No estamos hablando de eso.

—¿De verdad, Eliot? Creo que te vendría bien revisar todos tus siglos, milenios incluso, de patriarcado y después volver a decírmelo. ¿Crees que esto no va de pureza? La propia palabra está cargada de ideas retorcidas y significados falsos: «virginidad». ¡Piénsalo!

Eliot sonrió y salió de la cama, y la ira de Abigail creció. Se acercó y se colocó detrás de ella. No podía seguir enfadada con él (si es que se podía decir que lo estaba en un principio) con su cuerpo cálido y fuerte apretado contra su espalda y sus brazos rodeándola en un abrazo protector. Suspiró y se apoyó en él en un acto reflejo. Estaba a su lado, así que ella se acercaba a él como una planta al sol.

—Oh, Abigail. Pero qué tonta eres.

Ella cerró los ojos plácidamente y se relajó contra su fuerza inamovible.

—Gracias por aclararme ese detalle.

—Por supuesto que me importan un bledo todas esas chorradas de la virginidad: pureza, preservación, lo que quieras… Pero habría sido algo más cuidadoso si me lo hubieras dicho. Fui muy brusco, por Dios. Me faltó poco para clavarte a la maldita cama.

Ella sonrió y sintió que se le tensaba el vientre ante la agradable perspectiva de que Eliot la clavara a cualquier parte. Atravesada por la lujuria. El amor, se corrigió. Quería que él se lo hiciera todo: que hiciera lo que quisiera con ella, que la atacara, que la forzara, que estrellara su cuerpo contra el de ella.

—Ah, pero qué pervertida eres —le susurró al oído cuando ella ladeó el cuello y sonrió aún más, con los ojos todavía cerrados—. Quieres que te lo haga así, ¿eh? —Le mordió el cuello y se lo acarició con la lengua.

—Preferiría que no me hicieras admitirlo. —Su voz remilgada era el epítome de la formalidad patricia más elevada—. Pero sí.

Eliot se echó a reír con carcajadas incontrolables y la abrazó más fuerte a la altura de sus brazos. Abrirse a todas las potenciales mutaciones de su amor, todas las ramificaciones posibles allí en sus brazos, con esa botellita de zumo en la mano, era algo casi más íntimo que hacer el amor.

El repentino enfado de Abigail ante la pregunta sobre su virginidad provenía de su idea totalmente errónea de que él valoraba ese detalle o le daba una falsa importancia por razones que a ella la horrorizaban.

—Lo siento, Eliot. Parece que siempre estoy pensando mal de ti.

Él no dejó de mordisquearle el cuello y la oreja.

—No tienes que disculparte. —Le chupó la piel suave bajo la oreja y después la base del cuello y continuó—: He tenido todo un año para hacerme a la idea de que eres una intolerante misándrica de miras estrechas.

Ella salió de entre sus brazos y se volvió para mirarlo.

—Retira eso. Yo soy la persona con la mente más abierta que has conocido en tu vida.

Abigail dejó la botella de zumo en una mesita cercana y cruzó los brazos sobre el pecho al descubierto, de repente sintiéndose un poco a la defensiva y muy desnuda.

Eliot no tenía ningún reparo por su desnudez; fue caminando hasta el sofá, se sentó como si llevara su mejor traje italiano y colocó un pie despreocupadamente sobre la rodilla opuesta.

—No voy a retirar la verdad, Abigail. —Se quedó mirando el dorso de su mano.

Al menos ella quedaba parcialmente cubierta de la cintura para abajo por una de las sillas que separaban la zona de salón de la de dormitorio. Quería ir hasta el armario y ponerse uno de los gruesos albornoces del hotel, algo que le sirviera de cierta defensa, pero le pareció que sería como admitir una derrota.

—¡Eliot! Soy yo, Abigail. ¿Cómo puedes acusarme de intolerante?

—Tienes un corazón de oro en lo que respecta a los desamparados, Abigail. Pero el resto de nosotros… Bueno, simplemente somos culpables.

Ella resopló con incredulidad. Lo que había dicho era demasiado absurdo para rebatírselo. ¿O no?

—¡Eso no puede ser cierto! —dijo categóricamente, pero se notaba un leve tono de inseguridad en su voz. Quería que Eliot la absolviera.

—Abigail, reconócelo y sigamos adelante. Fuiste tú la que asumió que te iba a echar un polvo y si te he visto no me acuerdo. Vale, reconozco que tal vez parecía que yo estaba por la labor, pero aun así… Y tú has sido hace solo unos minutos la que ha asumido que te exigía conocer el estado de tu prístino himen como una especie de prueba medieval de tu pureza o alguna chorrada de esas. Yo nunca te he encasillado. Bueno, casi nunca. Pero tú pareces dispuesta a meterme en el mismo saco que cualquier arquetipo chauvinista de Cromagnon trasnochado que se pueda encontrar. Admítelo. O no, tú verás. —Entonces se encogió de hombros para dar a entender que la verdad era tan evidente que su admisión o negación no la iba a alterar ni lo más mínimo.

Abigail se mordió el labio inferior con fuerza en un intento doloroso de evitar esa verdad. Era demasiado desagradable, sobre todo después de una noche tan maravillosa. ¿Por qué se iba a mostrar tan displicente en cuanto a lo despreciable que era como persona? ¿Después de todo eso, de todas las conversaciones en voz baja y su forma de hacer el amor?

Soltó una carcajada a la vez que todas las lágrimas de dolor empezaron a llenarle los ojos y caerle por las mejillas.

—Supongo que ahora que estamos juntos otra vez y que puedes ver mi interior tan bien, será mejor que reconozca que me he convertido en lo que se suele llamar una llorona. —Se enjugó una lágrima descarriada antes de que se convirtiera en un mar de llanto.

Eliot estaba frotando el brocado de seda gris pálida de uno de los asientos que tenía a su lado. Al principio era un gesto distraído, pero cuando sus ojos se encontraron con los de Abigail, dio unas palmaditas y acarició el asiento con un movimiento circular de invitación.

—Ven.

No sabía si fue por el tono autoritario de su voz, por las connotaciones de sus gestos o la mirada seductora en sus ojos, pero Abigail lo miró a través de las pestañas mojadas y sintió la tensión y el calor de su respuesta física. Le deseaba otra vez. Dejó caer los brazos, abandonando su posición protectora y desafiante con ellos cruzados sobre el pecho. Quería que Eliot la viera mientras caminaba hacia él, yendo a su encuentro. Recorrió los pocos metros que había entre ellos y se quedó de pie, desnuda y dispuesta, delante de él.

—¿Dónde me quieres?

Él se quedó sentado mirándola como si fuera una modelo de pasarela que estuviera examinando para los desfiles de esa semana. O una purasangre. Incluso una posible inversión. Los ojos de Abigail se veían a la vez tormentosos y sumisos mientras él la contemplaba, convirtiéndola en un objeto. Se inclinó hacia delante y la recorrió con una uña desde la base del cuello hasta el caliente y húmedo lugar entre sus piernas. El leve contacto hacía que le ardiese la piel. Eliot mantuvo un momento la presión, provocándola, y vio que agitaba los párpados por el placer y que después sus ojos recuperaban cierta resolución metálica.

—Ríndete, Abigail. —No había nada diplomático en la forma en que Eliot le estaba hablando. Su tono era profesional. La tenía en la palma de la mano. Su dedo permaneció sobre esa protuberancia necesitada y después se deslizó un poco más adentro—. Quieres que te haga de todo, ¿verdad?

Su cuerpo tembló en respuesta, pero su mente estaba medio paso por detrás, con un pie atrapado en un lodazal de retórica y teoría. ¿Qué significaba que quisiera rendir todas las células de su cuerpo al contacto lleno de amor de aquel hombre? Era lo que quería. Quería darle eso. ¿Por qué seguía buscando razones por las que eso tenía que estar mal?

Su dedo empezó a deslizarse despiadadamente, adelante y atrás, de arriba abajo, jugando con ella, tentándola, llevándola de nuevo a la desesperación. Y no solo física; le parecía moral, ética, más allá de cualquier cosa que pudiera haber anticipado o imaginado.

Eliot quería tenerlo todo de ella.

Y ella quería dárselo.

Abby subió las manos hasta los pechos y se los cogió, sujetando los pezones entre los pulgares y los índices, y empezó a imitar el ritmo perezoso que Eliot estaba llevando entre sus piernas. Hizo rodar las puntas en un movimiento idéntico al que realizaba él. La respiración de Eliot se aceleró.

Le iba a dar hasta el último gramo de su ser.

Y a cambio iba a quedarse con todo lo que él tenía.

—Sí —dijo.

ABIGAIL SE SENTÍA COMO AQUELLA chica Bond pintada de dorado que acababa muerta en la película *James Bond contra Goldfinger*. Estaba lánguidamente desmadejada encima de la enorme cama, tumbada boca abajo y con los brazos y las piernas abiertos, totalmente desnuda, con un brazo colgándole por un lado y su alborotada melena negra esparcida sobre la almohada y ocultándole parte de la cara.

Eliot salió del baño y se quedó quieto contemplando esa imagen erótica.

—Dios, Abigail —susurró.

Rodeó la cama para ver mejor su expresión relajada de absoluta satisfacción y le apartó con cuidado un mechón de pelo para deleitarse contemplando su cara. Estaba en otro mundo: un lugar que Eliot adoraba, esa zona en la que no estaba ni dormida ni despierta donde entraba después de los orgasmos más potentes. Todo su cuerpo estaba satisfecho, caliente y enrojecido. Los labios un poco separados. La lengua hacía un viaje nostálgico, perezoso y ocasional hasta la comisura de la boca. Los párpados estaban cerrados, pero sus ojos se movían debajo como si estuvieran reproduciendo imágenes de placer y satisfacción bajo esa piel tenue.

Sonrió para sí mientras se imaginaba la infinita espiral de placer en la que ambos podían perderse. Cuando la veía así, la deseaba con más fuerza que nunca. Y empezaba todo de nuevo; un cálido desenlace que solo servía para reavivar su excitación.

Eliot resopló contrariado; no le quedaba más remedio que romper el ciclo. Tenía el día lleno de reuniones y preparativos para las diferentes marcas de ropa de Danieli-Fauchard que iban a desfilar esa semana. Sin duda los gerentes de las marcas, los comerciales y la gente de marketing ya se habían ocupado de todo, pero se esperaba su presencia en todas partes, especialmente con los compradores de los grandes almacenes más exclusivos y los editores de las mejores revistas de Londres, Nueva York, París, Milán y Tokio.

Marcel era un inútil a la hora de tratar con la exigente prometida de Eliot (ahogó la culpa que le surgió al pensar en Marisa), pero su ayudante suizo era un genio organizando agendas. Comparaciones con los relojes suizos aparte, Marcel había orquestado perfectamente siete días de desayunos, reuniones matinales, comidas, reuniones vespertinas, cócteles y cenas, con los huecos necesarios para que Eliot pudiera asistir a los desfiles imprescindibles.

Cogió su teléfono, revisó la agenda del día y después miró el cuerpo tentador de Abigail. Ya se había duchado, así que tal vez había tiempo para algo rápido…

Apartó esa idea loca y caminó decididamente hasta el armario donde tenía su precisa selección de ropa. Como todavía era fin de semana, optó por unos vaqueros de Fauchard, una camisa de cuadros hecha a medida por un camisero de Roma y un jersey de cachemir de Ramazzotti. Algo en el deseado cierre del trato con esa familia le hizo recordar la primera vez que estuvo con Abigail en París. Tal vez ella tenía razón. Quizá entonces era demasiado pronto, todo estaba demasiado verde. Los tiempos de los dos no estaban bien.

Pero ahora…

Se sentó para leer unos cuantos correos en su ordenador portátil y después dio la vuelta a la silla del escritorio para disfrutar de la vista del culo de Abigail todavía un poco levantado, igual que lo había dejado él. Se obligó a mirar hacia otra parte y se ató metódicamente los cordones de sus gastados zapatos de piel de becerro marrón favoritos. Apoyó los pies en el suelo cuando acabó, se puso las manos en las rodillas e inspiró hondo.

Tenía que irse.

Se levantó y cruzó la habitación para acercarse a Abigail.

—Oye, preciosa. Despierta. —Le acarició la mejilla y después volvió a apartar su pelo desobediente para poder disfrutar de una última imagen de su cara sin nada que se la tapara.

—Hum…

—Sí, estoy de acuerdo, pero tengo que irme.

—Hum, Eliot…

—Vaya… —Estaba recorriendo con el dedo índice su labio inferior, encantado con la sensación de su suave borde y disfrutando del recuerdo de todos los lugares donde esa boca le había tocado. Gruñó y apartó el dedo cuando ella intentó metérselo en la boca—. Eres bastante exigente.

Abrió los ojos lentamente para mirarlo, con los párpados pesados por el sueño y el placer.

—Y tú muy bueno satisfaciendo mis exigencias.

Se puso boca arriba con los ojos cerrados de nuevo y estiró todo el cuerpo, con los brazos en dirección al cabecero, las piernas y los pies totalmente extendidos.

Tan tensa como un arco.

Era un gesto físico y metódico que probablemente hacía todas las mañanas, pero en ese momento Eliot reconoció que nunca había visto nada tan gratificante para el alma. Extendió la mano como si estuviera en un sueño y apoyó la palma sobre su vientre terso.

Ella abrió los ojos de repente y rió al notar su contacto.

—Me voy a pasar todo el día medio dormida —dijo con una especie de graznido.

—Por desgracia no puedo quedarme todo el día medio dormido contigo. Tengo más reuniones en los próximos siete días de las que he tenido el mes pasado. El momento que hemos elegido, como siempre, no es el mejor.

Se sentó en el borde de la cama sin apartar la mano de su vientre.

—Tengo miedo de acercarme más, porque si lo hago no voy a tener bastante fuerza de voluntad para resistirme. Dame un beso de despedida y di a la gente del hotel que traiga tus cosas a esta habitación. Ahí hay una llave para ti. —Señaló la mesita donde estaba la tarjeta-llave del Ritz junto a un vaso de agua—. ¿Qué más?

—Eres estupendo. Maravilloso. No tengo palabras para describirlo. Te adoro. —Se apoyó en un brazo y con el otro le rodeó el cuello, tirando de él para darle un beso rápido—. No voy a retenerte. Juega a ser ese poderoso cabeza de la industria que eres y piensa en mí solo de vez en cuando.

—¡Ja! Si fuera solo de vez en cuando quizá consiguiese ser moderadamente productivo esta semana. Pero mucho me temo que voy a estar tan distraído pensando en ti, imaginándote como estabas cuando he salido del baño hace un momento, con los brazos abiertos y una pierna por cada lado, que como mucho voy a conseguir hacer acto de presencia. Pero tengo que prestar atención a medias al menos. Así que dame otro beso y déjame ir.

Ella volvió a acercarse y le dio un besó suave en los labios y después otro en el cuello, inhalando profundamente para absorber todo su olor.

—Solo para aplacarme un poco —añadió repitiendo las palabras que había dicho él la noche anterior.

Eliot apartó la mano de la piel cálida y sedosa de su abdomen y se levantó a regañadientes.

—Tengo algo previsto para cada minuto del día, literalmente. ¿Quieres venir a alguno de los desfiles, o de los cócteles o las cenas? Algunos serán divertidos.

Ella ladeó un poco la cabeza, considerándolo.

—¿Sabes? Me parece que me gusta la idea de ser tu esclava sexual secreta, secuestrada aquí en tu habitación, siempre a tu disposición. —Le guiñó un ojo—. Pero si quieres que vaya detrás de ti con una correa de seda al cuello, tampoco me importa.

—Qué poco tienes que ver con lo que la gente piensa de ti. Eres incorregible.

Rió con un humor seductor y travieso.

—Lo único que importa es que soy todo lo que tú piensas que soy.

—Sin duda. Está bien, quédate aquí y sé mi mantenida durante el resto de tu estancia. Volveré como un héroe victorioso todas las noches para reclamar tus favores. —Eliot se puso una chaqueta ligera de color caqui y metió la cartera, el teléfono y la llave de la habitación en los bolsillos—. Pásatelo bien. —Le guiñó un ojo también y se fue.

Abigail no supo si llevaba dormida minutos u horas cuando el teléfono empezó a sonar. Lo ignoró. Después de todo era la habitación de Eliot. Lo último que necesitaba era a la pobre Marisa llamando desde África para consultar algún detalle sobre la boda. Pero no paró de sonar. Se detenía unos segundos y después se repetía otra sucesión larga y monocorde de tonos estridentes e infernales. Durante una de las breves pausas cogió el teléfono y llamó a recepción.

—*Bonjour*.

—Eh… Hola. Es que estaba, eh… de visita en la habitación del señor Cranbrook y parece que al teléfono le pasa algo, porque no deja de sonar. ¿Hay algún problema?

El pobre recepcionista francés carraspeó.

—Disculpe —empezó a decir con suma cautela—, pero la señorita Sarah James está intentando ponerse en contacto con… la huésped del señor Cranbrook.

Se oyó un ruido cuando Sarah le arrancó el teléfono al desconcertado conserje.

—¿Cuál es el número de la habitación de Eliot, Abby? —preguntó Sarah—. Te he llamado al móvil, pero salta el buzón de voz. ¡Esta situación es ridícula!

Abigail intentó no reírse mientras le daba el número de la habitación y colgó. Miró a su alrededor con ojos frescos y prácticos e hizo un intento rápido y torpe de eliminar al menos las más atroces evidencias de lo que había pasado en las últimas horas: un envoltorio de condón que asomaba por debajo del cubrecolchón y su ropa interior colgando de una silla. El resto de su ropa la colocó en un montón bastante ordenado en el baño y al pasar cogió uno de los enormes albornoces del armario. Volvió a la cama y tiró de la colcha para tapar las sábanas revueltas con la intención, vana, de cubrir la escena del crimen. Cuando la colcha se agitó en el aire, a Abigail le llegó una ráfaga de aire que era puro Eliot. Cerró los ojos para disfrutar de ese momento de evocación y, cuando sonó el golpeteo insistente de los nudillos de su cuñada en la puerta, reunió fuerzas.

Abigail debía de parecer exactamente lo que era: una amante agotada.

Sarah se quedó allí, asombrada, mirándola desde el otro lado de la puerta abierta.

—¿Quién eres tú?

—Qué graciosa. ¿Vas a entrar o solo quieres juzgarme desde el pasillo?

—Todavía no lo he decidido. —Sarah cruzó los brazos—. ¿Todo huele a sexo ahí dentro?

—Pero ¿qué acabas de decir? —Abigail rió y se tapó la boca para ocultar su vergüenza—. No te acerques a la cama y creo que no será para tanto. —Abigail abrió la puerta del todo y tiró de Sarah para que entrara en la habitación.

Sarah miró en el baño y después por todo el perímetro de la habitación, como si creyera que alguien estaba a punto de salir de detrás de un sofá o una cortina en cualquier momento.

—Sarah, Eliot se fue hace siglos…

—Lo sé, lo he visto en los desfiles de esta mañana. Ojalá le hubiera preguntado su número de habitación para no haber tenido que pasar por el trago de pedir al conserje que llamara. Cuando volví a nuestra habitación y vi que no había ni una nota ni nada, asumí que estarías todavía… recuperándote.

Abigail sonrió.

—Más bien.

—Me estoy esforzando por ser… refinada y no preguntarte por los detalles sórdidos, pero se te ve tan feliz que creo que vas a tener que darme algún adelanto al menos. ¿Ha estado fabuloso?

Abigail se sonrojó y sintió una oleada de emociones extrañas e inesperadas. Por un lado no quería hablar así de Eliot y reducir la importancia de lo que había pasado entre ellos. Cotillear sobre eso trivializaría la profunda experiencia que habían tenido.

Pero…

Lo que habían compartido, o creado, o descubierto la noche anterior era tan incandescente, tan intensamente vibrante, que Abigail sentía que la llenaba y le salía por todos los poros. Ni siquiera necesitaba decir nada; su cuerpo lo decía todo.

Miró a Sarah vacilante a través de sus pestañas oscuras y somnolientas.

Sarah dio un respingo.

—Oh, Dios mío. ¿Tan bueno?

Abigail mostró otra sonrisa conspiradora y asintió en respuesta sin decir nada. Sintió que la piel del cuello se le erizaba y se dio cuenta de que la conspiración no era solo con Sarah; quería conspirar con toda la raza humana. Su felicidad era infinita y se sentía llena de paz.

Sarah inspiró despacio y entornó los ojos.

—Bueno, no hay mucho más que decir, ¿no? ¿Quieres traer tus cosas aquí o que lo hagan los del hotel?

—¿No te importa? ¿Que me quede aquí en la habitación de Eliot? Sé que te hacía ilusión lo de tener toda la semana para hacer cosas de chicas y todo eso.

—Pero qué tonta eres. Claro que prefiero que te quedes aquí con Eliot, pero no podía decírtelo así, tal cual, cuando te invité a venir, ¿no te parece?

—Eres una canalla mentirosa… ¿Cuál dirías que es el equivalente femenino de canalla? ¿Bruja?

—Pero ¡qué cosas dices! Yo solo soy una mano cariñosa que… te ha guiado amorosamente hacia un futuro feliz.

—Es una forma de describirlo. ¿De verdad ayer te encontraste con Eliot por casualidad en la piscina?

—Te lo juro. No le dije nada de ti ni de nada. Fue todo intervención divina.

Por lo divinamente que Abigail se sentía en ese momento, estuvo a punto de creerla.

—Bueno, ¿qué vas a hacer el resto del día? —preguntó Abigail.

Se sacudió el pelo para intentar librarse de lo que pudiera quedarle del brillo del contacto de Eliot. Le daba la sensación de que le vibraban todos los lugares donde él la había besado, que eran… bueno, todo el cuerpo.

—Supongo que podría acompañarte a ti y a tu mente calenturienta a dar una vuelta por la ciudad —contestó Sarah—. ¿Quieres que vayamos a ver a Jack y a tu madre para tomar el té o cenar? Ya he hecho planes para ir a ver a mi abuela mañana por la noche. ¿Qué te apetece?

Abigail se ruborizó otra vez.

—Ponte la ropa, loca lujuriosa. Ven a recoger tus cosas y pediremos al botones que las traiga aquí. Después podemos salir a tomar una estupenda comida tardía. Has estado dormida la mayor parte de uno de los días invernales más bonitos que se recuerdan. Vamos a sacarte a ese mundo tan perfecto para que puedas brillar como deberías.

Una semana después, Marisa Plataneau estaba inquieta. El viaje de tres semanas a Tanzania había sido un éxito, como no podía ser de otro modo. El proyecto de la escuela ya había dado comienzo y las autoridades locales estaban trabajando sorprendentemente bien con los voluntarios. Pero ya estaba deseando que se terminara su viaje. No era nada escrupulosa cuando se trataba de pasar tiempo en junglas infestadas de malaria o en chamizos en el Sudeste Asiático llenos de cucarachas del tamaño de un ordenador portátil, pero quedarse atrapada en una escala en el aeropuerto de Frankfurt durante seis horas cuando ya estaba tan cerca de casa simplemente era demasiado. Todo el mundo tenía sus límites y permanecer en la sala de espera de Lufthansa tanto tiempo había acabado con su paciencia.

Cambió de expresión para que se notara un poco su frustración y después insistió:

—Sí, ya me ha dicho que han instalado la pieza que faltaba. Pero eso fue hace cuatro horas. ¿Cree factible que recuperase mi equipaje para que pudiera buscar la forma de seguir mi viaje?

—Eso no es posible. El equipaje debe permanecer en la bodega del avión. No podemos entrar y rebuscar entre todas las maletas que hay allí. Si quiere coger un tren que la lleve de vuelta a Ginebra, es libre de hacerlo, pero tendrá que ser sin su equipaje.

—Eso no es posible —repitió burlonamente Marisa y después imitó la apretada sonrisa que le acababa de dedicar Saskia, alias el Muro de Berlín, un momento antes —. No puedo irme sin mi equipaje.

—Lo que usted quiera —contestó la joven y volvió a su teclado, aunque Marisa estaba segura de que realmente no estaba escribiendo nada.

¿Qué? ¿Es que esa mujer era una institutriz? ¿Cómo que lo que ella quisiera?

Marisa se apartó enfadada del mostrador amarillo y volvió a su asiento en una esquina de la sala. El olor del café fuerte y rancio inundaba la estancia, y sintió ganas de vomitar. Abrió el aburrido libro que llevaba e intentó distraerse.

—¿Le importa que me siente aquí? —preguntó una voz masculina.

Marisa levantó la vista. «Hum. Veamos… Alto. Delgado. Ojos grises inquisitivos con largas pestañas negras. Bonito acento.»

—Claro, siéntese —respondió dejando que sus ojos pasaran del ángulo de la mandíbula de aquel hombre a su mano izquierda, en la que no había señales de anillo, con una punzada de… algo.

Ella nunca llevaba su anillo de compromiso cuando viajaba a destinos del tercer mundo asolados por la guerra. No solo para evitar un robo, sino también porque no era necesario mostrar tan abiertamente la dura disparidad entre la riqueza y la pobreza. Era de mal gusto. Pero desde que había vuelto a Europa se sentía casi desnuda sin él.

Aunque daba igual. Ese hombre joven y guapo que estaba a su izquierda solo se había sentado en un sitio que había libre, no intentaba ligar con ella.

Si fuera él, no se le ocurriría ligar con ella. Se miró las botas Doc Martens llenas de rozaduras, los pantalones de safari de color caqui, la camiseta ceñida de manga larga negra y negó con la cabeza. Parecía un mecánico de coches apaleado

—¿Va todo bien? —preguntó él.

Intentó ubicar su acento: pijo, alta sociedad, británico.

—Bueno, no me educaron para quejarme pero, aunque no me estoy quejando, sí que estoy a punto de gritarle a alguien.

Y entonces él mostró una fabulosa, espontánea y aterciopelada sonrisa y, *oh là là*, se echó a reír.

Marisa nunca había sido proclive a tener mariposas en el estómago ni nada por el estilo, así que se agarró esa parte de su cuerpo pensando que el cuarto expreso doble no había sido una buena idea. Pero cuando esa risa contagiosa cesó de repente, también lo hizo la respuesta de su estómago a la supuesta sobredosis de cafeína.

—Tiene una risa muy bonita —dijo ella sin pensar.

Él todavía tenía su ejemplar del *Financial Times* abierto delante de su torso y la miraba curioso por encima del borde. Entonces cerró el periódico dejando un dedo en la sección que estaba leyendo para marcar dónde se había quedado.

—¿Nos conocemos de algo?

—Creo que no. —Marisa sintió una breve oleada de fría suspicacia. Tal vez sí que quería ligar con ella.

—Perdón, ¿acaba de parecer que quería ligar con usted?

—Un poco.

—¿Cree que sería mejor que volviera a leer mi periódico?

—¡No! —respondió Marisa con demasiada intensidad—. No, por favor. Llevo aquí sentada seis horas, con todo el polvo del África subsahariana todavía atrapado en las costuras de los pantalones, y no he oído una palabra agradable en todo este tiempo. Si tengo que volver a hablar una vez más con Saskia, la tirana de Lufthansa, no sé si las dos saldremos vivas del intercambio.

Él dobló su periódico con cuidado y lo dejó en una mesita encastrada en la pared que había entre los dos. Le tendió la mano y se presentó:

—James Mowbray, un placer conocerla. Nadie debería tener que sufrir una estancia en la sala de espera de Lufthansa en solitario.

Marisa acercó su mano desnuda y sin adornos para estrechársela y, tras un breve movimiento arriba y abajo, de repente le costó soltarlo. Él no la retenía, pero tampoco parecía con ganas de liberarla. Le miró la mano, después la cara y sonrió. Estuvo a punto de exclamar: «Estoy prometida», pero al momento siguiente se sintió aliviada por no haberlo dicho y un segundo después culpable por ese alivio.

Devolvió la mano a su regazo y resistió la tentación de tocarse el pelo. Probablemente estaba tan sucio y desastrado como el resto de ella, pero eso no pareció molestar lo más mínimo a ese tal James Mowbray.

Tras todos los años que había pasado en Estados Unidos, el acento de Marisa sonaba casi totalmente americano. Nunca había sido capaz de dominar el sonido «r», pero Eliot decía que le daba un toque sexy y que no se esforzara demasiado en corregirlo.

Eliot. Su prometido.

Estaba sola y aburrida en un aeropuerto extranjero, nada más. Y por mucho que había intentado ser comprensiva tras la reciente confesión de Eliot, esa no era exactamente el tipo de conversación que quería mantener una mujer, ni siquiera la más confiada, a solo meses de dar el «sí, quiero». Marisa unió las cejas al pensarlo.

—¿Y usted es…? —preguntó James.

Cayó en la cuenta de que no se había presentado. Una parte pequeña y secreta de ella pensó en darle un nombre falso y sugerirle que buscaran una habitación en uno de los hoteles cercanos al aeropuerto. Tenía los ojos de un tono de gris increíblemente fabuloso y unos hombros… Bueno, no había duda de que tendría donde agarrarse, si surgía la ocasión.

—Me llamo Marisa Plataneau. Un placer conocerle.

—¿Es francesa?

—Sí. Pero he pasado la mayor parte de mi vida adulta en Estados Unidos y en Suiza. ¿Y usted? ¿Oxford o Cambridge?

—Ah, me hiere, señorita Plataneau. Es señorita, ¿verdad?

«Es concienzudo», pensó.

—Sí, por el momento.

—Mientras sea un sí, no quiero saber más. —Sonrió inocentemente y añadió—: ¿Quiere que vayamos a cenar?

Marisa rió y James sintió que algo antiguo y roto que había en su interior volvía a la vida. Y eso solo con invitarla a cenar…

—¿Y cuál de los fabulosos restaurantes del aeropuerto de Frankfurt vamos a honrar con nuestra presencia? ¿O vamos a ser atrevidos y coger un taxi hasta la ciudad? Obviamente, yo estoy vestida para una cena de cinco estrellas en Main Tower. —Se pasó las manos por la camiseta negra como si fuera una panadera quitándose la harina de todo un día de trabajo.

A James ese gesto le resultó muy atrayente. Sus manos se movían despreocupadas y familiares y parecían ajenas a sus preciosas curvas. Su figura, a pesar de sus comentarios de autorreprobación sobre el polvo subsahariano y las camisetas demasiado informales, era espectacular. La camiseta de algodón negro se ceñía sobre sus pechos firmes y turgentes, su cintura delgada y su vientre plano. Llevaba pantalones de cintura baja, pero no eran capaces de ocultar unas piernas infinitas y fuertes que parecían no acabar nunca sobre aquella horrible moqueta amarilla de nailon donde las tenía lánguidamente cruzadas por los tobillos.

Al recorrer con la mirada todo su atuendo polvoriento, ella creyó que estaba corroborando visualmente lo que acababa de decir de su apariencia bastante menos que satisfactoria. Pero entonces él levantó la vista y asintió con la cabeza.

—Obviamente.

Ella apartó la mirada para ocultar su placer. Quería que ese hombre le diera su aprobación. Más que eso, quería que viera a través de ella, más allá del pelo rubio largo y liso y los heladores ojos azules, a la mujer ardiente que había debajo. Con Eliot, sobre todo en los últimos tiempos, siempre había sentido que se estaba esforzando. A menudo sentía que tenía que estar siempre «en las mejores condiciones» cuando estaban juntos. Alegre. Optimista. Confiada.

Mientras que…

Mientras que James no parecía ser de esos a los que les gustaban las alegres, optimistas o confiadas. Parecía, por gracioso que resultara, que le gustaban las náufragas sin arreglar agotadas tras un viaje.

Ella soltó una exclamación que era puramente francesa y después preguntó:

—¿Eso era un cumplido?

—Bueno, sí. Creo que lo era. Es usted como un soplo de aire fresco.

Él le sostuvo la mirada y Marisa sintió el lento despertar de la atracción (que después se volvió bastante exigente). De repente se notó los pechos muy sensibles y

cruzó las piernas, como si él pudiera ver los pequeños músculos de su sexo tensarse en respuesta a su mirada penetrante.

Pero a pesar de las piernas cruzadas él lo vio. Fue consciente de todo. Unos minutos antes ella había querido que ese hombre viera lo más profundo de su ser y parecía que ese deseo se lo habían concedido rápidamente.

El anonimato de la sala de espera del aeropuerto de Frankfurt, que hacía un momento despreciaba, era ideal para lo que fuera que se estaba despertando entre ellos. Todos los demás viajeros estaban perdidos en sus actividades aisladas, ajenos a lo que los rodeaba: leyendo libros, escuchando música con diminutos auriculares, jugando a juegos en dispositivos portátiles o trabajando en sus ordenadores.

James y Marisa podrían haber sido invisibles.

Ella siempre había creído que era demasiado verbal para creer en la comunicación no verbal, pero James Mowbray estaba conectando con ella sin tener que decir ni una sola palabra.

Normalmente evitaba cualquier tipo de muestra de afecto en público porque siempre había pensado que daba una impresión de excesiva felicidad, pero cuando James se inclinó por encima de la pequeña mesita que los separaba, ella se acercó con una gratitud ávida. Le cubrió la mejilla con su palma cálida y ella cerró los ojos y dejó descansar la cabeza, ladeándola solo un poco para que encajara en su firme contacto.

—Ideal —susurró él.

Ella no supo si era una palabra cariñosa o solo un adjetivo, pero saliendo de su boca sonaba encantador. Empezó a acariciarle lentamente el pómulo con el pulgar y ella pensó que le gustaría dejar su asiento y acurrucarse en su regazo. No le importaba nada. No le importaba quiénes fueran sus padres, en qué trabajaba, dónde vivía o con quién. No le importaba si era rico o pobre, listo o estúpido. Solo quería apoyarse en esa mano que la esperaba.

Estaba exhausta. Llevaba días viajando. Eso era todo. No es que estuviera empezando a sentir algo por un hombre que acababa de conocer allí mismo, en la sala de espera.

Abrió los ojos de repente. James apartó la mano lentamente y su pulgar rozó por casualidad su labio inferior al hacerlo. Y los dos se quedaron allí sentados, contemplándose el uno al otro.

La educación multilingüe de Marisa había sido una bendición y una maldición a la vez. Le encantaba la perfección formal del francés, la emoción y la vitalidad del italiano y la rápida y mordaz honestidad del inglés. Pero a menudo se veía buscando la palabra exacta en todos los idiomas sin encontrarla, a la deriva en un mar de culturas y palabras imprecisas.

Aunque en ese momento sintió que la había encontrado.

Contemplarse.

Era algo antiguo, espiritual, exigente, formal, imperioso. Marisa no quería apartar la vista. Y él tampoco. Los dos se contemplaban el uno al otro.

Marisa finalmente inspiró hondo y se miró las manos, que descansaban en su regazo. Era uno de esos momentos en la vida. Uno de los momentos definitivos. Tal vez su vida estuviera llena de esos momentos a partir de entonces, tal vez había doblado una esquina de felicidad cósmica y una marea de gente interesante y encantadora se cruzaría en su camino en el futuro. Pero ¿y si ese no era el principio de un flujo constante sino una sola gota preciosa?

—Estoy prometida —confesó muy despacio sin levantar la vista.

—Oh. —James maldijo para sí su falta de elocuencia.

—Sí, oh. —Levantó la vista y sus ojos estaban vigilantes—. Probablemente eso a usted no le importe mucho…

—Claro que me importa.

—Nos acabamos de conocer estando de paso, ahora mismo, un instante, ¿no?

James intentó sopesar sus palabras. ¿Amaba a su prometido? ¿Solo estaba cansada, tensa y sola en un aeropuerto desangelado, en busca de compañía?

Su cuerpo le decía que no. Casi podía oír el zumbido de su deseo. Lo que había pasado a través de su palma cuando le tocó la mejilla no era solo amistad. El temblor de sus labios cuando su pulgar le había rozado la piel suave y agrietada no era nada platónico.

Quería cogerle las manos, pero sintió que ella necesitaba escuchar su opinión primero. Y en cuanto a calmarla físicamente, tal vez después.

—Yo no me creo nada de todo eso del destino…

—¡Bah! —interrumpió Marisa—. Yo tampoco. Todo es… ¿Cómo se dice? —Chasqueó los dedos y le brillaron los ojos—. Una patraña, una patraña total.

Todo el proceso de buscar la palabra y chasquear los dedos solo hizo que James estuviera todavía más seguro de que no iba a dejar pasar sin más ese momento. Levantó una mano para detenerla.

—Dicho eso… No creo que debamos fingir sin más que esto no ha sido nada. El hecho de que nos hayamos encontrado, quiero decir.

Marisa sintió como si tuviera la boca llena de polvo.

—Continúe —dijo.

—Bueno, no me deje continuar si estoy siendo demasiado impertinente… —James volvió a mostrar esa sonrisa loca y letal, y Marisa quiso decirle que fuera todo lo impertinente que le diera la gana. Él continuó con un tono muy profesional—. Creo que ambos podríamos beneficiarnos de una simple batería de pruebas. Me parece usted bastante científica. Evidencias, a eso me refiero.

—Muy cierto. Soy una amante del pensamiento racional. —Pero la palabra «amante» se le quedó atravesaba en la garganta un nanosegundo y sintió que se quedaba allí, en el aire entre ellos.

James se obligó a volver a poner sus pensamientos en orden y continuó:

—Sugiero un beso…

—No estoy muy segura de eso. —Acercó la mano a sus labios, primero para cubrírselos ante su mirada seductora y después para sentir un contacto breve, un adelanto de lo que podía ser sentir sus labios sobre los de ella. Apartó esa mano con esfuerzo y volvió a colocarla en su regazo—. Es algo que puede considerarse un engaño, ¿no?

James levantó la vista un segundo cuando oyó la llamada de un vuelo a Londres por los altavoces y después volvió a fijar sus ojos en los de ella.

—¿Usted cree? ¿Qué sería un engaño mayor? ¿Mentirle a él? ¿O mentirse a sí misma?

Marisa sabía lo que iba a preguntar antes de que acabara de decirlo. De repente sintió que los pantalones le apretaban y le daban calor, pero se esforzó por no retorcerse en aquella incómoda silla de aeropuerto. Suspiró dejando escapar el aire en forma de siseo entre los dientes.

—Tal vez eso sirva para dejarlo todo atrás, como se suele decir.

Quizá tenía razón y un breve beso sería el final de todo, pero James creía que no.

—Venga conmigo.

No buscó su mano y miró atrás. Solo se levantó y se dirigió a un rincón que había al otro lado de la sala de espera, donde había café y algo para picar. James asumió, correctamente, que ella lo seguiría por su propia voluntad.

Él apoyó la espalda en la pared y se quedó justo a la izquierda de la entrada de esa estancia parcialmente oculta. Marisa iba unos pasos por detrás y la agarró en cuanto entró en ese reducido espacio, solo unos segundos después de él.

—Nada más que un beso, ¿de acuerdo?

—Está bien, solo un beso —confirmó James.

Entonces Marisa se puso de puntillas para acercar su boca a la de él, mientras James todavía le sujetaba una mano. Se detuvo a escasos centímetros de él y se humedeció los labios en un momento de anticipación vacilante. De repente Marisa fue incapaz de resistir la atracción y, después de pasarse la lengua por los labios, le sostuvo la mirada, y dejó que la punta de su lengua siguiera la curva perfecta y carnosa de la boca de James. Su recompensa fue ver cómo se le contraían las pupilas y oír un suave gemido.

—¿Eso ha sido el beso? —susurró James, y su aliento cálido le rozó los labios.

—No. Eso solo ha sido para probar —contestó.

—Entonces… ¿Yo puedo probar y tener un beso también?
Ella asintió muy despacio mientras su corazón y su estómago latían con un ritmo frenético que no tenía nada que ver con los expresos que se había tomado.

La semana y media siguiente en París pasó como en un sueño. Por las mañanas Abigail trabajaba en la habitación del hotel, reescribiendo las solicitudes de fondos en las que había estado centrada los últimos dos meses. Eliot se había ofrecido a ayudarla en lo que pudiera: leía los cambios todas las noches y le hacía sugerencias que siempre eran útiles sin llegar a ser innecesariamente puntillosas. También recibió respuesta de los profesores de la Sorbona, diciéndole que habían repasado su presentación y que estaban encantados de anunciarle que formarían parte de la junta de La Rosa y la Espina. Quedó con ellos para comer el jueves.

Esa mañana Eliot le preguntó a qué hora estaría libre después de la comida.

—No lo sé. Nos hemos citado para comer a la una y no quiero tener prisa. ¿Por qué? ¿Qué tienes en mente?

Se estaba haciendo el nudo de la corbata en el espejo del baño detrás de ella, que se estaba lavando los dientes. Tenía una negociación esa mañana con un grupo de inversores franceses y se estaba poniendo especialmente elegante.

—Tengo una sorpresa para ti. Bueno, en realidad para mí. —Sonrió a su reflejo en el espejo—. Pero creo que a ti también te gustará.

Ella se secó la boca con una toalla y se apartó del lavabo para mirarlo.

—Esta mañana pareces un tiburón empresarial. —Le tiró de la corbata perfectamente anudada para obligarlo a agacharse y darle un beso.

—Hum —murmuró él y se apartó un poco—. ¿Consigo más besos cuando doy una imagen depredadora?

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Quizá. Parece que tiene cierto efecto en mí. ¿Te vistes así todos los días en Ginebra?

Su cara se puso un poco seria.

—¿Por qué no vienes y lo descubres?

Abigail apoyó la frente en su pecho e inspiró profundamente.

—Tendremos que encontrar una forma de solucionar esas cosas, ¿verdad? Detalles como dónde vamos a vivir. Y el hecho de que ya no estés comprometido con otra mujer para cuando yo vaya.

Él le puso un dedo bajo la barbilla.

—Sí, tendremos que solucionar algunas cosas. Pero todo está bien, ¿vale? Todo se va a solucionar.

—De acuerdo.

—Tengo la secreta sospecha de que te va a encantar mi casa. —Siguió con el dedo el ángulo de su pómulo y después bajó por el cuello—. Va bien con tu personalidad.

A ella le encantaba la forma en que la tocaba mientras hablaba con ella, como si su contacto fuera parte de la conversación, algo para enfatizar sus palabras.

—Todo lo que tiene que ver contigo va bien conmigo —contestó—. ¿Por qué iba a ser diferente con tu casa?

Eliot sonrió.

—Exacto. —Salió del baño y se puso la chaqueta del traje, se sacó los puños de la camisa y se alisó las solapas—. Llámame cuando acabes de comer e iré a buscarte… ¿Adónde vais?

—A Soufflot. ¿Sabes dónde está?

—Creo que sí. ¿Cerca del Panteón?

—Sí.

—Bien. Llámame cuando acabes.

—Vale, pero…

Él levantó una ceja y sonrió.

—¿No me vas a dar ni una pista?

Entornó los ojos y la miró de arriba abajo.

—Ponte tu mejor lencería.

Y con eso le dio un pellizco en la mejilla y se fue.

Cuando ya llevaba tres horas en el restaurante, Abigail tenía problemas para seguir centrada; lo intentaba con todas sus fuerzas, pero los dos profesores de antropología iban ya por su segundo café y se habían fumado más cigarrillos de los que ella había visto desde que Humphrey Bogart trabajaba en el Rick's. Le lloraban los ojos y se tuvo que agarrar las dos manos en el regazo para dejar de intentar apartar el humo de su cara.

Por fin el mayor de los dos miró el reloj y abrió mucho los ojos.

—*Alors!* Son casi las cuatro, no me había dado cuenta. Siento tener que interrumpir la comida, pero tengo una reunión del departamento dentro de treinta minutos.

Abigail tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír ante la idea de «interrumpir» una comida de tres horas, pero lo consiguió. El camarero llegó con el tarjetero portátil, que era «como un bote salvavidas extra en el *Titanic*», pensó Abigail. Pasó su tarjeta de crédito y sonrió a los dos hombres. Ambos habían sido absolutamente encantadores y se habían mostrado muy ilusionados ante la perspectiva de trabajar con ella y hacer viajes de investigación a Uganda y a Libia, pero las palabras de Eliot sobre su «mejor lencería» no hacían más que resonar en su mente, distrayéndola.

—Ha sido un gran placer, caballeros —dijo Abigail. Los tres se levantaron de la mesa y salieron a la acera para despedirse—. No hay palabras suficientes para agradecerles la confianza que han puesto en la fundación. Ha sido una maravilla pasar estas horas con ustedes. Les llamaré la semana que viene para hablar…

—Abigail, ¿eres tú?

Volvió la cabeza y allí estaba Eliot, todo glamour, fabuloso con sus gafas espejadas que reflejaban los edificios neoclásicos y su traje perfecto de cinco mil euros. Llegó a donde estaban los tres y se acercó para darle un beso en el cuello. Allí, delante de todo el mundo.

Los dos profesores sonrieron, algo desconcertados. Abigail se quedó muda. Eliot extendió la mano y se presentó en su francés impecable. Abigail se quedó mirando mientras impresionaba a los dos profesores; había conseguido en treinta segundos lo que a ella le había llevado semanas de llamadas y reuniones y una comida infinita envuelta en humo de tabaco. Minutos después, los tres hombres se estaban riendo de algo que había dicho en francés, y Abigail estaba empezando a irritarse. Eliot lo notó inmediatamente y volvió a incluirla en la conversación a la vez que la acercaba a él, rodeándole la cintura con un brazo.

—Lo siento mucho. He sido un maleducado lanzándome así a hablar en francés. ¿Qué tal ha ido la reunión? —Miró a Abigail y después a los dos hombres.

Supuso que tendría que estar agradecida de que fuera imposible estar enfadada con Eliot mucho tiempo. Miró a los dos profesores.

—Creo que ha ido bien, ¿no opinan lo mismo?

Los dos asintieron entusiastas y se despidieron para irse caminando a su reunión de departamento.

—¿Qué les has dicho? Y todavía no te había llamado. ¿Es que estabas escondido detrás de una farola o algo así? Me siento como si fueras mi versión personal de *El globo rojo*.

Eliot la apretó un poco contra él y empezaron a caminar en el sentido opuesto al que habían tomado los profesores.

—Te echaba de menos. —Le acercó la cara al cuello e hizo ese gesto que era en parte beso y en parte inhalación de su olor que llevaba perfeccionando toda la semana —. Y hace una tarde tan bonita que he pensado que podíamos ir caminando hasta tu sorpresa.

—Oh, Eliot. Eres demasiado bueno. He estado distraída toda la comida pensando en eso que me has dicho de «mi mejor lencería». Tengo mucho donde escoger. —Lo acercó a su costado, apoyando la mano en su espalda—. No estaba muy segura de lo que a ti te parecería «lo mejor».

Iban paseando hacia los Jardines de Luxemburgo, después Eliot bajó por una calle angosta que se alejaba de la avenida principal haciendo una curva. Llegaron a un

edificio estrecho en un callejón que parecía una casa de mala reputación. Eliot le dedicó esa sonrisa traviesa de niño y pulsó un timbre sin ningún nombre de los que había junto a la entrada. Les abrieron casi inmediatamente. La entrada estaba mal iluminada y poco cuidada. Subieron por una estrecha escalera circular que parecía que se iba a separar del yeso lleno de grietas de la pared si daban un salto sobre ella.

—Eliot, ¿adónde me llevas? Hay cosas que son deliciosamente pervertidas, pero hay otras que son ilegales.

Él la miró por encima del hombro y sonrió mientras tiraba de ella para que subiera los últimos escalones. Se oía una música a través de la gruesa puerta de roble, que habían dejado entornada para que ellos pudieran entrar. Eliot dio un solo golpecito en la madera y después empujó la puerta. El espacio se veía destartalado, pero era precioso. Las toscas vigas del combado tejado del edificio estaban al aire y las tejas, y los postigos de las ventanas parcialmente echados dejaban entrar algunos rayos oblicuos del sol de París en invierno.

Había focos de fotografía en diferentes zonas de la habitación y un hombre estaba mirando fotos en una mesa improvisada en el extremo más alejado. Benjamin Willard se volvió cuando oyó que entraban.

—Ya habéis llegado. —Sonrió y se les acercó. Cruzó la habitación y extendió la mano—. ¿Qué tal, Abigail?

—Bien, gracias. ¿Y usted? —Le estrechó la mano y miró a su alrededor en busca de la modelo y los estilistas—. ¿Dónde está Dina?

Ben miró a Eliot.

—¿Todavía no se lo has dicho?

—¿Decirme qué?

Sarah salió como una tromba desde otra habitación que había a la izquierda de la puerta principal.

—¿Ya han llegado? No tengo todo…

—¡Sarah! ¿Qué haces aquí?

—Oh, Eliot, no se lo has dicho, ¿verdad? —Sarah tenía en la mano dos zapatos diferentes que sostenía en alto, como si hubiera entrado en la habitación para pedir la opinión de alguien. Abigail miró brevemente los zapatos, que solo pudo describir como… algo muy sadomasoquista que debía llegar hasta el muslo.

—¿Decirme qué? ¿Qué está pasando aquí?

Eliot se acercó y le dio un beso en el cuello.

—¡Eliot, basta! —Abigail ya había tenido suficientes sorpresas para solo una semana—. ¿Esto es una sesión de fotos o no?

—Sí. —Cruzó los brazos sobre el pecho y se la quedó mirando.

Ella sintió que toda la sangre abandonaba su cara y empezó a dar pasos atrás.

—Si crees que me voy a poner a hacer posturitas en ropa interior…

El tacón de uno de sus zapatos se quedó atascado en una de las tablas sueltas del suelo y se habría caído de espaldas si Eliot no se hubiera acercado para sujetarla.

—Te tengo —le susurró al oído, agarrándola con fuerza contra él.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y habló con la cara contra su pecho.

—Creo que no me gustan las sorpresas.

Él rió y le dio un beso en la frente.

—¿Abigail?

Ella lo miró.

—¿Sí?

—No quiero que poses en ropa interior.

Abby suspiró.

—Oh. Bueno, mejor. Está bien que quede claro.

Eliot sonrió otra vez.

—He encontrado el vestido… El vestido perfecto con el que te he imaginado todos estos meses que hemos estado separados. Y como Ben estaba aquí, Sarah estaba más que dispuesta a ayudar y también estaba este edificio que siempre me ha encantado, aunque es un desastre… porque ¿no somos todos un desastre?

Abigail había dejado de respirar.

—Sí.

—¿Dejarías que Ben te hiciera unas fotos con ese vestido? Por mí.

—Me voy a sentir ridícula. No soy fotogénica, lo juro. Y no estoy siendo demasiado modesta. —Lo soltó, pero él la abrazó con más fuerza.

—Las fotos son para mí, no para ti. Si no te gustan, no tienes por qué mirarlas.

—Oh, Eliot. —Apoyó la mejilla contra la solapa de su traje—. ¿Cómo voy a negarte nada?

Eliot le dio un beso en la boca, ardiente y apasionado.

«Ahora de repente le ha dado por besarme delante de todo el mundo», pensó Abigail antes de que ya le fuera imposible pensar nada más.

Se quejó cuando él se apartó con los ojos brillantes.

—Gracias. —Y le dio otro beso, pero esa vez uno breve.

—Vaya, de nada. Creo que debería haberte dicho que sí antes. Menudo beso…

Eliot se acercó a su oído y susurró:

—Te quiero, Abigail.

—Yo también te quiero, Eliot.

Se quedaron así unos segundos más.

—¡Genial! —exclamó Sarah—. Ahora que ya hemos confirmado por enésima vez esta semana que os queréis, ¿podríamos ponernos con las fotos? Tengo que estar de vuelta en el hotel a las siete.

Abigail inspiró hondo y Eliot la soltó.

—Vale, estoy lista, Sarah. ¿Dónde está el vestido?

—Ven por aquí. No nos entretengamos más.

Siguió a Sarah a una zona abuhardillada que estaba junto a la sala principal y entonces vio el vestido. Era increíble. Abigail se tapó la boca, perpleja.

—Pero ¿eso es un vestido?

—Claro que es un vestido. El vestido más bonito que he visto en mi vida.

—Pero ¿de qué está hecho? —Abigail tocó las capas de tela transparente y después apartó la mano por miedo a mancharlo o estropearlo.

—Todo esto no está bien. —Sarah golpeó el suelo con el pie—. No me puedo creer que tú vayas a acabar con alguien que te consigue vestidos *vintage* de Dior y yo con alguien…

Abigail cruzó los brazos y enarcó una ceja mientras esperaba que Sarah acabara de describir a Devon.

—¿Alguien que qué?

—Oh, vale. Devon es perfecto, pero sería un poco más perfecto si supiera algo sobre moda. ¡En serio! ¡Es algo que le da del todo igual! —Sarah sonaba genuinamente abatida.

—Bueno, Sarah, no se puede tener todo.

—¡Oh, déjalo ya! Vamos a ponerte esa obra de arte tan impresionante, ¿vale?

—Vale. —Abigail inspiró hondo—. Supongo que tengo que desvestirme.

—Sí, Abigail. Tienes que desvestirte. ¿Cuál es el problema? Normalmente no eres nada pudorosa. ¿Qué mosca te ha picado?

—No lo sé. Pero vamos a ponernos ya con esto.

—Intenta mostrar un poco de entusiasmo, aunque solo sea por mí. —Sarah bajó amorosamente la cremallera del vestido gris pálido con pedrería que estaba sobre un maniquí—. Es fantástico.

Abigail se desvistió y observó a Sarah mientras acababa de sacar el vestido y se lo acercaba para ponérselo.

—¡Oh, Dios mío! ¿También te ha comprado lencería de alta costura? —Sarah se acercó el vestido al pecho, lejos del alcance de Abigail, mientras le miraba la sofisticada ropa interior.

Verse delante de Sarah con su «mejor lencería» no era parte del plan de Abigail. Al quitarse la falda de lana azul marino y el jersey de cuello vuelto blanco que se había puesto para la reunión con los profesores, recuperó su imagen de prostituta. Abigail se puso las manos en las caderas (que estaban cubiertas por un ligero de encaje de color lavanda pálido impresionante).

—Mi lencería me la compro yo.

—¡No me lo creo! ¿Tienes el armario lleno de lencería pervertida? Oh, Dios mío. Ya verás cuando se lo cuente a Bronte.

Abigail negó con la cabeza.

—Pero qué infantil eres. Dame el maldito vestido.

—Toma. —Sarah le tendió el vestido y siguió hablando mientras Abby se lo ponía con especial cuidado de no pisar el dobladillo o romper la delicada tela—. Te ha dado fuerte todo ese rollo de «enamorarte de Eliot», ¿eh?

—Supongo que sí. —Sonrió mientras Sarah le colocaba el vestido.

—Vas a tener que quitarte el sujetador.

Abby se miró.

—Palabra de honor —apuntó Sarah.

Abigail se quitó el sujetador y lo dejó sobre la falda y el jersey, que estaban tirados sobre las bastas tablas del suelo.

Sarah miró la etiqueta del sujetador.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Louise Feuillère te hizo ese sujetador?

Abigail se encogió de hombros con gesto culpable.

—Eliot me dijo que me pusiera mi «mejor lencería».

—Ahora mismo te odio. Vuélvete para que te cierre la cremallera. —Sarah suspiró por la frustración—. Cómo no, el vestido de mil novecientos cuarenta y siete que tiene una talla más pequeña que la treinta y cuatro te queda perfecto. Yo no podría meter ahí ni una teta.

Abby miró por encima del hombro a su preciosa y rubia cuñada.

—La falsa modestia no te pega, Sarah.

—Oh, vale, yo no estoy nada mal, pero esto es… —Terminó de abrochar el ganchito que había en la parte superior de la cremallera e hizo que Abby se volviera para mirarla—. Esto es algo del otro mundo. Es impresionante, Ab.

—¿Y qué hago? ¿Salir ahí y hacer lo que me pida Benjamin?

—Deja que te maquille un poco primero… Sé que Eliot te quiere con los ojos ahumados e imagen rebelde como las modelos de los desfiles de ayer. Por cierto, ¿por qué no viniste al desfile de Danieli-Fauchard? —Sarah le puso algo de maquillaje y esperó a que Abigail le contestara.

—No quiero que me vean con él hasta que todo esté solucionado, ya sabes… —Dejó la frase sin terminar.

—Oh, claro. Es que siempre se me olvida que está casado.

—¡Sarah!

—Bueno, prometido o lo que sea. Perdón. —Estaba distraída poniéndole un poco de esa base mágica y después aplicando polvos a la piel de Abigail—. Y ahora vamos con esos ojos como diamantes que tienes. —Con los ojos cerrados, Abby notó la leve presión del suave dedo de Sarah mientras le difuminaba el maquillaje hasta que estuvo satisfecha—. Vale, ya estás arreglada. O eso creo, deja que te vea.

Abigail abrió los ojos. Por suerte no había espejos por allí así que no pudo obsesionarse con lo ridícula que debía de estar con un vestido de baile *vintage* que era una locura en medio de un edificio destartalado y casi en ruinas.

—¡Pintalabios! —chilló Sarah—. Ven aquí. —Sacó dos cilindros dorados de su bolso—. Este es perfecto. Rojo sangre…

—Sarah…

—No hables o me voy a salir y este pintalabios no se quita con nada. No es ninguna mentira eso que anuncian de que aguanta seis horas. Se puede hacer cualquier cosa con este pintalabios, créeme.

—Tu perversión no tiene límites.

—Claro, tú convéncete con eso, Ab. Y tú no tienes ni un gramo de perversión en el cuerpo, ¿no?

Abigail se echó a reír.

—Vale, vale. Vamos.

—¡Zapatos!

—No, lo siento, pero mi límite está ahí. Me niego.

Sarah entornó los ojos mientras decidía si se volvía loca por la herejía antizapatos de su cuñada, pero un momento después en su cara apareció una sonrisa.

—Ahora que me he enterado de lo de tu lencería, te dejaré librarte por esta vez.

Abigail se volvió sacudiendo la cabeza y salió del improvisado vestidor.

—¿Y bien? ¿Qué tal estoy?

Eliot estaba de pie con los brazos cruzados, dando parcialmente la espalda a Abigail. En cuanto Benjamin Willard la vio, empezó a hacerle fotos sin parar. Eliot se quedó sin palabras.

—¡Lo sé! —Abigail rió—. Yo también me quedé muda al verlo. ¿No es increíble? —Giró, y después se volvió un poco hacia la derecha y luego a la izquierda disfrutando del movimiento de las capas y capas de encaje que flotaban alrededor de sus caderas y sus piernas. Se sentía como una verdadera princesa.

Eliot fue hasta ella en silencio. El corazón le latía cada vez más fuerte según se iba acercando. Más tarde recordaría vagamente el sonido del clic de la cámara mientras Eliot la envolvía con los brazos y la hacía girar en el espacio abandonado y cómo se reía ella mientras volaba en su abrazo. La música los rodeaba. Sus pies descalzos estaban a unos centímetros del suelo un momento y bailando al siguiente, después él se paró para darle un beso en el cuello y la inclinó para besarle el pecho, dejando que su cabeza colgara, y fue arqueándola más y más hasta que casi tocaba el suelo con la coronilla.

No dejaba de lanzarle palabras muy grandilocuentes como «magnífica», «espléndida», «perfecta» o «milagrosa». En cierto momento ella sintió que asomaban lágrimas a sus ojos y él se las besó también. Los dos siguieron bailando así durante lo que parecieron horas, pero realmente solo fueron quince o veinte minutos.

—Oh, Dios mío, Eliot. —Respiró contra su cuerpo. Estaba sin aliento, no tanto por la actividad física como por la enorme cantidad de amor que le estaba demostrando.

—Intentaré que no sea demasiado para ti.

—Está bien. Quiéreme en pequeñas dosis hasta que me haya vuelto totalmente adicta y haya ampliado mi tolerancia.

Sonrió y la besó una última vez.

—¿Te ha gustado tu primera sesión de fotos?

Abigail rió con una risa cantarina y se volvió para mirar a Benjamin Willard.

—Oh, ¿eso es lo que ha sido esto?

El fotógrafo también sonrió.

—No sé muy bien cómo llamarlo —respondió—, pero creo que lo tengo todo en mi cámara.

—Gracias —contestó Abby—. ¿Y ahora qué? ¿Me voy de aquí con este vestido de valor incalculable puesto?

—Si quieres… Pero me temo que te pondrás muy furiosa conmigo si te enteras de lo que me ha costado. Será mejor que vuelvas a ponerlo en el maniquí y le pediré a la gente del museo que venga aquí a buscarlo.

Abby tragó con dificultad.

—¿La gente del museo?

—No preguntes. Confía en mí, no quieras saberlo.

Volvió al vestidor, donde la esperaba Sarah.

—Me he enamorado de un hombre que está loco —murmuró al pasar junto a ella.

—¿Y eso no nos ha pasado a todas? —contestó Sarah mientras la ayudaba con la cremallera para quitarle el vestido a la emocionada Abigail.

Abigail pasó los últimos días en museos y parques, a veces sola en una cafetería y en ocasiones con su madre o con Sarah. Pero la mayor parte del tiempo simplemente recorrió la ciudad como si, ella también, fuera su amante. Eliot la llamaba *«flâneuse»*, aunque ella no sabía qué significaba. Paseó por las callejuelas adoquinadas y se empapó de su antigua intimidad. Visitó lugares llenos de turistas como Notre Dame, tocó las frías piedras medievales e inhaló el olor evocador del incienso y las velas votivas. Se sentó en bancos en grandes avenidas llenas de personas y contempló a la gente normal caminar o ir apresuradamente con bolsas o pasear de la mano o hablando por teléfono.

Gente normal.

Ella ya no se sentía como una persona normal. De repente le parecía que pertenecía a una especie completamente diferente. Se sentía como si Eliot y ella hubieran emigrado a otro país. Se pasaba las noches en sus brazos o con él entre los suyos y todos sus susurros nocturnos solo la acercaban más y más a él. Y los días transcurrían reviviendo el exquisito placer de cada caricia suave o apasionada.

Para cuando volvió a Londres el domingo por la noche y se enfrentó a la perspectiva de pasar la noche sola en su cama, pensar que Eliot no iba a estar allí le resultó algo inaceptable. Cogió el teléfono y marcó su número.

Antes de que tuviera tiempo de saludarla, ella le soltó sin más:

—¿Cómo puede ser que ahora mismo esté mirando una cama vacía?

—Te dije hace un año que te mudaras a Ginebra. No tengo ni idea de qué haces todavía en esa ciudad triste y gris. Me parece recordar una conversación sobre la vida real y las responsabilidades… Algo vago y sin sentido.

Abigail sonrió al teléfono y se echó sobre la cama. Si cerraba los ojos, el sonido de su voz era una aproximación bastante buena a cómo era su contacto. Se había pasado toda la semana anterior hablándole al oído, así que su voz y su contacto estaban permanentemente grabados en ella, en lo más profundo de su ser.

—Estás ronroneando, cariño. ¿Es que esto se va a convertir en una conversación de sexo telefónico pervertido?

—¿He oído «pervertido»? —preguntó Abigail, optimista.

Se cubrió un pecho con la mano antes de tener tiempo para pensarlo siquiera. Se mordió el labio inferior, cerró los ojos y tiró del pezón igual que lo había hecho Eliot esa misma mañana cuando gritaba al llegar al clímax de otro orgasmo maravilloso.

—Pero ¿qué estás haciendo, maldita sea? —Su voz era inflexible—. Estoy en medio del aeropuerto de Malpensa. Vas a hacer que me arresten.

—Tú solo háblame. Ya sabes… —Gimió involuntariamente mientras seguía acariciándose los pezones pensando en la sensación de la lengua de Eliot sobre ellos—. Como haces siempre.

—Abigail… —gruñó.

—Sí, así. Como si necesitaras… —Dio un respingo al recordar su encuentro del día anterior, cuando la penetró desde atrás—. Como si necesitaras tenerme ahora mismo…

—¡Para ya!

Una mujer mayor italiana que estaba esperando su equipaje lo miró al oír su tono exigente y negó con la cabeza con cierta repugnancia. Obviamente pensó que era uno de esos hombres despreciables y controladores. Nada más lejos de la realidad: Abigail era quien controlaba todos los momentos del día que él pasaba despierto.

La respiración de Abigail se estaba volviendo entrecortada. Puso el teléfono en manos libres y lo colocó en la almohada a su lado.

—Eliot —le susurró al teléfono—, soy como un perro de Paulov, cariño. Por las noches me acuerdo de ti. Así son las cosas. No puedo evitar pensar en ti ahora. —Su espalda se arqueó para empujar aún más fuerte su sexo mojado contra su palma y gimió de placer—. Perdóname por ser tan egoísta, pero háblame, por favor —suplicó.

Su respiración furiosa le llegaba por el éter. Eliot suspiró.

—Oh, está bien, pero espera que me vaya a un rincón más tranquilo al menos. Me estás pidiendo mucho y vas a tener que compensarme adecuadamente en un futuro cercano. —Ella oyó que cambiaban los ruidos de fondo. De repente él pareció encontrar un lugar—. Dime dónde estás. ¿Dónde tienes las manos? —preguntó exigente.

—Estoy en mi cama y tengo una mano… ya sabes dónde y la otra en un pecho.

—Vale. Primero, no puedes andarte con eso de «ya sabes dónde». Quiero oír exactamente dónde tienes las manos y qué estás haciendo con los dedos. —Su voz era como si la acariciara con un contacto sabio y brutal.

—Hum… Eliot, sigue hablándome así. Tienes una voz tan sexy… —Enterró el dedo entre sus pliegues húmedos y se envolvió un pecho sensible con la mano—. Acabo de meterme un dedo en… mi sexo mojado, y con otro… —Se pellizcó el pezón metódicamente mientras se apretaba el seno necesitado de atención—. Hum… con otro estoy jugando con un pezón… como me hiciste tú… como si yo quisiera que tú… Necesito más manos…

—Oh, Dios santo. Creo que no puedo hacer esto. En serio, Abigail, me van a meter en la cárcel por conducta lasciva en un lugar público. Me la estás poniendo durísima ahora mismo. —Oyó que su respiración se aceleraba de esa forma que ya le era familiar, como lo hacía cuando se acercaba la liberación—. ¿Te gusta eso? ¿La idea de mi polla dura con tantas ganas de estar dentro de ti que voy a tener que entrar en un baño público para aliviarme?

—Sí… —Su respiración era una mezcla de gemidos e inhalaciones desesperadas.

—Solo voy a necesitar un par de sacudidas fuertes… —Su inhalación brusca le reveló que esa era la idea. Seguía susurrándole por el teléfono, tapándose la boca con una mano para asegurarse de que nadie lo oía—. Y voy a pensar en tu cuerpo tenso, duro y excitado llevándome… llevándome a todas partes, Abigail. Ahora, Abigail. Córrete para mí.

Ella gritó su nombre para él en el dormitorio vacío, entre el resplandor rojo que veía tras sus párpados; estaba muy cerca, justo ahí, en su mente.

—Oh, Dios mío, Eliot —dijo jadeando.

Él se quedó sentado en un rincón del aeropuerto y soltó entre dientes todas las maldiciones que se le pasaron por la cabeza.

—Me alegro de que al menos uno de los dos esté satisfecho —dijo con los dientes apretados—. Tienes que venirte de una maldita vez a Ginebra. Ahora. O yo me voy para allá. Me da igual, pero tenemos que solucionar esto enseguida. Yo no tengo intención de estar solo y duro como una piedra ni un minuto más de lo estrictamente necesario… Por cierto, ¿te he mencionado lo solo que estoy? Decide dónde quieres vivir y acabemos con esto, Abigail.

Clic.

Abigail ladeó la cabeza y miró el móvil, apoyado sobre la almohada junto a su cabeza como uno de esos bombones que ponen en los hoteles. Él tenía razón, por supuesto, pero no quería pensar todavía en los detalles cotidianos que implicaba todo eso. Gruñó ante la idea de la vida real colándose a hurtadillas en su sueño privado de vida con Eliot. Él tenía que librarse de su compromiso. Abigail tendría que decidir si quedarse en Londres era importante en realidad. Él estaba dispuesto a dejarlo todo por ella. Su empresa, la bonita casa de Versoix que le había descrito hasta el último detalle con mucho cariño… Intentó hacerle cambiar de idea en esos aspectos, aduciendo que no sabía lo que estaba diciendo o que no lo había pensado bien. Pero en esos momentos él se mostraba más furioso e intratable que nunca.

Su conversación de la noche anterior en la habitación del Ritz había sido solo una de las muchas que habían tenido esa semana y que siempre terminaban en el mismo

punto muerto.

—He tenido toda la vida para reflexionar sobre lo que estoy dispuesto a hacer y lo que no, y todo un año además para pensar en lo que tiene que ver contigo, lady Abigail Heyworth. No voy a ceder. Te quiero. Inequívocamente. Todo lo que tiene que ver contigo. Todo el tiempo. Me dan igual todas esas ideas británicas de esposos ausentes…

—¡Eliot…! ¡Eso no es justo! Bronte y Max no son esposos ausentes…

—Exacto. Viven juntos. ¡En el mismo país, en la misma ciudad y en la misma cama! Ya hemos malgastado demasiado tiempo separados. Eso se acabó para mí.

—Supongo que querrás casarte y todo lo demás.

—Eso no me importa lo más mínimo y tú lo sabes. Eres mía. Yo soy tuyo. Y nada va a cambiarlo. —Estaba mirando por la ventana hacia la place Vendôme, iluminada y tranquila en medio de la noche. Se volvió para mirarla. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, con las sábanas cubriéndola hasta la cintura de forma descuidada—. Nada. —Él, desnudo como siempre, regresó hasta la cama y se sentó delante de ella—. Esto es totalmente incondicional para mí, Abigail. No sé por qué. Yo no suelo ser tan poco analítico, pero no quiero dar más vueltas a esto. Me he pasado todo el año pasado intentando descubrir qué es lo que salió mal y ¿sabes por qué me estuve devanando tanto los sesos? Porque nada salió mal. Siempre fue todo bien entre nosotros, pero fuimos demasiado… —Sacudió la mano en un gesto vago—. Demasiado no sé qué para verlo. Tú estabas asustada. Yo me mostré exigente. No lo sé. Pero un tiempo después supongo que todo el mundo empieza a reconocer cuándo la vida le presenta una oportunidad verdaderamente única. Creo que yo lo supe en cuanto te vi por primera vez. Lo que tenemos es indiscutible. Inamovible.

Abigail intentó alejarse un poco de la fuerza de sus palabras. La verdad que había en ellas siempre le provocaba una mueca de dolor, como si se acercara mucho a un carbón demasiado caliente en la antigua chimenea de Dunlear.

—Lo sé, sé que todo lo que dices es cierto, pero es que me parece tan…

—¡Abigail! —Eliot no levantaba la voz a menudo, aparte de para rugir por la satisfacción carnal, así que cuando lo hizo, Abigail se sobresaltó.

—¿Qué?

—Mírame.

Ella mantuvo la mirada baja.

—No necesito mirarte para saber que tienes razón. Me siento bastante débil cuando te miro.

Él le colocó un dedo bajo la barbilla y con suavidad le hizo levantar la cara para mirarlo. Los ojos de ella estaban vidriosos por las lágrimas y sus labios formaban una sonrisa torcida.

—¿Lo ves? —dijo con la voz quebrada.

—Oh, Abigail. Todo esto es demasiado, ¿no?

Ella odiaba sentirse como una niña pequeña, pero algo en todo eso de romper compromisos y mudarse al continente la hacía sentir muy pequeñita.

—Seguro que todo sale bien —aseguró entre hipidos, y se enjugó una lágrima—. Sé que todo eso es cierto aquí. —Se puso una mano sobre el corazón—. Pero ¿y todo lo que hay ahí fuera? —Señaló con la cabeza hacia los ventanales que daban a la place Vendôme—. Me parece muy difícil y lleno de obstáculos y pruebas.

—Abigail…

—No, espera, porque creo que tengo algo de razón en esto. No es solo que ahora mismo me sienta una destrozahogares. —Sabía que eso era un tema que ya habían hablado hasta la extenuación—. También es que no quisiera mirar atrás dentro de unos años y sentir que me vi arrastrada en este momento. Me encanta la sensación de verme arrastrada. —Los señaló a los dos y volvió a apoyar la mano en su cálido pecho, disfrutando de la sensación de su constante y firme corazón latiendo bajo su contacto—. Arrastrada aquí, sí, pero en cuanto a todos los detalles reales sobre dónde vamos a vivir y cómo… Necesito ser dueña de todo eso.

Eliot puso los ojos en blanco.

—Ni siquiera sé qué significa eso. Mi madre siempre dice cosas como esas, sobre ser dueña de esto o de lo otro, y eso me hace sentir como un verdadero cavernícola porque no tengo ni idea de lo que significa en realidad.

Abigail le tocó la mejilla un momento y después devolvió la mano a su pecho.

—Sabes muy bien a lo que me refiero. Quiero que hagamos todo eso juntos. Que decidamos juntos. No sentirme empujada por las circunstancias… ni por ti.

—No tengas dudas de que te voy a empujar. —Le guiñó un ojo, pero un momento después quiso dedicar a la situación la seria atención que ella necesitaba—. Todo eso está bien en teoría, pero la realidad es que alguien tiene que, al menos, iniciar el plan. Puedes ser tú. Yo lo agradecería. Pero la triste e inmadura verdad es que a mí me puede la ansiedad, simplemente. Creo que en este punto ninguna decisión podría considerarse precipitada, después de toda la reflexión que la ha precedido.

Ella dejó escapar el aire.

—Tienes razón. Creo que estoy siendo muy cobarde; solo quiero meterme debajo de la cama hasta que soluciones todo el tema con Marisa… ¿Y si quiere pelear por ti? Yo lo haría. ¡Lo haré!

—Así es como tiene que ser. —Le dio un beso y le mordió suavemente el labio inferior—. Pero déjame eso a mí. Si te ayuda a calmar tu conciencia, tú estabas primero. Por si te sirve de algo. Ella no puede ganar y no creo que quiera luchar. Bueno, tras el shock inicial por no conseguir hacer realidad sus planes, creo que es lo bastante sensata para saber qué es lo mejor… sobre todo para ella.

Abigail le dedicó una mirada cínica.

—Bueno, no sobre todo, pero al menos a cierto nivel es mejor para ella ser libre para encontrar a alguien que no tenga el corazón comprometido con otra persona. —Miró la mano de Abigail que descansaba sobre su pecho.

Ella se acercó para besarlo en el pecho, disfrutando de la sensación de su corazón latiendo bajo sus labios y del vello entre los dedos que lo acariciaban. Se apartó un poco sin dejar de mirarlo.

—Tu corazón es del todo mío, ¿no? —Abby tenía los labios húmedos y enrojecidos por las interminables sesiones de sexo de la semana que habían pasado juntos. Los ojos le brillaban de hambre, satisfacción, anticipación y puro amor.

Eliot intentó ganar la constante batalla que se libraba en su interior: quedarse para siempre mirando esos ojos llenos de deseo, saboreando la belleza eterna de su piel, la recta perfección de su nariz, el arco alto de su frente, o hundirse en ella y dar y tomar todo lo que esa mirada prometía y exigía. La miró hasta hartarse, y después le hizo el amor con fuerza y convicción, con esa ferocidad animal que Abigail le había animado a mostrar durante los últimos días. El hecho de compartir con ella esa parte primitiva y exigente de él siempre conseguía que Abigail alcanzara las cotas más altas de satisfacción.

Ella revivió los dulces momentos posteriores a esos poderosos encuentros una y otra vez en su cuerpo tumbado en aquella cama de Londres, sola y vacía. Eliot tenía razón, como siempre. Estar separados no era algo sostenible, así de simple.

Eliot tenía reuniones en Milán durante los dos días siguientes a su vuelta de París. Marisa tenía un acceso muy limitado a formas de comunicación fiables en Tanzania, así que Eliot no esperaba saber nada de ella durante las semanas que estuviera fuera, pero le sorprendió que esa mañana solo le enviara un breve mensaje para decirle que estaba de vuelta en Ginebra.

Inspiró hondo y marcó su número. Era el lunes por la mañana temprano, pero Marisa ya sonaba totalmente inmersa en su trabajo.

—Hola, Eliot. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Qué tal el viaje?

—Genial —respondió de una forma demasiado entusiasta pensando en ese beso en Frankfurt, y después se dio cuenta de que Eliot le estaba preguntando por África —. Han puesto la primera piedra del hospital. Fue algo que mereció la pena presenciar. Gracias por preguntar.

Eliot se sorprendió ante el dulce y agradecido tono de su voz. Sonaba extrañamente relajada.

—Volveré a Ginebra mañana por la noche. ¿Podemos quedar para cenar?

Marisa giró en su silla de oficina para contemplar el fálico chorro central de la fuente que había en medio del lago de Ginebra. El sol de la mañana era brillante y claro. «Un nuevo comienzo» fueron las palabras que aparecieron en su mente.

—Sí, no tengo ningún compromiso. ¿Dónde nos vemos?

«Por favor, no digas que en tu casa», pensó nada más pedirle que decidiera. Temía que él hubiera recuperado el interés en su boda ahora que ella ya no estaba segura de querer seguir adelante. Necesitaba pensar un poco más en James antes de dejarlo todo con Eliot, sin duda, pero no quería verse atraída hacia la cómoda rutina de su vida juntos, la sutil comodidad de la preciosa casa de Eliot y lo fácil que era todo cuando estaban juntos allí, y que eso afectara a su decisión.

Eliot intentó detectar el significado del extraño tono que notaba vagamente en la voz de Marisa: cauteloso, pero no había miedo.

—Salgamos a tomar una cerveza y una fondue —sugirió—, si te parece bien. He comido suficientes platos franceses para un año. ¿O te apetece sushi o algo así?

—No, una fondue me parece genial. Nos vemos mañana por la noche a las siete en Soleil. ¿Te viene bien?

—Genial, nos vemos entonces.

—Vale. Discúlpame. Tengo que irme corriendo, Eliot. Nos vemos mañana.

Y colgó. Eliot se quedó mirando su móvil ya en silencio en la palma de su mano como si fuera un extraño artefacto etrusco. Pero ¿de qué iba eso? ¿Nada de largas y detalladas explicaciones de todo lo que había pasado en África? ¿No le interrogaba (con razón) sobre el estado de sus sentimientos sin resolver por esa otra mujer anónima? Pero ¿qué demonios estaba ocurriendo? ¿Es que iba a actuar como si su conversación de tres semanas atrás nunca se hubiera producido?

Marisa miró su mesa y decidió lanzarse de cabeza a todo el trabajo atrasado que se había acumulado en su ausencia. Dos horas después había revisado la mayor parte de sus correos ocupándose de los que podía, delegando todo lo posible y dejando aparcados otros para responder más detenidamente a lo largo de la semana. Estaba empezando a abrir su correo postal cuando sonó el teléfono de su mesa.

—Marisa Plataneau —respondió. Su tono era amargo; estaba mirando con una mueca de disgusto una carta de una fundación de Nueva York que rechazaba una de sus recientes solicitudes de fondos.

—¿Tan malo es? —El acento británico era inconfundible.

Marisa dejó caer la carta que tenía en la mano y la vio bajar flotando hasta su mesa. Un relámpago de ardiente alegría recorrió su cuerpo.

—Acaba de ponerse mucho mejor.

—¿Sigues prometida?

—Según mis últimas noticias, sí.

—¿Estás libre este fin de semana?

—¿Cómo has conseguido mi número?

—De la etiqueta de tu equipaje.

Ella rió al oír su tono, como si el hecho de que hubiera fisgoneado así no supusiera el más mínimo problema.

—Hola, James.

—Hola, Marisa.

Se volvió hacia el lago otra vez. El dorado sol de mediodía brillaba sobre la superficie azul oscuro. Dos pequeños barquitos estaban luchando contra el enérgico viento alpino con unas velas que eran perfectas siluetas triangulares blancas.

—Entonces ¿estás libre este fin de semana? —Su voz resultaba más embriagadora por teléfono, si es que eso era posible. Si en persona su timbre grave le parecía excitante, por teléfono era algo puramente erótico.

—No sé, James, es que…

—Escúchame. Es obvio que tengo mis propios intereses burdos y egoístas que nublan todas mis capacidades de análisis, pero escucha. No digo que debas abandonar al futuro señor Plataneau por mí, pero no estoy muy seguro de que el hombre con el que estás ahora sea el adecuado.

—Pero si ni siquiera lo conoces. Ni a mí, para ser sinceros.

—No lo conozco, ni quiero conocerlo. Pero a ti… Ahora viene la parte interesante de todo esto. Es que no parece… no sé… que estés comprometida con eso.

Marisa controló sus pensamientos como pudo, sopesando el fuerte deseo que sentía de ser totalmente sincera con James y el hecho de que era un completo extraño. Esa necesidad recién descubierta pero abrumadora de abrirse fue la que ganó.

—La verdad es que te odio bastante por ello, pero tienes toda la razón. No me siento cómoda dándote detalles… Él sigue siendo mi prometido y además es, a todos los niveles, un buen hombre y yo soy una buena mujer, supongo. —James emitió un sonido para demostrar que estaba de acuerdo, y ella continuó—: Pero ahora mismo me pregunto si estamos bien juntos. Y no creo que eso sea lo que tiene que tener en mente una mujer prometida.

James estaba sentado en el borde de su escritorio de caoba en el despacho forrado de paneles de madera que había ocupado su padre tiempo atrás y antes varias generaciones de Mowbrays. Sintió que ella se estaba inclinando un poco hacia él, como una palmera sometida a una suave brisa racheada.

—No puedo decir que ahora mismo envidie tu situación, pero como ya te estás cuestionando la… viabilidad… de todo el asunto, tal vez te vendría bien un fin de semana en el campo para, ya sabes, desconectar.

—¿Y a qué campo te refieres?

—El de Inglaterra. La campiña inglesa, tal vez te suene. Voy a ir a una fiesta en casa de mi primo el fin de semana y me ha dicho que puedo llevar acompañante. Y te quiero a ti. —Hizo una pausa—. Como acompañante, me refiero.

—James. —Pronunció su nombre sin ningún tono especial, solo para oírlo y sentirlo en los labios.

—Marisa.

Cerró los ojos y sintió la caricia de su nombre en labios de él. Y entonces pensó que ella tenía tanto derecho a pensarse las cosas como Eliot y decidió lanzar toda precaución por la ventana para que se la llevara el tempestuoso viento suizo.

—Sí. Mi respuesta es sí. Creo que podré llegar a Londres el viernes para la hora de cenar… O incluso tal vez pueda organizar unas reuniones allí el viernes.

James intentó pensar en algo más elocuente que «gracias a Dios», pero no le vino nada a la mente, así que se quedó callado.

—¿James?

—¿Sí?

—Bueno, dime qué te parece.

—Me parece… Creo que me siento un hombre con mucha suerte y ahora mismo no doy para más.

Marisa sintió que todo su ser respondía al calor de su voz y a su entusiasmo.

—Oh, pensaba que tal vez estabas jugando conmigo, solo para saber si te iba a decir que sí.

—¿Y por qué has pensado eso? —Sonaba irritado.

—No lo sé. No estoy muy versada en el arte de planear fines de semana secretos.

—Por mi parte no es nada secreto. Te voy a llevar a una casa llena a reventar de parientes curiosos. Prepárate.

—Bueno, entonces tal vez no debería ir. Siento que estoy traicionando a alguien.

—Oh, por favor, no cambies de opinión ahora. Supongo que podríamos buscarnos habitaciones en un hotel en alguna parte, pero no sé por qué eso me parece todavía más culpable y clandestino. Y yo no quiero sentirme nada culpable. Tendrás una habitación para ti. El lugar es más bien un castillo.

—¿Qué quieres decir con «más bien»? ¿Es un castillo?

—Bueno, lo es, sí.

—Creo que necesito saber más sobre usted, señor James «Mou-Brey».

A James le encantó el leve acento francés que le notó cuando pronunció la última sílaba.

—¿Y qué es lo que quieres saber?

—Solo unos cuantos datos básicos. ¿A qué te dedicas? ¿Qué familia tienes? ¿Ex mujeres? ¿Hijos? Esas cosas.

—Tengo treinta y seis años.

—Yo también.

—No me he casado nunca.

—Tampoco yo. Todavía.

—Sin hijos. Todavía.

Marisa sintió una punzada de entusiasmo que no había sentido nunca, ni con Eliot ni con nadie. La idea de procurar descendencia a James Mowbray hacía que le diera vueltas la cabeza.

—Yo tampoco tengo hijos. Todavía —añadió.

—Trabajo en el negocio textil de mi familia. Es una empresa que se dedica a la ropa masculina de corte británico y estoy intentando sacarla de la época oscura y llevarla al siglo XXI. Tengo cuatro hermanas y vivo en Londres. ¿Te parece suficiente para empezar?

Marisa se sintió de repente deprimida. Pero ¿qué tenía ella con los hombres que trabajaban en la industria textil? Era muy probable que conociera a Eliot o que hubiera oído hablar de él. Aquello era imposible. Se quedó en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó James.

—Uf, es que… bueno… seguramente conocerás a mi prometido porque trabaja en la misma industria y creo que todo está demasiado relacionado. No sé, James, yo…

—¿Quieres decirme quién es? No quiero causarte ningún problema. Tal vez tengas razón.

Eso no era lo que quería oír ni mucho menos. Se sintió triste y un poco perdida al ver que se rendía con tanta facilidad.

—Aunque la verdad —añadió cauteloso— es que no creo que la tengas.

Tal vez si evitaba a Eliot durante el resto de la semana podría pasar el sábado y el domingo con James, y luego calificarlo todo como una aventura pasajera prenupcial. «Hecho y olvidado», solía decir Eliot. Parecía demasiado maquiavélico, pero había sido él quien había empezado todo aquello hablándole de sus dudas. Marisa dejó escapar el aire.

—Bueno, de todas formas seguro que lo vas a buscar en Google, así que te lo voy a decir yo. Es Eliot Cranbrook… de Danieli-Fauchard.

A James se le hizo un nudo en la garganta. Eliot no era solo un buen hombre, era uno de los mejores. Lo había conocido en la boda de Devon el año anterior y habían coincidido muchas veces en premios de la moda y otros eventos de la industria. Lo había visto desde lejos en varios de los desfiles de París justo hacía una semana.

—Ah.

—Sí, ah —repitió Marisa.

—Ahora preferiría que no me lo hubieras dicho.

—Lo sé. Ojalá no te lo hubiera dicho. Pero es por eso por lo que tengo que ser, si no totalmente clandestina, al menos un poco discreta. Yo no tengo nada de romántica, James, te lo aseguro. Pero lo que surgió entre nosotros en el aeropuerto ayer… a mí me pareció real. ¿Tiene sentido lo que estoy diciendo?

—Mucho sentido —confirmó él.

—¿Qué piensas entonces?

—Creo que aun así deberías venir a Dunlear conmigo… Podríamos pasar un fin de semana estupendo. No es asunto de nadie quién eres y qué estás haciendo allí. Max me ha invitado a mí y yo a ti, fin de la historia. El único problema puede ser que creo que la mujer de uno de mis primos es muy amiga de Eliot. Es Sarah James ¿La conoces? Ya sabes, la de los zapatos. El anfitrión de la fiesta es su cuñado. Se llama Max Heyworth y es uno de mis más viejos e íntimos amigos.

—No sé, James. Si Eliot se entera…

—¿De verdad eso sería tan malo?

Ella se quedó callada al reconocer la verdad que encerraba lo que acababa de decir.

—Mira, Marisa, no te digo que lo conviertas en el centro de todos los cotilleos ni nada por el estilo, pero cuanto más hablo contigo, más me parece que yo podría ser la vía de escape que necesitas. Díselo.

—Dios. Es como si estuviera cabalgando mientras pienso: «Sí, sí, sí», y de repente dices algo así y me paro en seco y me digo: «¡No!». ¿Qué le voy a decir? ¿Que después de que él y yo llevemos saliendo, viviendo juntos y planeando nuestra boda todo este año, de repente he conocido a alguien, justo ayer, y que ahora tengo dudas? Es absurdo. Y yo soy una persona muy racional. Mi padre es profesor de filosofía. ¡Y nunca me ha faltado convicción!

James se echó a reír y Marisa rió también. Las risas se apagaron momentos después, y James continuó con su intento de convencerla.

—Marisa, la verdad es que quiero lucirte colgada de mi brazo y reír con toda una mesa llena de amigos mientras te pongo la mano en el muslo por debajo del mantel y… bueno, seguro que te puedes imaginar perfectamente lo que te haría después, pero tendrás una habitación solo para ti y aquello no va a ser una orgía ni nada por el estilo. Ven como mi invitada y conoce a mis amigos para que veas otras facetas de mi vida aparte de esas pocas horas que pasamos en Frankfurt por un retraso. Por favor.

Marisa sospechó que le habría seguido al interior de un edificio en llamas si se lo pedía así, con esa voz amable pero con un fondo oscuro y atrayente.

—Está bien. Debo de estar perdiendo la cabeza, pero me parece que he sido una chica tan obediente y complaciente durante tantos años que ahora solo quiero ser yo, y el resto del mundo puede coger a esos racionalistas suicidas franceses y metérselos por donde les quepa.

James se echó a reír otra vez, alegre.

—Fabuloso. Sería perfecto si puedes venir a Londres el viernes para tus reuniones. Podemos ir en coche a Dunlear por la tarde. Si tienes que llegar por la noche, intenta coger un vuelo que aterrice en Gatwick. Es el aeropuerto más cercano.

—¿De verdad voy a hacer esto?

—Sí, gracias a Dios, sí. Apunta mis datos de contacto y volveré a hablar contigo en un par de días para confirmar que todo está resuelto.

James le dio su número de teléfono y su correo electrónico, y le dijo de nuevo cuántas ganas tenía de verla el fin de semana.

Eliot no sabía si se sentía agradecido o frustrado por que Marisa lo hubiese estado evitando toda la semana. Básicamente se libró de él esa primera noche tras llamarlo a última hora de la tarde y decirle que estaba atascada con un montón de trabajo atrasado por haber estado fuera tres semanas. Él no dudó de su palabra. Su despacho era una vorágine de actividad posterior a la Semana de la Moda por la recepción de una cantidad enorme de pedidos para la temporada que estaba a punto de empezar.

Le dijo que se quedaría en su piso de la ciudad esa noche y que probablemente pasaría el resto de la semana allí también, porque era seguro que tendría que trabajar hasta tarde casi todas las noches.

No era raro entre ellos ponerse al día con breves mensajes o llamadas a lo largo de varios días, pero a pesar de eso Eliot estaba empezando a inquietarse por sus continuos rechazos. El jueves por la mañana ya estaba más que irritado. Quería seguir adelante con su vida y estaba cansado de intentar hacer lo correcto. La llamó a su despacho porque era más probable que le contestara allí.

—Hola, Eliot. Ahora estoy muy ocupada, ¿qué pasa?

—Hola, Marisa. Sé que los dos hemos tenido una semana de locura, pero tengo mucho interés en que nos veamos en persona… para hablarlo todo.

—Mira, Eliot. Hablaste conmigo hace unas semanas para, básicamente, dejarme plantada…

—¡Oye!

—O casi dejarme plantada o como quieras llamarlo, y la verdad es que no quiero hablar de eso ahora. —Su tono iba subiendo, e inspiró hondo para recuperar su volumen normal—. No quiero tener esta conversación por teléfono y me parece que tú tampoco, pero no me apetece verte en persona ahora mismo. Sé que estoy siendo egoísta, pero creo que ahora me toca a mí, ¿no opinas lo mismo?

Eliot encajó la bofetada verbal que eso significaba. Obviamente podía decirle por teléfono que todo había terminado entre ellos, pero le parecía algo demasiado duro y extraño. Inadecuado, en definitiva. Marisa no se lo merecía, pero ya le quedaba muy poca paciencia.

—Supongo que me lo merezco, pero…

—Nada de peros, Eliot. No sé si vas a romper conmigo o a ponerte de rodillas y adorarme… No quiero saberlo. Solo necesito unos cuantos días para pensar en lo que siento y lo que quiero, yo y solo yo, sin que tenga nada que ver contigo. Me voy a ir de viaje unos días. Confía en mí. No sé lo que va a pasar, pero lo necesito. Nos vemos el lunes por la noche a las seis en tu casa. Te lo prometo. Puede que te parezca irracional pero, pasado todo este tiempo, no creo que un fin de semana más sea pedir mucho. Concédemelo, por favor. Y no vuelvas a llamarme hasta el lunes, ¿vale?

Dios. Eliot no sabía qué esperar, pero sin duda no se esperaba eso. Abigail ya estaba razonablemente preocupada porque no había roto con Marisa en la primera oportunidad que había tenido; si esperaba todo un fin de semana era posible que se pusiera furiosa. Por otro lado, no podía negar a Marisa esa concesión, ese tiempo para pensar y prepararse para rechazarlo o aceptarlo.

—Bien. Te veo el lunes entonces.

—Gracias, Eliot.

—Adiós, Marisa.

Eliot colgó y quiso hablar con Abigail, pero temía decirle que había tenido que posponerlo otra vez. Inspiró hondo y marcó el número.

—Hola, guapo —contestó Abby.

—Hola.

—¿Se lo has dicho?

—Bueno, ha pasado una cosa muy rara…

—Espera, que lo adivino. ¿Está demasiado liada para quedar contigo en persona y tú no quieres romper con ella por teléfono?

—Sí, eso es básicamente lo que ha pasado. Solo serán unos días más, cariño, te lo prometo. Sé que lo entiendes… ¿verdad?

—Ojalá fuera más melodramática y exigente, pero sí, la verdad es que lo entiendo. Obviamente ella ha adivinado de alguna forma lo que va a pasar y necesita unos días para prepararse, y la respeto por eso. ¿Cuándo has quedado con ella?

—El lunes por la noche.

—Entonces vente a Londres, tonto. ¡Ven esta noche! ¡Ven ahora mismo!

—Dios, Abigail, no sabes lo genial que me suena eso ahora mismo. Para lo que me estoy concentrando, podría hasta presentar mi dimisión hoy mismo. Le he prestado el jet a mi madre para volver a Iowa, así que me obligas a volar con una aerolínea comercial. Cogeré el vuelo de la tarde a Heathrow. Aterriza a las seis y media, hora inglesa. Después iré en el tren hasta la ciudad, y estaré en tu casa a las siete y media. ¿Qué te parece?

—Oh, Eliot. Va a ser increíble. Tú. Mi casa. Las siete y media. Te estaré esperando. ¿Quieres que pida algo para cenar o te apetece salir?

—Pide algo. No tengo intención de dejarte salir de la cama durante al menos veinticuatro horas.

—Me parece genial. Almacenaré suministros. Oh, casi se me olvida. Bronte está a punto de volverse loca, así que Max nos ha invitado a unos cuantos a ir a Dunlear para distraerla un poco. Familia y amigos íntimos. Estará James Mowbray y algunos otros. ¿Te apetece ir?

—Como quieras. Siempre y cuando la cama sea grande y las paredes gruesas.

—Sí y sí. Creo que nos lo pasaremos bien; además, Bronte me mataría si supiera que has estado aquí otra vez y no te ha visto.

—Está bien, cariño. Te veo esta noche. Si hay algún cambio, ya te avisaré.

—Eliot, te quiero.

—Yo también te quiero, preciosa. Te veo muy pronto.

Colgó el teléfono y lo dejó a la izquierda del conjunto de escritorio. Después se obligó a centrar toda su atención en el montón de documentos de su mesa y llamó a su ayudante, Marcel, para que revisara la pila enorme con él. Hicieron un breve descanso para comer y siguieron hasta las cuatro.

Eliot se sintió aliviado al darse cuenta de que todavía podía concentrarse. Después de los días de abandono carnal en París, le preocupaba que su cerebro no fuera capaz de funcionar con precisión al volver al trabajo. Cuando miró la hora reparó en que no se había dado ni un descanso para ir a su casa de Versoix a hacer la maleta. Se preocupó por eso un momento y después decidió que se apañaría con lo que tenía en el maletín. Podía encontrar todo lo que necesitaba en Londres y no tenía intención de arriesgarse a perder el vuelo.

—Creo que es todo, Marcel. Me voy a Londres a pasar el fin de semana —dijo Eliot casi cantando a la vez que se levantaba.

Marcel lo miró con recelo; una persona extraña (alegre) había sustituido de repente a su jefe.

—¿Ahora? ¿Quiere que le pida un coche?

—Sí, me voy ahora mismo. No, no necesito un coche. Mi vuelo sale dentro de poco más de una hora. Creo que iré más rápido si cojo el tren al aeropuerto. Así llegaré a tiempo.

—Muy bien, señor. ¿Quiere que le organice alguna reunión para los días que estará allí?

—No. Me voy a tomar esos días libres. Si surge algo muy importante, llámame al móvil. Pero seguramente serás capaz de encargarte de todo tú solo.

Eliot dio a Marcel una palmadita en el hombro y salió del despacho de camino al ascensor balanceando su maletín y sin mirar atrás.

Marcel negó con la cabeza, confuso, y murmuró algo sobre pasar de ser un filtro telefónico poco eficaz a presidente en funciones en cuestión de pocas semanas.

Abigail sentía que la cabeza le daba vueltas. Todo en París le había parecido como de otro mundo y propio de un sueño. La habitación del hotel con sus telas suntuosas, el dorado y el mármol. La organización de su tiempo en la que pasaban los días separados, dominados por la anticipación, y al reunirse por las noches todo era alegría y pasión. Pero la inminente visita de Eliot era como el principio de una vida real juntos. Nada de servicio de habitaciones ni vistas glamurosas a la place Vendôme. Abigail tuvo un momento de pánico cuando pensó que Eliot podría sentirse como un gigante al entrar en su casita propia de *Alicia en el país de las maravillas*. Era acogedora y pequeña, llena de tiernos recuerdos de familia y amigos, postales apoyadas en libros sobre estanterías a ambos lados de la chimenea, una piña que Lobo le había dado

durante un paseo por los terrenos de Dunlear, un programa de un concierto de Wagner especialmente apasionado en Wigmore Hall… Y una concha de Bequia.

Para alguien que se había pasado las primeras décadas de su vida rechazando cualquier conexión con el pasado, al mirar su casa se dio cuenta de que se había vuelto una verdadera coleccionista de recuerdos. Le encantaba el platito de bebé de plata que le había regalado su madre. Y la foto de 20 × 25 en blanco y negro de Bronte, Sarah y ella con las espaldas unidas en una mesa de Le Caprice, riéndose tanto que parecía que tenían los ojos bizcos.

Colocó un enorme jarrón con flores de invernadero sobre la mesita de café de madera tosca y puso a Regina Spektor en el equipo de música. Se quedó inmóvil en el centro del salón y se dio cuenta, asustada y a la vez emocionada, de que estaba construyéndose una vida.

Los golpes urgentes de Eliot en la puerta la sobresaltaron y echó a correr los pocos metros que había hasta ella para abrirla. La lluvia invernal caía a mares por todas partes y se veía por detrás de él, pero Eliot estaba perfecto de pie en el umbral con un funcional paraguas negro con el mango de bambú en una mano y el maletín en la otra.

Ahí estaba su guapísimo hombre.

Dio un salto y se agarró a él como si estuviera escalando un árbol, rodeándole la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, besándolo y lamiéndole la lluvia de la mejilla. Él tiró el maletín al suelo dentro de la casa y la apretó contra sí, poniéndole la mano libre en el culo. Maniobró de forma poco elegante para conseguir que los dos entraran a la vez que metía el paraguas abierto detrás de él. Cerró la puerta de una patada y tiró el paraguas empapado al suelo del salón para después llevar la otra mano que acababa de liberar también al culo de Abigail.

—¿Dónde está la cama? —gruñó.

—Arriba —susurró ella entre sensuales mordiscos a su oreja, su labio inferior y su cuello.

Él la llevó por la escalera como si no pesara nada.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—A la izquierda…

Por fin llegaron a la habitación de Abigail, que estaba llena de algo así como un centenar de velas decorativas. La echó sobre la cama, y se quitó la gabardina y el blazer y empezó a desabrocharse la camisa mientras se sacaba los zapatos sin agacharse. Abigail estaba tumbada en la cama, disfrutando de lo que veía.

—Qué bien te veo. Muy bien, de verdad —dijo en voz baja.

Sonrió y se quitó los pantalones y los calzoncillos, liberando su erección, que sintió que se endurecía aún más al ver el brillo de deseo que aparecía en los ojos grises de ella.

—Esto no va a ser bonito, Abigail.

—Eso espero.

Sonrió mientras se subía la práctica falda de pana marrón por encima de las medias hasta el muslo estampadas con rombos y dejaba ver que debajo no llevaba nada excepto un liguero nuevo y mucho más que sexy de un fino encaje de color visón que había comprado en Fleur aquella tarde para celebrar la llegada de Eliot. Dobló las rodillas, las separó un poco y después ladeó las caderas como invitación.

—Joder…

—Un regalito de bienvenida.

Eliot le empujó las rodillas hasta que casi le llegaron a los hombros y la besó en su centro caliente y húmedo. Abigail chilló y le suplicó que hiciera que se corriera allí mismo. Él lamió, chupó y mordisqueó hasta que percibió el tembloroso inicio de su orgasmo, y entonces se tumbó sobre ella y la penetró hasta el fondo. Sintió el impacto de sus testículos tensos contra ella cuando el orgasmo hizo que lo apretara con fuerza, llevándolo más adentro mientras la besaba en los labios y en el cuello y notaba el fuego de su respiración contra su cuerpo a la vez que pronunciaba su nombre con un grito definitivo y feliz que hizo que también él alcanzara el orgasmo.

Su liberación fue silenciosa, potente y profunda en su unión.

Los dos estaban fundidos, juntos.

—Siempre —susurró—. Siempre va a ser así para nosotros, Abigail.

A ella le caían lágrimas de alegría por la sien hasta el pelo.

—Lo sé —dijo con voz ahogada—. Por fin lo sé.

Él le besó las lágrimas, deseando saborear y conocer hasta el último gramo de ella. Sintió la familiar pérdida de control, su gradual alejamiento hacia la inconsciencia poscoital.

—Quédate conmigo unos minutos más, amor.

—Ahora estás conmigo más que nunca, Eliot. —Sus palabras eran apenas audibles—. Cuando alcanzo este estado de felicidad, de éxtasis, de libertad, tú eres el único que está conmigo. —Estiró el cuello para acercar los labios a su oído y continuó con una suave vocecilla—. No me estoy alejando de ti; me uno a ti en ese lugar. —Lentamente, volvió a apoyar la cabeza en la almohada, y con una sonrisa y los ojos cerrados se dejó llevar por el éxtasis.

Eliot apoyó la frente en la de Abby, cerró los ojos y sintió una intimidad más profunda de la que nunca creyó posible. Echó una fina manta sobre ellos y rodeó con su cuerpo el de Abby. Y los dos se quedaron dormidos, encontrándose el uno al otro en ese lugar de libertad compartida.

Marisa no pudo resistirse a investigar un poco sobre el castillo donde James y ella iban a pasar el fin de semana. Lo buscó en internet el jueves por la noche y se hizo una idea del tamaño (enorme) y de la extensión (vastísima) de los edificios, jardines y parques que lo rodeaban. Vio fotos del primo de James, el actual duque, Max Heyworth, y su mujer americana, Bronte Talbott, otras de Devon Heyworth y su mujer, Sarah James, la amiga de Eliot, y unas cuantas de la hermana pequeña, Abigail Heyworth, que Marisa reconoció como la misma Abigail Heyworth de la que había empezado a oír hablar en su círculo de fundaciones y donantes de dinero para proyectos de ayuda en África. Tal vez Abigail estaría en la fiesta del fin de semana y Marisa podría justificar mejor su escapada asegurándose más financiación para su escuela en Tanzania.

Había conseguido organizar dos reuniones en Londres, lo que la hacía sentir un poco menos culpable por haber mentido tan claramente a Eliot. Era un viaje de trabajo después de todo, se dijo.

Cogió el vuelo de las seis de la mañana desde Ginebra el viernes, con lo que le daba tiempo de sobra para llegar a su reunión de las diez cerca de Victoria Station y a la de la una en Marylebone. Esperaba que esa reunión terminara en más o menos una hora, de forma que podría ir a recoger a James a su despacho de Mayfair después.

Él la había llamado todas las mañanas y todas las noches durante la última semana simplemente para darle los buenos días y las buenas noches. No la presionaba ni sacaba el tema de Eliot, ni tampoco mencionaba lo que había pasado entre ellos en Frankfurt; solo le profesaba un constante apoyo y una sincera amistad.

Sí, a esas alturas ya podía intentar convencerse de eso, se reprendió. Su reunión de la una terminó en algo menos de una hora y ya iba en un taxi desde Marylebone High Street hacia Oxford Street, acercándose inexorablemente a Mayfair para encontrarse con James en su despacho. Sus intentos de controlar su entusiasmo con pobres racionalizaciones sobre James, su gran amigo, eran inútiles. Intentó una táctica diferente y empezó a pensar en la posibilidad muy real de que, en cuanto la viera, se lanzara a besarla apasionada e irresponsablemente como había hecho en la sala de espera de Lufthansa. Creía que si anticipaba esa oleada de pasión, tal vez podría estar preparada para recibirla.

Pero qué tonta.

Todo eso solo sirvió para hacer que se revolviera en el asiento y sintiera que las medias opacas que llevaba bajo su práctico traje negro le daban demasiado calor y le provocaban la irritante sensación de que le apretaban demasiado. Y aunque la teoría de James como inocente amigo no era más que una evidente mentira, al menos no hacía que sintiera una extraña tensión sexual que siempre acompañaba incluso la contemplación más tangencial de cualquier hipótesis que tuviera que ver con James como amante apasionado.

Sentía claustrofobia y mucho calor en el taxi, así que bajó un poco la ventanilla. El fresco y húmedo aire que señalaba el inicio o el final de la lluvia invernal le vino bien. Inspiró hondo por la nariz y buscó en su bolso la polvera. Se miró en el espejito con una expresión que decía: «No se puede hacer mucho a estas alturas», y sacó un cepillito de pelo y se peinó un poco. Estaba liso y era rubio, eso era lo único que podía conseguir en ese momento. Tenía la cara un poco ruborizada por el aire frío (y sin duda también por esos pensamientos), así que no se aplicó polvos ni colorete. Se dio un toque de brillo en el labio inferior y después volvió a meterlo todo en el gran bolso negro de Fauchard. Un regalo de Eliot. Vaya.

Debería haber cogido el bolso negro de Longchamp, pero no se le ocurrió hasta que ya iba de camino al aeropuerto a las cinco de la mañana. Ya era demasiado tarde. Estaba cerrando el bolso cuando el taxista dio unos golpecitos en la mampara de separación y dijo con una voz demasiado normal: «Ya hemos llegado».

¿Es que no sabía ese hombre que estaba a punto de abrir la puerta de su taxi para salir a un enorme, profundo y metafórico lago que solo estaba cubierto por una fina capa de hielo traicionero para soportar su peso? Inspiró hondo de nuevo, pagó al taxista a través de la mampara, se colgó el bolso del hombro y sacó su maleta de fin de semana a la acera con la otra mano.

Marisa no sabía qué se había imaginado, pero la tienda de Mowbray era la quintaesencia de lo británico y lo masculino. Las enormes puertas de caoba tenían tiradores brillantes de bronce y los paneles de cristal de la parte superior estaban tan brillantes que parecía que los limpiaran cada hora. Los cuatro escaparates que ocupaban de arriba abajo toda la planta a ambos lados de la entrada estaban diseñados con un gusto formal pero lleno de estilo. Unas enormes fotografías en blanco y negro daban un fondo clásico que resaltaba los bonitos colores y los inmaculados cortes de la ropa masculina. Los maniquíes eran antiguos y la tela de la que estaban forrados parecía tener manchas de antigüedad.

Marisa dejó que su mirada fuera subiendo lentamente por la sólida y formidable fachada y se sintió derrotada.

Eso había sido una idea terrible.

Ella no era una mujer frívola. No era dada a las aventuras ni a las diversiones superficiales. Y su aversión por esas nimiedades era una característica de sí misma que le gustaba. Respetaba quién era y cómo actuaba. Y ese día había cruzado medio continente para verse con un perfecto extraño.

Pero ¿en qué estaba pensando?

Se volvió para ver si todavía estaba a tiempo de coger el taxi que acababa de dejarla allí en esa precaria acera y descubrió, decepcionada, que había vuelto rápidamente a perderse entre el tráfico.

—¡Ya has llegado!

James.

Sintió una presión en el pecho durante un segundo por el miedo y después una calidez inevitable irradió desde su pecho hasta las puntas de los dedos de las manos y de los pies, que le hormiguearon.

James.

—Abigail, te voy a presentar a mi nueva amiga…

—Mary Moreau —se apresuró a interrumpirlo Marisa, extendiendo la mano para estrechar la de Abigail.

James la miró perplejo, pero después entornó los ojos y se unió al engaño. Por el momento.

—Mary… —repitió despacio—, esta es mi prima Abigail Heyworth. Abigail, esta es… Mary.

Abigail miró a uno y después a la otra, y reconoció el tierno cariño que ella acababa de redescubrir con Eliot. Parecía que James había conseguido encontrar por fin a alguien que podía tolerar durante más de los cinco minutos que eran habituales en él.

Bueno, más que tolerar.

Marisa se puso a hablar con una soltura forzada.

—Abigail, es un placer. De hecho esperaba poder verte durante mi estancia aquí. Trabajo para una agencia de ayuda humanitaria que tiene proyectos en Tanzania y admiro mucho todo lo que estáis haciendo en la fundación La Rosa y la Espina.

Abigail se volvió hacia James con una mirada seria.

—Pero ¿por qué no me has hablado de Mary? ¡Con todo lo que tenemos en común! ¿Es que la has tenido escondida de todos nosotros? —Se volvió hacia Marisa con una sonrisa amplia y sincera—. Es muy reservado, la verdad. Siempre está maquinando algo en secreto. ¡Ten cuidado!

Pero el guiño cómplice de Abigail pretendía animarla a pesar de esa supuesta advertencia.

James bajó la vista para mirarse los zapatos perfectamente lustrados y se encogió de hombros. Marisa pensó que era el hombre más cautivador que había visto en su vida. Por alguna extraña razón le costaba mucho apartar la vista de él. Incluso aunque no quisiera volver a verla nunca tras ese fin de semana, decidió en ese momento que iba a disfrutar de él todo lo que pudiera.

Debió de quedarse mirándolo como una tonta, porque Abigail miró a James y luego a Marisa y después otra vez a James y se echó a reír.

—Vosotros dos estáis muy mal. Yo pensaba que estaba mal, pero lo vuestro… —Sonrió y negó con la cabeza.

James miró a Marisa y no le importó si Abigail veía claramente lo feliz que le hacía ver a su «nueva amiga».

Abigail se irguió, intentó recolocar las ocho bolsas de Mowbray que cargaba y después las miró con culpabilidad.

—Ha venido un amigo de fuera y se ha presentado en mi puerta sin nada. Aquí llevo unas cuantas cosas básicas. —Abigail levantó las bolsas como prueba—. Páreme un taxi, James, para que pueda dejar que los dos os saludéis como es debido.

Un taxi se acercó y James la ayudó a meter las bolsas.

—¿Os veré en Dunlear esta noche? —preguntó Abigail enarcando una ceja.

James asintió para confirmar que ambos estarían allí.

—Ha sido un placer conocerte, Mary —dijo Abigail, y se volvió para acomodarse en el taxi mientras James cerraba la puerta. El vehículo negro se alejó.

—Qué agradable —dijo Marisa para romper el hielo.

—Sí, es… Deja que te coja la maleta…, Mary. —James cogió la pesada bolsa que estaba en la acera entre los dos—. Pero ¿qué llevas aquí? Solo vamos a casa de unos amigos a pasar el fin de semana, no a conocer a la reina.

Marisa lo miró con expresión cínica.

—¿Ah, sí? He buscado en Google la casa de tu amigo, y pensé que sería mejor que metiera en la maleta algo más que una camiseta negra de manga larga y unos pantalones de campaña.

—*Touché*. Y, por cierto, esa camiseta me gusta mucho. —Sonrió y le abrió la puerta—. Pasa.

Mientras caminaban por la planta principal, James se colgó la abultada bolsa del hombro derecho como si pesara tan poco como una camisa que acabara de sacar de la tintorería y la otra mano se la colocó en la parte baja de la espalda.

—No puedo esperar para saber más cosas de ti…, Mary.

Marisa abrió la boca para hablar, pero él negó con la cabeza para detenerla.

—Vayamos a mi despacho y allí podrás contarme lo de tu doble personalidad —dijo en voz baja.

Ella sonrió a pesar de todo mientras percibía los maravillosos olores del cuero, la lana y la madera antigua de los suelos con un toque de cera. Los olores masculinos de sándalo, laurel y pino flotaban por aquella tienda con siglos de historia. Vio percheros de trajes perfectamente colgados, una sección de ropa de tweed para el campo, la zapatería en el extremo de la derecha y un ascensor antiguo, completado con una puerta de forja perfectamente pulida justo delante de ellos. James no apartó la mano de su espalda hasta que estuvieron en el despacho. Cerró la puerta tras ellos y lanzó la bolsa sobre un sofá Chesterfield de cuero, muy viejo y con pinta de ser muy cómodo, que había contra la pared a su izquierda. Había un fuego encendido en la pequeña chimenea.

—Vaya. Menudo despacho.

Él se quedó de pie con la espalda apoyada en la puerta y la observó mientras dejaba el bolso también en el sofá y recorría el despacho. De vez en cuando cogía un pisapapeles o una fotografía.

—¿Eres tú?

—Probablemente. —James no tenía intención de apartar la mirada de su falda, que le envolvía las caderas perfectas, ni siquiera para mirar el marco que tenía en la mano.

—¡James! Ni siquiera me estás mirando.

—Disculpa, pero me veo obligado a contradecirte.

La miró a los ojos, y Marisa se sonrojó y apartó rápidamente la mirada para volver a poner la foto en el escritorio. Siguió andando hasta el otro lado del despacho, donde unas estanterías que iban del suelo al techo estaban llenas de casi tres siglos de volúmenes encuadernados a mano en cuero de color castaño que databan de tiempos en los que la lana de Mowbray había que llevarla en carretas por todo Escocia e Inglaterra tras un poderoso tiro de caballos.

Ella dejó que las yemas de sus dedos recorrieran los lomos labrados de las encuadernaciones. James sintió que se le secaba la boca al ver cómo esos dedos delicados acariciaban distraídamente los afortunados libros.

Marisa volvió al lugar donde había empezado y se quedó parada delante de él en el centro de sus dominios, intentando mantener la calma aunque su corazón latía con fuerza por la carga de artillería que formaban su miedo y su deseo.

—Bueno…

—Bueno —dijo él también—, ¿por qué ahora te llamas Mary?

Ella sintió una leve decepción por que no la hubiera cubierto de besos todavía, pero después sacudió la cabeza y se recordó que tenía licenciaturas importantes de prestigiosas universidades y que no debería estar teniendo pensamientos erráticos sobre ningún tipo de coberturas, mucho menos las de besos.

—Bah, es una tontería, supongo.

Se volvió a medias para mirar a la chimenea y después se apartó el pelo rubio perfectamente liso por encima del hombro izquierdo con un gesto impaciente que para James solo añadía a su postura el beneficio de revelar un lugar perfecto para besarla en el nacimiento del cuello.

—Es que no quería tener que dar explicaciones a nadie. El anuncio de nuestra boda salió en el *International Herald Tribune* hace cosa de un mes, y ahora con Abigail… Bueno, ella y yo trabajamos en el mismo mundo. Admiro el trabajo que ha hecho durante el último año. Eso sin mencionar que su madre está casada con un íntimo amigo de la familia de Eliot, por Dios. He llegado incluso a conocer a Jack y a tu tía Sylvia en unas vacaciones en Italia el verano pasado. Todo está demasiado relacionado.

—La tía Sylvia no va a estar en la casa este fin de semana, te lo aseguro. Y el anuncio de tu «compromiso» —dijo, matizando esa palabra con una clara intención— probablemente pasó desapercibido a la mayoría de los lectores.

—Por lo que he oído, Bronte Talbott no es la mayoría de los lectores; es una fanática del marketing y las relaciones públicas. Sin duda lo sabe todo sobre cualquier anuncio que haya hecho alguna vez cualquier empleado de Danieli-Fauchard. Todo eso sin olvidar a Sarah James.

James se encogió de hombros de nuevo.

Marisa continuó.

—Sabes que ella va a estar allí este fin de semana. Lo siento. Ahora me parece una tontería, pero cuando me has presentado a Abigail Heyworth he sentido un miedo repentino de decirle mi nombre real y oírla preguntarme: «¿Esa Marisa Plataneau?».

Seguía mirando el fuego bajo de la chimenea cuando notó el contacto repentino de sus labios en la base del cuello. Se le derritieron las entrañas allí mismo. O imaginó que debía de ser eso lo que le había pasado, porque nunca había creído que fuera posible.

—He cambiado de idea —susurró James provocativamente.

Ella se tensó y después se relajó contra él cuando le mordió el lóbulo de la oreja que tenía al descubierto.

—No me importa si te llamas Mary, Gertrude, Sam o Bill —afirmó James. Fue bajando por su cuello sin dejar de besarla mientras decía una larga lista de nombres cada vez más ridículos. Después la obligó a volverse para que tuviera que mirarlo a los ojos. Con sus tacones de siete centímetros eran exactamente de la misma altura. Le agarró la barbilla con la mano derecha y añadió—: Solo necesito que sepas que Marisa es el que más me gusta.

Y entonces la besó con una pasión suave pero exigente que hizo que ella olvidara todos sus nombres.

Marisa seguía agarrándose la melena con la mano derecha, como si fuera a caérsele de la cabeza si no la mantenía en su sitio, pero subió la otra mano y se aferró a la tela de la camisa sobre su pecho para mantener el equilibrio.

Después de besarla hasta hacer que entrara en una vorágine de lujuria confusa, le acarició con la punta de la lengua todo el perímetro de sus labios carnosos, igual que ella le había hecho a él en Frankfurt.

—Bienvenida a Londres —dijo formalmente y la llevó hasta el sofá, donde la acomodó. A Marisa le flaquearon las piernas—. Siéntate un momento mientras acabo esto en lo que estaba trabajando y después podemos irnos a West Sussex —añadió, y volvió a su enorme mesa de caoba delante de la pared de ventanas con vistas a Sackville Street.

Ella se quedó mirando su impresionante silueta al otro lado de la habitación: sus anchos hombros bajo la tela de rayas y los muslos fuertes cubiertos con pantalones

de molesquín. Marisa no sabía si alguna vez había deseado a un hombre así… era como si tuviera mucha hambre. Tenía hambre de James Mowbray. Ni siquiera podía hilar dos pensamientos seguidos. «¿Cómo puede él besar así y después formar frases completas?», se preguntó con un abstracto interés académico.

Él se sentó a su mesa y sonrió ante su silencio asombrado.

—Creo que te va a gustar esto.

Ella se dejó caer contra el respaldo del gastado sofá de cuero con la boca abierta y dejó escapar una exclamación sin sentido alguno.

—Oh.

Se pasaron las siguientes dos horas en un silencio profesional que se veía de vez en cuando salpicado por miradas furtivas y unos cuantos suspiros irreprimibles de pura felicidad por parte de Marisa. James tenía más cabos que atar en el trabajo de los que había pensado en un principio, pero a Marisa no le importó repasar sus notas de las reuniones que había tenido a lo largo del día y después ocuparse de limpiar su correo electrónico. Se quitó los zapatos y se acomodó en el sofá con su portátil, una postura que le permitía tener una vista espectacular de James en su puesto de mando. Era una situación sorprendentemente cómoda.

Bronte estaba de un humor de perros que solo alguien que estuviera en las últimas fases de un embarazo múltiple podía comprender. Estaba hinchada por todas partes. La piel de sus muñecas y sus tobillos estaba tan estirada que había llegado a cuestionarse si esas partes de su cuerpo todavía tendrían huesos. De todas formas, como llevaba semanas sin verse los tobillos, el asunto de los huesos era solo teórico en lo que a esas articulaciones respectaba.

Todo el mundo se mostraba extremadamente complaciente y protector. Al principio era algo adorable, sobre todo los reproches cariñosos de su marido sobre que debía estarse muy quieta mientras él se ocupaba de ella… ahí. Pero poco después eso también empezó a resultarle irritante. Su cuerpo repelía el más mínimo contacto, como si sus músculos estuvieran empezando a guardar energía para la batalla que estaba por venir. Todos los desvelos y la preocupación de su marido solo hacían que quisiera darle una bofetada, y no de una forma juguetona y divertida. Necesitaba alguna distracción de su confinamiento, porque, por muy arcaico que sonara, eso era exactamente lo que estaba viviendo: un confinamiento.

De todas las consultas prenatales a las que había ido, Max decidió casualmente acompañarla a la consulta en la que el médico le dijo en tono estricto que debía «tomárselo con mucha calma» durante las últimas tres semanas.

La idea de Bronte de tomárselo con calma era diametralmente opuesta a la de su marido. Tendría que hacer medias jornadas en la oficina o tal vez ir tres días a la semana en vez de cinco. Después de todo no estaba incapacitada, solo era una bestia enorme que caminaba de forma extraña.

—¡Sorpresa! —exclamó Max con demasiada alegría cuando entró en su dormitorio con una preciosa bandeja de desayuno en las manos.

Bronte gruñó al intentar incorporar un poco su cuerpo de cetáceo.

—Será mejor que estos dos angelitos después me adoren profunda e infinitamente.

—Oye, Bron, no digas esas cosas de las niñas. En este punto ya pueden oírte.

—¿Me oís bien? —preguntó dándose palmaditas en la tripa con autoridad—. ¡Tenéis que querer a vuestra madre!

—¡Ten cuidado!

—Dios, Max. Es mi cuerpo convertido en un globo. Ya sé lo fuerte que puedo pegarle, ¿vale?

—¿Acabas de usar «pegar» y «fuerte» en la misma frase?

En ausencia de sexo real, el sentido del humor de Max se había desintegrado para convertirse en algo que se parecía a un niño de doce años que acabara de encontrar la palabra «follar» en el diccionario.

Bronte sonrió y le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven aquí. ¿Qué delicias me has traído?

A pesar de todas sus quejas por haber engordado treinta y tres kilos durante el embarazo —«Más de veinte suena mucho mejor», había sugerido amablemente su suegra—, Bronte no tenía intención de privarse de comer nada. Miró con deseo el pan de avena y nueces recién horneado, la miel brillante en la cuchara y las lonchas de beicon.

—Sin duda eres el mejor hombre del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

Mak le guiñó un ojo y colocó la bandeja en medio de la cama (porque ya no podía acomodarla sobre la enorme barriga de Bronte).

—Y tengo otra sorpresa para ti.

—¿Y se mide en quilates esa sorpresa?

—No. Eso será para cuando nazcan las niñas. Envío y manipulación y todo eso. Esta sorpresa es para distraerte.

Bronte dio el primer sorbo al café, la única batalla nutricional prenatal que no estaba dispuesta a perder. Max la miró escéptico mientras se bebía aquel veneno potencial.

—Deja de estropearme el mejor momento del día, que es cuando doy el primer sorbo al café, con esa desagradable mirada de menosprecio. Cuéntame de qué va mi sorpresa.

—Muy bien. Vamos a hacer una fiesta en casa este fin de semana.

—Qué gracioso —respondió muy seria.

—No es una broma.

—¿Creer que me siento guapa y que puedo organizar comida y alojamiento, además de un día de caza, para veinte de nuestros amigos más cercanos?

—Ya me he ocupado de todos los preparativos… y solo seremos diez, no veinte. No son más que familiares y Willa y David, que casi son de la familia, así que intenta no ser tan controladora.

—¡No estoy siendo controladora!

Max puso los ojos en blanco.

—Bien. No eres controladora. Quería decir que intentaras olvidar la incomodidad física y que te lo pasaras bien un par de días. He dado a todo el mundo instrucciones estrictas de que sean graciosos y entretenidos cuando estén en tu presencia.

—¿Así que me voy a quedar aquí sentada en la cama y ellos irán pasando ante mí? ¡Bufón! —Bronte chasqueó los dedos fingiendo una orden con tono regio—. ¡Diviérteme!

Max le cogió los dedos que acababa de utilizar y se los llevó a los labios.

—Sé que has estado aburridísima y algo deprimida; he estado aquí durante los ataques de llanto, ¿te acuerdas? Así que divirtámonos un poco. Por mí no hay problema si quieres quedarte en la cama y que traigamos la mesa de la cena al pie del edredón o, si te apetece, que te lleven al piso inferior con un palanquín…

Ella disfrutó de la sensación de sus labios y el calor de su respiración contra sus dedos, y entonces sintió que las niñas empezaban su batalla matinal por el espacio inexistente en su vientre.

—Ya conocen tu contacto —dijo en voz baja.

Bronte se bajó las sábanas hasta las piernas y se levantó el ligero camisón de algodón sujetándolo bajo los pechos para dejar al aire su enorme barriga.

Los ojos de Max brillaron de alegría. Aunque Bronte estaría más que feliz de no tener que volver a mirarse el abdomen distendido y lleno de venas nunca más, a Max le resultaba infinitamente fascinante. Le recorrió la piel tensa con la palma de la mano izquierda. Los bebés estaban intentando acomodarse, y se podía sentir un codo o una rodilla sobresaliendo por debajo de la carne de Bronte. Levantó la vista para mirar a su mujer y compartir su placer, y rió al ver que ella se estaba tomando el café y mirando por la ventana como si él (o ellos tres) no estuvieran en la habitación.

—¿Qué? —preguntó.

—Eres preciosa.

—Sí, preciosa para ser una ballena.

—No, lo digo en serio. Mírate. Este cuerpo precioso, fecundo, abundante…

—La verdad, Max, es que me siento como si me hubiera vuelto el huésped de un alien. Ya ni siquiera me reconozco. Estoy cansada. —Dejó el café en la mesita de noche y sintió que las lágrimas le llenaban los ojos—. Joder, y ahora me pongo a llorar otra vez.

Max apartó la bandeja de la cama, se colocó junto a su cuerpo y le rodeó la cabeza con los brazos.

—No pasa nada, cariño. Ya solo quedan unos pocos días. —La besó hasta enjugarle las lágrimas y ella suspiró contra su cuerpo.

—Lo sé. Y será divertido tener a todo el mundo aquí este fin de semana. Gracias por organizarlo. Perdona que me haya puesto tan grosera. Más bien, que lo sea siempre.

—Puedes ser todo lo grosera que quieras. Oh, y además de los sospechosos habituales creo que Abigail traerá a Eliot y James tiene una conquista secreta que va a sacar de donde la tuviera escondida.

—Tal vez Eliot se compadecerá de mi estado y me dará la cuenta de la fragancia de Fauchard de una vez por todas.

Max rió y se puso a besarle el cuello.

—Eres un ambicioso animal de los negocios.

—Ya te he dicho que soy una ballena. Mírame. —Señaló con desprecio su barriga todavía al aire.

Max siguió besándola despacio.

—Ya te estoy mirando.

—Hum. —Bronte ladeó la cabeza y cerró los ojos—. Eso es sorprendentemente delicioso.

Max se pasó el resto de la mañana del viernes y gran parte de la tarde en la cama con su mujer, demostrando su amor a ese cuerpo que ella ya no era capaz de apreciar, llevándola a un mundo de placer chispeante con el poder de su tierna adoración. Al final, Bronte estaba de bastante buen humor para cuando empezaron a llegar los invitados.

Eliot y Abigail llegaron sobre las cinco de la tarde y Max fue a recibirlos a la enorme arcada principal. Abigail parecía arrebolada y alerta; Eliot, satisfecho y lleno de confianza. Max negó con la cabeza e intentó no imaginárselos aparcando a un lado de la carretera para echar un polvo rápido antes de llegar a la casa familiar.

—¿Qué tal os va?

Los dos pusieron la misma sonrisa tontorrona.

—Ya veo que muy bien…

Ambos asintieron estúpidamente y pasaron a su lado para entrar en el vestíbulo central poco iluminado del castillo de Dunlear. Abigail dejó caer su maleta de fin de semana en el suelo sin mucho miramiento y se volvió para ver las siluetas de Eliot y Max destacadas por el contraluz del sol del invierno que se estaba poniendo rápidamente.

—¿Dónde está Lobo? ¡Echo de menos a mi novio!

Eliot se llevó una mano al pecho, herido.

—¿Qué quieres que te diga? —exclamó Abigail—. Él ha sido el primero, el último, todo. —Se encogió de hombros como si Eliot tuviera que acostumbrarse a la realidad de su amor permanente por su sobrino o sufrir las consecuencias.

—¡Tía Abigail! —El tono de Lobo sonó mucho más maduro que la típica vocecilla de un niño de dos años mientras bajaba a toda velocidad los escalones de piedra alfombrados con una moqueta de color rojo arándano.

Ella abrió los brazos y Lobo se lanzó a ese abrazo de bienvenida.

—Pero ¿dónde has estado? —preguntó ella.

Se apartó un poco de su abrazo y le apoyó las manos en los hombros con total seriedad.

—¿Yo? Aquí. —Frunció el ceño—. Esperando a las princesas. —Y levantó la vista hacia el cielo como si sus hermanas fueran a bajar de las nubes o directamente de la habitación de su madre. De cualquier forma, era evidente que le resultaba de lo más tedioso.

—Ya veo. ¿Y te parece muy aburrido? —preguntó Abigail con total seriedad.

—Bueno —contestó Lobo como pensando en voz alta—, no siempre… pero sí casi todo el rato. Mamá está de mal humor y papá intenta hacerla reír, pero ella no se quiere reír porque las princesas están invadiendo su cuerpazo gordo. Pero… —Miró al otro lado de la entrada donde estaba Max negando con la cabeza para que supiera que no debía decir nada sobre cuerpos grandes ni sobre gordura—. De todas formas queremos mucho a mamá. Aunque esté de muy mal humor. Y muy grande.

—Claro que sí, cariño. —Abigail le dio un beso en la mejilla y lo bajó al suelo, pero no le soltó la mano.

Lobo miró a Abigail a los ojos y echó un vistazo por detrás de sus caderas para examinar a Eliot.

—¿Se va a quedar a dormir con nosotros? —preguntó en voz algo más baja que antes, pero sin dejar de ser muy diplomático.

—Oh, cariño. Sí…

Lobo apretó los labios y arrugó la frente para contener las lágrimas.

—Es demasiado grande para la cama.

—¿Qué tal si… si nosotros dos subimos ahora y vemos una película en la cama, comemos palomitas y luego nos quedamos dormidos? ¿Te apetece?

—Sí —accedió con su vocecilla.

—Y además sé que te acuerdas de Eliot.

—Hola, Eliot.

—Hola, Lobo. Cuida bien a Abigail, ¿eh?

Eso hizo que la expresión de Lobo cambiara de inmediato.

—Sí, señor. Vamos, tía Abigail.

Tiró de ella hacia la escalera y empezó a parlotear sobre lo bien que se lo iban a pasar los dos; después se puso a hablarle de su nuevo tren Thomas. Abigail miró por encima del hombro y guiñó un ojo a Eliot para que supiera que él siempre ocuparía un segundo plano por detrás de un crío que apenas caminaba.

Abigail y Lobo se pasaron toda la tarde en la cama delante del televisor, acurrucados en la enorme cama de la palaciega suite de invitados de color verde pálido, engullendo golosinas y palomitas acompañadas de leche con cacao y viendo a una amplia variedad de encantadoras criaturas extraterrestres intentar hacerse amigas de los humanos para evitar que un villano megalómano dominara el mundo.

A las siete Abigail detectó la reveladora cadencia de la respiración profunda de Lobo cuando dormía y pensó que estaba a punto de caer dormida ella también. Apartó con cuidado el brazo que tenía debajo del cuello del niño y al levantar la vista vio que Eliot estaba de pie junto a la cama.

Sonrió como siempre hacía cuando su mirada se encontraba con la de Eliot, sobre todo cuando uno de los dos o ambos estaban casualmente en posición horizontal.

—Hola —lo saludó en un susurro para no despertar al niño que tenía a su lado.

Eliot hizo con el dedo un gesto de invitación silencioso.

Abigail se bajó de la cama y lo siguió al enorme baño.

Eliot se agachó para abrir al máximo el grifo del agua caliente y después añadió algo de fría hasta llenar la enorme bañera con patas que había en el centro del amplio suelo de mármol blanco. Se acercó a Abigail despacio con una mirada de determinación inconfundible. Empezó a quitarle la camisa y la camiseta que llevaba debajo, y acto seguido le desabrochó los vaqueros y se los bajó, a la vez que la ropa interior.

Todo en un absoluto silencio.

Él se quedó allí de pie, como un ayuda de cámara, totalmente vestido delante de su cuerpo pálido, suave y desnudo. Le acarició la curva de las caderas y de los muslos, y después subió muy despacio por los brazos hasta los hombros.

Abigail cerró los ojos e intentó centrarse solo en lo bien que la hacía sentir meterse en un baño caliente en la casa en la que había crecido mientras su amante, su compañero, le acariciaba toda la piel con ternura y cariño.

—Oh, Eliot —susurró—. Vamos a ser muy felices, ¿verdad? Soy tan feliz contigo… —Adelantó la cabeza para apoyar la frente contra el cálido cachemir que le cubría el corazón—. Te quiero muchísimo.

—Métete en la bañera, amor.

Eliot nunca se había considerado el tipo de hombre que disfrutaría adorando a una mujer hasta ese extremo, pero se dio cuenta de que estaba total y absolutamente decidido a satisfacer cualquier deseo de Abigail. Sería porque ella era muy agradecida, pensó.

Cada suspiro.

Cada gemido.

Su placer era tan absoluto y tan dependiente de Eliot… Nunca resultaba empalagoso, solo infinitamente agradecido. No era que sus hombros necesitaran un masaje; era que le encantaba que Eliot le tocara los hombros. No necesitaba un baño; adoraba que Eliot le llenara la bañera de agua caliente y la ayudara a meterse en ella.

—Haces que todo sea precioso, Eliot —afirmó Abby para reforzar los pensamientos que él estaba teniendo.

Le estaba frotando lentamente los hombros con una esponja jabonosa cuando ella dejó caer la cabeza hacia atrás, para apoyarla en el borde curvado de hierro colado blanco de la bañera y mirarlo a los ojos.

—Tú también, Abigail.

Ella puso esa sonrisa agradecida, dejó que sus ojos se cerraran despacio y pensó en lo agradable que iba a ser ese fin de semana largo con familiares y amigos. Y con

Eliot.

Él era ambas cosas, se dijo: familiar y amigo.

Y mucho más que ambas cosas juntas.

Max se levantó del sofá cuando oyó el ruido de otro coche que aparcaba en el patio delantero. Devon y Sarah habían llegado poco después que Abigail y Eliot y todavía estaban en el piso de arriba. Bronte había sugerido una cena tardía a las nueve para que todo el mundo tuviera tiempo para relajarse y cambiarse antes de bajar a tomar algo a eso de las ocho.

James Mowbray compartía la predilección de Devon por los coches caros con motores que eran más adecuados para acelerones en las autopistas que para viajes por las estrechas carreteras de la campiña inglesa. Así que Max se sorprendió al ver que había elegido el comparativamente sensato Audi A8 para ese primer viaje por carretera con su nueva acompañante misteriosa. Se preguntó si debería tomarle el pelo por pretender aparentar ser más sensato de lo que en realidad era. Entonces una rubia deliciosa, aunque un poco formal, sacó la cabeza por la ventanilla del lado del acompañante. Max se acercó unos pasos para abrirle la puerta.

—¡Ah, por fin llega la guapa huésped misteriosa! —Max le tendió la mano con un gesto galante para ayudarla a salir del bajo asiento de cuero.

Su apariencia parecía austera a primera vista pero de repente, tal vez en respuesta al gesto caballeroso de Max, en su cara se dibujó una sonrisa espectacular que transformó incluso el aire que la rodeaba. Para entonces James ya había salido y rodeado el coche hasta el lugar donde estaban ellos. Marisa apoyó suavemente su mano en la de Max, pero James lo apartó.

—Yo me ocupo de eso —comentó con un tono muy poco jovial.

Marisa dirigió todo el poder de su felicidad hacia James y eso pareció arreglarlo todo.

Max dedicó a su primo una mirada especialmente cortante y la famosa ceja enarcada de los Heyworth.

—¿Es que pretendes que no ofrezca mi ayuda a una dama para salir del coche? ¿Y si lo hago despertaré tu ira?

Entonces Marisa rió y se acercó el dorso de la mano de James a la boca para darle un beso rápido.

—¡Oh! —exclamó alegre—. Qué divertido va a ser esto. —Miró a James con cierta malicia en los ojos y después se volvió hacia Max—. Muchas gracias por incluirme. Estoy deseando pasar estos días aquí.

Max solo sacudió la cabeza y se preguntó cómo lo había hecho para organizar un fin de semana rodeado de tortolitos enamorados. Al menos el efecto deseado de entretener a Bronte se iba a lograr con gran facilidad. Miró hacia el camino de entrada de gravilla que llevaba al parque y vio otro coche.

—Ah, esos tienen que ser Willa y David. —Max se acercó a James para que Marisa no pudiera oírlo—. Espero que al menos ellos ya hayan dejado atrás los primeros ardores de un nuevo amor. —Y se volvió hacia su hermosa huésped—. Bienvenida a Dunlear, señorita…

James la presentó muy formalmente.

—Esta es Mary Moreau. Permíteme que te presente a su excelencia Maxwell Bla-bla-bla Heyworth, duque de Northrop.

Max hizo una reverencia con extrema formalidad y después miró por encima del hombro de James a los faros del automóvil de los siguientes huéspedes que se acercaban.

—Aunque solo sea por eso, James, creo que voy a hacer que Jeremy te anuncie cuando entres en el salón esta noche. Por cierto, tomaremos algo a las ocho. Estoy seguro de que a la bella señorita Moreau le encantará oír todos tus títulos y propiedades. Tal vez debería dejar una copia del *Debrett's* en su mesita como agradable lectura nocturna para ella. —Max dio una palmadita en el hombro a su primo y saludó a sus otros amigos con la mano—. Estáis en las habitaciones escarlatas, en la segunda planta a la izquierda, al final de la escalera. Jeremy os acompañará.

El mencionado Jeremy Paulson estaba allí cerca; había salido silenciosamente de la casa para ayudarlos con el equipaje y asegurarse de que encontraban las habitaciones correctas.

James, sin soltar la mano de Marisa, le presentó a Jeremy.

—Supongo que todos vamos a tener que ganarnos la cena de esta noche, ¿no, Jeremy?

Tras décadas de visitas al castillo de Dunlear, James Mowbray conocía bien al personal y las costumbres de allí, como todos los demás miembros de la familia cercana. Jeremy Paulson nunca diría nada que comprometiera la integridad de su puesto como jefe del servicio, pero revelaba muchas cosas solo con una leve elevación de sus cejas.

—Lady Bronte debe de estar ansiosa por dar la bienvenida a los nuevos bebés —apuntó James.

—Sí, bastante ansiosa, señor.

James se echó a reír al ver que el imperturbable y fiel criado estaba soportando demasiada presión. La tensión creciente que siempre acompañaba a las semanas previas a un parto seguramente había alcanzado su punto álgido.

Marisa miró a James y le apretó un poco la mano. Se la veía feliz, pero había cierta inquietud en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Oh, nada. Estoy encantada de estar aquí. Es solo… que me siento ridícula haciendo que me presentes a toda tu familia con ese nombre falso. Lo confesaré todo cuando nos reunamos para tomar algo esta noche. Ahora ya no me parece en absoluto importante.

—¿Ah, no? —James analizó el ritmo de sus sentimientos. El aumento de la profundidad de lo que sentía por aquella mujer era del todo irracional, pero esperaba que ese deseo de total sinceridad de ella significara lo que él sospechaba.

Marisa lo miró intensamente y después bajó la vista a la gravilla que pisaba.

—James.

Él se acercó para besarle el cuello.

—¿Sí?

Se apartó un poco para poder mantener la claridad de sus pensamientos. Jeremy ya se dirigía a la casa con sus maletas, pero Marisa agarró a James para que se quedara allí en el patio un momento más.

—Creo que ya hace algún tiempo que sé que mi compromiso no era… bueno… ideal, digamos…, pero él… es un buen hombre, uno excelente en realidad, y me parecía egoísta buscar algo… alguien… mejor; de todos modos… parece que simplemente he encontrado… justo eso.

James intentó no perder la calma mientras asimilaba esa información.

—Quiero besarte apasionadamente, pero me temo que este no es el lugar ni el momento.

La sonrisa de Marisa volvió a aparecer ante su comprensión y su rápida reciprocidad.

Él se volvió hacia el ruidoso trío que ya casi había llegado hasta donde estaban ellos. Willa y David Osborne contaban chistes en voz alta y hacían comentarios escatológicos con Max: algo sobre que un enema era más agradable que conducir por la autopista un viernes por la noche. Cuando llegaron a su altura se detuvieron y James hizo las presentaciones.

Willa juntó las manos ante su exuberante pecho en una demostración de típica efervescencia.

—¡Querida, eres un rayo de sol del brazo de James Mowbray!

La expresión de Marisa sin duda era un rayo de sol y se dio cuenta de que eso no le daba ni la más mínima vergüenza. Estaba muy feliz de estar allí del brazo de James Mowbray. Miró a Willa y después a los ojos de James para que él también lo supiera.

James le habló a Willa.

—Es muy… refrescante, la verdad.

Todos sonrieron y se pusieron a caminar de nuevo para cruzar la enorme puerta principal y después el vestíbulo. James y Marisa se adelantaron un poco para alcanzar al paciente Jeremy, que los estaba esperando, y después subieron la escalera tras él de la mano.

Max, Willa y David se quedaron atrás, y Max puso los ojos en blanco en un gesto conspirador hacia sus amigos.

—Debe de haber algo en el aire o en el agua.

Abigail se vistió en silencio y volvió al cuarto de baño para secarse el pelo mientras Lobo seguía durmiendo y Eliot leía una novela sentado delante de la chimenea de su habitación. Le acarició con la mano los anchos hombros cuando pasó desde el vestidor hasta el baño y también cuando volvió. Él levantó la mano ausente para buscar su contacto, pero siguió leyendo mientras ella continuaba con sus preparativos.

La comodidad doméstica de su intimidad era uno de los mejores descubrimientos que acababa de hacer Abigail. Los fuegos artificiales del sexo eran… bueno, pirotécnicos. Pero esa simple fusión de sus ritmos diarios resultaba más profunda a veces. Las últimas veinticuatro horas en su casa, después el viaje fuera de la ciudad y el tiempo que habían pasado allí… todo le daba la sensación de estar perfectamente en equilibrio. Acabó de secarse el pelo y volvió al dormitorio. Se puso un par de bailarinas negras y se acercó al fuego.

—¿Bajamos? —susurró.

Lobo estaba profundamente dormido en la enorme cama.

Eliot dejó el libro de bolsillo sobre la mesita redonda de caoba que había al lado del sofá donde estaba sentado, se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Abigail le rodeó la cintura con los suyos y apretó la mejilla contra la tensión vibrante de los músculos de su pecho. Él también llevó los brazos a su cintura; eran tan largos que la rodeaban casi por completo, llegando a los lados opuestos de sus caderas.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Ella levantó la vista sorprendida.

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé. Porque ahora somos una pareja de verdad. Y estoy considerando la anticuada costumbre de pedir tu mano al duque. Por ese tipo de cosas.

—¡Oh, Eliot! ¡No te atreverás! —Seguía hablando en susurros para no despertar a Lobo, pero fue un susurro un poco más alto que los otros.

—No discutamos aquí con el niño. —La soltó y le cogió la mano. Salieron de la habitación en silencio al amplio pasillo alfombrado—. ¿Y por qué no? —preguntó en voz baja cuando ya estuvieron donde Lobo no podía oírlos.

—Porque es algo claramente absurdo. No necesito la aprobación de Max para casarme. Puede que necesite la de la reina, pero ese es otro tema. —Bromeó.

Eliot no se dejó distraer.

—No me refería a eso y lo sabes.

—Acláramelo de todas formas.

—Me refería a que quiero que todo lo que tiene que ver con nosotros sea válido, oficial y abierto a cualquier escrutinio. Puro.

—Eliot, sigues siendo un misterio para mí. Unas veces eres ese amante apasionado y de pensamiento liberal, y otras utilizas palabras como «escrutinio» y «válido» sin una pizca de ironía.

Eliot sonrió y se encogió de hombros para demostrar que era todo cierto.

—Soy tuya —afirmó Abby con sencillez—. Haz conmigo lo que quieras.

—No me digas eso, diablesa. —Apartó la mano como si ella quemara.

La sonrisa de Abigail estaba llena de inocencia cuando volvieron a cogerse de la mano, bajaron la amplia escalera principal y cruzaron el vestíbulo hasta el salón para reunirse con los demás y tomar algo antes de cenar.

DEVON Y SARAH ESTABAN SENTADOS en una de las esquinas de un sofá de terciopelo verde oscuro delante de la enorme chimenea del salón mientras Bronte estaba echada en el otro extremo.

James se encontraba de pie delante de la chimenea y acababa de coger su copa de manos de Max, quien en ese momento estaba haciéndose un hueco en el sofá al lado de Bronte.

Marisa mantenía una animada conversación con Willa que parecía tratar sobre el carácter de James. Antes de llevarse el vaso a los labios, James rió y añadió:

—¡Marisa está exagerando!

Sarah levantó la vista rápidamente.

—Un momento, ¿es que la gente te llama Mary para abreviar? —preguntó volviéndose para mirar a la mujer en cuestión en busca de una explicación.

Bronte sintió el leve chisporroteo de la tensión y puso la mano en el brazo de Max para interrumpir su conversación.

—¿Qué es lo que pasa?

James miró a Marisa con expresión de disculpa y se encogió de hombros.

—Lo siento. ¿Quieres decírselo tú o se lo cuento yo?

—Oooh —exclamó Bronte frotándose las palmas—, ¡un verdadero drama de salón! ¡Cuenta, cuenta! —Al ver que a sus palabras solo las seguía el silencio insistió—: ¡Que lo cuente alguien!

Sarah miró a James y luego a Marisa, y otra vez a James.

—Bueno, al parecer uno de los dos tiene que contarnos algo.

Marisa fue quien habló.

—Ahora me parece algo muy tonto, pero es que todos tenemos un conocido en común y… bueno, no quería que él se enterara de que había estado aquí… Ya sabéis, con James.

Sarah pareció sentir la gravedad de lo que estaba a punto de pasar antes que los demás. Tensó la espalda y se inclinó hacia delante para dejar la copa en la mesita de café. Devon siguió con su sonrisa feliz e ignorante y se puso a acariciarle la parte baja de la espalda, que con ese movimiento había quedado expuesta. Ella le apartó la mano con un vago gesto de irritación porque necesitaba centrar toda su atención en lo que iba a explotar en mil pedazos contra las inocentes paredes del salón de Dunlear.

—Pero ¿qué…? —preguntó Devon.

—¡Chis! —contestó Sarah sin mirarlo.

—Continúa —animó Bronte con amabilidad.

—Bueno… —Marisa miró a James en busca de apoyo y sus amables ojos se lo ofrecieron en abundancia. Inspiró hondo—. Básicamente es que… mi verdadero nombre es Marisa Plataneau…

Abigail se quedó helada en el umbral con Eliot detrás de ella.

Bronte miró a Sarah.

—¿Por qué me suena de algo ese nombre? —preguntó ajena a la situación.

James dejó su vaso en la repisa de la chimenea y miró al otro lado de la habitación donde acababa de aparecer Eliot Cranbrook.

—¿Qué demonios está haciendo él aquí? —preguntó a Max.

Willa Osborne dio un trago a su vodka y contempló toda la escena como si tuviera un asiento de primera fila en la final masculina del torneo de Wimbledon. David miró a Devon para ver si podía hacer algo, pero Devon solo se encogió de hombros en respuesta, todavía de mal humor porque su mujer le hubiera hecho apartar la mano.

Max se levantó y vio a Abigail y a Eliot como dos estatuas en la entrada de la sala.

—Bueno, ¿entráis o no?

Bronte volvió a hablar, mirando a Sarah pero dirigiéndose a cualquiera que pudiera responderle.

—¿Por qué James está enfadado con Eliot?

Marisa estaba sentada junto al guardafuego delante de la chimenea y se atragantó con un sorbo de vino. James se arrodilló delante de ella para asegurarse de que estaba bien y le preguntó en murmullos todas las versiones que se le ocurrieron de si quería irse o qué podía hacer. Ella negaba con la cabeza sin decir nada.

Bronte chasqueó los dedos.

—¡Ya está! ¡Así se llama la prometida de Eliot!

Max miró a Abigail y a Eliot, después a Bronte, a Marisa, a James y otra vez a Bronte.

—Creo que tienes razón, Bron.

Bronte se echó a reír, por lo bajo al principio, pero después con convulsiones tan histéricas que su marido llegó a preocuparse por si había perdido la cordura.

—¡Oh, Max —consiguió decir—, hay que comprobar el nombre de todo el mundo cuando se organiza una fiesta! —Siguió riéndose de forma incontrolada—. Esto parece sacado de un libro de Oscar Wilde, joder. ¡Ay!

Durante unos momentos él creyó que se sujetaba el vientre por la risa, pero entonces se dio cuenta de que su cara había pasado de la felicidad al dolor. Lo miró con una expresión de súplica íntima.

—Oh, Max, precisamente ahora que por fin estaba empezando a divertirme… —Cerró los ojos con fuerza y se mordió el labio inferior. La primera contracción pasó, y cuando volvió a abrirlos vio nueve caras preocupadas formando un semicírculo a su alrededor y a su marido apoyado en una rodilla a su lado.

Max se puso a dar órdenes casi inmediatamente.

—Devon, empieza a cronometrar las contracciones, por favor. Sarah, llama al doctor Armitage y pregúntale si es mejor llevarla al hospital local de Bognor Regis o si deberíamos arriesgarnos a llevarla al Saint Mary de Londres. Abigail, ve a decir a Jeremy que traiga el Range Rover a la parte de delante y que se asegure de poner en él las maletas. Ya sabe a las que me refiero. Y que meta también un par de almohadas y mantas, en caso de que Armitage diga que vayamos a Londres.

Bronte intentó ignorar la siguiente contracción —se negaba a creer que pudieran ser tan fuertes tan pronto—, pero su cara pálida y tensa y la forma de morderse el labio la delataron.

—¿Eso ha sido otra? —preguntó Devon.

Ella no dijo nada.

Max miró a Devon y después a Bronte.

—¿Lo era? —gritó.

Ella asintió y le cayó una lágrima por la mejilla derecha.

Sarah volvió desde el vestíbulo, donde acababa de hablar por teléfono con el médico que Bronte y ella compartían.

—El doctor Armitage dice que no nos preocupemos. Que las contracciones probablemente no volverán a aparecer hasta dentro de varias horas. Que solo está empezando, así que…

—¿Cuándo ha dicho que las contracciones serán demasiado seguidas para poder trasladarla? —preguntó Max.

—Ha dicho que tardará horas o días. Tienen que producirse en un intervalo de tres minutos…

—¿Eso ha sido otra? —volvió a preguntar Devon sonriendo porque parecía estar cogiéndole el tranquillo a detectar los signos que la cara de Bronte mostraba y eso le daba sensación de utilidad. El método científico y esas cosas.

Bronte asintió.

—¡Qué pequeñas más exactas! ¡Y eso que no han nacido aún! —exclamó con admiración Devon señalando el reloj—. Tres minutos exactos. Las dos veces. Vamos a ver cuándo será la siguiente.

Bronte enseñó los dientes a Devon y un gruñido bajo escapó de su boca.

—¿Acabas de gruñirme? —preguntó, ofendido.

Ella intentó acercarse para pegarle, pero tenía la barriga enorme y aún le quedaba dolor residual tras la contracción, así que solo pareció una garrapata patas arriba.

—¡Devon! —intervino Sarah—. Dedícate a mirar el reloj y deja de decir tonterías. No es un concurso de la tele, por Dios.

Devon se mostró un poco alicaído por haber descuidado sus funciones, pero reinició el cronómetro mientras el dolor empezaba a desaparecer de los ojos de Bronte.

Jeremy apareció en la puerta para decir a Max que el coche estaba preparado y que él podía conducir si Max prefería ir atrás con Su Excelencia. Abigail entró detrás de él y se acercó en silencio hasta colocarse al lado de Eliot; él todavía parecía estar impactado por el shock que había sufrido al ver a Marisa Plataneau allí mismo, en el salón de Dunlear.

Bronte chilló esa vez, ya incapaz de reprimir su respuesta gutural a aquel dolor que parecía destrozarle los huesos.

—¡Max!

Él despidió a Jeremy y volvió a arrodillarse delante de Bronte.

—Estoy aquí, cariño. Creo que las niñas tienen ganas de salir y vamos a tener que hacerlo aquí, ¿vale? —Max miró a Devon en busca de confirmación.

Devon, agobiado, solo pudo decir:

—Dos minutos, cuarenta segundos.

Volvió a pulsar los botones laterales del reloj para poner el cronómetro a cero cuando ella se tumbó en el sofá de nuevo.

—Bron, vamos arriba, a la cama. Estarás mucho más cómoda. Dev y yo podemos subirte.

Bronte tenía los ojos cerrados y la piel grisácea.

—Va a ser un parto complicado, Max. Trae a un médico, por favor.

Sarah vio la mirada de Max y asintió. Salió para llamar de nuevo al doctor Armitage e informarlo de cómo se estaban desarrollando las cosas para que les dijera qué hacer. Para cuando Sarah volvió al salón, Devon y Max habían llevado a Bronte arriba seguidos de Willa, que iba para dar apoyo moral. Eso dejó abajo a Marisa y a James, a Eliot y a Abigail y a David Osborne, todos mirándose en un momento de confusión silenciosa.

Sarah miró alrededor y su mirada se encontró con la de Abigail.

—¿Todo bien por aquí?

Abigail volvió a la realidad y se puso de pie.

—Aquí estamos bien. Voy a rellenar las copas a todos. Que nadie se preocupe. Haz lo que tengas que hacer y nosotros… —Miró al heterogéneo grupo de huéspedes —. Estaremos bien. Y di a la cocinera que retrase la cena lo que sea necesario.

—Bien —respondió Sarah—. Voy a subir para decir a Max que el médico de Bognor Regis está en camino y que el doctor Armitage viene desde Londres lo más rápido que pueda. Y de paso iré a la cocina para decir lo de la cena.

Cuando Sarah explicó a la cocinera lo que estaba pasando, la ayudante de cocina más joven se acercó para murmurarle algo a su jefa. Tras recibir un empujoncito de la cocinera, la chica se atrevió a hablar:

—¿Señorita Sarah?

—¿Sí, Pam?

—Quería decirle que yo soy matrona y doula. Si cree que a lady Bronte le parecerá bien… —Volvió a mirar a la cocinera, quien la animó levantando la barbilla—. Yo podría ayudarla o…

—¡Ah! ¡Bendita seas! ¡Ven conmigo ahora mismo!

—Si no le importa, hay unos aceites y algunas cosas que puedo llevar para ayudarla a relajarse.

—Claro. Y tampoco vendría mal algo para Max.

La eficiente chica cogió una cesta de pan y metió en ella lavanda seca, aceite de cáñamo, algunas hierbas y unos frascos que Sarah no reconoció, además de un montón de trapos blancos de cocina de algodón recién planchados. Después fue a la despensa y salió con una botella sin abrir de un whisky muy añejo.

—Para el duque —dijo Pam con una sonrisa.

—Vamos —contestó Sarah haciendo un gesto con la mano para que la chica la acompañara.

El médico de Bognor Regis estaba casualmente atendiendo a un niño enfermo en el cercano pueblo de Binsted. Tras recibir la llamada del hospital diciendo que lo necesitaban en Dunlear, apareció en la puerta del castillo en solo quince minutos. Entre su organización eficaz, seria y tradicional y los cuidados cariñosos y dulces de Pam para aliviar la tensión de la espalda y las piernas de Bronte, la escena que se desarrollaba en la habitación de los duques pronto adquirió el aspecto de una obra de teatro perfectamente orquestada.

Bronte estuvo de parto tres horas más, tiempo suficiente para que el doctor Armitage llegara desde Londres con bombonas de oxígeno neonatales y más equipo especializado por si acaso. Pero por suerte no fue necesario nada especial para el parto de las niñas.

La pequeña lady Sylvia llegó primero, justo antes de medianoche, con un grito exigente casi instantáneo que hizo que una Bronte exhausta sonriera por lo adecuado que había resultado ser el nombre que habían elegido.

Bronte había asumido que las dos niñas saldrían una detrás de la otra, como guisantes al salir de su vaina, pero el médico dijo que no era raro que pasaran horas, o en casos extremos incluso días, entre la llegada de un gemelo y el otro. Pam aseó rápida y eficientemente a la pequeña Sylvia, la envolvió bien en ropa limpia y se la dio a Bronte para que la amamantara. Max se subió a la cama junto a las dos y observó los ojos vidriosos pero extrañamente perspicaces de Sylvia mirar primero a Bronte, parpadear despacio y después abrirse de nuevo para mirar a Max. Lo miró con una curiosidad enorme, y después hizo un mohín con los labios y una furia hambrienta apareció en su cara.

—Será mejor que le des de comer —susurró Max.

—¿Tú crees? —Bronte rió bajito. Ajustó uno de sus pechos para poder acercar a la recién nacida y empezar un proceso que supuso que llevaría días de revolverse, acomodarse y ajustarse hasta que encontraran la postura adecuada, como había pasado con Lobo.

—¡Ay! —chilló Bronte sobresaltando al bebé y provocando otra sucesión de gritos por su parte.

Pam se acercó rápidamente a la cama.

—¿Puedo?

Bronte asintió.

—Tiene que demostrarle quién manda, lady Bronte, o cogerá malas costumbres desde el principio.

Bronte miró a la dulce Pam como si fuera un ángel enviado del cielo.

Pam sonrió y trató el pecho de Bronte como si fuera una hogaza que estuviera preparando en la cocina.

—Vamos a ver, déjeme…

Acercó la boca gritona y abierta de la pequeña Sylvia al pezón con un ángulo extraño y después empujó al bebé hacia el pecho de Bronte con una autoridad firme. Bronte la miró aliviada y sorprendida. La pequeña Sylvia estaba mamando con una profunda satisfacción, y ella no notaba más dolor que el leve escozor del mordisco

que le había dado al principio.

—Gracias, Pam —dijo Bronte, y después volvió a mirar al precioso bebé y sintió que aparecían las familiares lágrimas—. Ya es una personita exigente, ¿eh? —susurró a Max.

Él dio un beso a Bronte en el cuello y se agachó para besar la frente de Sylvia. Los ojos de su hija se movieron tras sus párpados cerrados, agradeciendo el contacto suave.

—Lo es. Y no se me ocurre de quién lo habrá sacado.

Cuando el bebé se sació y el primer arrebato de vida dio paso al consiguiente agotamiento tras la experiencia, Sylvia se quedó felizmente dormida en brazos de su madre con la boquita abierta como un marinero borracho en miniatura.

Bronte le pasó con cuidado la niña arropada a su marido y suspiró de placer agotado.

—Te quiero, Max.

Y como si eso hubiera despertado algo, el cuerpo de Bronte se puso de parto otra vez y en esa ocasión expulsó a un dócil corderito tras cuarenta minutos de empujones casi indoloros y respiraciones controladas. La pequeña Catherine fue un bebé tierno y tranquilo desde el mismo momento de su salida al mundo. Tenía los ojos serios y despiertos igual que su hermana, pero encerraban una dulce curiosidad muy diferente a la insistencia regia que Sylvia demostraría durante el resto de sus días.

Abajo, las tensas interacciones entre Abigail, Eliot, James y Marisa iban progresando lentamente tras el momento inicial de confusión y asombro.

Después de que Abigail les rellenara las copas a todos, Devon y Sarah regresaron con Willa, y todos volvieron a mirarse entre ellos.

Eliot fue el primero en recuperar el habla.

—Marisa, creo que tú y yo deberíamos hablar en privado…

—Eso me parece una estupidez —contestó James.

Marisa dio una palmadita sobre la buena tela de los pantalones de molesquín de James y lo miró a los ojos con un cariño tierno que Eliot hubo de reconocer que nunca le había dedicado a él. James miró a Eliot con el ceño fruncido y después, por asociación, también miró así a Abigail.

—¿Por qué me miras a mí de ese modo?

—Podrías haber mencionado que estabas comprando bolsas de ropa para Eliot Cranbrook esta mañana cuando has venido a la tienda.

—James, yo no he mentido a nadie dando un nombre falso —contestó Abigail.

—¡Abigail! —Fue Devon quien la reprendió.

Abby cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vale. Me callo.

Sarah se levantó y se ofreció a acompañar a Eliot y a Marisa a un pequeño estudio que había al otro lado del vestíbulo. Eliot dio un apretón en el hombro a Abigail para tranquilizarla y se levantó para salir del salón. Marisa lo siguió lentamente cruzando el vestíbulo hasta la otra habitación.

Abigail se quedó mirando a James, agitando el pie para demostrar su irritación, y después dejó escapar una leve sonrisa torcida por lo absurdo que era todo aquello.

—¿Mary?

—Abby, ¿no habías dicho que ibas a estar callada?

Pero James sonreía un poco también, porque por muy raro e irritado que se sintiera en ese momento, se había dado cuenta de que Marisa ya era totalmente libre. Sus únicas dudas se habían convertido en algo cercano a la culpa por abandonar a un perfecto prometido como Eliot, pero ya se había ido haciendo a la idea. Si podían ser sinceros, todavía había posibilidades de que les esperara a todos un fin de semana agradable.

«Y mucho más que un fin de semana», pensó James.

Sarah volvió al salón y miró a Abigail y después a James, seguidamente a Willa y a David, y por fin a Devon, que estaba sentado en el sofá a su izquierda.

Devon la miró con el gesto torcido.

—No sabes lo aliviado que me siento de que tú y yo nunca hayamos tenido un malentendido como ese, ¿no te parece, cariño?

Abigail se echó a reír y James intentó seguir molesto, pero no pudo. Willa casi echó el vodka por la nariz y se tuvo que agarrar a la manga de su marido para evitar caer del sofá en un ataque de risa histérica.

Para cuando Eliot y Marisa volvieron al salón, los otros seis del grupo estaban riendo y hablando como si nada inusual hubiera ocurrido. Eliot carraspeó para que se dieran cuenta de que habían vuelto.

Todos se quedaron en un silencio expectante, como si el carraspeo hubiera sido una señal. Pero entonces Devon no pudo reprimir una risa y los demás volvieron a dejarse llevar por unas carcajadas incontrolables. Eliot miró a Marisa y dijo:

—Quizá no sea muy recomendable mezclarse con esta gente, pero me temo que ya es un poco tarde para echarse atrás.

Abigail saltó de su asiento y cruzó la larga alfombra de Aubusson para coger una mano a Eliot entre las suyas. Unos segundos después soltó la mano derecha y se la tendió a Marisa.

—Soy Abigail Heyworth. Es un placer conocerte, Marisa.

Marisa miró la mano pequeña y firme de Abigail durante un segundo y acto seguido sonrió y se la estrechó.

—Marisa Plataneau. El placer es mío.

Devon se levantó y se volvió para mirarles mientras le cogía la mano a Sarah.

—Ahora que ya se han hecho todas las presentaciones pertinentes, ¿cenamos?

David se levantó y estiró el cuello y los hombros como si se hubiera pasado dos horas aguantando una película sueca muy aburrida.

—Por fin —dijo con un bostezo—. Me muero de hambre.

Los ocho entraron en el comedor y disfrutaron de una cena muy larga y bien regada con alcohol. Horas después, Max entró en la habitación para anunciar la llegada de Sylvia, imaginando que se iba a encontrar con un grupo silencioso y atribulado. Pero tuvo que gritar para hacerse oír.

—Pero ¿qué demonios ocurre?

Sarah llevaba puesta la camisa de su marido, la cual Devon parecía no necesitar. Marisa estaba encaramada al regazo de James con una mano rodeándole el cuello, la otra misteriosamente ausente bajo el mantel y recorriéndole la oreja con la lengua. Willa y Eliot estaban bailando una versión descoordinada de un tango con una música flamenca demasiado alta, mientras David y Abigail coincidían de forma vehemente en la absoluta necesidad de llevar calcetines con algunos mocasines.

—¡Lo sé! —gritó Abigail para que la oyera—. ¡Lo último que querría ver es el tobillo huesudo de un tío! ¡Y mucho menos si es peludo!

Devon fue el primero en ver a Max.

—¡Hola, Max! ¿Dónde has estado? La cena estaba deliciosa.

—He estado en compañía de mi esposa durante el parto de mi primera hija. La pequeña Sylvia ha nacido sana y robusta, por si alguien se lo preguntaba. Pero seguid con lo vuestro, que esto no os interrumpa.

Pretendía ser la imagen de la altanería ducal, pero sus palabras parecieron las de un niño malhumorado, así que todos se echaron a reír incontrolablemente otra vez.

—¡Por Sylvia!

—¡Por Sylvia!

—¡Más champán! —pidió Devon dirigiéndose a nadie en particular.

Sarah echó una buena cantidad de Dom Pérignon en un vaso de whisky que tenía cerca después de vaciar lo que contenía en el centro de mesa de flores.

—Toma, Max —dijo arrastrando las palabras y pasándole el vaso de grueso cristal tallado.

—Eres la verdadera imagen de la elegancia, Sarah.

Ella se miró la camisa azul pálido que le llegaba a las rodillas y vio sus pies descalzos.

—Vaya, pues sí. Claro que sí —respondió, y se volvió para dar un beso a Devon en la mejilla.

Devon miró a su hermano mayor y levantó su copa.

—¡Avísanos cuando asome la cabeza la otra, hermano!

Max se bebió el champán en unos pocos sorbos y dejó el vaso sobre la mesa del comedor que tenía siglos de antigüedad con un golpe sordo de autoridad.

—Al parecer me he molestado en traer hijos a este mundo solo para ver cómo acaban rodeados por una tribu de críos inmaduros.

Salió de la habitación muy satisfecho por el silencio estupefacto y después aceleró el paso cuando oyó las primeras toses que se iban convirtiendo en risas sonoras e imparables.

Cuando volvió una hora más tarde con la noticia de la llegada sin contratiempos de lady Catherine, en el comedor todo seguía más o menos como lo había dejado.

Devon lo miró.

—¡Qué rápido! ¿Ya ha soltado a la otra?

—Sí, Devon. Bronte acaba de soltar a la otra. —Max se volvió para irse, exhausto e irritado.

Abigail salió corriendo tras él y lo agarró de la camisa por la espalda.

—No te vayas, Max, por favor. Ven a celebrarlo con nosotros. Bronte seguro que está dormida ahora mismo… No la habrías dejado si no, seguro.

Max miró a Abigail, a la que se veía por fin feliz, y después a Eliot, que estaba sentado a la mesa del comedor con la mano apoyada en el respaldo de la silla donde había estado sentada su hermana, como si estuviera protegiendo su espacio incluso durante esa corta ausencia. James ocupaba uno de los asientos de ventana con Marisa profundamente dormida en su regazo, el cuerpo enroscado alrededor del suyo y la cabeza apoyada en su muslo.

Max sintió que se le hundían los hombros y rodeó a la pequeña Abigail con un brazo.

—Está bien, Ab. Creo que me voy a quedar. Es demasiado. Sírveme algo marrón y añejo, por favor.

—A sus órdenes. —Le hizo un saludo militar de broma y fue al bar para servirle un whisky.

Abigail fue a preparar las bebidas e intentó asimilar todo lo que había pasado en las últimas semanas. En ese momento estaba en lo que ella seguía viendo como el comedor de sus padres, sirviendo a su hermano un whisky para celebrar el nacimiento de sus dos hijas. El hombre que amaba estaba arrellanado en una de las sillas del comedor esperándola, observándola. Su otro hermano estaba embelesado con su mujer, los dos mirándose embobados en un extremo de la mesa con Sarah en un vergonzoso estado de semidesnudez.

Y también estaba su primo James.

Él miraba lleno de cariño aletargado a su recién encontrada Marisa. Abigail no sabía si lo suyo acabaría siendo una breve llama de pasión o algo que se construiría sobre unos extraños cimientos.

Dejó caer los cubitos en un vaso limpio y escogió un whisky especialmente exquisito en honor de las pequeñas Sylvia y Catherine. Sonrió ante la idea de Lobo haciendo de hermano mayor cuando se despertara al día siguiente por la mañana (o más bien ese día ya). Abigail contempló el líquido de color caramelo caer en el vaso de cristal e intentó honrar a su hermano en ese breve momento. Volvió a poner el tapón a la botella de whisky y la colocó en su lugar en el fondo de la barra antigua de caoba que había hecho las funciones de bar en el castillo de Dunlear durante décadas.

Abigail se volvió hacia Max sintiendo el peso de su vaso y el de su hermano en las manos, y recordando la cálida noche de Bequia un año atrás. Se puso a caminar con decisión renovada hasta llegar a su lado y le dio el vaso.

—Aquí tienes, Max. Por los nuevos comienzos, ¿eh?

Él la miró con una expresión exhausta pero penetrante.

—Bien dicho, hermanita. Por los nuevos comienzos. Que el vuestro os traiga muchos años de felicidad mutua. Y que el mío me traiga… paciencia.

Ella sonrió ante ese dulce brindis y dio un sorbo al whisky. Max hizo lo mismo.

—Vamos a salón, ¿os parece? —invitó a todos.

James levantó la vista de su feliz contemplación sin dejar de recorrer el contorno del rostro de Marisa con el pulgar.

—Creo que nosotros nos vamos a nuestras habitaciones. Pero gracias por todo…, gracias de nuevo, Max. Y siento la confusión, la conmoción o lo que haya sido. Nos vemos por la mañana. —Apartó con cuidado a Marisa de su muslo y después la cogió en brazos—. Será mejor no despertarla, ¿no creéis?

Max solo sonrió y levantó el vaso en dirección a James con los mismos deseos que antes:

—Por los nuevos comienzos.

—Igualmente —contestó James.

Sarah y Devon también estaban más que agotados, casi cayéndose de las sillas por el inminente aletargamiento que seguía a la risa vigorosa.

—Llévate a tu mujer a la cama, Devon —ordenó Max—. Y tú también, Osborne. Ya es hora de que te lleves a Willa arriba. Vais a estar todos hechos un asco por la mañana, aunque supongo que eso me consuela en parte por vuestra absoluta falta de corrección.

Willa y David se despidieron y salieron de la habitación en dirección a la escalera, aunque su camino se vio interrumpido de vez en cuando por alguna que otra colisión con alguna mesa auxiliar.

Eliot se levantó para ir junto a Abigail y Max, y los tres se dirigieron al salón.

—Vayamos al estudio, ¿no os parece mejor? —propuso Abigail—. Es más acogedor. —Sonrió mirando por encima del hombro a Eliot.

Cuando se acomodaron en la pequeña habitación, Eliot y Abigail se acurrucaron en el sofá y Max se dejó caer en un sillón de cuero.

Abigail empezó a preguntar a Max por el trance de Bronte.

—¿Qué tal el parto?

—Como diría Bronte, un puto desastre terrible. —Intentó sonreír ante su forma de reproducir la famosa forma de hablar demasiado vulgar de su mujer, pero no fue suficiente para ocultar la preocupación que había sentido durante las últimas cinco horas.

Eliot dio un apretón en el hombro a Abigail en lo que ella sospechaba que era una demostración de camaradería masculina en anticipación de sus futuros partos.

—¿Y cómo son? —preguntó Abigail.

Había sido capaz de retener todo el alcohol en el estómago como si fuera un estibador y empezó a sentir que una calma apacible se instalaba entre ellos tres mientras el reloj antiguo de la repisa de la chimenea se iba acercando a las dos de la madrugada. Le encantaba la sensación protectora del brazo de Eliot rodeándole los hombros; era el futuro. Y también adoraba la mirada penetrante de su hermano con una ceja escéptica enarcada mientras los observaba: el reconfortante pasado.

—¿Las niñas? —preguntó Max.

Abigail asintió y dio un pequeño sorbo a su vaso.

—Ya han llegado mostrando sus personalidades únicas. Sylvia gritando sus exigencias antes de que tuviéramos tiempo de cortar el cordón umbilical y Catherine esperando a que su hermana mayor comiera y se durmiera antes de hacer una entrada silenciosa y tranquila en este mundo. Y nada más llegar, Catherine no tuvo ningún problema en quedarse mirando y escuchando hasta que el mundo decidió proporcionarle su botín. El tiempo que han pasado en el vientre de su madre probablemente las ha definido para toda la vida. Sylvia se va a comer el mundo. Y Catherine lo soportará todo y más.

Un tronco grueso se partió y el fuego chisporroteó en la chimenea al otro lado de la íntima habitación forrada de madera.

—Siento el desastre, Max. —Eliot habló en voz baja—. Creo que la escena que hemos organizado ha sido la culpable del adelanto del parto de Bronte.

Max agitó un poco su vaso para rechazar lo que Eliot acababa de decir.

—Mira, iban a venir. Sobre todo Sylvia. Casi me creo que haya estado esperando a poder molestar a la mayor cantidad de gente posible con su llegada para escoger

cuál iba a ser el momento de su entrada. No hay nada que ninguno de nosotros pudiera haber hecho o dejado de hacer para cambiar eso. Pero te agradezco la consideración. Sobre todo después de toda esa locura del comedor.

Eliot agachó la cabeza en una breve disculpa y después volvió a hablar.

—Bueno, Max, mientras estamos aquí en la calma posparto, voy a aprovechar para preguntarte si te importa que me case con Abigail.

Max sostuvo el vaso a unos centímetros de la boca, deteniéndose a medio camino cuando iba a tomar un sorbo, y después lo bajó despacio y lo sujetó con las dos manos en su regazo.

—¿Me estás pidiendo su mano?

—Sí, creo que eso es lo que estoy haciendo.

Abigail miró a Eliot como si hubiera perdido la cabeza y a continuación se volvió hacia Max con una súplica en los ojos. Negó con la cabeza discretamente.

Max la miró a ella y después a Eliot.

—Supongo que como cabeza de esta extraña colección de personas, también conocida como familia, debería ser mi responsabilidad tomar esas decisiones que pueden cambiar la vida de alguien, pero no soy más capaz de sopesar lo adecuado de un hombre como marido para Abigail que de hacerle una lobotomía frontal a un rinoceronte. Eso es cosa total y absolutamente tuya, Eliot. Por qué podrías querer meterte de cabeza en un revoltijo de genes tan… ecléctico es algo que nunca comprenderé, así que no puedo aceptar ni rechazar tu petición. El solo hecho de que sigas interesado en hacerlo después de haber visto el estado de nuestra salud mental significa que eres muy valiente o que estás muy mal de la cabeza. En cualquiera de los dos casos, bienvenido. —Max levantó su vaso otra vez y se lo llevó a los labios para dar el deseado sorbo. Cuando el calor del licor le llegó al estómago, Max volvió a abrir los ojos—. Por otro lado, supongo que merece la pena averiguar si de verdad la quieres. ¿Amas a Abigail, Eliot?

El corazón de Abigail se aceleró cuando Eliot se detuvo un momento para pensar la respuesta.

—¿Sabes, Max? No estoy seguro.

Max entornó los ojos y Abigail se tensó entre sus brazos. Eliot se acercó para besarle la cálida piel del cuello y después siguió hablando.

—Eso de «amar» a veces resulta una palabra muy limitada, ¿no te parece?

Max agitó el hielo en su vaso y pensó en la mujer de la cama de arriba que acababa de dar a luz a sus dos hijas.

—Sí. Mucho.

—Solo son dos sílabas para encarnar la total satisfacción del alma de un hombre. La llegada definitiva a una meta que nunca habías imaginado porque siempre te pareció imposible. Creo que sobreviviría y que podría caminar sobre la tierra o lo que fuera sin Abigail, pero no creo que pudiera «vivir». ¿Tiene sentido lo que digo? ¿Significa eso que la «amo»?

Abigail agradeció en ese momento estar en el sofá ya que la parte inferior de su cuerpo le habría resultado inútil en otras circunstancias porque había perdido toda su fuerza. Enterró la cara en el pecho de Eliot y deseó poder quedarse allí para siempre.

Max volvió a sonreír.

—Sí. Creo que eso es una vaga aproximación. Añádele una gota de un terror que se te instala en el estómago y la pérdida ocasional de la cordura, y creo que tendrás una buena definición de lo que significa «amar».

Megan Mulry nació en Nueva York y escribe novelas románticas contemporáneas. Después de graduarse viajó por todo el mundo y posteriormente vivió en Nueva York, Boston, Chicago y Londres, donde trabajó de editora en varias revistas.

En la actualidad reside en Florida con su marido y sus hijos. *Cómo seducir a un millonario* es el tercer libro de la serie «Amantes reales», que se inició con *Cómo ligar con un duque* (Plaza & Janés, 2013) y *Cómo conquistar a un lord* (Plaza & Janés, 2014).

Título original: *R is for Rebel*

Edición en formato digital: enero de 2015

© 2014, Megan Mulry
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2015, Mª del Puerto Barruetabeña Diez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez
Imagen de portada: © Ilina Simeonova / Trevillion Images. © 500px Prime / Jaromir Chalabala. © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-38954-2

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Cómo seducir a un millonario
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Biografía
Créditos